

MARIO FRANCESCONI, C S



JUAN BAUTISTA SCALABRINI:
ESPIRITUALIDAD DE ENCARNACIÓN

JUAN BAUTISTA SCALABRINI:
ESPIRITUALIDAD DE ENCARNACIÓN

Colección

Formación scalabriniana nro 03

IMPRIMI POTEST

30 de marzo de 1994

P. COSTANZO TESSARI, CS.

Superior Provincial de la Provincia "San José"

IMPRIMATUR

3 de abril de 1994

Mons. GERARDO T. FARRELL

Vicario General del Obispado de Morón

C 1994 - EDICIONES SCALABRINIANAS

Scalabrini y Trejo - C.C. 13 - (1722)

MERLO (Bs. As.) - ARGENTINA

HECHO EL DEPOSITO QUE INDICA LA LEY 11.723

IMPRESO EN ARGENTINA

ISBN 950-99662-1-5

JUAN BAUTISTA SCALABRINI:
ESPIRITUALIDAD DE ENCARNACIÓN

MARIO FRANCESCONI, CS

Traducción:

María Adela Drisaldi Vda. de Bruzón

Revisión:

Alicia Marques
y el equipo del Seminario San José, Merlo.

EDICIONES SCALABRINIANAS

ÍNDICE

Introduccion	7
Parte 1: Vida de fe: una espiritualidad de encarnacion	11
1. Premisas doctrinales	11
1) Vivir “in fide” = divinización	11
2) Divinización = conformidad con el Verbo encarnado	12
3) Divinización = continuación y extensión de la Encarnación en nuestra persona	16
4) Divinización = continuación y extensión de la Encarnación en la Iglesia.	20
5) Divinización = continuación y extensión de la Encarnación en la historia humana	26
2. La fe vivida	37
A. “Ídivinizarme!”	37
1) “¡Si pudiese santificarme!”	37
2) Vida de Oración	44
3) La oración mental y la oración vocal.	48
4) La Eucaristía	53
5) La Cruz	64
6) Las prácticas de piedad y las devociones a María y a los Santos	71
B. “Hacerme todo para todos” espiritualidad de accion	79
1) “Hacerme todo para todos”	79
2) Espíritu misionero	92
3) La pastoralidad	98
Parte II: “Creo en la iglesia”: espiritualidad eclesial	109
1) Experimentar en la Iglesia la Comunión con Dios	109
2) Experimentar en la Iglesia la comunión fraterna	125

3) Experimentar a la Iglesia como su propia familia.	134
Parte III : "Hombre espiritual"	143
A. Hombre humano	143
1) Espiritualidad y humanidad en el pensamiento de Scalabrini.	143
2) Retrato del hombre J. B. Scalabrini trazado por sus contemporáneos.	151
3) El retrato del hombre J. B. Scalabrini trazado por el Proceso sobre las Virtudes	159
4) "La entereza del carácter": el retrato del hombre Scalabrini en la correspondencia con Bonomelli	173
B - Scalabrini comprometido en lo social	180
1) "El socialismo y la acción del clero"	180
2) Los problemas sociales de la inmigración.	192
C - Scalabrini comprometido en lo político	195
1) Una opción política en clave pastoral.	195
2) Política humana y política evangélica	208
Nota bibliografica y abrevaciones	215

INTRODUCCION

Cuando evocamos las vicisitudes terrenales de Mons. Scalabrini, espontáneamente lo representamos en actitudes plásticas, vivas, propias de un típico hombre de acción. No logramos encasillarlo en una “escuela” teológica o filosófica o espiritual, ni etiquetarlo con categorías históricas convencionales.

Es natural recordarlo, postrado de “bruces”, adorar al Santísimo por largas horas, día y noche, o con el rostro encendido y los ojos brillantes proclamar las palabras de la Consagración, u oprimido en la prensa del dolor por los pecados o por las contrariedades, estrechar contra su corazón la cruz pectoral y suspirar: “¡fac me cruce inebriari!” [¡haz que me enamore de la cruz!]. O también sentado ante el escritorio, después de largas reflexiones, extender al Papa la súplica de querer poner fin al “doloroso desacuerdo” entre la Iglesia y el Estado, o en audiencia con León XIII decirle con franqueza y humildad *verba veritatis* [las palabras de la verdad] gustasen o no, o llorar con Mons. Bonomelli sobre las discordias internas de los católicos italianos.

O también lo recordamos levantarse a media noche para albergar en el Obispado a un pobre refugiado bajo el pórtico, o recibir en consignación de parte de los carabineros un desgraciado sordomudo e intentar enseñarle a hablar, o ir al Monte de Piedad para empeñar el cáliz regalado por Pío IX y transformarlo en sopa para miles de hambrientos. También nos lo imaginamos treparse, a lomo de una mula o a pie, sobre las ásperas laderas de los Apeninos para visitar a los hijos más lejanos, que no habían visto jamás a un obispo y, apenas llegado, después de seis u ocho horas de marcha, dirigir un caluroso saludo a una población que esperaba casi al Espíritu Santo, e interrogar amablemente a los niños del Catecismo, y compartir alegremente la mesa sencilla de un pobre párroco de montaña y prolongar hasta la media noche el misterio de la reconciliación en estrechos confesionarios.

Con mayor frecuencia, nosotros los scalabrinianos, lo evocamos fijando la mirada pensativa y compasiva sobre los centenares de emigrantes amontonados sobre los andenes de la estación de Milán, en espera del tren para Génova, o bromear con los doscientos huerfanitos del Instituto Cristóbal Colón de San Pablo o, traqueteado sobre una

carreta primitiva, atravesar los bosques del Río Grande del Sur para llegar hasta las “colonias italianas”.

O, finalmente, lo vemos elegir él mismo la ampolla del Óleo Santo para la Extrema Unción, o lo escuchamos pedir perdón a todos y repetir: “Hágase tu voluntad” y en un último suspiro dirigir los ojos a Aquel que viene y decirle: “¡Estoy listo, vamos!”

Pero no podemos evitar preguntarnos: ¿cuál era el alma de estas actitudes? ¿cuál era el resorte que ponía en movimiento estas actividades? ¿Cuál era el criterio de estas elecciones? ¿Cuáles las motivaciones de su obrar?

Y una sola respuesta viene a nuestra mente, una palabra nos explica todo: una Palabra que es una persona, porque es el Verbo Encarnado: Cristo.

Cristo realmente presente en la Eucaristía, Cristo presente en la Iglesia, Cristo presente en el Papa, Cristo presente en la historia, en el hambriento, en el preso, en el sordomudo, en la mondadora de arroz, en el inmigrante.

Cristo hecho presente, “asimilado” en la meditación del Verbo, en la adoración de la Hostia, en la comunión del Cuerpo y de la Sangre, en la con-fijación de la Cruz...

Para usar las mismas palabras del obispo, “Cristo que se prolonga” en su siervo, “extiende su encarnación” en el hombre Juan Bautista Scalabrini, “se difunde” en el Apóstol del catecismo y de los emigrados.

Y entonces comprendemos cuál fue la “espiritualidad” de Scalabrini. No hizo más que vivir el ideal que proponía a todos los cristianos:

“Dios ama a su Hijo y lo ama esencialmente y es imposible que se complazca en otros más que en El, porque el amor de Dios es infinito y no puede tener otro objeto que un objeto infinito: Hic es Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui (Mt. 17, 5), [Este es mi Hijo muy querido en quien tengo puesta mi predilección]. Pero este Hijo suyo muy querido se hizo hombre. Por consiguiente El ama al hombre. Con una sola complacencia y predilección en Jesús abraza todo, también el cuerpo, también la carne, también el alma. Ahora nosotros somos esa carne, esos huesos, somos aquella naturaleza, somos un cuerpo con Cristo y en El y por El somos hechos hijos de Dios, o mejor el mismo Hijo de Dios que se prolonga en nosotros. Por lo tanto nosotros también estamos involucrados y comprendidos en El por el Padre en un sólo acto de amor, y como en nosotros y sobre nosotros se amplía y extiende la filiación por la que

Cristo es Hijo de Dios, así también se amplía y extiende el amor del Padre y por ello en su Hijo de por sí a El grato y predilecto, también nosotros somos hechos seres gratos y predilectos: gratificavit nos in dilecto Filio suo” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, págs. 16-17).

“Ya no soy yo, sino que Cristo vive en mí...” (Gal. 2, 20) En Cristo se revela el amor del Padre. Dios es amor. El Espíritu infunde en nuestros corazones la caridad. En Cristo y por Cristo han sido hechas todas las cosas: entonces todas las obras son signos de amor, y donde hay plenitud de amor todas las cosas son amadas, conciliadas y armonizadas en el amor:

“¡Dios lo quiere! (...). Quiere la razón reconciliada con la fe, la naturaleza con la gracia, la tierra con el Cielo, la obra de las creaturas con los derechos del Creador. Quiere que trabajo y capital, libertad y autoridad, igualdad y orden, fraternidad y paternidad, conservación y progreso se atraigan y se ayuden también ellos como opuestos armoniosos. Quiere que todos los elementos de la civilización, ciencias, letras, artes, industrias, todo interés legítimo, toda legítima aspiración, tengan en la religión, en la Iglesia, en el Papado, impulso, normas, socorro, elevación, consagración divina” (Discurso para el VIII Centenario de la 1ª Cruzada, 21.4.1895. AGS 3018/26).

Si en la primera cita descubrimos el fundamento de la unificación que Scalabrini supo crear en su vida, en su amor por Dios y por el prójimo, en la segunda individuamos la razón profunda de su acción conciliadora, el haberse hecho puente y comunicación, caracterizando así su presencia en la historia de la Iglesia en ese determinado momento histórico.

Todas las cosas han sido hechas en Cristo y por Cristo, para que El someta todas las cosas y los hombres que viven en estas cosas y de estas cosas, con el fin de que Cristo someta todo a sí y después se someta al Padre y Dios sea todo en todo.

Quien se sumerge en el designio divino, vive las virtudes teologales de la fe, de la esperanza y de la caridad, es el hombre resucitado en Cristo, vive “en novedad de vida”, en la verdadera “vida interior” de la cual las prácticas, los métodos, las opciones operativas, son solamente expresiones, medios, el “camino” particular que él elige y recorre con fidelidad y coherencia, “en grado heroico”.

Tal es la “espiritualidad” de Scalabrini hombre, sacerdote, obispo: de este modo él encarnó el propósito de hacerse todo para todos para ganar a todos para Cristo, “única y suprema aspiración del alma”.

“Hacer el bien, hacer todo el bien posible”: con coherencia, globalidad, totalidad; con alegría, entusiasmo, ardor, en la densidad del hombre “indivisible”; con amor encendido por la fe y nutrido por la esperanza, sostenido por la fortaleza, regulado por la prudencia, dirigido por la justicia, equilibrado por la templanza, fortificado por la paciencia, moderado por la mansedumbre, clarificado por la sinceridad, basado en la humildad, transparente en la castidad, intrépido en la obediencia.

El “grado” de la espiritualidad de Mons. Scalabrini ha sido medido por un largo y meticuloso “Proceso sobre las virtudes” que concluyó con la solemne declaración del Papa Juan Pablo II:

“Beatissimus Pater sollemniter declaravit: Constare de virtutibus theologalibus Fide, Spe et Caritate tum in Deum tum in proximum, necnon de cardinalibus Prudentia, Iustitia, Temperantia et Fortitudine earumque adnexis, in gradu heroico, Servi Dei Ioannis Baptistae Scalabrini” [“El Beatísimo Padre declaró solemnemente: Consta de las virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad hacia Dios y hacia el prójimo, y de las virtudes cardinales Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza y virtudes anexas, en grado heroico del Siervo de Dios Juan Bautista Scalabrini”] (Decreto del 16.3.1987).

PARTE 1RA.

VIDA DE FE:

UNA ESPIRITUALIDAD DE ENCARNACION

1. PREMISAS DOCTRINALES

1) Vivir “*in fide*” = *divinización*

La espiritualidad de Scalabrini consiste esencialmente en la vida de fe, que comprende las tres virtudes teologales:

“La vida propia del cristiano es la vida de fe. *Iustus ex fide vivit* [El justo vive por la fe]. A la luz de esta antorcha divina, el cristiano conoce en modo infinitamente más perfecto que cualquiera de los más afamados sabios, el verdadero objetivo de la vida presente y su destino futuro, juzga las cosas humanas, sus deberes hacia Dios, hacia su prójimo y hacia sí mismo, en una forma totalmente contraria a las percepciones de los sentidos y muy superior a todas las luces de la razón humana. Como con los sentidos humanos ve, toca y siente las cosas materiales y sensibles, así con la fe que le ha sido infundida, ve, toca y siente las cosas futuras y celestiales. *Iustus ex fide vivit* [El justo vive por la fe]. Cree, y su inteligencia está ocupada en entender y en contemplar las cosas creídas mejor que si las viese con los ojos del cuerpo. Espera, y sus esperanzas son concretas, reales, sustanciales de manera que sus afectos se le ciñen tenazmente con toda la energía de la que son capaces. Ama, y su corazón es una llama que destruye toda duda, es llamarada de fuego que se eleva al cielo. El, casi, ya no siente más la tierra, siente solamente a su Dios, vive de su Dios, piensa, habla y opera con su Dios y por su Dios, y por su Dios sufre, combate y muere. *Iustus ex fide vivit* [El justo vive por la fe]” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1884, Piacenza 1884, págs. 11-13).

Vivir de fe, por lo tanto, es vivir las tres virtudes sobrenaturales, vivir sobrenaturalmente, en el sentido teológico-escolástico de la palabra, expresado preferentemente por Scalabrini con el término de la antigua tradición patristica: “divinización” de la humanidad. El adopta en pleno la noción de los Padres Griegos: la Encarnación, divinizando la humanidad de Cristo, ha divinizado toda la humanidad. Ningún evento

es sustraído de Cristo, separado de la gracia, de lo “sobrenatural”. Toda la realidad está implicada en la historia de la salvación, gira alrededor de Cristo, ha sido creada por El, en El y para El, y está en tensión y en camino hacia Dios a través de Cristo.

“Jesús es el centro de la creación; es el anillo precioso que une la obra del Omnipotente al Creador divino; es la meta de todas las obras y de todos los designios de la Providencia; es la razón suprema, última, de todos los objetivos de Dios en la humanidad redimida de la que es jefe; es la norma de todos nuestros progresos, es la única luz verdadera que ilumina a cada hombre, y por lo tanto la humanidad entera” (Carta Pastoral para la Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, págs. 25-26).

“¿Quién es por lo tanto Jesucristo? Es el Unigénito Hijo de Dios hecho hombre por nosotros; es aquel Verbo por el cual todas las cosas que están en el cielo y en la tierra fueron creadas y sin el cual nada de lo que existe ha sido hecho (Jn. 1, ss.) [...]. ¿Quién es Jesucristo? El es el Alfa y la Omega, el principio y el fin (Apoc. 1, 8). El es la imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda la creación (Col. 1, 15). El, el heredero, el centro del mundo visible e invisible (Heb. 1, 2), el compendio de los siglos (Heb. 13, 8). Sin la luz que fulgura de El todo es tiniebla; sin su obra, el orden de la naturaleza y de la gracia, el hombre y el mundo, el pasado y el futuro son un libro sellado con siete sellos (Apoc. 5, 1)” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1877, Piacenza 1877, págs. 5-6).

2) Divinización = conformidad con el Verbo encarnado

Según Scalabrini por lo tanto la fe es, esencial y eminentemente, creer en Cristo:

“Jesucristo es la luz del mundo (Jn. 8, 12), es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14, 6), es el vínculo de unión, el beso de paz entre el cielo y la tierra, entre el hombre y Dios (Ef. 2, 14). Jesús es nuestro Redentor, nuestro Maestro, nuestro Médico, nuestro Jefe, nuestro Compañero, nuestro Hermano, nuestro Amigo, nuestro Consuelo, nuestro Refugio, nuestra Gloria, nuestro Júbilo, nuestra Grandeza. El es el Pontífice de la nueva alianza, el Sacerdote eterno, el Mediador entre Dios y los hombres, la Víctima de nuestros pecados, nuestra única y verdadera Felicidad. El es la Puerta por la que debemos entrar en su reino, la Piedra angular y el fundamento sobre el cual el edificio espiritual debe ser levantado. El es el Pan de nuestras almas, el Autor y Consumador de nuestra fe, nuestro Premio, nuestra Corona, nuestra Vida, nuestro Todo. Es a El, es a Jesús a

quien debemos todos los bienes que recibimos de Dios, de naturaleza, de gracia y de gloria. Es por El, es por Jesús a quien le debemos el hecho de que Dios nos conserve, nos sostenga, nos defienda, que no nos castigue según nuestros méritos, que nos espere y nos soporte por más tiempo. De Jesús nos vienen las luces, los consejos, las inspiraciones, los buenos pensamientos, los deseos piadosos. De Jesús, el coraje en los peligros, la fuerza en las tentaciones, el sufrimiento en los dolores, la paciencia en las adversidades, la perseverancia en el bien: In omnibus divites facti estis in Christo [En Cristo ustedes han sido enriquecidos en todo] (1 Cor. 1, 5). Sí, todo poseemos en Jesús, todo podemos en Jesús, todo esperamos, obtenemos de Jesús, y ha sido Jesús quien quiso humillarse por nosotros, sacrificarse por nosotros, empeñarse todo por nosotros (1 Cor. 1)” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, págs. 21-22).

La fe es ante todo conocer y reconocer a Cristo Hijo de Dios y Señor: y es en consecuencia creer, en el sentido de “escuchar”, de tener fe en su palabra (esperanza) y es amar obedeciendo a su palabra (caridad).

Scalabrini insiste sobre el concepto de fe como luz: la fe es visión, es ver quien es Cristo, es ver a Cristo, ver en Cristo el Padre y toda la realidad humana e histórica. Es ver a Dios.

Una vez conocido y visto a Cristo, y en él a Dios, se lo re-ve y reconoce en todo: VIDEO DOMINUM IN IXUM SCALAE [Veo al Señor en la cima de la escalera] (epígrafe del escudo episcopal de Scalabrini).

Toda la realidad es una escalera. Dios se dona al hombre y desciende hacia él en la Encarnación del Hijo. Toda la creación es asumida por el Verbo Encarnado y sube con El hacia Dios. Jesucristo siempre presente en forma corporal en la Eucaristía, es el centro de la creación, es la escalera que desciende de Dios y a Dios vuelve a subir, y por la cual todas las cosas descienden de Dios y a Dios retornan continuamente:

“La Eucaristía es en el mundo espiritual lo que es el sol, en el mundo físico. Del mismo modo que todo gravita en el firmamento hacia ese astro magnífico, cuya luz y calor difunden por doquier la fecundidad y la vida, así todo gravita igualmente con respecto a la augustísima Eucaristía. Es solamente por Ella que la universalidad de las cosas creadas que descienden incesantemente del creador, vuelven a El incesantemente. Allí, por lo tanto, Jesucristo es todo por nosotros” (Ivi, pág. 15).

De igual manera, centro del mundo es el Crucifijo:

“Jesús Crucificado es el centro común [...]; es la norma de todo verdadero progreso social, ya que El es la única luz verdadera que ilumina a cada hombre y por lo tanto a la sociedad entera [...]. El verdadero progreso [...] finalmente no es otra cosa que Jesucristo; Jesucristo viviente en el hombre; Jesucristo que incorpora a la humanidad a sí mismo; Jesucristo que se extiende y se eleva de grado en grado en los espacios y en los siglos, Jesucristo centro de toda armonía que se recompone, de toda belleza que se renueva, de toda grandeza que aumenta. Todo lo que hay de verdadero, todo lo que hay de santo, todo lo que hay de perfecto debe salir de El, para volver a El, ya que El es el principio y el fin y es el camino que conduce de uno a otro” (Discurso sobre el SS. Crucifijo, 1880. AGS 3017/3).

Enfocada en Cristo, centro de la creación y de la historia de la salvación, la espiritualidad de Scalabrini es eminentemente cristológica y cristocéntrica; está toda centrada en la persona humano-divina de Cristo, presente en la Eucaristía y en la Cruz, o sea en la continuación del misterio pascual, que marca la historia de la humanidad y de cada hombre.

El centro y el punto de consistencia de la creación, el único mediador entre Dios y lo creado, el vértice de la historia es Cristo. El hombre está creado a imagen y semejanza de Dios y se realiza sólo como imagen de Dios.

Pero la verdadera imagen de Dios es Jesucristo: quien quiera ser imagen de Dios, debe ser imagen de Cristo. Este es el verdadero significado de la “imitación de Cristo” y el verdadero proceso de “divinización”: la vía sobre la que se mueve el obispo de Piacenza.

La humanidad está divinizada por la Encarnación del Verbo. Nuestra humanidad individual está divinizada por la extensión de la Encarnación en cada uno de nosotros. No se trata de un proceso automático y estático, sino de un dinamismo coordinado de gracia y de elevación mística. “Es salvado todo lo que ha sido asumido”: pero Scalabrini continúa recordando que todo ha sido salvado a través de la kénosis del Verbo Encarnado, a través del misterio pascual de la muerte-resurrección, de la humillación-exaltación.

En este dinamismo y en esta dialéctica está involucrada nuestra existencia individual y también la vida del Cuerpo Místico de Cristo, continuación de la Encarnación del Verbo, pero al mismo tiempo continuación de la existencia histórica de Cristo en todas sus fases, desde

el nacimiento en la pobreza hasta la expoliación de la crucifixión, paso obligado hacia la resurrección y la gloria.

Es esta la razón por la cual Scalabrini no separa la Eucaristía de la Cruz, la piedad eucarística de la devoción al Crucifijo, la alegría de la comunión sacramental del “enamoramiento” de la Cruz.

La realidad de la justificación, realizada por la muerte redentora de Jesús, la realidad de la gracia santificante con la que Dios se dona a los hombres haciéndolos sus “hijos en el Hijo”, coherederos del Unigénito, partícipes de la naturaleza divina, es vivida por hombres hechos a imagen de Dios, por lo tanto libres, responsables de sí mismos. Es vivida, en otras palabras, de una manera que no puede ser separada de la plena imagen de Dios, que es Cristo. Es vivida por lo tanto, en relación personal con Jesús, en el estar-en-relación-con Cristo: prácticamente, en el conformes fieri imaginis Filii sui [Hacerse conforme a la imagen de su Hijo], en el conformarse a Cristo en su misterio pascual de muerte y resurrección, continuado en la Eucaristía y representado por la Cruz; en el con-vivir, con-morir, con-resucitar, para ser con-glorificados.

La “imitación de Cristo” no es una mera imitación de los gestos, de las palabras y de las virtudes de Jesús, sino que es unión mística, incorporación. No es solamente un hecho moral y voluntarístico, o sea un esfuerzo por semejarse a Cristo, sino una verdadera comunión con los actos salvíficos históricos de Cristo: “Cristo nos ha incorporado a sí, nos ha hecho sus miembros. En El nos convertimos en otros Cristos. *Christi sumus*; todavía más, *Christus sumus*, no solamente de Cristo, sino Cristo mismo” (San Agustín, *Enarrat. in Ps. 26, 11, 2*).

Scalabrini está claramente convencido de esta realidad mística, pero también sabe que el misterio de la Encarnación continuada se cumple en nosotros solamente de la manera que históricamente se ha cumplido la encarnación de Cristo. La teología de la Encarnación es la *theologia crucis* (él la llama “filosofía de la cruz”). En una época en que todavía se estaba luchando contra el quietismo, él estaba muy lejos de un misticismo desencarnado, tanto que si se preguntara si era un místico, tendríamos dificultades para definirlo como tal, en el sentido corriente de la palabra. Quien le ha imputado una “mística amoral”, por ciertas actitudes suyas ante el Papa, ha aislado y quitado un aspecto particular de todo el contexto de una persona que no podía siquiera imaginar una mística sin ascética, sin sacrificio personal, sin cruz.

Análogamente es un error histórico buscar en Scalabrini justificativos de ciertas desviaciones pastorales, como meras “presencias” del activismo, la política, el conservadorismo obtuso, o, por el contrario, la absolutización del compromiso temporal.

Para él era concepto de vida -he aquí una prueba ulterior- la estrecha identificación entre el misterio de la Eucaristía y el misterio de la Cruz:

“Como la Eucaristía es una extensión de la encarnación, así lo es también del sacrificio del Gólgota (La devoción al SS. Sacramento, Piacenza 1902, pág. 26).

“A los pies de nuestros altares se encuentra el Gólgota, donde lloramos abrazados a la Cruz, y el Tabor, donde nos fabricamos tabernáculos para embelesarnos de la paz celestial [...]; allí tiene lugar la agonía del Getsemaní y la mañana de la resurrección, la muerte mística y la fuente de la vida” (ivi, pág. 5).

Teniendo presentes estas aclaraciones, podemos ver en qué términos Scalabrini concebía la vida individual del cristiano y la vida colectiva de la Iglesia como continuación y extensión de la Encarnación.

3) Divinización = continuación y extensión de la Encarnación en nuestra persona

Partiendo de la doctrina de la incorporación a Cristo Scalabrini deduce que en Cristo nosotros hemos sido hechos hijos de Dios, y también somos extensión de la Encarnación, o mejor dicho, es Cristo que se extiende en nosotros: “somos un cuerpo con Cristo y en El y por El hemos sido hechos hijos de Dios, más aún, es el mismo Hijo de Dios que se extiende en nosotros”. (Carta Pastoral por la Santa Cuaresma de 1887, Piacenza 1878 pág. 16).

Por esto el Hijo de Dios se ha encarnado:

“Jesús viene sobre la tierra para hacernos vivir de su vida, para convertirnos, por así decir, en una sola cosa con El. Yo he venido, dice El mismo, para que tengan la vida, y la tengan en abundancia. Ahora esta vida que Jesús viene a comunicarnos uniéndose a nuestra alma, es su vida misma.

La unión de Jesús con el alma cristiana, he aquí el fundamento de todo el orden sobrenatural. Por ella el hombre se eleva hasta la participación

de la naturaleza divina y en ella eleva todo lo creado. Todo es vuestro, grita el Apóstol, ya sea el mundo, ya sea la vida, ya sea la muerte, ya sea el presente o el futuro. Ustedes. son de Cristo y Cristo es de Dios [...]. Palabras admirables que nos revelan toda la sublime economía del Evangelio. Unida al Verbo por la Encarnación, la humanidad sacrosanta de Jesucristo, en El es una sola persona. Nosotros, unidos a Jesucristo por una unión menos perfecta sí, pero inefablemente íntima, somos como una extensión de El, le pertenecemos como los miembros pertenecen al cuerpo. Unum corpus sumus in Cristo [Somos un solo cuerpo en Cristo]" (Homilía de Navidad, 1894. AGS 3016/1).

Vivir en Jesucristo significa ante todo estar unido a El en el amor:

"Oh Jesús, tú eres la verdadera fuente de todo nuestro bien, lo fuiste siempre, lo fuiste constantemente, y lo eres todavía. Jesús, y al pronunciar este nombre, el corazón se estremece, el espíritu se conmueve y el alma despliega el vuelo hacia la esperanza. ¡Jesús, y este nombre es más dulce en la boca que un panal de miel, más grato para el oído que el sonido del arpa, más suave para el corazón que la alegría más pura! ¡Oh, amemos, amemos a Jesús! Y, ¿a quién amaremos nosotros si no amamos a este dulcísimo Salvador? [...].

Amen a Jesús, permanezcan unidos a Jesús, ya que toda la perfección del Cristiano está justamente aquí: la unión con Jesucristo. Aquí reside el principio de todo bien, el fundamento y el origen de toda nuestra grandeza. Yo soy la verdadera vid, dice el Señor, y ustedes son los sarmientos: Ego sum vitis vera et vos palmites [Yo soy la verdadera vid y ustedes los sarmientos] (Jn. 15, 5). Ahora bien, como un sarmiento separado de la vid se seca y muere, así morirán también ustedes si se separan de Cristo. La unión con Jesucristo es cosa vital para nosotros; sin ella, nosotros estamos muertos y muertas están nuestras cosas, y nos tornamos cadáveres, como es un cadáver un cuerpo sin alma" (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, págs. 22-23. 26-27).

Vivir de la vida de Cristo tiene un fuerte valor dinámico y global: implica no sólo nuestro espíritu ("el alma cristiana"), sino todo nuestro ser en su historicidad (vida, muerte, presente, futuro) y en su corporeidad y creaturalidad ("cada cosa es vuestra").

Sobre todo implica nuestra "vida": nuestro "vivir" como cristianos es Cristo que vive en nosotros, Cristo encarnado, Cristo que nace, muere y resucita, Cristo que ama, piensa, habla, opera:

"No solamente debemos vivir en Jesucristo, sino todavía El mismo debe ser nuestra vida y debe vivir en nosotros. Vivir en nosotros con su espíritu, con su gracia, con el sello de sus misterios, con la eficacia

de sus sacramentos y sobretodo con el de su Cuerpo y de su Sangre, de manera que podamos decir con el Apóstol: no soy yo quien vive, sino que es Jesucristo que vive en mí: vivo autem jam non ego; vivit vero in me Christus [ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí"] (Gal. 2, 20). Eso quiere decir el dulce Doctor de Ginebra, San Francisco de Sales, que Jesús habita en nuestro corazón, y reina allí como dueño y como rey; que su espíritu se extiende, se dilata en nosotros, y como un calor vital nos señorea, endereza todo, calienta todo, santifica todo, diviniza todo, y ama en el corazón, piensa en la mente, habla en la lengua, opera en las manos, y las fuerzas se consumen en El, los estudios se hacen por gloria suya, los deberes se cumplen por su gracia, los dolores se sufren para darle el gusto a El; los esparcimientos, el alimento mismo, se toman para darle el gusto a El; su trono está levantado en el interior del cristiano: regnum eius intra vos est [Su Reino ya está entre ustedes] (Lc. 17, 21).

Una moneda debe tener el sello de su Soberano, ya que de otra manera no vale, no tiene curso en el comercio, y las obras del cristiano deben tener el sello de Jesucristo, ya que de otra forma no valen para la compra del cielo y nada agrada a su Eterno Padre si no tiene la imagen de su Hijo y si no lleva de algún modo su carácter. Nosotros, nosotros mismos, oh Venerables Hermanos e Hijos Queridos, no seremos introducidos a su gloria si no somos hallados conformes a este Divino Ejemplar (Rom. 8, 29)" (ivi págs. 27-28).

La divinización obrada por Cristo en nosotros es la que perpetúa su encarnación: Cristo se encarna en nosotros en forma tal que nuestra humanidad se convierte en el instrumento de amor hacia el hombre, en forma similar a la que es instrumento la humanidad individual de Cristo, hipostáticamente unida a la divinidad de su Persona. Aceptando y viviendo el don de su amor, prestamos nuestra humanidad a Cristo para que en ella y por medio de ella El continúe pensando, hablando, siendo mediador, glorificando al Padre:

"Es necesario que Jesucristo viva en nosotros; es necesario que Jesucristo obre en nosotros continuamente, ya que sólo El puede reconciliar la tierra con el cielo, ya que sólo El puede amar a Dios todo lo que es amable y rendirle ese honor que le es debido.

Pero, ¿cómo puede El, Jesucristo, vivir en nosotros? Lo hemos dicho: mediante su espíritu: in hoc cognovimus quia in eo manemus et ipse in nobis, quoniam de spiritu suo dedit nobis [En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu] (1 Jn. 4, 13); y el espíritu de Jesucristo es espíritu de humildad, es espíritu de caridad, es, sobre todo, espíritu de abnegación, de sacrificio, de

penitencia" (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1883, Piacenza 1883, págs. 13-14).

Por lo tanto, en el compromiso ascético, grabamos en nuestra vida la "contraseña" de la salvación, que es la "imitación de Cristo". Por esto debemos encaminarnos tras "las huellas del Salvador", dirigiendo todos nuestros esfuerzos para conformarnos a nuestro divino Modelo, revestirnos de su espíritu, imitarlo, ya que ésta es la declarada voluntad de Dios, es la condición absoluta para obtener el cielo: quos praescivit et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui [Los amó primero y predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo]" (ivi, págs. 9-10).

Cada una de nuestras personas, obviamente en sus límites criaturales y personales, debe ser una copia de Cristo:

"Un pintor que quiera retratar fielmente sobre la tela alguna persona amada, ¿qué hace? mantiene siempre los ojos sobre esa persona para no hacer trazos con el pincel que no sirvan para formar algún trazo del original. Así debemos hacer en cierto modo nosotros; es necesario que todos nuestros pensamientos, que todas nuestras palabras, que todas nuestras disposiciones, que todos nuestros sufrimientos sean como otros tantos trazos de pincel, que formen y expresen en nosotros algún trazo de la vida de Jesucristo, hasta convertirnos, por así decirlo, en otras tantas copias suyas.

Ello ocurrirá, Venerables Hermanos e Hijos Queridos, ¿saben cuándo? Cuando nosotros juzguemos todas las cosas como Jesucristo las ha juzgado. Cuando amemos lo que El ha amado y de la misma manera que El la ha amado. Cuando tengamos en nuestro corazón esos mismos sentimientos y esas mismas disposiciones que El ha tenido en su corazón.

No todos, es cierto, estamos obligados a vivir en tan grande pobreza exterior como fue la pobreza que El vivió; como tampoco todos estamos obligados a sufrir los tormentos inefables que El debió sufrir; sin embargo todos, sin distinciones, grandes y pequeños, ricos y pobres, sacerdotes y laicos, estamos obligados a tener sus mismas disposiciones interiores de pobreza, de humildad, de caridad, de sacrificio y de todas las demás virtudes cristianas, de manera que estemos dispuestos a sacrificar todo, a sufrir todo, también la muerte, antes que faltar a su santa ley: hoc enim sentite in vobis quod et in Christu Jesu [Tengan en si los mismos sentimientos de Cristo] (Flp. 2, 5).

Pero no nos hagamos ilusiones, queridos hermanos. Nosotros no tendremos nunca esta conformidad interior con Jesucristo si no tenemos con Jesucristo también alguna conformidad exterior. La vida de Jesucristo,

dice el Apóstol, debe manifestarse en nuestra carne mortal (2 Cor. 4, 11)" (ivi, págs. 10-11).

En la práctica la conformidad con Cristo significa:

"El modo de conversar sea el de Jesús (...), la mirada de los ojos sea la de Jesús, la mansedumbre de los modales sea la de Jesús: Jesús como espejo, Jesús como modelo, Jesús como sello. El en emitir los juicios, en trazar los caminos, en decidir las opciones; El, en gobernar, en dirigir, en señorear nuestra vida, El, finalmente nuestro amor, nuestro gozo, nuestra corona, el pensamiento de nuestra mente, el latido de nuestro corazón, el ala de nuestras aspiraciones, el sonido que endulce nuestros oídos, el bálsamo que suavice nuestros corazones, el bastón que nos sostenga en el peregrinaje terrenal, el himno y el cántico que tenga eco en nuestros labios y desde el tiempo nos acompañe a la eternidad" (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, págs. 33-34).

4) Divinización = continuación y extensión de la Encarnación en la Iglesia.

Fe no es creer solamente en la SS. Trinidad, sino también creer en la Iglesia:

"Creo en la Santa Iglesia Católica: esa Iglesia que a semejanza de Jesucristo, de quien es bella y fiel imagen, fue y será siempre la misma en todos los tiempos, en todos los lugares y para todos los hombres [...]. Creo en la Santa Iglesia católica: la creo divina, porque divino es el principio que la informa [...]. Creo, sí, creo en la Santa Iglesia Católica y estaría dispuesto a dar mil veces la vida antes que fallar a esta creencia" (La Iglesia Católica, Piacenza 1888, págs. 4-5).

"Cristo Señor fundaba su Iglesia para que una vez que El subiera al cielo, continuara cumpliendo su misión en esta tierra" (ivi pág. 6), misión que es la salvación de los hombres, objetivo de la Encarnación.

Por esto la Iglesia es "la extensión moral de la Encarnación a través de los siglos" (Unión con la Iglesia, obediencia a los legítimos Pastores, Piacenza 1896, pág. 8), "es aquí en la tierra la Encarnación permanente del Hijo de Dios" (ivi pág. 11), "la continuación perpetua de la obra

del Redentor y del Santificador de los hombres sobre la tierra” (Carta Pastoral para la S. Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, pág. 17-18).

Ya en las Conferencias sobre el Concilio Vaticano (Ciudad de Como 1873), Scalabrini había elegido la definición de Bossuet: “La Iglesia es Jesucristo, pero Jesucristo difundido y comunicado” (pág. 5). La Iglesia “forma la verdadera continuación de la persona de Jesucristo, es su boca viviente, el órgano inefable del Espíritu Santo” (pág. 27).

“Por la Iglesia Jesucristo vive en el mundo y continúa en el mundo su obra regeneradora. La Iglesia ¿enseña? Es Jesucristo quien enseña. La Iglesia ¿bautiza? Es Jesucristo quien bautiza. La Iglesia ¿absuelve? Es Jesucristo quien absuelve. La Iglesia ¿condena? Es Jesucristo quien condena. La Iglesia ¿combate, sufre, triunfa? En ella y por ella combate, sufre y triunfa Jesucristo. La Iglesia, según la sublime frase del Apóstol, es el Cuerpo Místico, del que Jesucristo es la cabeza que la informa, le da vida, la fecunda y constituye con ella una sola Persona moral” (Homilía de 1889. AGS 3016/6).

De ello deriva una consecuencia lógica:

“Para ir a Jesucristo, por lo tanto, es necesario pasar por la Iglesia, como para pasar de una orilla a otra de un río es forzoso pasar por el puente o por el barco. Cristo dijo: No se va al Padre sino por mí que soy el Mediador entre Dios y los hombres; así, no se va a Cristo sino por la Iglesia, que es mediadora entre nosotros y Jesucristo” (ivi).

La afirmación de que la Iglesia es continuación y prolongación de la Encarnación no debe ser entendida en el sentido de que la unión hipostática de la humanidad con la divinidad, que se verifica en la persona de Cristo, diviniza la humanidad entera como ha divinizado la humanidad de Cristo. Scalabrini insiste en las homilías de Pentecostés, que la santificación de la humanidad ocurre por obra del Espíritu Santo que Cristo nos ha donado en el misterio de su muerte y resurrección. El día del nacimiento de la Iglesia es el día de Pentecostés: es éste el momento en que la carne de Cristo se hace vivificante por obra del Espíritu Santo, por lo cual Cristo se convierte en cabeza de la Iglesia y centro del cosmos. Por esto, Scalabrini, a la definición de la Iglesia como continuación “moral” de la Encarnación, agrega que la Iglesia es “una Pentecostés prolongada a través de los siglos” (Homilía de Pentecostés

1879. AGS 3016/6), y precisa que es la “continuación de la obra del Redentor y del Santificador de los hombres sobre la tierra”, o sea en la historia (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, págs. 17-18).

Para el Hijo de Dios la Encarnación ha sido “con-descendencia”: descendió para estar con nosotros, ha bajado hasta nosotros, asumiendo la condición de siervo; se ha vaciado de sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte de cruz, y por esto ha sido exaltado. Así la Iglesia pasa a través de la persecución y de la pasión para convertirse en el “Reino”. Como consecuencia el camino de la fe y de la espiritualidad y la misión de anunciar deben pasar obligatoriamente a través de las mismas etapas de la Encarnación redentora, o sea la cruz y la resurrección. Los himnos triunfales con los que Scalabrini celebra la Iglesia victoriosa e invencible, suponen siempre el paso pascual del sacrificio. Memoria crucis y spes resurrectionis [memoria de la cruz y esperanza de la resurrección] son los aspectos típicos del que quiere vivir una auténtica espiritualidad de encarnación, ya sea como individuo, ya sea como pueblo de Dios. Como Cristo ha descendido hacia lo humano y se ha hecho hombre, así la Iglesia y el hombre de Iglesia se inclinan como el Samaritano sobre el hombre herido (víctima de los hombres y del pecado), se comprometen en lo temporal y en lo social, siempre con la “reserva escatológica”.

La fe y la espiritualidad están “encarnadas” en el sentido que atañe al hombre en su integridad de cuerpo y de espíritu, de individuo y de sociedad; pero el hombre de fe sabe que la integridad y plenitud se alcanzan solamente pasando por la fase histórica de la Encarnación, que es la misma operación de la salvación mediante el descender a la condición humana, en su fragilidad, sufrimiento, mortalidad, a quien corresponde, se puede decir de manera especular, la fase de la plena realización y de la exaltación.

Citamos solamente uno de los numerosos trozos que revelan el pensamiento de Scalabrini sobre este aspecto:

“La vida de la Iglesia emana directamente de un principio divino, que informa y gobierna su organismo, la totalidad de los fieles, en los que se expresa, sublimándola así como sociedad de naturaleza totalmente diferente a las demás, porque es sociedad terreno-celestial, por lo tanto verdadera imagen de su fundador Hombre y Dios conjuntamente. De manera que puede decirse casi una encarnación viviente de Cristo sobre

la tierra, una continuación de su vida mortal; Jesucristo difundido y comunicado en toda su plenitud. La vida de la Iglesia es radicalmente el Espíritu de Dios, según el Apóstol: Multi unum corpus sumus in Christo: haec omnia operatur unus atque idem Spiritus [Siendo muchos formamos un solo cuerpo en Cristo: en todo es el mismo y único Espíritu el que actúa].

Ahora bien, ya que Jesucristo aquí en la tierra desde su nacimiento probó todos los dolores de nuestra humanidad y fue el blanco de la ira y de las persecuciones de los malvados, así debe ser su esposa. Ella reviste su potestad, perpetúa su acción en el mundo, representa sus características y comparte sus destinos. Vean: El fue perseguido y ella es perseguida; El fue calumniado y ella es calumniada; El ha sufrido y ella sufre. Todos los dolores de la pasión de Jesucristo se renuevan en ella continuamente" (Homilía de Pascua, 1879. AGS 3016/4).

Otra analogía con la Encarnación se aplica a la estructura de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo:

"Bien se dijo que la Iglesia no es más que la extensión moral de la Encarnación a través del transcurso de los siglos. Y ya que en Cristo la humanidad y la divinidad, si bien distintas, están íntimamente unidas e inseparables, así la Iglesia que lo representa, continúa su obra, produce los mismos efectos sobrehumanos y es al mismo tiempo divina y humana. Más claramente: la Iglesia que mirada en su fin, es una sociedad espiritual, dirigida a la santificación y salud eterna de las almas, tiene, sin embargo, también una parte material, visible y externa, principalmente en relación con los miembros que la componen, los hombres, que no son espíritus puros, sino seres compuestos de alma y cuerpo. Y como la misión reparadora del Hombre-Dios, si bien dedicada al rescate de la salud de las almas, se presentó bajo las formas corpóreas y sensibles de la encarnación, predicación, pasión, muerte, resurrección, El quiso relacionar a formas materiales y sensibles los actos de su Religión, y los medios ordinarios de santificación: culto, magisterio, Sacramentos.

La razón es que en esta sociedad religiosa se observa una parte espiritual, que se llama alma de la Iglesia; es aquella parte que vivifica, informa y rige todos sus miembros místicos y los pone en comunicación con su divina Cabeza y entre ellos, y opera ese beatífico intercambio de méritos y riquezas que se llama Comunión de los Santos, y que abarca a todos los justos y a los amigos de Dios [...]. A esto pertenece todo lo que la Iglesia tiene en su interior de carácter espiritual: la fe, la caridad, la esperanza, los dones de la gracia, los carismas y los frutos del divino Espíritu y todos los tesoros celestiales que derivan de los méritos de Cristo redentor y de sus siervos.

La otra parte de la Iglesia constituye el cuerpo, que consiste en todo lo que tiene de visible y externo, ya sea en la asociación de los congregados, ya sea en el culto y en el ministerio de la enseñanza, ya sea en su orden y régimen.

En la forma en que estas dos partes esenciales constitutivas de la Iglesia están unidas en forma inseparable entre ellas, como lo está el alma con el cuerpo, de tal manera entre miembro y miembro debe reinar, por la caridad, una armonía y reciprocidad de oficios, que den una imagen de la unidad de la que consta la persona física, como la describe el Apóstol diciendo que de Cristo, nuestra Cabeza, todo el cuerpo compaginado y conexo por medio de todas las uniones de comunicación, en virtud de la proporcionada actividad de cada uno de los miembros, adquiere el aumento propio del cuerpo mediante la caridad" (Unión con la Iglesia, obediencia a los legítimos Pastores, Piacenza 1896, págs. 9-10).

¿Cuáles son las consecuencias que Scalabrini saca para la espiritualidad?

a) Si la Iglesia es continuación de la finalidad y de la obra de la Encarnación, o sea la salvación de los hombres, el hombre de Iglesia se propone esa misma finalidad y trabaja en la misma obra. Compromiso apostólico total: "hacerse todo para todos, para ganar a todos para Cristo".

b) Si la Iglesia es continuación de la Encarnación en la forma, o sea, "bajo formas corpóreas y sensibles", el hombre de Iglesia absuelve su compromiso apostólico en formas encarnadas: "culto, magisterio, Sacramentos".

c) Si lo que constituye la Iglesia en sus dos aspectos, de comunión y de estructura social, de "alma" y de "cuerpo", es la caridad (o el Espíritu Santo que es justamente caridad), el hombre de Iglesia trabaja por la unidad de la Iglesia en la caridad y sólo en la caridad y en la verdad, porque el Espíritu del Señor es caridad y verdad (ver Homilías de Pentecostés, por ej. 1889).

d) "Si la Iglesia es aquí en la tierra la encarnación permanente del Hijo de Dios, si Cristo y la Iglesia son por lo tanto inseparables [...] no hay, y no puede haber salvación sin la Iglesia [...] ¡Por lo tanto, unión con la Iglesia, hermanos e hijos míos! Pero, tengan cuidado que no puede ser una unión cualquiera [...]: para pertenecer adecuadamente a la Iglesia, y particularmente como miembro activo a su vida interior, no basta la

incorporación externa, sino que se requiere también la posesión de la gracia santificante, el conjunto de las principales virtudes que unen el hombre con Dios, fe, esperanza, caridad, y el ejercicio de obras meritorias con respecto a los demás miembros del cuerpo místico" (Unión con la Iglesia, obediencia a los legítimos Pastores, Piacenza 1896, pág. 11).

¿Quieren entonces, hijos míos, ser de Cristo y tener parte en los bienes de Cristo? Manténganse unidos al Cuerpo de Cristo, manteniéndose unidos a su Iglesia; unidos con la mente por la fe, unidos con el corazón por la caridad" (ivi, págs. 12-13).

e) Estar unidos con la Iglesia significa estar unidos en la Iglesia: "Hagan todo lo posible, les diré con el Apóstol, por conservar la unidad del espíritu con el vínculo de paz, con toda humildad y mansedumbre (ya que la soberbia, al no reconocer sumisión, es contienda y desorden), con paciencia, comportándose los unos a los otros con caridad, ya que ustedes son un solo cuerpo, una sola mente y están llamados a una sola esperanza" (ivi, págs. 13-14).

f) Si por orden divino hay una autoridad que une y dirige, y ésta, como hemos visto, reside en el orden sacerdotal, también deben reconocer que en la Iglesia hay distinción de clases, de oficios y de poderes; hay superior y súbdito; hay quien enseña y quien es enseñado, quien apacienta y quien es apacentado" (ivi, pág. 14). "Por lo tanto es riguroso deber de todo cristiano genuino vivir en unión con el Sacerdocio, con los Pastores de la Iglesia, con su propio Pastor" (ivi, pág. 9).

La "conjunción fecunda y perfecta" con la Iglesia se verifica "en la triple unidad de fe, de comunión, de obediencia" (ivi, p. 17). Efectivamente, la Iglesia es "una sociedad de hombres viandantes, reunidos en la profesión de una sola y misma fe cristiana y en la comunión de los mismos Sacramentos, bajo el gobierno de los legítimos Pastores y principalmente del Pontífice Romano" (ivi, pág. 18).

De estos principios deriva la concepción teológica, y también la espiritualidad del episcopado:

"Aunque inmerecidamente, yo soy vuestro Obispo. ¿Quién me ha dado autoridad sobre ustedes, si no justamente Jesucristo a través de Aquél que lo representa aquí en la tierra? Jesucristo vive en el Obispo, diría casi como en un sacramento animado, y la vida del Obispo extrae todo su vigor de esta unión íntima con El, Príncipe de los Pastores, y con su Representante visible, el Papa. Es sólo por esta unión, que él, el Obispo,

posee, en los límites de su Diócesis, autoridad de magisterio, de mando, de perdón, de castigo, que él es predicador del Evangelio, ministro de todos los Sacramentos, consagrador de los mismos ministros de Dios, Juez, Maestro, Pontífice, Legislador. Por lo tanto, si la autoridad de la Iglesia es humana en los organismos por los que se ejerce, ella nada tiene de humano en la fuente desde la cual procede. Son hombres los que les dicen lo que deben creer, pero ellos no enseñan su propia doctrina. Ellos no son otra cosa que el eco de la enseñanza del Verbo de Dios. Lo que ellos nos proponen para creer es lo mismo que ellos deben creer como ustedes. Mandan, obedecen; no ejercen un dominio, sino les hacen partícipes del gozo de su certeza" (ivi, págs. 19-20).

5) Divinización = continuación y extensión de la Encarnación en la historia humana

Cristo es el centro del cosmos y de la historia: "es el Alfa y la Omega, el principio y el fin", "el compendio de los siglos", "el centro de la creación", "la meta de todas las obras y de todos los designios de la Providencia" (Carta Pastoral para la santa Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, págs. 25-26).

Cristo es también "la única y verdadera luz que ilumina a cada hombre y por lo tanto a la humanidad entera" (ivi). "Sin su obra, el orden de la naturaleza y de la gracia, el pasado y el futuro son un libro cerrado con siete llaves" (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1877, Piacenza 1877, pág. 6). En cambio, con la fe "la inteligencia humana corre por el tiempo y por la eternidad, y nuestro pensamiento pasa desde el último granito de arena a la inmensidad del Ser increado" (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1884, Piacenza 1884, pág. 7).

A la luz de la fe, que es la luz del Verbo, Scalabrini lee en la historia de la humanidad y del mundo la historia de la salvación. "Dios hizo y hace todo por su Verbo [...]. Cristo hizo todo por su Iglesia": por lo tanto, la historia está orientada hacia el cumplimiento de la "gran palabra de Cristo: un solo rebaño, un solo pastor" (Discurso para el IV Centenario de Cristóbal Colón, 1.12.1892. AGS 3018/21).

La historia es un continuo devenir, en continuo e irreversible progreso, pero "Jesucristo es el verdadero progreso, y el verdadero progreso no es otro que Jesucristo: Jesucristo viviente en el hombre, Jesucristo que se

incorpora en la humanidad y que incorpora a la humanidad consigo, Jesucristo que se extiende y se eleva de grado en grado en los espacios y en los siglos”

(Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1879, Piacenza 1879, pág. 35).

También lo que parece doloroso y negativo es asumido por Cristo para el advenimiento de su Reino:

“Gloria e ignominia, dolor y alegría, agitación y paz, vida y muerte, maldición y bendición, todo está puesto en sus manos. El dijo al mar: cálmate; y se calmó. Los cataclismos sociales, que revolucionan los reinos, están sometidos a El y está en su poder detenerlos, para orientarlos, cuando le plazca, en favor de los elegidos” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1877, Piacenza 1877, pág. 11).

El mundo católico de entonces miraba generalmente con aprensión y a veces con terror a “la revolución”; muchas veces la demonizaba, a veces la exorcizaba. Mons. Scalabrini leía en ella un designio de Dios:

“Nosotros vemos ahora agonizar la sociedad, diríamos, para producir un nuevo orden de cosas; no sabe la infeliz que trabaja, casi para madurarse, por el reino del Hombre-Dios, no sabe que trabaja para preparar el campo para la victoria universal de la Iglesia y para cumplir la profecía infalible de Jesucristo: *confidite; Ego vici mundum*: tengan fe; ¡Yo he vencido al mundo! Sí, Venerables Hermanos e Hijos Queridos, con la grandeza material del Imperio Romano, Dios ordenó disponer la grandeza religiosa del Imperio de Cristo, así, esta ansiedad del actual progreso y todos los esfuerzos de nuestro siglo, sus descubrimientos, sus cálculos, sus empresas, están ordenadas por la Providencia para el triunfo total de sus elegidos diseminados aquí sobre toda la tierra. *Omnia propter electos* [Todas las cosas en favor de los elegidos] (2 Cor. 4, 15)” (ívi, págs. 15-16).

Omnia propter electos, o sea para el cumplimiento del “gran designio de Dios; la salvación de todos los hombres por medio de su Iglesia, creación admirable de su amor infinito, su casa, su ciudad, su reino”.

Mons. Scalabrini rechaza la actitud defensiva, más bien negativa, de muchos contemporáneos suyos ante la ideología del progreso, por más que fuese proclamada en clave positivística y antirreligiosa por la ciencia oficial de ese tiempo. Está fascinado por el progreso ya sea científico o tecnológico y exclama:

“¿Quién no ve claro el designio de Dios? Mientras el mundo se agita deslumbrado por su progreso, mientras el hombre se jacta por sus conquistas sobre la materia dominada y manda como dueño a la naturaleza, desentrañando el suelo, subyugando el rayo, confundiendo el agua de los océanos con el corte de los istmos, suprimiendo las distancias; mientras los pueblos se desarrollan y se renuevan, las razas se mezclan, se extienden o perecen; a través del ruido y por encima de estas innumerables obras y no sin ellas, se está cumpliendo una obra más vasta, más importante, más sublime: la unión en Dios por su Cristo de todas las almas de buena voluntad. Los servidores de Dios que trabajan sobre la tierra para sus designios son numerosos en todos los tiempos, pero en las grandes épocas históricas de renovación social, hay más de lo que se ven, más de lo que se conocen, que trabajan inconscientemente para sus órdenes, para su gloria. Porque, oh señores, sépanlo bien, el último objetivo prefijado a la humanidad, no es la conquista de la materia por medio de una ciencia más o menos avanzada, ni la creación de esos pueblos en los que se encarna hora tras hora el genio de la fuerza, de la literatura, de la ciencia, del gobierno, de la riqueza, no, sino la unión de las almas en Dios por medio de Jesucristo” (Discurso para el IV Centenario de Cristóbal Colón, 1.12.1892. AGS 3018/21).

En modo particular Scalabrini ve verificarse la venida del Reino de Dios en el fenómeno histórico y social de la emigración, aunque reconozca también los aspectos negativos:

“Emigran las semillas sobre las alas de los vientos, emigran las plantas de continente a continente llevadas por las corrientes de las aguas, emigran los pájaros y los animales, y más que todos, emigra el hombre, a veces en forma colectiva, otras en forma aislada, pero siempre instrumento de esa Providencia que preside los destinos humanos y los guía, también a través de catástrofes, hacia la meta, que es el perfeccionamiento del hombre sobre la tierra y la gloria de Dios en los cielos. Esto nos dice la Revelación divina, esto nos enseña la historia y la biología moderna...” (La emigración de los obreros italianos, Ferrara 1889).

La emigración es, según Scalabrini, una de esas realidades “ordenables” al bien supremo, y que, por lo tanto, pertenecen de por sí a la historia de la salvación, aunque el pecado las pueda desviar del fin al cual la Providencia las ha ordenado:

“En fin, puede ser un bien o un mal nacional o individual, según el modo y las condiciones en que se cumple, pero casi siempre es un bien humano, ya que abre nuevos caminos al comercio, facilita la difusión de los hallazgos de la ciencia y de la industria, funde y perfecciona la civilización y amplía el concepto de patria más allá de los confines materiales, haciendo patria del hombre al mundo, pero especialmente porque en similitud con el antiguo imperio romano, preparado por el cielo para la más fácil y rápida difusión del Cristianismo, sirve admirablemente para propagar por doquier el conocimiento de Dios y de Jesucristo” (ivi).

“Aquí, por lo tanto, un día, si la inercia, si la ignorancia de los caminos de Dios, si el descanso sobre los laureles conquistados, si el ahogo de santas aspiraciones, no desvían los pueblos del plan divino, todas las naciones tendrán generaciones numerosas, ricas, felices, morales, religiosas, que, aun conservando cada una los caracteres de su nacionalidad, estarán estrechamente unidas.

Desde esta tierra de bendición se elevarán las inspiraciones, se desarrollarán los principios, se desplegarán nuevas fuerzas, arcanas, que vendrán a regenerar, a reavivar el viejo mundo al enseñarle la verdadera economía de la libertad, de la humanidad, de la igualdad; enseñándole que pueblos de diferente origen pueden conservar muy bien su propia existencia nacional, aún estando política y religiosamente unidos, sin barreras para ponerse celosos y dividirse, sin armadas para empobrecerse y destruirse unos con otros [...].

A través del ruido de nuestras maquinarias, por encima de este trabajo febril, de todas estas obras gigantescas, y no sin ellas, se va madurando aquí una obra mucho más extensa, mucho más noble, mucho más sublime: la unión en Dios por Jesucristo de todos los hombres de buena voluntad” (Discurso en el Catholic Club de New York, 15.10.1901).

Cristo “reúne toda la creación del universo. Todo fue hecho a través de El, y sin El nada existiría. Por lo tanto, al reino de Jesucristo se refieren todas las cosas, pasadas, presentes y futuras; y este reino es su Iglesia” (Discurso para el Jubileo de León XIII, 1887. AGS 3017/6).

De esta visión de la historia también derivan consecuencias en el orden de la espiritualidad. Se podrían resumir en una sola palabra: la esperanza.

a) La esperanza fundada sobre el primer principio de la historia de la salvación: Dios es amor. La esperanza basada sobre la fidelidad de Dios a la promesa, encarnada en Cristo y garantizada por el Espíritu, que nos hace semejantes y nos une a Cristo y así nos conduce al Padre.

La esperanza que se entrega a Dios, con la certeza que su iniciativa, soberanamente libre y al mismo tiempo respetuosa de las criaturas, según su respectiva naturaleza, tiene un solo objetivo: omnia propter electos.

Es la esperanza de la venida del Reino, que es esperanza en la Iglesia:

“Los obstáculos que todavía surgen para contrastar el plan divino desaparecerán poco a poco y vendrá el día en que todas las naciones conocerán donde está su verdadera grandeza; sentirán la necesidad de volver al Padre y con certeza volverán. ¡Qué día será ese! Día venturoso, en el que todos los acentos, todas las voces en diferentes lenguas, como ya sucedió en el gran Concilio Piacentino, elevarán al Altísimo el cántico del agradecimiento y de la alabanza. El sol de la verdad resplandecerá más luminoso y el arco iris de la paz, como dice un elocuente orador, se curvará sobre la tierra con todos sus gentiles colores. Será como un arco de triunfo, bajo el cual la Iglesia pasará victoriosa y pacificadora, atrayendo a sí el mundo moderno; y la sociedad, vuelta nuevamente cristiana, continuará en el orden y en la justicia, el camino de la verdadera libertad, de la verdadera civilización, del verdadero progreso” (Discurso para el VIII Centenario de la 1ª Cruzada, 21.4.1895. AGS 3018/26).

b) “La vida de la Iglesia es una vida de esperanza inmortal, y su esperanza no puede fallar” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1877, Piacenza 1877 pág. 10). El que tiene esperanza sabe esperar, porque la esperanza es espera. Ley de la historia de la salvación es la pedagogía progresiva que se desarrolla en un arco de tiempo que corresponde a “la plenitud de los tiempos”:

“Al que pregunte cómo y cuándo Dios quiere utilizar todos los eventos humanos, todos los eventos del mundo a su designio de triunfo para la Iglesia y para su augusto Jefe, mientras a menudo parece lo contrario, podría contestarse otro tanto: esperen que el designio de Dios haya concluido, entonces lo verán. Dios conoce el tiempo de edificar y de destruir; y en el tiempo oportuno edifica y destruye” (Discurso para el Jubileo de León XIII, 1887. AGS 3017/6).

En efecto “los momentos de su gracia no son siempre los momentos de nuestra impaciencia [...]. Quien tiene fija en Dios el ancla de la esperanza, espera aún contra la misma esperanza” (ivi).

“Elevemos entre las opresiones el espíritu; ensanchemos más que nunca nuestros corazones, esperemos; pero nuestra esperanza sea calma y paciente; esperemos, pero sin cansarnos. El siervo fiel que espera a su patrón, no falta a su deber porque el patrón demora en llegar. Si Dios, en sus adorables designios, tarda en escucharnos, nosotros duplicamos nuestra confianza, contraponiendo al juicio de los hombres la inefable verdad de las promesas divinas; a la incredulidad del mundo una ilimitada confianza” (Carta pastoral para la Santa Cuaresma de 1877, Piacenza 1887, pág. 11).

c) Por lo tanto, la fe es confianza: confianza en Dios pero también en el hombre y en la historia, guiados por Dios. La salvación ya ha sido realizada, y por esto el cristiano está en el gozo, es entusiasta, mira con optimismo a los hombres y a los eventos que están en las manos de Dios, mira con confianza el porvenir porque, en la espera de que este se cumpla, goza ya por la posesión de la certeza.

La paciencia y la constancia son sometidas a la prueba de las tribulaciones y de las contrariedades: pero esta es la ley de la Cruz, “victoria de Cristo”, “esperanza de los cristianos”, “madero de la vida”, bálsamo para todas las heridas, lenitivo para todo dolor, sostén para toda debilidad, consuelo para toda ansiedad, esclarecimiento para toda duda, luz para toda oscuridad. “En las aflicciones, en los desánimos, en las desilusiones aprieten sobre el corazón la Cruz que les he entregado y con el acento de un entero abandono en las manos de Dios repitan: fac me cruce inebriari; absit gloriari nisi in cruce D. N. Jesu Christi [Haz que me enamore de la Cruz; lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo], y vuestro corazón se dilatará y vuestra alma se abrirá a todas las dulzuras de la esperanza cristiana y vuestras obras serán todas preciosas para el Cielo” (Palabras dirigidas a los Misioneros que partían desde San Calocero en Milán el 10 de junio de 1884. AGS. 3018/2).

d) En la confiada espera del futuro definitivo, del éscaton, el cristiano se dedica en forma responsable a la construcción de un futuro histórico social, continuando la encarnación de Cristo en el contexto humano y social de los contemporáneos, haciendo propias las aspiraciones de la dignidad humana, manteniéndose al paso con la evolución histórica y saludando en el progreso un gradual acercamiento al Reino de Dios, no

considerado en forma abstracta, sino encarnado en la Iglesia en cuanto ella es el reino de la gracia.

La historia humana no es de por sí salvífica, porque está condicionada por el pecado del hombre libre: corresponde al cristiano reconocer su propia responsabilidad y preparar el futuro, no destruyendo los hechos históricos, sino sometiénolos al juicio del Señor de la historia, discerniéndolos, por lo tanto, en el Espíritu y purificándolos con el fermento del Evangelio.

“Es ley de la filosofía de la historia que los grandes acontecimientos de la humanidad, como tienen razón de efecto en relación con otros acontecimientos que lo preceden, así tienen ellos razón de causa en relación con los acontecimientos que lo siguen.

Por lo tanto, es esa cadena de causas y de efectos que representa el principio de causalidad en el orden histórico. La Providencia ha urdido y dirige los supremos hilos de esta cadena para los fines que ella pretende.

De ello deriva que aspirar a querer destruir los grandes hechos contemporáneos, que no son más que la consecuencia de los precedentes, y querer destruirlos con el dulce hacer nada [“dolce far nulla”], o bien con una sistemática oposición a priori, es por lo menos muy poco racional [...]. Que si por el contrario, no desconociendo lo que los tiempos han obrado, se distingue entre el bien y el mal, y se procura volver a conducir a la humanidad a las leyes de la moral y de la justicia, con esos argumentos que ya en otra oportunidad han convertido al mundo, entonces se podrá esperar que los acontecimientos, entrados en el dominio de la historia, sean purificados de la escoria que los envuelve, y sean orientados hacia el verdadero beneficio del género humano” (Intransigentes y transigentes, Bolonia 1885, págs. 22-23).

Los “hechos” son hechos y se debe tomar nota de ellos; pero la conciencia de que ellos dependen también de nuestra libertad y preparan en cierto modo el futuro, nos impone una reflexión ética, que guíe nuestra responsabilidad hacia el futuro, no solo individual, sino también colectivo.

Esta lectura de la historia con la fe y en la fe, impulsa al cristiano a asumir su parte de compromiso personal, en obediencia al llamado personal recibido de Dios, en una actitud que es al mismo tiempo fe en la acción infalible del Señor y dedicación completa de la propia persona al cumplimiento de la vocación respectiva:

“Creo que contiene una gran sabiduría la siguiente máxima: permanecer en perfecta tranquilidad acerca de todo lo que acontece por disposición divina, no sólo con lo que respecta a sí mismo, sino también en lo que respecta a la Iglesia, obrando en favor de ella detrás del llamado divino” (Carta a G. Bonomelli, enero de 1886).

e) La fe-obediencia y la fe-confianza se convierten en fe-caridad. La fe produce el amor al hombre en su concreción histórica, el amor a quien te es “prójimo”, está cerca tuyo, a quien tú puedas y debas dar algo que él te pide, la búsqueda de lo que une y no de lo que divide, el amor a la Iglesia como sacramento de la gran unidad del pueblo de Dios, a la que conducen o por lo menos abren el camino las unidades parciales, a las que tiende el progreso histórico. Scalabrini ama traer el ejemplo de la emigración, que prepara cierta unificación de la humanidad, etapa para la unificación de la humanidad en Dios por Cristo.

f) Para la edificación de la unidad contribuye la conciliación entre los varios elementos que parecerían obstaculizar la unidad. Un campo en el que Scalabrini se empeñó con particular dedicación y sufrimiento fue justamente el de la conciliación, especialmente en el ámbito de la “Cuestión Romana”.

“La patria terrenal y la patria celestial. ¡Oh, sí, amemos la primera! Ella es un don de Dios. Amarla, procurar su prosperidad y grandeza entra en el sublime precepto de la caridad impuesto por el Evangelio, pero para amarla verdaderamente, asociamos a su amor el amor de la Religión que nos guía a la Patria eterna. ¡Religión y Patria! Estos dos supremos amores de nuestros antepasados, estas dos aspiraciones de todo corazón generoso, deben, como hijas del mismo padre, darse el beso de la paz, deben amarse y ayudarse recíprocamente: quod Deus conjunxit homo non separet [el hombre no separe lo que Dios ha unido]” (Discurso para el VIII Centenario de la Iª Cruzada, 21.4.1895. AGS 3018/26).

Pero, para alcanzar la conciliación entre Iglesia y Estado, es necesario construir ante todo la unidad dentro de la misma Iglesia:

“Miren este santo edificio y vean como la variedad no perjudica para nada la admirable unidad. Cada piedra tiene su forma, su posición, su destino particular. Unas son colocadas en la base, otras en lo alto; las más ricas y espléndidas adornan el santuario y el altar; éstas más comunes,

pero no menos útiles, diseminadas por doquier, forman el cuerpo principal de la construcción [...].

He aquí una imagen viva de la sociedad, de la familia, de la Iglesia, como fueron instituidas por Dios. En ellas cada uno debe mantenerse en su lugar, aceptar con docilidad inalterable la posición en la que Dios lo ha colocado; ya que Dios es el autor de las dignidades, el árbitro supremo de nuestra suerte, la verdadera gloria del alma cristiana está en cumplir la voluntad de Dios para edificar, como dice San Pablo, sobre el fundamento de los Apóstoles y de los profetas, siendo el mismo Jesucristo piedra angular, sobre el cual el edificio todo se levanta como templo del Señor; sobre el cual también ustedes son edificados en habitáculo de Dios mediante el Espíritu.

Pero como estas piedras [...] no formarían un sólido edificio si no estuvieran unidas unas con otras con cierto orden, si no estuvieran unidas en paz y casi en recíproco amor, así los cristianos no formarían en serio la casa de Dios sino estando unidos estrechamente con los vínculos de la caridad: *Domun Domini non faciunt, nisi quando charitate compaginantur* [No construyen la casa del Señor, sino cuando están unidos en la caridad]. La caridad [...] es el noble cemento de la sociedad cristiana; es la gran ley de atracción que perfecciona y confirma el mutuo amor que debemos a nuestros hermanos; que otorga al corazón humano la solidez y la elasticidad llenándolo de fuerza, de comprensión y de misericordia” (Discurso para la inauguración del Templo del Carmen en Piacenza, 17.2.1884. AGS 3018/2).

Las condiciones indispensables para edificar la unidad de la Iglesia son la verdad y la caridad:

“Diremos a todos: sean firmes, sean impávidos, sean inamovibles en sostener y defender los sacrosantos derechos de la Iglesia y de su augustísimo Jefe, pero siempre, como León XIII prescribe, con esa templanza de modos y de lenguaje, que no sacan, sino agregan fuerza al derecho y a la verdad y la hacen accesible también para las mentes más reacias.

Si nosotros insistimos tanto sobre este punto, es porque desafortunadamente estamos en tiempos en los que las máximas también más elementales del cristianismo son distorsionadas o descuidadas, por eso nunca se repiten bastante. Por lo tanto, que nuestra fortaleza sea dulcificada por la prudencia y por la caridad, y la prudencia y la caridad reciban eficacia de la fortaleza: *¡Resistite fortes in fide!* [¡Resistan firmes en la fe!].

Fuertes en la verdad, fuertes en la caridad, fuertes también en la unidad, que es cumplimiento y efecto de la caridad [...]. Unidad de pensamiento, unidad de corazón, unidad de acción. En los tiempos difíciles que vivimos,

nosotros no podremos sostenernos de otro modo que permaneciendo unidos y compactos, y no debe haber sacrificio de opiniones que no debamos hacer para mantener esta unidad, en la que solamente reside el secreto de la victoria" (Para su regreso de Roma, Piacenza 1882, págs. 21-22).

La sociedad humana, en su progreso, debe concurrir a la edificación de la gran unidad:

"Todo revela una lenta, pero progresiva evolución de ideas; todo hace presagiar que la sociedad, hastiada por el inmundo materialismo que la corrompe y la degrada, está por encaminarse hacia la ansiada renovación, todo anuncia, como decía De Maistre, no sé cual es la gran unidad, hacia la cual caminamos a grandes pasos. Es sin duda la unidad predicha por el Evangelio, la unidad religiosa por medio de la Iglesia, la unidad que, por último, hará de toda la tierra un solo rebaño guiado por un solo Pastor. Mis queridos hermanos, el hombre se agita, pero es Dios que lo conduce. Recemos, repito, y esperemos" (Al venerable clero y muy querido pueblo, Piacenza 1896, pág. 15).

La esperanza de Scalabrini es aquella que se despoja de las autosuficiencias y de las autoseguridades para descansar solamente en Dios, pero al mismo tiempo se pone en el camino de la liberación, del éxodo y de la salvación, recorriendo el camino de la Encarnación: per crucem ad lucem.

2. LA FE VIVIDA

A. "¡DIVINIZARME!"

1) *"¡Si pudiese santificarme!"*

"¡Si pudiese santificarme y santificar todas las almas que me fueron confiadas!" (Carta a C. Fogliani Pallavicino, 29.1.1903. AGS 3025/14). "¡Si pudiese santificarme, hacerme santo! hoc est omnis homo" [Aquí está el hombre entero] (Carta a G. Bonomelli, 21.1.1897).

La fe, la esperanza, la caridad generan el deseo de santidad que, según Scalabrini, es el primer medio para alcanzarla:

"El primer escalón o medio para la santidad es el deseo ardiente y vehemente [...]. No es suficiente un deseo, una decisión cualquiera: es necesario un deseo y una voluntad que sean comparables con el hambre y la sed. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados". La santidad es la verdadera sabiduría, que es necesario invocar, desear, buscar como la riqueza, desentrañar como un tesoro [...]. Nadie jamás alcanzará la cumbre de la santidad, si no la ha anhelado asidua e intensamente" (2do discurso del 2do Sínodo, Synodus Dioecesana Placentina Secunda, Piacenza 1892, págs. 181-182).

Era el deseo que Scalabrini renovaba e intensificaba en los Ejercicios Espirituales:

"La dignidad episcopal es divina -Deus honor omnium dignitatum [Dios es el honor de todas las dignidades]- debe ser en forma muy especial del obispo. Yo debo hacerme digno elevándome, purificándome, divinizándome" ("Propósitos", 30.1.1894).

"Un Obispo debe ser movido en cada acción por el Espíritu Santo, secreto motor de la humanidad santísima de Jesucristo. Debe esforzarse para hacerse santo. El Obispo debe ser virgen, confesor, mártir [...]. ¡Elevarme, ennoblecerme, divinizarme! Tantum proficies quantum tibi vim intuleris [Tanto progresarás cuanto te esforzarás en vencerte a tí mismo]" (ivi, 24.8.1894).

“Hombre de vida muy virtuosa y de suma perfección” fue definido por el vicesecretario -luego arzobispo de Génova- Mons. Francisco Sidoli (Testimonio A. de Martini, Proceso diocesano, f. 271). “La suya fue una vida verdaderamente heroica, una vida de Obispo verdaderamente santa” (Testimonio C. Mangot, *ivi*, f. 67). “Solamente aquellos que tenían la suerte de estar cerca de él en la vida íntima [...] pueden saber hasta qué punto de perfección evangélica practicara las virtudes cristianas y que yo jamás hubiese podido imaginar” (Testimonio C. Spallazzi, *ivi*, f. 69). “No puedo comprender a Mons. Scalabrini si no hubiese practicado todas las virtudes en grado heroico” (Testimonio L. Cornaggia Medici, *ivi*, f. 727).

El Beato Guanella “lo consideraba un santo” (Testimonio M. Rinaldi, *ivi*, f. 681). El Beato Orione auspiciaba la beatificación (cfr. Testimonio L. Orione, *ivi*, f. 820). Para el Siervo de Dios Mons. Francisco Torta fue “siempre considerado un hombre santo, por su extraordinaria fe y caridad”. (Testimonio F. Torta, *ivi*, f. 355). El santo obispo Mons. Rinaldi lo juzgaba “digno de los honores de los altares” (Testimonio M. Rinaldi, *ivi*, f. 676). Benedicto XV admiraba en él “las excelsas virtudes” (Autógrafo del 30.6.1915). Santa Francisca Cabrini lo juzgó como “un hombre que solamente en Dios encuentra el secreto de las más nobles y arduas virtudes” (Carta de F. S. Cabrini a J. B. Scalabrini, 22.12.1899. Archivo Episcopal de Piacenza). El Beato Calabria lo reputaba “un gran santo” e imploraba a Dios la glorificación de su “heroico Siervo” (Carta de G. Calabria a F. Milini, 15.8.1954). El Cardenal Richelmy afirmaba: “Muerto para sí, El vivía la verdadera vida del discípulo de Jesucristo” (En el XXV Aniversario del Instituto de los Misioneros de San Carlos, Roma 1912, p. XVI).

Sin embargo, su comportamiento no era el del santo del cuello torcido y de la actitud tradicional considerada “ascética”:

“El gozaba del concepto de hombre de vida santa, pero al tener una forma de actuar desenvuelta y totalmente normal, evitando toda manifestación de austeridad exterior que impactara a las masas, no daba la idea de una santidad de altar, como concibe vulgarmente el pueblo. Como se lee de tantos otros santos que sabían esconder la santidad interior” (Testimonio de G. B. Nasalli Rocca, Proceso diocesano, f. 762).

Esta observación, compartida por otros testimonios, por una parte explica la ausencia de una clamorosa santidad, por otra nos indica el tipo, o mejor, el estilo de su espiritualidad: un estilo todo interior, basado sobre una profundidad de vida de fe y de “rectitud de corazón”, o sea de constante y total orientación a Dios, que era el alma de su vida “exterior”.

Esta no presentaba nada fuera de lo “normal”, si se debiese juzgar sólo por algunas expresiones de la santidad que son también manifestaciones exteriores y con frecuencia no comprobables. Pero no podemos definir como “normal” la vida de Scalabrini, si por “normal” entendemos el término medio de las personas que se empeñan en la perfección cristiana. Ese término medio está ampliamente superado tanto “en la plena conformidad de la voluntad divina, expresado en un continuo y exacto cumplimiento de sus deberes” -según la definición que Benedicto XV dio de la heroicidad de las virtudes (cfr. “Acta Apostolicae Sedis 1920, pág. 173)- cuanto en la “continuidad” entre los dos aspectos que entonces se individualizaban como vida interior y vida exterior. “Tanto se hace verdaderamente hacia fuera, cuanto se posee verdaderamente por dentro” (Carta a E. Piazza, 1899. AGS 3021/17).

“Yo siento cada día más intensamente que para llevar la carga episcopal de la vida exterior, sin caer bajo su peso, es necesaria la vida interior, en la que solamente se encuentra el consuelo, la fuerza, el sentimiento interior, la luz, la paz que sostiene, el manna absconditum [el maná escondido]” (Carta a N. Bruni, 1901. AGS 3021/17).

“La vida cristiana se puede resumir toda en: observar fielmente la ley de Dios y cumplir exactamente los deberes del propio estado. Hay gran número de personas que han alcanzado la santidad solamente con seguir este camino. No todos los santos han realizado acciones estrepitosas [...]. María misma no se hizo notar por ningún don extraordinario y no se lee en la Sagrada Escritura que ella durante su vida mortal hiciese nunca un milagro. No por esto ella deja de ser considerada la más santa de las criaturas. Por lo tanto, no son los milagros y los dones extraordinarios que hacen a los Santos, y los más grandes Santos, sino la virtud. No importa por lo tanto, para alcanzar la cumbre de la santidad, ser profeta, taumaturgo o contemplativo, basta ser humilde, casto, manso, obediente, piadoso, atento para huir de los peligros del mundo, enemigo de todo lo que es malo, celoso de todo lo que es bueno, lleno de caridad hacia el prójimo y todo amor para Dios” (Homilía de Todos los Santos, 1898. AGS 3016/8).

Mons. Scalabrini insistía sobre la recta intención, pero más aún sobre la rectitud del corazón, que él explicaba así:

“¿Qué significa un corazón recto? Un corazón que busca únicamente a Dios, un corazón simple, un corazón limpio [...]. Es verdaderamente algo grande este corazón recto: origen de todas las virtudes, fuente de santidad, raíz de la vida sacerdotal [...]. El sacerdote, como sabio arquitecto, ponga el fundamento de un corazón recto, o sea orientado hacia Dios, para poder, después, edificar sobre él” (3er discurso del 3er Sínodo, 30.8.1899, Synodus Diocesana Placentina Tercia..., Piacenza, 1900, pág. 248).

La excepcional y casi increíble actividad del obispo de Piacenza con frecuencia ha polarizado la atención de observadores más bien superficiales, hasta el punto de olvidar “el alma del apostolado”, para usar aún un término del ochocientos “tanto se hace, cuanto se es”. Es aquí, no tanto en el hacer, cuanto en el ser, que nosotros debemos descubrir su espiritualidad.

En el orden del ser, el cristiano vive de la vida propia de la gracia, de la vida nueva, concebida por el filón patrístico griego, al que Scalabrini estaba particularmente ligado, como “divinización”, y precisamente como conformación a Cristo, obrada por el Espíritu Santo. La gracia es don de Dios como la fe, sin la cual el hombre no está justificado. La vida en la gracia es vida en la fe, vida en lo sobrenatural, que es como decir “herederos de Dios y coherederos de Cristo” (Rom. 8, 17), “hijos en el Hijo” (S. Agustín), incorporados a Cristo mediante el conformarse a Cristo Crucificado, “el estar conformados a la imagen del Hijo” (Rom. 8, 29), en una dimensión precisa: “He sido crucificado con Cristo y no soy más yo el que vive, sino Cristo vive en mí; esta vida en la carne mortal yo la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha dado por mí” (Gal. 2, 20).

Esa dimensión es triple.

Dimensión sobrenatural, mística, ontológica: “Somos un cuerpo con Cristo y en El y por El somos hijos de Dios, o mejor, el mismo Hijo de Dios que se prolonga en nosotros” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, pág. 16).

Dimensión moral, ascética: convertirse en “copias” de Cristo, “que se realizará [...] cuando amemos lo que El ha amado y de la misma

manera que El ha amado; cuando tengamos en nuestro corazón esos mismos sentimientos y esas mismas disposiciones que El ha tenido en su corazón" (Carta pastoral para la Santa Cuaresma de 1883, Piacenza 1883, pág. 10).

Dimensión apostólica: actuar con Cristo y como Cristo, o sea testimoniar, o mejor, continuar la encarnación de Cristo para la salvación de los hermanos: "Han sido hechos todos partícipes del mismo sacerdocio eterno, que el mismo Hijo de Dios no usurpó sino recibió del Padre" (1er discurso del 3er Sínodo, 28.8.1899, Synodus Dioecessana Placentina Tertia..., Piacenza 1900, pág. 229).

"Me reflejaré con el Apóstol en el Autor y Consumador de nuestra fe, que por la gloria de Dios y la salvación de las almas se hizo hombre y obediente hasta la muerte de cruz" (Primera Carta Pastoral, Como 1876, pág. 2).

En las realizaciones concretas de la vida de fe, los testimonios destacan la intensidad de la vida "sobrenatural" de Scalabrini:

"Nunca conocí una persona que demostrase una fe más ardiente que la suya" (Test. Luis Mondini, Proceso Diocesano, f. 114). "Era un hombre de una fe extraordinaria: tenía la fe de los santos" (Test. L. Tammi, ivi, f. 833). "Era un hombre de gran fe. Recuerdo haber escuchado de su boca estas palabras [...]: No hay nada más natural que lo sobrenatural" (Test. G. Dodici, ivi, f. 163).

"Lo sobrenatural era la vida de su vida. Le resplandecía en los ojos, en el trato, en la palabra, en toda la persona. Bastaba acercarse a él para darse cuenta, para comprender que actuaba como guiado continuamente desde lo alto [...]. Tenía el sentido de lo divino, que lo guiaba continuamente" (Test. L. Cornaggia Medici, ivi, f. 731). "Desde el brillante comienzo hasta el término de su episcopado, me parece que se revela por sobre todo el hombre de Dios, que busca a Dios en las ascensiones del estudio, a Dios en el ardor de las fatigas apostólicas, a Dios en la conversación con los grandes y con los pequeños, Dios sólo y Dios siempre" (G. B. Nasalli Rocca, Conmemoración..., Piacenza 1909, pág. 7).

Es toda una serie de testimonios que nos dan la medida del nivel de fe al que se había elevado Mons. Scalabrini: lo sobrenatural convertido en "natural", una segunda naturaleza, o mejor una naturaleza "divinizada" en la posesión ya segura de la virtud, en el sentido omnipresente de lo divino, en la constante orientación a Dios de la vida y de la acción, de la

mente y de la voluntad, del análisis y del juicio, de la contemplación y del amor.

Para usar sus mismas expresiones, podemos decir que la fe, “segunda creación”, hacía en él “subsistir en su sustancia las cosas celestiales”, se las hacía ver “con el mismo ojo de Dios”. Ya era Jesucristo “quien emitía los juicios, trazaba los caminos, decidía las elecciones, gobernaba su vida” (cfr. Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, págs. 7, 8, 9, 34).

Al ser nombrado obispo, sintiéndose “pobre en virtudes y bien consciente de todas sus enfermedades” había rogado ser eximido “de los santísimos oficios” del episcopado, pero reconocida la manifestación de la “voluntad de Dios en la autoridad del Vicario de Cristo”, había obedecido:

“Si bien con temor y pavor, pero resignado, me sometí al ministerio que se me impusiera, sin investigar las razones de la divina Bondad y con la firme esperanza que Aquel, que obra en mí la voluntad y la acción, no dejará, con su beneplácito, de afirmarme y socorrerme constantemente” (Primera Carta Pastoral, Como 1876, págs. 1-2).

En el 18º aniversario de la consagración episcopal anotaba:

“Hoy, día de mi consagración. ¡Mi Dios, ten misericordia de este pobre Obispo! ¡Ay de mí, cuántos años perdidos! Es el 18º. Me asusto de mi indignísima indignidad. Es necesario que comience de nuevo: ser menos indigno de la dignidad divina de Obispo: elevarme - ennoblecerme - divinizarme” (Nota de la meditación, 30.1.1893. AGS 3027/1).

En el jubileo episcopal se animaba a escribir a León XIII: “Una sola cosa puedo asegurarle, Beatísimo Padre, y es que en todas las cosas yo no tuve nunca otro objetivo que la gloria de Dios y la salud de las almas que me fueron confiadas” (Carta a León XIII, 21.1.1901. AGS 3021/2). Y a las voces que lo preconizaban cardenal, replicaba: “Vivir, santificarme y morir en Piacenza, es el propósito que renuevo cada año en los Ejercicios espirituales” (Carta a G. Bonomelli, 3.3.1901).

Si “la santidad consiste en un continuo esfuerzo por alcanzarla” (2º discurso del 2º Sínodo, Synodus Dioecesis Placentina Secunda..., Piacenza 1893, pág. 180), es necesario decir consiguientemente que la vida de Scalabrini fue un continuo esfuerzo de santificación.

Al esfuerzo de perfección, a la voluntad de dejarse divinizar por la gracia, él conducía en forma muy realista el odio y la fuga del pecado. Hasta el fin de su vida, como aparece en los “propósitos” escritos en los años 1900-1902, tuvo que luchar contra graves tentaciones, que se explican en parte también por la extrema sensibilidad de su temperamento (“Custodia rigurosa de los ojos: lo que para otros no es nada, para mí es fatal”. “Propósitos” 24.8.1893), y que explican, a su vez, el extremo pudor que lo caracterizó hasta los últimos días, tanto que el médico personal repetía: “Scalabrini es un amor, es de una pureza extraordinaria, es un ángel” (Test. L. Cella, Proceso Diocesano, f. 613). De la ardua batalla hallamos el eco en las notas espirituales:

“Prontitud para desechar todo pensamiento inmundo...sin esto se morirá...se morirá” (“Propósitos”, 24.8.1893). “Me confesaré de inmediato cuando sienta acercarse la tentación, ya, al principio, o bien cuando me haya expuesto incautamente a algún peligro. Arrojarle ante Dios y llorar mi miseria y confesarme” (ivi, 24.8.1894). “Purificarme a toda costa, con la ayuda divina, de mi defecto capital, oh mi Jesús: arrojar con toda prontitud cualquier pensamiento que pueda hacerme daño: cuidar cautamente las miradas” (ivi, agosto de 1900).

Los testimonios concuerdan en afirmar la gran delicadeza de conciencia del obispo:

“Era de conciencia muy delicada” (Test. L. Mondini, Proceso Diocesano, f. 121). “Odiaba el pecado mortal con un odio implacable y evitaba también el pecado venial” (Test. G. Dodici, ivi, f. 169). “Su piedad singular, el comportamiento siempre reservado y muy delicado, ponían bastante en evidencia que el Siervo de Dios estaba siempre vigilante con respecto a sí mismo y temía también las culpas leves”. (Test. A. Ranza, ivi, pág. 649).

Fue siempre fiel a la confesión semanal, pero a veces se confesaba también con mayor frecuencia, “no rehuía confesarse también con jóvenes sacerdotes y con sus mismos familiares” (Test. L. Mondini, ivi, f. 121), o sea con su secretario (Test. C. Spallazzi, ivi, f. 83).

Es un aspecto para tener presente, ya que no falta la tentación de considerar en Scalabrini solamente una espiritualidad de acción. A ésta llegó a través de la progresiva configuración con Cristo, adoptando como

medio, por él considerado indispensable, la abnegación, la mortificación, la renuncia a todo lo que podía obstaculizar la plena inserción en el misterio pascual del Santo de los Santos. *Tantum proficies quantum tibi ipsi vim intuleris* [Tanto progresarás cuanto te esforzarás en vencerte a tí mismo]: es el precepto de la Imitación de Cristo, que con frecuencia repetía para sí y para los demás. Tomando una definición de Santo Tomás decía:

“La santidad es pureza consagrada a Dios: pureza empeñada en la gloria de Dios. La santidad, por lo tanto, junto con la pureza de la mente, exige una inmolación continua: efectivamente, santo es lo que se quema sobre el altar en honor de Dios. De manera que santidad auténtica significa una vida sacerdotal libre de cualquier vicio y empleada continuamente en la gloria de Dios”. (2º discurso del 2º Sínodo, Synodus Dioeciesana Placentina Secunda..., Piacenza 1893, pág. 181).

De esta manera su vida espiritual fue integradora de toda su vida y estuvo en la base de la fama sanctitatis [fama de santidad]: “Los contemporáneos de cualquier clase y también de diferente religión tenían un altísimo concepto del Siervo de Dios como hombre y como Obispo: lo estimaban mucho por su inteligencia, cultura y extraordinaria capacidad de gobierno, pero sobre todo por su santidad que emanaba de cada una de sus palabras y cada uno de sus actos” (Test. L. Mondini, Proceso Diocesano, pág. 146-147).

2) *Vida de Oración*

Si “el primer escalón o medio de santidad es el deseo ardiente y vehemente”, razona Scalabrini, “desde el amor a la santidad mana la frecuente y cotidiana meditación de la ley y de los misterios celestiales” (2º discurso del 2º Sínodo, Synodus Dioeciesana Placentina Secunda..., Piacenza 1893, págs. 181-182).

Si la santidad es “rectitud de corazón”, “he aquí cómo garantizarnos el camino de la rectitud: meditar la ley de Dios y conversar asiduamente con él en la oración” (3er discurso del 3er Sínodo 30.8.1899, Synodus Dioeciesana Placentina Tertia..., Piacenza 1900, pág. 248). En estas palabras escuchamos nuevamente el eco de la diferenciación de Evagrio

entre la oración como “ascensión” del intelecto a Dios y la oración como “homilía”, o sea conversación con Dios.

“Si rezó Jesús, que era el Santo de los Santos, ¿cuánto más deben rezar los pecadores? Si reza la Cabeza, ¿cómo no deben rezar los miembros? Y si el divino Maestro sintió tan profundamente la necesidad de la oración, ¿cómo no deberán sentirla los discípulos? También el ejemplo de la Iglesia nuestra Madre debe persuadirnos, queridos hermanos, de la necesidad de la oración. Toda su vida, como la de su divino Fundador, es, se puede decir, una oración continua” (La oración, Piacenza 1905, págs. 14-15).

La necesidad de la oración, por lo tanto, deriva de la necesidad de la santidad, de la conformidad con Cristo y de la participación en el misterio de la Iglesia, por lo tanto, de motivos de fe. La oración no es la fe, pero es su expresión primaria, natural y fundamental. Es conocer y reconocer que nosotros no somos de nosotros, autosuficientes, autónomos, sino que somos de Dios:

“Si la vida aquí en la tierra es un don suyo, si nosotros no somos de nosotros, sino de Dios, está claro que le debemos a El el perenne homenaje de nuestra gratitud, el ofrecimiento de nuestra subordinación, el tributo de nuestras alabanzas, el culto de nuestra adoración, el sacrificio de todos nosotros. Y el sacrificio es oración, el culto es oración, la alabanza es oración, ya que oración, en su más amplio y noble significado, es una elevación de la mente y del corazón a Dios, es el homenaje de las criaturas a su Creador” (ivi, pág. 5).

El que tiene fe, siente la oración como “una necesidad ingénita, instintiva, irresistible” (ivi, p. 7). “El que no reza no tiene alma, o no comprende, o no siente, o no ama” (ivi, pág. 20). El que no reza, dice en la práctica: “yo no necesito de Dios” (ivi, pág. 9). Cristo, en cambio, nos dice: Sine me nihil potestis facere. [Sin mí nada pueden hacer] (ivi, pág. 10). “Admitir la necesidad de la gracia es lo mismo que admitir la necesidad de la oración” (ivi, p. 12).

“Sabe bien vivir quien sabe bien orar, dice San Agustín: Recte novit vivere, qui recte novit orare [rectamente sabe vivir, quien sabe orar]. La oración es la cédula del verdadero creyente, es por sí sola una completa profesión del cristianismo y compendia en sí el ejercicio de todas las virtudes más excelsas. Ejercicio de fe, de esperanza, de caridad, de

humildad, de arrepentimiento, de adoración, de uniformidad con la voluntad divina, y como tal ella nunca puede carecer de premio. Elevando nuestro corazón a Dios, ella nos aparta de los bienes ilusorios de esta mísera vida y como tal ella alimenta en nosotros la vida del espíritu, nos acostumbra a las cosas de la eternidad, nos hace regustar sobre la tierra la alegría y la paz de los elegidos.

La oración es la luz, el calor, el alimento, el consuelo, la vida del alma humana. El alma sufre y desfallece si no respira este aire de cielo. Como el pez, sacado del agua, se agita y muere, así, dice Crisóstomo, muere el alma que se sustrae a este vital elemento que es la gracia de Dios respirada en la oración" (ivi, págs. 18-19).

También en este campo vuelve a entrar el concepto de la "divinización" en sus varios aspectos: participación de la vida de Dios, participación de la vida divina de la Iglesia, participación en la familia de Dios reunida en el centro del Amor:

"La oración es sin duda la función más noble y gloriosa que el hombre pueda ejercer en este mundo y confiere una grandeza del todo soberana. Ella, no sólo nos pone en íntima relación con todo lo que hay de verdadero, de hermoso, de santo, en el cielo y sobre la tierra, sino que nos hace partícipes de la amistad de Dios, de sus más tiernas efusiones, de sus más íntimas confidencias. La oración es Dios que invocado, desciende: Dios derramado, infundido en nuestro corazón, según la bella expresión de San Agustín; Dios, nuestro Creador, nuestro Padre, nuestro Redentor, nuestro amigo, nuestro hermano, que nos guía y nos escucha, que sonrío benévolo a nuestros homenajes y a nuestros afectos" (ivi, pág. 24).

"La oración hace al hombre superior a sí mismo, lo transfigura, lo sublimiza, lo diviniza [...]. La oración es el vínculo de la humanidad entera [...]. Ella acerca a todos, reúne todo. Es la oración que une a los seres vivientes entre sí y a los vivientes con los difuntos, que relaciona a la familia de la tierra con la familia del cielo, que forma entre la Iglesia militante, purgante y triunfante ese flujo y reflujo de súplicas y de intercesiones que la teología llama Comunión de los Santos. Por encima de cualquier obstáculo ella, la oración, establece como una corriente eléctrica que va de hermanos a hermanos y, pasando por el corazón de Dios, centro y hogar del Amor, forma, se puede decir, de todos los corazones un solo corazón, de todas las familias una sola familia" (ivi, págs. 23-24).

Scalabrini no fue un contemplativo en el sentido que la tradicional historia de la espiritualidad confiere a este término. No hallamos rastros

visibles de dones o fenómenos místicos. En los escritos podemos citar solamente algún trozo en el que resuena el pensamiento de S. Tomás, cuando define la contemplación simplex intuitus veritatis y consiguiente fruitio, possessio veritatis [simple percepción de la verdad, y por consiguiente disfrute, posesión de la verdad]:

“Este coloquio allá arriba se llama alabanza, éxtasis, amor, beatitud, felicidad sempiterna; aquí en la tierra es un poco todo esto, y se llama oración. Por lo tanto, ella sobre la tierra es el preludio de la vida inmortal” (ivi, pág. 26).

Scalabrini define con frecuencia la oración como “conversación con Dios”. En esto está cerca de San Francisco de Sales, su modelo declarado, y como el Doctor de Ginebra insiste mucho sobre el ejercicio de la presencia de Dios, objeto de conocimiento y de amor. No habla nunca de “noche oscura”, pero conoce muy bien el equivalente, la “renuncia” o sea el trabajo de la purificación, y la “noche de la fe”, o sea la oscuridad propia del acto de fe. A través de estos pasos se llega no a dichos estados místicos de “oración simple”, sino, al menos, por lo que podemos saber, a algo más importante todavía, aquella que San Francisco de Sales definía simple remise en Dieu, el perfecto y confiado abandono en sus manos.

Otro gran maestro de Scalabrini en materia de oración es San Alfonso María de Liguori, de quien toma en gran medida la enseñanza para la Pastoral de la Cuaresma de 1905, dedicada a la oración. Sabemos que el Santo dedicó escasa atención a la mística: él sostenía que para la santidad basta la “unión activa” con Dios, para la que son medios indispensables la oración mental y la oración afectiva, que son justamente las características de la oración de Scalabrini.

La meditación es medio y alimento insustituible de la vida espiritual, el instrumento de la salvación y de la perfección cristiana, que consiste, de acuerdo con la doctrina de San Alfonso, en el amor de Dios, verificado en la obediencia y en el abandono a su voluntad. Como para San Alfonso “la devoción de todas las devociones” es el amor de Jesús, así para Scalabrini el amor a Cristo presente en la Eucaristía es “la más saludable de todas las devociones” (1er discurso del 3er Sínodo, 28.8.1899, Synodus Dioecessana Placentina Tertia, Piacenza 1900, pág. 232).

Como San Alfonso, partiendo del principio que la perfección del amor consiste en la conformidad con la voluntad de Dios, Scalabrini

deduce la necesidad de la purificación, que no depende sólo de una mística voluntarística, sino también y mucho más de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía, de los Ejercicios espirituales y del examen de conciencia, y en modo particular de la oración. La meditación reviste importancia fundamental, y para ella, mucho más que el método vale la asiduidad y la constancia. Si nos atenemos a las clasificaciones de San Alfonso, debemos decir que la oración de Scalabrini no fue la “contemplación pasiva o infusa”, sino la “contemplación activa”, o sea el ver “esas verdades de la que se adquiere conocimiento por medio de pensamientos y arduos esfuerzos” (Praxis confesarii, c. 9).

En definitiva, a través de las meditaciones de San Francisco de Sales y de San Alfonso de Liguori se llega a la principal guía espiritual de Scalabrini, la Imitación de Cristo. También para la Imitación, la contemplación es posible para todos los cristianos que llegan al conocimiento de sí eliminando el amor desordenado de sí mismos, vale decir con la “renuncia”. En esta forma conocen a Dios, su providencia y bondad, manifestada en la redención, y en la caridad y en la humildad se abandonan a Dios que se manifiesta en Cristo. El perfecto abandono en Dios está alimentado por la asidua meditación de la Pasión y de la amorosa unión con Cristo en la Eucaristía.

La meditación es camino de purificación, la Eucaristía es sacramento de unión: son los dos aspectos que distinguen la oración de Scalabrini como camino principal de la divinización, vale decir de la conformación con Cristo.

3) La oración mental y la oración vocal.

La meditación, para Scalabrini, es mucho más que una “práctica de piedad”: es escuchar la Palabra de Dios en la fe y en el amor, es el discernimiento obrado a la luz de la Palabra de Dios, es la orientación de toda la vida sobre un único punto de referencia: Cristo, que es la Palabra y el Pan (“vuestra meditación se concentre sobre Cristo Eucarístico”).

“La reflexión o meditación, de la que deriva la oración, ofrece estas ventajas: ante todo purifica la mente, o sea la misma fuente en la que tiene origen; corrige los excesos, regula las costumbres, hace la vida virtuosa

y ordenada; procura, finalmente, el conocimiento de las cosas divinas y humanas.

Es la meditación que aclara lo que es ambiguo, recompone lo que es incoherente, reúne lo que está disperso, escudriña las cosas secretas, intuye las verdaderas, somete a examen las inverosímiles, saca la máscara a las engañosas y falsas.

También es la meditación que programa nuestra actividad, y una vez desarrollada, la vuelve a examinar para que no quede nada en nuestra vida poco correcto o que necesite corrección. Es finalmente la meditación, que en la prosperidad nos tiene preparados para las contrariedades, y ésta es prudencia, mientras en las contrariedades obra de tal manera que casi no las advertimos, y ésta es fortaleza (De Consid. I, c. 7).

He aquí la eficacia de la meditación para la rectitud de corazón y para la integridad de nuestra vida espiritual. De la meditación nos vendrán riquezas incalculables, mientras sin meditación habrá desolación y más desolación y absoluta esterilidad de buenas obras. Nunca podremos desarrollar dignamente los deberes de nuestro ministerio si no la tenemos constantemente ante los ojos en un asiduo e íntimo contacto con Dios [...].

Convénzanse que la caridad crece y se nutre con la meditación. En la meditación, dice el Profeta, se enciende un fuego [...]. La meditación cotidiana debe proveer siempre un alimento nuevo a la piedad sacerdotal, para que este fuego se conserve y se desarrolle. Son alimento de la caridad las divinas perfecciones de Cristo, los tesoros incalculables de sabiduría escondidos en Cristo, si los meditan con devoción y asiduidad [...].

Que vuestra meditación se concentre especialmente en Cristo Eucarístico. Convénzanse que el corazón del sacerdote no puede tener paz ni seguridad, si no deposita en Cristo su felicidad: y sin esta felicidad nadie puede vivir [...]. La Eucaristía, hecha objeto de meditación, encenderá en el corazón del sacerdote la caridad de Cristo y atraerá su corazón como un imán; será la miel deliciosa que brota de la roca, será la adiposidad sustanciosa que nutre el alma del sacerdote para llenar también al pueblo fiel con los bienes de Cristo" (3er. discurso del 3er. Sínodo, 30.8.1899, Synodus Dioecessana Placentina Tertia, Piacenza 1900, págs. 249-251).

Por lo tanto, el objeto de la meditación es el Verbo Encarnado, Palabra y Pan.

"La palabra de Dios es viva: es la misma vida de Dios que en cierto sentido anima su palabra y la hace operativa. Es eficaz: tiene a su disposición la omnipotencia divina pronta a realizar lo que manda. Más penetrante que cualquier espada [...], se puede decir que corta en sus partes potenciales el alma sensitiva y el alma espiritual, escudriñando

lo íntimo y obrando en el hombre todo lo que agrada a Dios, del cual es instrumento [...]. Todo está claro y abierto para sus ojos. La palabra eficaz ve todo, todo lo hace perspicaz para el alma, dando un juicio de discernimiento, vuelve a llevar al alma de la iniquidad a la justicia y la reconcilia con Dios [...].

El alma ha sido creada por el Verbo para que sea primicia de su corazón : “nos engendró por su propia voluntad, con palabra de Verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas” (St. 1, 18.). ¿Qué sucede cuando, en el momento propicio, Cristo habla al alma? Se deshace de amor por encontrarlo y grita: “Yo por mi amado, y mi amado por mí. Mi alma se ha deshecho cuando habló mi amado” (Cántico). Tanta es la potencia de la palabra” (2º discurso del 3er Sínodo, 29.8.1899, *ivi*, págs. 237-238).

Efectivamente la palabra de Dios no sólo es “la verdad, verdad por esencia, verdad absoluta, verdad suprema, inmutable, eterna”, sino que es el mismo Verbo de Dios: “Es su Verbo, es la segunda persona de la augustísima Triada. Este Verbo Divino se hizo hombre y vino, palabra inefable, a predicar a los hombres la palabra de vida eterna” (La Divina Palabra, Piacenza 1897, pág. 5). “El gran medio al que está ligada y de la que depende nuestra salvación eterna, es la palabra de Dios”, porque “si la fe se adquiere al escuchar la palabra de Dios, la palabra de Dios es de igual necesidad que la fe” (*ivi*, págs. 7-8). “Mi palabra es espíritu y vida, dijo el divino Redentor. Ella tiene la virtud no sólo de cambiar las voluntades, sino también de purificar los corazones y de formar los santos” (*ivi*, pág. 11).

La palabra de Dios debe ser “meditada” y “transformada en afecto”:

“Solamente con la reflexión el hombre aprende a conocer lo que él es y lo que debe ser, a pensar y a juzgar cada cosa cristianamente. ¿Debe la palabra de Dios hacernos cristianos de corazón y de obras? Por lo tanto va primeramente transformada en afecto. No sólo debemos entender la verdad, sino debemos amarla y no sólo debemos amarla, sino que debemos también practicarla. Veritatem facientes in charitate [Realizando la verdad en la caridad], como enseña el Apóstol” (*ivi*, págs. 33-34).

Estas son las razones que indujeron a Scalabrini a hacer de la meditación cotidiana un acto de culto, obligándose sub gravi a dedicarle media hora de tiempo, en los días ordinarios y alargándola después siempre más, hasta una hora, “¡Oh las cosas hermosas escuchadas

acerca de ella!..."¡El que deja la meditación o es falto de fe o es falto de sesos!" (Propósitos, agosto, 1900). "Propongo: una horita de meditación, comprendida la preparación para la Misa" (ivi, 23.2.1901).

A los sacerdotes recomendaba:

"Establezcan un tiempo, todos los días, para la meditación de las cosas celestiales y no lo descuiden nunca. No se dejen arrastrar nunca por un deseo insano de beneficiar a los demás descuidándose ustedes: quien es malo consigo ¿con quién se mostrará bueno? Con frecuencia se producen circunstancias, no lo negamos, que obstaculizan este ejercicio; pero en estos casos cuidan mal de sí mismos los sacerdotes que descuidan la meditación.

En estos casos en cambio hay que recordar que se debe adelantar el sol para dar gracias a Dios. Es justo que se hagan todo para todos pero, cumplido lo que deben hacer para la salvación del prójimo, acuérdense de los ángeles que en la escalera de Jacob subían hasta Dios y descendían sobre la tierra. En su comportamiento ustedes deben reproducir este tipo: ustedes también son ángeles del Señor de los Ejércitos.

Saben que al ejercicio de la oración deben unir la lectura de las Sagradas Escrituras. La lectura inculcada por el Apóstol ha sido recomendada por los Santos Padres con la máxima insistencia: "Los hombres de Iglesia, dice S. Gregorio Magno, lean y mediten diariamente la Sagrada Escritura, para reconstruir mediante la palabra de las enseñanzas divinas lo que el comportamiento humano destruye continuamente" (Allocutio in prolusione Synodi, 2.9.1895, Synodus Dioecesis Placentina Prima, Piacenza 1880, págs. 228-229).

A sus misioneros recordaba: "La meditación y los ejercicios espirituales son lo esencial de la vida sacerdotal y es necesario quererlos a toda costa" (Carta a F. Zaboglio, 21.9.1895. Archivo del Seminario de Como).

Los Ejercicios espirituales -que él hizo puntualmente todos los años durante ocho días conjuntamente con sus sacerdotes- son necesarios si se quiere "emprender esa vida de la que cada uno pueda decir con el Apóstol: No soy más yo quien vive, sino Cristo vive en mí" (De Exercitiis Spiritualibus, Piacenza 1876, pág. 13).

"¿Quién no necesita que Dios le hable, que le diga verdaderamente al corazón esa palabra que es más cortante que cualquier espada de doble filo y penetra hasta el punto de división del alma y del espíritu? Si por nosotros mismos no somos capaces de pensar algo proveniente

de nosotros, sino que nuestra capacidad viene de Dios, ¡qué importante es que Dios primero hable en nosotros y que nosotros prestemos oído atento, dócil, plenamente obediente a lo que Dios dice a nuestro corazón, para poder establecer una norma de vida recta y santa según la voluntad divina que hemos venido a conocer, o para confirmarla y consolidarla, si por gracia de Dios ya la hemos instaurado! (ivi, pág. 19).

La meditación, en la espiritualidad de Scalabrini, es una realidad fundamental. Es la actitud del hombre que se pone en presencia de Dios y lo escucha, haciéndose consciente de la iniciativa de Dios, que “nos ha amado primero” y “nos ha reconciliado consigo por intermedio de Jesucristo”. Jesús es la palabra substancial del Padre, quien habla también mediante las realidades creadas, todas creadas en el Verbo y para el Verbo, y especialmente mediante la criatura humana, imagen de Dios y morada de Cristo. En la meditación (“conocimiento profundo de las cosas divinas y humanas”), Scalabrini, conociendo a Dios, llega a conocer al hombre como lo ha hecho Dios; por lo tanto, logra descifrar la historia humana como historia de salvación y los signos de los tiempos como voz de Dios. La respuesta a la palabra multiforme de Dios es una palabra que se expresa en la oración y, al mismo tiempo, es un compromiso de caridad, de justicia, de creativa solidaridad con el hombre.

La meditación es “la ciencia que genera la fe”, la fe en un Dios vivo, personal, cercano, la “fe viva” que se convierte en oración, la fe que se convierte en absoluta confianza y se expresa, por lo tanto, en la oración confiada. Scalabrini tiene una confianza inquebrantable en la eficacia de la oración:

“El hombre habla y Dios escucha, el hombre pregunta y Dios lo complace; digámoslo audazmente, el hombre manda y Dios obedece: *Voluntatem timentium se faciet, et deprecationem eorum exaudiet* [Hará la voluntad de los que le temen, y escuchará favorablemente su súplica]” (La oración, Piacenza 1905, pág. 17).

“Dos grandes cosas yo admiro en el cielo y sobre la tierra: en el cielo el poder del Creador, sobre la tierra el poder de la oración. Aunque el hombre pueda ser débil, si reza se hace fuerte con la misma fuerza de Dios: *nihil potentius homine orante* [Nada más poderoso que el hombre que ora]. Escuchen al Apóstol: “Yo, él dice, puedo todo, absolutamente todo: *omnia possum*”. ¿Y por qué?. Yo puedo todo por la oración, puedo todo en Aquel que, invocado por mí, por mí rogado, me corrobora, me

alienta, me consuela: ommia possum in eo qui me confortat [Todo lo puedo en aquel que me conforta].

La oración, cuando es humilde, no sólo iguala, sino supera, diría casi, la potencia misma de Dios: Dios es omnipotente, dice el profeta, y ¿quién puede resistirle?. La oración, contesto yo" (ivi, pág. 26).

La oración es "la parte más viva, más fuerte, más potente del apostolado" (Discurso a los misioneros próximos a partir, 24.1.1889. AGS 3018/1).

El sacerdote se hace santo y santificador en la oración. Hoy es necesario que el sacerdote "salga del templo si quiere ejercer una acción saludable en el templo. Pero entendámonos: que salga del templo, después de haber sacado de la piedad y de la oración luz y aliento; que salga del templo, pero teniendo siempre dirigida al templo su mirada; que salga del templo, pero como sale el sol de su lugar, esplendoroso de la luz de Dios y del fuego de la caridad que ilumina, calienta, fecunda" (Acción Católica, Piacenza 1896, pág. 13).

"Un piadoso escritor se expresa así sobre la oración: Si alguien me preguntase qué cosa necesita mayormente un sacerdote al cuidado de almas, le diría: de oración; si luego me preguntase qué otra cosa necesita, le repetiría: oración; y si aún y repetidamente insistiese con la pregunta, mi respuesta sería siempre la misma". (3er discurso del 3er Sínodo, 30.8.1899, Synodus Dioecessana Placentina Tertia..., Piacenza 1900, pág. 248).

4) *La Eucaristía*

La divinización de la persona se efectúa principalmente en la unión amorosa con Cristo, substancial y corporalmente presente en la Eucaristía. En este caso Scalabrini la llama también "cristianización" (hoy dicen "cristificación"). Basándose en la doctrina de San Francisco de Sales, se explica así:

"La comunión es la fuente de la cual el alma saca el agua que sube hasta la vida eterna; es, en una palabra, el principio y el fin de esa unión con Dios elevada a la más sublime potencia, y llevada a ese último grado de perfección que se pueda esperar en el ordenamiento presente.

Efectivamente, si en la encarnación el Verbo de Dios se ha unido personalmente a la naturaleza humana, en la comunión se une más a nuestra personalidad. Por eso, El diviniza nuestra esencia, cristianiza, diría así, nuestro ser individual, y su unión con nosotros tiene por emblema aquella misma que transforma el alimento en la sustancia del cuerpo que se nutre. Por lo tanto, aquellos que comulgan, como dejó escrito un Santo Doctor, tienen Jesús en la mente, en el corazón, en el pecho, en los ojos, en la lengua. Este Salvador endereza, purifica y vivifica todo. El ama en el corazón, entiende en la mente, infunde vigor en el pecho, ve en los ojos, habla merced a la lengua y mueve toda otra potencia. El opera todo en todos, y ellos no viven más en sí mismos, sino que es el Verbo de Dios que vive en ellos". (La devoción al SS. Sacramento, Piacenza 1902, págs. 22-23).

Es siempre el mismo motivo que se repite: la extensión de la Encarnación en nosotros, tanto en el aspecto sacramental, como en el sacrificial, con una particular connotación personalista, que pone el acento sobre el individuo, por lo tanto, sobre una relación interpersonal entre la persona de Cristo y la persona del cristiano.

"Como la Eucaristía es una extensión de la encarnación, también lo es del sacrificio del Gólgota. Este, en verdad, se ofreció una sola vez, en pocas horas en Jerusalén, mientras este otro se ofrece en cada instante del día y en todos los rincones de la tierra [...]. Si el Hijo de Dios, en la primera oblación, se entregó por todos, en esta otra de la misa se ofrece por cada uno en particular. El viene, en cada momento, a borrar el acta de condenación que está en contra nuestro por causa de nuestros pecados y lo borra fijándolo, con su cuerpo adorable, al altar de la cruz" (ivi, págs. 27-28).

Por lo tanto, la misa es el fundamento y el vértice no solo de la liturgia y de la piedad de la Iglesia, sino también de la piedad y santidad personal:

"La misa no es solamente la redención cotidiana y la salud del mundo, sino también el alimento de la verdadera y sólida piedad, y el horno en el que se enciende la vida sobrenatural de la Iglesia. Pregunten, pues, a esta virgen esposa del Nazareno, como alimento y suscite en tantos hijos suyos el sentimiento del sacrificio hasta el heroísmo, y como la pobreza, las miserias, por las que estamos oprimidos, las considere como argumento de especial amor hacia nosotros. Ella responderá señalando la inscripción que adorna su altar: ¡Así Dios amó a los hombres! Sublimes

palabras, que expresan una más sublime verdad. Y realmente, desde que la eternidad generó el tiempo, nunca el horizonte de la caridad cristiana se dilató tanto, como desde el momento en que el Verbo de Dios se inmoló bajo las especies del pan y del vino. Entonces solamente comprendió que el sacrificio es la consumación de la vida pura, noble, y santa: entonces solamente deseó dar vida por vida, amor por amor” (ivi, pág. 29).

El mismo concepto de la extensión de la Encarnación está en la base de la “devoción eucarística, a la cual, además de la misa y de la comunión, se añaden la adoración, la visita al Santísimo Sacramento, la oración de reparación y todo el culto público. Las 365 páginas del Sínodo Eucarístico, dedicado tanto a la doctrina como a la disciplina, bajando a las particularidades más minuciosas (“ya que en orden a la misa, al culto eucarístico, no hay nada superfluo, nada ocioso, sino todo grande, todo divino”. Ivi, pág. 34), no son más que la expresión del amor a la Eucaristía de “ese padre que para encenderles el amor hacia Jesús Sacramentado, con gusto daría la sangre y la vida” (ivi, pág. 37), sino también de una devoción que de todas formas tiende a la sustancia de la piedad y santidad cristiana, como él la entiende:

“Cerraré esta carta pastoral [...] exhortando a todos, en las entrañas de la Caridad de Nuestro Señor, a celar de todos modos el amor y la gloria de Jesús Sacramentado: en una palabra, a ser sinceramente devotos, con el fin de que la vida de El se manifieste en vuestra carne mortal. La vida eucarística, no lo olviden, es el triunfo del espíritu sobre la carne, de la caridad sobre el egoísmo, de la fe sobre la orgullosa razón. Ella, aunque sea vida de sacrificio, porque está alimentada por la sangre del Redentor inmolado por nosotros sobre la cruz, no es por esto dura y penosa, ya que en la misma no es más el hombre que vive en sí mismo, sino es Jesucristo que vive en él” (ivi, pág. 36).

Más que las palabras, las exhortaciones y las disposiciones sinodales, para inculcar y difundir la piedad eucarística, habría contribuido el ejemplo del sacerdote, que, en cuanto “personificación del pueblo cristiano, ofrece a Dios las cosas que están en el mundo; personificación de Jesucristo, él dona generosamente al mundo las cosas sagradas de Dios” (El sacerdote católico, Piacenza 1892, pág. 12).

“Si anhelan realmente hacer revivir en sus parroquias la devoción eucarística, muestren, con los hechos, poseerla antes ustedes, arraigada

profundamente en el corazón. Vuestra devoción sea interior y exterior y proceda de una fe viva y de un sincero amor por Jesús, hostia divina.

¡Pero, ay de mí! hay que confesarlo: la fe con frecuencia es lánguida, y con frecuencia, después de tantos años de sacerdocio, no se ama todavía al Divino Maestro o bien se lo ama con un amor sin vida. ¡Y sin embargo el verdadero sacerdote no es más que un hombre que vive, trabaja y se sacrifica por Jesús sacramentado, única meta de todas sus aspiraciones!. ¿Son ustedes así? ¿El santuario, el altar, el tabernáculo qué les dicen? ¿Qué impresión les causan? ¿Después de haber recibido el Cuerpo y Sangre de Jesús, no sienten, decía San Vicente de Paul a sus sacerdotes, encender el corazón por el fuego divino? Ahora bien, ¿este fuego, que ardía muy vivo en el pecho de ese humilde sacerdote, de ese héroe de la caridad cristiana, devora también el vuestro, o queda todavía frío y helado?... ¿Cómo podrán entonces tener celo para inspirar en los demás una devoción tan lejana de ustedes? Se lo suplico: si no se sienten llamados para una vida profundamente interior y de alta contemplación, permanezcan con Jesús Sacramentado en el corazón y en las obras, en privado y en público, ahora y siempre. Con frecuencia de El hable vuestra lengua, haga suspirar vuestro corazón y no transcurra hora del día sin que le hayan dedicado un pensamiento de grato y afectuoso reconocimiento" (La devoción al SS. Sacramento, Piacenza 1902, págs. 34-36).

La Eucaristía es el tesoro y el "depósito" confiado a los sacerdotes:

"La Iglesia está formada por este Sacramento y todas sus riquezas se suman en el pan y en el vino. Ustedes tienen la orden de enriquecerse con ese tesoro y de enriquecer a los demás. De esta forma ha instituido este sacrificio: quiso confiar la administración solamente a los sacerdotes, a los que les corresponde recibirlo y dárselo a los demás. (Offic. Corp. Ch.).

La Eucaristía, tesoro de los sacerdotes, es al mismo tiempo un depósito confiado a su fidelidad y a su custodia. Pero se trata de un "depósito" de naturaleza particular, bien diferente a los habituales. Por ley, quien recibe un depósito tiene que custodiarlo y conservarlo fielmente de modo de devolverlo íntegro al requirente. No es así la Eucaristía: es un depósito de trigo, que sería un delito esconder: "El que esconde el trigo será maldecido por el pueblo" (Prov. 11, 26) [...].

La Eucaristía es el signo bajo el cual ustedes han sido reunidos: "El Señor nos ha reunido con la comunión del cáliz, con el cual asumimos al mismo Dios, no con la sangre de los terneros" (Off. Corp. Ch.).

La Eucaristía es vuestra estrella. Se les ha aparecido en la niñez y los ha conducido a Cristo: ha guiado vuestra juventud; ísea en la madurez y en la vejez vuestra "poderosa protección, sostén de la virtud, refrigerio y

sombra, prevención al tropiezo, ayuda en cada marejada, exaltación del alma, luz de los ojos, salud, vida y bendición!" (Eccl. 34, 19-20).

Todo lo que son y lo que tienen, venerables hermanos, les viene de la Eucaristía: es la pura verdad decir que por todos lados el sacerdote está atrincherado por la Eucaristía, que en todo está signado por la Eucaristía" (1er discurso del 3er Sínodo, 28.8.1899, Synodus Dioecesis Placentina Tertia, Piacenza 1900, págs. 229-231).

El primero en dar ejemplo de una intensa vida eucarística era el mismo Scalabrini:

"Las manifestaciones de fe del Siervo de Dios que más me han impresionado, fueron aquellas relacionadas con la Santa Misa, durante la cual reflejaba por la voz, el recogimiento y las ceremonias, un espíritu absorto en la contemplación de los divinos misterios. Además era muy edificante la prolongada acción de gracias individual, después de la acción de gracias litúrgica. Y otro tanto debe decirse por sus frecuentes visitas al Santísimo Sacramento, que realizaba varias veces por día y ante el cual se lo veía rezar lentamente el Breviario. (Test. E. Caccialanza, Proceso Diocesano, f. 221).

"La fe del Siervo de Dios se manifestaba especialmente en la devoción por la Santísima Eucaristía. Cuando celebraba la Santa Misa, como de costumbre devoto en cada una de las partes, al llegar a la consagración, se transformaba sensiblemente, tanto que impresionaba". (Test. L. Cornaggia Medici, *ivi*, ff. 733-734). "Daba la impresión que él viese al Señor con sus ojos corporales" (Test. L. Mondini, *ivi*, f. 114).

"Millares de veces lo he sorprendido de rodillas en el suelo, postrado ante el Santísimo Sacramento" (Test. C. Spallazzi, *ivi*, f. 69).

Varios testigos recuerdan su costumbre de poner en contacto con el Sacramento, también materialmente, los asuntos y las decisiones más difíciles: "Cuando tenía alguna cosa ardua y difícil, ponía el documento debajo del corporal con la confianza de ser iluminado" (Test. A. Bianchi, ff. 664-665).

"En estos momentos estaba como transfigurado: se veía que comulgaba con el Misterio, hecho para él tangible por el don de Dios. Ninguna maravilla, por lo tanto si después, tomara decisiones extraordinarias, declarando sin más inocentes a personas contra las que se estaban por tomar severísimas medidas disciplinarias, y que, conversando, leyese en tu corazón" (L. Cornaggia Medici, "Un perfil de Mons. Scalabrini", Roma 1930, pág. 4).

Creía que semejante don fuese concedido a todos:

“Quisiera que usted leyera esta carta mía a los pies del Santo Tabernáculo. De allá le vendrá la luz y la fuerza para seguir mi consejo” (Carta a un sacerdote, sin fecha). “Póngase, por lo tanto por un instante a los pies del Santísimo Sacramento y luego respóndame: me resigno a la voluntad de Dios y acepto”. (Carta a N. Bruni, 12.9.1894. Archivo del Seminario de Bedonia). “Conserve el buen ánimo y no se deje sorprender por vanos temores. Cumpla con su deber con prudencia pero con franqueza ¿Por qué desanimarse? No tiene en el Santo Tabernáculo a Jesucristo que le repite: Quare dubitaste? [¿Por qué dudaste?].” (Carta a un sacerdote, 13.3.1897. AGS 3022/34).

Además, lo que significara para él la celebración de la misa, lo podemos adivinar por lo que le decía a los sacerdotes:

“Apelo a vuestra experiencia, venerables hermanos. ¿No es cierto quizás que celebrado el divino Sacrificio, se torna insípido todo lo que el mundo da por bueno? [...] Claro que de la celebración de la S. Misa viene una más suave propensión al recogimiento, un instinto más fuerte de oración, una secreta dulzura en el desprecio por sí mismo, un deseo de perpetua inmolación, la elección de la vida en Cristo, las maravillosas ascensiones a Dios.” (1er discurso del 3er Sínodo, 28.8.1899, Synodus Dioecessana Placentina Tertia, Piacenza 1900, págs. 228,229).

Algunas formas de piedad eucarísticas muy apreciadas en el 800, que vio florecer una verdadera “restauración” de la devoción a la Eucaristía, después del invierno del jansenismo y el despertar suscitado, especialmente en Italia, por San Alfonso María de Liguorio, fueron también muy apreciadas por Scalabrini, ya sea en su piedad personal ya sea en su acción pastoral. Una de éstas era la visita diaria al S. Sacramento que recomendaba también a los fieles:

“Un medio eficaz para establecer y desarrollar la devoción a Jesús Sacramentado, lo encontrarán primeramente en la piadosa práctica de la visita cotidiana a El, prisionero por amor en nuestros tabernáculos [...]. ¿Qué hermoso es poner a nuestras almas en frecuente y familiar coloquio con Jesús, con una práctica tan saludable? ¡Bendito, exclama el poeta, aquél que habita junto al santo tabernáculo! El Señor es su fuerza y su luz, el remedio para todos sus males, el bálsamo para todas sus heridas, el consuelo para cada una de sus penas. A los pies del altar el alma olvida al

mundo, las miserias de la vida, ya que donde está Jesús no hay más dolor, sino gozo también entre las más amargas tribulaciones. Este es el lugar en el cual el fiel, en lo secreto de su corazón, escucha voces misteriosas y suaves” (La devoción al Santísimo Sacramento, Piacenza 1902, págs. 11-12).

En cuanto a la importancia que le diera Scalabrini al frecuente encuentro y coloquio con Cristo, se puede deducir de las exhortaciones a los sacerdotes:

“No hay deber más importante y saludable que este encuentro [...]. ¿El corazón no corre y permanece allá donde se encuentra su tesoro? Cristo en la Eucaristía para el sacerdote es sabiduría, consejo, defensa y fuerza; la sabiduría que lo ilumina, el consejo que lo dirige, la defensa que lo protege, la fuerza que le hace fácil toda cosa difícil [...].

Y puede darse que en los primeros años del ministerio sacerdotal hayamos hecho esa experiencia; pero con el pasar del tiempo el oro se ha oscurecido y se ha empañado su esplendor; nos hemos vuelto, como aquellos de quien habla el Apóstol, simuladores de una piedad que es solamente una máscara. He aquí que desde hace ya desde veinte, treinta, o cuarenta años estamos en íntima relación con Cristo en este sacramento, pero de su plenitud hemos recibido poco. ¡Y mientras como partícipes, o mejor como artífices de este misterio, enriquecemos a los demás, nosotros nos estamos acabando en nuestra miseria! ¿Cómo es eso, venerables hermanos? ¿No es quizás porque nuestra fe languidece? Tomamos contacto con la materialidad de este misterio, mientras no sabemos penetrar suficientemente en su intimidad: voces mudas son para nosotros aquellas que nos hablan de Cristo en este Sacramento.

¿Y qué decir de la adoración de Cristo en este Sacramento por parte del sacerdote?

Sería muy loable y deseable que el sacerdote muy temprano por la mañana se presentase ante el tabernáculo y allí, casi adelantando al sol en la alabanza a Dios, hiciese su meditación, se preparase, siempre para el sacrificio de la Misa; y después de la celebración, se demorase para una debida acción de gracias. Pero desafortunadamente sucede con frecuencia que los sacerdotes, sin ninguna preparación y olvidando hacer alguna oración previa, se acercan a celebrar y después de la Misa se distraen de inmediato con ocupaciones profanas [...]. Soportan de mala gana permanecer diariamente un cuarto de hora ante el Tabernáculo en oración con Cristo y se alejan, impacientes como son solamente con respecto a Dios. ¿No podría Cristo, huésped descuidado y forastero en nuestra casa quejarse así: “Me convertí en un extraño para mis hermanos y un forastero para los hijos de mi madre”?

[...] Que vuestras feligresías los vean con frecuencia ante el Santísimo Tabernáculo, para el rezo del breviario, o para el examen de conciencia; vean que se acercan a Cristo antes de salir de casa, para implorar la ayuda y la gracia, y vean que también al regreso se presentan ante El para dar gracias. Bendito aquel sacerdote que, interrumpiendo sus ocupaciones, quiera emplear parte de su tiempo en el culto frecuente de Cristo Señor y haya aprendido a dar sabor a sus trabajos con el amigable coloquio con Cristo" (3er discurso del 3er Sínodo 30.8.1899, Synodus Dioecesana Placentina Tertia, Piacenza 1900, págs. 252-254).

No se trata de una devoción individualista o intimista, como se reprocha con frecuencia a la espiritualidad del 800. Ante todo el sacerdote está invitado a no hacer otra cosa más que transmitir al pueblo la palabra y la vida de Cristo, tomada personal y directamente del Tabernáculo:

"Les quisiera sugerir que preparen sus discursos ante el SSmo. Sacramento, en forma tal de poder transmitir al pueblo las mismas palabras que Cristo les ha sugerido; así también hicieron Moisés y los Profetas.

El sacerdote ante el Tabernáculo pida insistentemente que el hielo de su corazón sea derretido por ese fuego celestial que arde en Cristo; que su alma sea llenada de fervor divino y pueda así convertirse en un testimonio fiel ante el pueblo de Dios" (ívi, pág. 255).

En segundo lugar, la devoción eucarística está ordenada para la recristianización de la sociedad.

"La primera plaga de nuestro siglo es la corrupción del corazón [...]. A ustedes les corresponde dar a conocer a todos la inmensa caridad de Cristo hacia el Padre y hacia cada hombre: sólo ésta podrá eliminar los males mortales de nuestra época y transformar la faz de toda la tierra. Amor, en efecto, impulsa al amor [...].

La segunda plaga del tiempo es esa cierta hiel de amargura, por lo cual los hombres se miran entre ellos no como hermanos sino como enemigos, y así todos buscan lo que les resulta cómodo y no lo que es beneficioso para el bien común [...]. Debemos proponer a todas las criaturas la divina, infinita paciencia y mansedumbre de Cristo en este sacramento [...].

La tercera plaga del tiempo es la envidia y la codicia para superar la posición social en la que cada uno se encuentra [...] olvidando por completo la patria celestial. De aquí innumerables males, un número infinito de desubicados y el consecuente descontento y desilusión de muchos, además de la inestable situación de la sociedad civil, y en fin, una desidia general por las cosas espirituales y divinas. Es evidente que

a esta múltiple enfermedad, solamente la humildad de Cristo en este sacramento puede remediar [...].

Para concluir: la Eucaristía es el centro de la Iglesia, el compendio del culto divino, el árbol de la vida plantado en el centro de la Iglesia, cuyas ramas dan alivio, prestigio a los pueblos. Es el fermento escondido de la Sabiduría Encarnada en este sacramento [...]. Si este fermento es introducido en la Iglesia por el ministerio de los sacerdotes en los diferentes niveles sociales, o sea en las clases dirigentes, en la juventud y en la sociedad conyugal, hará más juicioso este mundo insipiente, reunirá a los pueblos dispersos, en el único cuerpo de la Iglesia y hará constantes en cada obra virtuosa los que antes permanecían inertes frente al bien” (ivi, págs. 257-259).

Para realizar la regeneración de la sociedad es necesario partir de una “sólida y profunda instrucción [...], primer requisito de la devoción eucarística”. De aquí la suma importancia atribuida por Scalabrini a la liturgia de la Palabra:

“¿Qué sería la Iglesia sin la predicación eucarística? Una religión sin sacrificio, una sociedad de utopistas, una casa fundada sobre arena: Cristo mismo sería una fábula, un mito [...].

Cristo en la Eucaristía es la fuerza y la sabiduría de Dios. Y nosotros predicamos Cristo, potenciade Dios y sabiduría de Dios. Reflexionen sobre el concepto de predicación. Cristo instituyendo el sacrificio y consagrandolo a los sacerdotes dijo: Hoc facite in meam commemorationem [Haced esto en conmemoración mía] (1 Cor. 11, 24). Con su mismo modo de actuar unió la predicación con el sacrificio: el sacrificio sin la palabra sería una conmemoración ineficaz. Saben con qué sublime y divina elocuencia Cristo ha hablado a los sacerdotes en la última cena, antes y después de la institución de la Eucaristía. Los Apóstoles han continuado esa predicación [...]. Se dedicaban a la predicación de la palabra y los fieles, escuchándolos, perseveraban participando en comunidad de la fracción del pan” (2do discurso del 3er Sínodo, 29-8-1899, ivi, pág. 240).

Junto con la orden de intensificar la proclamación de la Palabra de Dios, sin omitir jamás la homilía en las misas festivas, Scalabrini agregó todas las iniciativas posibles para difundir la piedad eucarística. Introdujo o hizo volver a florecer varias prácticas eucarísticas. Instituyó la adoración perpetua de los sacerdotes, para que no pasase una hora tampoco de noche en la cual en la diócesis, por lo menos un sacerdote estuviese en adoración ante el Santísimo, introdujo la adoración divina

por turno para los fieles, dio nuevo impulso a las Cuarenta horas y a las Cofradías del Santísimo Sacramento. Mas en el primer lugar debía permanecer la Misa:

“Algunos creen que la Misa sea sí una obra buena, pero de una bondad más o menos igual a la de un Rosario, de una limosna, de un Vía Crucis y así sucesivamente. ¡Sin embargo, cómo se engañan! Dichas prácticas son ciertamente piadosas y santas, no hay duda, pero la Santa Misa las supera a todas infinitamente ya que es de un valor infinito. En el cristianismo fue y será siempre la devoción de las devociones, el centro de la vida espiritual [...]. En la Misa todos los sacrificios y todos los actos de culto se suman y se compendian”. (Como santificar la fiesta, Piacenza 1904, págs. 6-7).

“¡Una Misa! es la inmolación de un Dios que de algún modo se nos ha puesto en la mano, con el fin de que nosotros tomemos la parte que nos conviene en los tiempos, en las condiciones, en la medida y para los fines determinados por la Providencia. ¡Una Misa! Es un Dios que adora, que agradece, que place, que implora. ¡Una Misa! una vez más ella es la corona del culto religioso, el centro de la vida cristiana” (El sacerdote católico, Piacenza 1892, pág. 12).

Para que todo el pueblo participase de la “oblación con la que todo el cuerpo de la Iglesia se ofrece con Cristo, así todo el Cristo (Christus totus) es al mismo tiempo el oferente y la víctima ofrecida” (2do discurso del 3er Sínodo, 28.9.1899, Synodus Dioecesis Placentina Tertia..., Piacenza 1900, pág. 239), puso en marcha todas las actividades, desde el comienzo del episcopado, para inculcar y obtener, también en el plano civil y social, la observancia del descanso festivo. Dos de sus últimas pastorales de Cuaresma, en 1903 y 1904, están dedicadas a la santificación del Domingo, “día del Señor, día de sus maravillas, de sus bendiciones, de sus triunfos [...], día de la verdadera libertad, de la verdadera igualdad, de la verdadera fraternidad, el día de nuestro rescate, de nuestra grandeza, de nuestras esperanzas, de nuestra gloria, de nuestro gozo” (Santificación del Domingo, Piacenza 1903, pág. 7).

En la Pastoral para la Cuaresma de 1902 había revelado la meta que se había prefijado alcanzar en la acción pastoral:

“Cuando el Señor, en su infinita misericordia, me haya concedido ver profundamente arraigada la devoción eucarística en mi querida diócesis, entonces no me quedará más que exclamar con el Profeta Simeón: Ahora dejarás, oh Señor, que se vaya en paz tu siervo...porque mis ojos han visto

al Salvador por ti donado, amado, agradecido y venerado por aquellos que son en el tiempo y serán en la eternidad, mi gozo y mi corona" (La devoción al Santísimo Sacramento, Piacenza 1902, pág. 37).

Y en la última Pastoral, escrita 26 días antes de la muerte, para anunciar la sexta visita a la diócesis, expresó el deseo de realizar en la Eucaristía el encuentro más íntimo y vivificante con todos sus fieles:

"No ahorren nada, mis venerables cooperadores, para que cuando yo vaya pueda dar a todos el pan de los ángeles, a todos, desde los niños de la primera Comunión hasta aquellos que se encuentran en el umbral de la eternidad. Será éste, hermanos e hijos míos, el más dulce de los consuelos que ustedes podrán brindar a su Obispo en medio de los incesantes cuidados y graves preocupaciones de su ministerio pastoral" (Carta Pastoral del 5.5.1905, Piacenza 1905, págs. 4-5).

Había ya llegado el momento en el cual el Siervo del Señor se estaba por ir en paz, con el viático eucarístico. Transcurrió la noche entera previa a la operación, que debía resultarle fatal, "en oración y en acto de adoración en su capilla privada". En la vigilia de la muerte, "pidió él mismo que le fuese administrado el Viático en forma solemne [...]. Se preocupó para que fuesen colocados los tapices en la ventana del palacio, que estuviese bien dispuesta y preparada la habitación donde guardaba cama: quiso que se le pusiese el roquete, la muceta y la cruz que le había regalado Pío IX [...]. Llegado el Sacramento desde la Parroquia, como él había dispuesto, lo recibió con signos de la más edificante piedad, rezando las oraciones preparatorias, hizo la prescripta solemne profesión de fe [...]. Recibido el SS. Viático en pleno conocimiento, mientras exteriorizaba su amor hacia Nuestro Señor con fervientes oraciones, recobró sus energías, tanto que el médico presente Luis Marchesi calificó esta mejoría como un milagro, exclamando textualmente: "Es un milagro: es un muerto que habla" (Test. C. Spallazzi, Proceso Diocesano, f. 78-79).

No era un milagro, sino el signo de beatitud, de la que el Señor debía haberle dado alguna muestra durante la vida, en las horas de adoración:

"Este gozo del alma caminante, este estado de tranquilidad lleno de confianza, este reposo lleno de consuelo, esta armonía llena de suavidad, esta paz llena de amor, en verdad es el más hermoso ensayo, la más

verdadera imagen de la beatitud celestial” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1881, Piacenza 1881, p. 26).

Deseó ser sepultado junto al altar del Santísimo, a los pies del cual se había hecho preparar la tumba, y soñó poder celebrar una última misa en el día del juicio universal: sueño ingenuo, pero revelador de un amor por la Eucaristía, que fue la nota más característica de su espiritualidad.

5) *La Cruz*

La Eucaristía nació de la Cruz: “Cristo ha abierto para nosotros este nuevo camino [a la salvación y a la santidad] con su pasión: en la Eucaristía se nos comunica el fruto” (1er discurso del 3er Sínodo, 28.8.1899, Synodus Dioecesis Placentina Tertia, Piacenza 1900, pág. 225). Si ha nacido de la Cruz, debe seguir su lógica, que es la de perder la vida para ganarla. “Desde el momento que el Verbo de Dios se inmoló bajo las especies de pan y vino [...] solamente entonces comprendió que el sacrificio es la consumación de la vida pura, noble y santa; entonces deseó dar vida por vida, amor por amor” (La devoción al Santísimo Sacramento, Piacenza 1902, pág. 29).

Para Scalabrini el vivir la Eucaristía, memorial de la Pasión, es conformarse con Cristo Crucificado; el vivir la nueva alianza, de la que la Eucaristía es el Sacramento, es vivir la nueva unión con Dios establecida por Cristo en la sangre de la Cruz. A ese concepto vuelve bajo diferentes puntos de vista.

“En la semejanza con El, como afirma San Pablo, consiste el secreto de nuestra predestinación. Por consiguiente, yo pregunto: ¿Qué camino siguió El para subir al cielo? Toda su vida, escribe Crisóstomo, no fue más que cruz y martirio [...]. Si mi Dios, viniendo a la tierra, no quiso engañarme, si para hacerse mi guía se hizo visible a mis ojos, yo estoy obligado a saludar en la penitencia la única esperanza de los hijos de Adán, el único medio para satisfacer la divina justicia” (La penitencia cristiana, Piacenza 1895, págs. 9-10).

“Desde Belén hasta el Calvario, no de otro modo, El se nos manifiesta bajo el aspecto del hombre de los dolores [...] ¿Y esto para qué fin? para enseñarnos y animarnos a padecer, ut sequamini vestigia eius [para que sigan sus huellas]. ¿Qué otra cosa, por lo tanto, podrá ser la vida

cristiana si no un continuo sacrificio, una lucha continua a imitación de Jesucristo? ¿Cómo ser los hijos de sus humillaciones, de sus sufrimientos, de su cruz, y no querer tolerar ni humillaciones, ni padecimientos, ni cruces? [...] O renunciar a ser cristianos, o vivir conformes con la vida y con las enseñanzas de Jesucristo [...]. ¿No es ésta la obligación contraída por nosotros en el Bautismo? Ciertamente. Desde ese momento nosotros somos suyos, y nos hemos revestido de El, y hemos sido incorporados en El; desde ese momento todos los cuidados maternos de la Iglesia estuvieron dirigidos a formar en nosotros Jesucristo y en esculpir su imagen viva en nuestro corazón” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1883, Piacenza 1883, págs. 6-8).

No podemos presentar a Dios “el ofrecimiento de un sacrificio del cual no participamos, el culto de una cruz de la que no llevamos en nuestros miembros ningún vestigio” (La Penitencia cristiana, Piacenza 1895, pág. 11).

“Es necesario suplir lo que de nuestra parte falta a su pasión: *adimpleo ea quae desunt passionum Christi in carne mea* [completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo] (Col. 1, 24). Esta es la ley suprema a la que está subordinada nuestra salud. El sacrificio de Jesucristo y nuestro sacrificio, son dos sacrificios igualmente necesarios, son dos sacrificios que no satisfacen la justicia divina, si no van indivisiblemente unidos, porque nuestro sacrificio, si no está acompañado por el sacrificio de Cristo, es indigno de Dios; el sacrificio de Cristo, si no está acompañado por nuestro sacrificio, es inútil para nosotros” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1883, Piacenza 1883, p. 16).

Siendo “discípulos de un Dios pobre, humilde y crucificado” (ivi, p. 11), debemos poner en práctica las condiciones que Cristo ha dictado para quienes lo quieren seguir:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, dice El mismo, nuestro divino Maestro, niéguese a sí mismo, lleve su cruz y con este distintivo me siga [...]. Niéguese a sí mismo, vale decir, el propio intelecto, al someterlo a la fe; la propia voluntad, al hacer siempre la de Dios; los apetitos desordenados, siguiendo en todo únicamente el sacrosanto Evangelio. Lleve, en segundo lugar, su cruz, vale decir, sufra con paciencia y con resignación todos los males de la vida presente, las adversidades, las molestias, los cansancios propios de su condición. Con este distintivo me siga, es decir, camine en las huellas de Jesucristo, se revista de su espíritu, entre en sus miradas, sea animado por sus sentimientos, se guíe según sus

máximas, se conforme con su voluntad, se abandone a su Providencia. Ahora, ¿qué significa todo esto, si no que para vivir la vida cristiana, es necesario el ejercicio de la mortificación evangélica? Es tan necesaria que sin ella estamos perdidos para siempre: nisi poenitentiam egeritis, es la Verdad encarnada que nos habla, omnes similiter peribitis [si no hicen penitencia, todos perecerán de la misma manera]" (ivi, págs. 14-15).

La mortificación de algunas tendencias humanas exalta las tendencias más profundas: convertirse en hijos de Dios, alcanzar la felicidad que no se pierde jamás. Las palabras "lucha, vigilancia, mortificación, penitencia" no deben engañarnos. No es "masoquismo religioso" (Sartre). Por el contrario es liberación, novedad de vida, edificación del reino; es restaurar la dignidad del hombre; es por lo tanto gozo.

"Algunos se hacen una idea muy superficial y mezquina de la penitencia cristiana, creyendo que mortificarse sea querer sufrir por el simple gusto de sufrir. No queridos hermanos, no. Es mucho más alta la meta a la que aspiramos. Mortificándonos, diré con un filósofo ilustre, nosotros no queremos destruir, sino edificar; queremos reprimir a la carne, pero para dar libertad al espíritu; despojarnos del hombre viejo, pero para revestirnos del hombre nuevo; renegar de nuestra voluntad corrupta, pero para poner en su lugar la santa voluntad de Dios; morir al amor propio, pero para vivir en la caridad; derribar el reino del mal persiguiéndolo en sí y en sus cómplices externos e internos, pero para fundar en nosotros el reino del bien, el reino de la verdad y del amor; perder alguna cosa del presente, pero para asegurarnos el porvenir. Queremos, en otros términos, retomar nuestra corona; ser no solamente hombres, sino también cristianos, reinar en el tiempo y en la eternidad. (La penitencia cristiana, Piacenza 1896, pág. 13).

Personalmente abrazó con decisión y con regocijo interior esa que el llamaba "la filosofía de la cruz":

"Considerar las cruces, las tribulaciones, las humillaciones, los desprecios como medios preciosos de santificación. No quejarme, no entristecerme, no desalentarme: ofrecer todas las cosas en unión con las penas de Jesucristo. Fac me cruce inebriari" [Haz que me enamore de la cruz] ("Propósitos", 28.8.1896).

"La cruz es la única tabla de salvación en el naufragio borrascoso de la vida. Sufrir, mortificarse, humillarse, aceptar las humillaciones: he aquí la Cruz: qui tenuerit eam beatus [Bienaventurado quien la poseerá]. No la dejes nunca: absit gloriari nisi in cruce D.N. Jesu Christi [lejos de

mí gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo]. Es la única verdadera sabiduría. El Obispo lleva la cruz sin la imagen del querido Jesús: ¿por qué? porque debemos amar la Cruz, también sin el consuelo de su vista: amarla por sí misma: fac me cruce inebriari: los consuelos de Jesús vendrán después: están en un estado de perfección adquirida; he aquí el madero de la vida: no dejarlo jamás. Serás bienaventurado en la vida, en la muerte, y en la eternidad" (Notas de la meditación. AGS 3027/1).

"¡Fac me cruce inebriari! Dios nos educa con las tribulaciones, con las humillaciones, con las penas, con los fastidios del ministerio, de las audiencias: nos conserva, nos ilumina, nos hace grandes: amar por lo tanto las cruces: la cruz. Amarla: unirla a los padecimientos de Jesucristo, apretar la cruz pectoral al corazón y repetir con frecuencia: ¡fac me cruce inebriari!... ("Propósitos", 24.8.1893).

"Dios ha sido conmigo de una bondad particular: ¡cuántas gracias extraordinarias para santificarme, cuántas cruces! Las cruces eran inseparables de los designios de Dios... ¡Nunca me faltaron!... ¡Pero bendito sea Dios! ¡Te Deum laudamus! Lo canté hace un rato en la catedral. Gracias a Dios y ánimo en la Cruz de Jesucristo Nuestro Señor" (ivi, 30.1.1894).

Los mismos sentimientos se hallan en la comunicación epistolar:

"En cuanto a mí, gracias a Dios, conservo una perfecta tranquilidad de espíritu y sé que un "bendito sea Dios" (como decía mi S. Francisco de Sales) invocado entre las tribulaciones, vale más que un Rosario en la prosperidad, y recibo todos los contratiempos de la mano de Dios, que los permite u ordena, y trato de aceptarlos con amor. ¿No son ellos partículas preciosas de la Cruz de Jesucristo?" (Carta a un superior provincial, sin fecha. AGS 3022/1).

"El Señor ha querido visitarme este año con todo tipo de tribulaciones, pero la resignación y la calma me parece no haberlas perdido nunca. Tuve presente el omne gaudium existimate cum in tribulationes varias incideritis [consideren gran gozo cuando les sucedan diversos sufrimientos] y sentí hasta alegría. ¡Oh! la sublime filosofía que se encierra en esa palabra: verdadero amor de la cruz" (Carta a L. Cornaggia Medici, 12.5.1896. Archivo Liberiano de Roma).

"Yo bendigo a Dios en todo y siento una viva alegría en el sufrir con resignación todas las penas, las contrariedades que me envía; recibo estos contratiempos de la mano de Dios, que los permite y los manda para nuestro bien, y creo con ello beneficiar a las almas. Por mi parte no deseo más que la gloria de Dios y el mayor bien de las almas, aunque se debiese

conseguir con las penas más grandes. Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te [Sí, Padre, porque así tú lo has querido]" (Idem, sin fecha).

En la correspondencia confidencial con Mons. Bonomelli, la "mística de la cruz" está continuamente presente:

"Ud. me habla de cruz, ¡oh mi Dios! es nuestra porción y la Iglesia nos la hace llevar en el pecho, de oro, pero con frecuencia se cambia en rústico hierro que desgarrar el alma. ¡Oh! cuántas veces yo la aprieto contra mi corazón y levantando los ojos hacia el Cielo repito con el deseo ardiente de ser escuchado: ¡fac me cruce inebriari!" (17.9.1883).

"El Señor, este año, se ha dignado visitarme con dolores físicos y con angustias morales: que su santa voluntad se cumpla siempre por todo y en todo. [...] Continúo por mi camino, bendiciendo el nombre santo de Dios en medio de esta tribulación de palabras y esperando que El sepa extraer gran beneficio [...]. Será lo que Dios quiera: sicut Domino placuit, ita factum est, sit nomen Domini benedictum! [como el Señor quiso, así sucedió, ¡bendito sea el nombre del Señor!]" (13.11.1884).

Durante el período del cisma de Miraglia, en los cinco años que fueron el calvario más doloroso de su vida, Mons. Scalabrini se acrisoló cada vez más en la participación de la Cruz del Señor:

"Ese desgraciado cura me está tejiendo una verdadera corona de espinas con una audacia de sectario matriculado, pero debo decirle que, por lo menos hasta ahora, el Señor me ha concedido tanta fuerza como para no hacerme sentir casi los graves y continuos pinchazos. Veo que El gobierna con una Providencia llena de misterios y me siento, o por lo menos me parece sentirme, dispuesto a repetir en cada evento: Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante Te [Sí, Padre, porque así tú lo has querido]. Ud. que es tan fervoroso, obténgame la gracia de una perfecta uniformidad con la voluntad del Cielo" (9.11.1895).

"El Señor me flagela en serio, y tiene mil razones. Me concede, sin embargo, una calma y tranquilidad singulares. Calicem quem dedit mihi Pater non bibam illum? [¿no beberé el caliz que me dió el Padre?]" (21.2.1896).

"Cuando estuvo en Piacenza el Cardenal Agliardi, mi hermano le decía: El Obispo, que es un hombre equilibrado, desde algunos años se ha entregado a un ascetismo excesivo. Y el Cardenal le respondía: Pero mire un poco que yo también sospechaba que Monseñor fuese de esa clase, etc., etc. Yo sonreía tristemente y pensaba que si el Señor no me hubiese otorgado la gracia de un poco de ascetismo in tempore opportuno, no sé

cómo hubiera salido de este mal trance. Así, entre pruebas de todo tipo que he sufrido y, por las cosas ya conocidas, sufro, pero poco, haciendo todo lo que puedo y poniendo en las manos de Dios el éxito final de los asuntos" (24.1.1897).

En esta carta se hace mención a las prácticas de ascetismo. Es conocido que Scalabrini usaba los instrumentos tradicionales de penitencia, ya sea para el dominio de sí mismo ya sea para la satisfactoria vicaria [reparación vicaria].

"Sucedía con frecuencia que su fiel empleado doméstico hallaba, como en Piacenza, la camisa del Santo Obispo manchada con sangre, y se dio cuenta finalmente que ello sucedía por el uso que hacía Monseñor de un áspero cilicio." (Test. de C. Mangot. AGS 3000/8).

"A la pálida luz de la lámpara del SS. Sacramento, vislumbró una figura de hombre y al acercarse, distinguió al Santo Obispo Scalabrini que sobre las espaldas desnudas se aplicaba la disciplina. El Canónigo D. Rolandi se quedó maravillado y profundamente edificado, y el Obispo, dirigiéndose a él, muy confundido, exclamó: "¡Por favor, no le diga nada a nadie. Estoy aquí para rezar y hacer un poco de penitencia por un pobre sacerdote de mi Diócesis, que me da muchos disgustos y es una verdadera cruz" (Carta de G. Gatti a F. Prevedello, 19.8.1939. AGS.3053/5).

Sin embargo sostenía que el "cilicio para el sacerdote más que nada debe consistir en el cumplimiento exacto de cada uno de sus deberes y en la resignación ante las muchas cruces y los grandes sacrificios que se encuentran en el ministerio" (Test. E. Preti, Proceso Diocesano, f. 252). El, por ejemplo, "no se quejó jamás por la forma en que era tratado durante las visitas pastorales y especialmente en las pobres casas parroquiales de montaña" (Test. C. Spallazzi, *ivi*, f. 141).

Durante el incómodo viaje al Brasil, recuerda el santo Obispo Mons. Rinaldi, era "bastante frugal nuestra mesa y apurados los preparativos, ya que él insistía que yo estuviese a su lado, en lugar de preocuparme por la cocina. Igualmente, durante ese período, dedicó muy poco tiempo al sueño, ya que la jornada era muy laboriosa" (Test. M. Rinaldi, *ivi*, f. 678). "Solamente quien ha visto esos lugares puede saber las incomodidades de esos viajes hechos por el Siervo de Dios, el cual por cierto malestar no podía cabalgar. Cuando no podía más, lo hacían subir a un carretón improvisado conducido por dos o tres caballos: por lo tanto, pueden

imaginar lo que el Siervo de Dios sufría, teniendo en cuenta también la estación invernal y la continua lluvia" (Test. L. Gorlin, *ivi*, f. 856).

"Observaba rigurosamente los ayunos y las abstinencias prescritas y me consta que a veces se extralimitaba. Su doméstica Catalina me contaba que durante todo un Viernes Santo se había limitado a alimentarse con una tajada de polenta." (Test. F. Gregori, *ivi*, f. 574). "Muy parco, dormía pocas horas" (Test. L. Scalabrini, *ivi*, f. 919).

Inculcaba a sus misioneros la espiritualidad de la Cruz:

"Heme aquí con Ud., pobre mártir. Con todas las virtudes que adornan su alma, no tiene aún el entusiasmo del hombre en la cruz, del sacerdote crucificado. ¡Y es tan lindo!" (Carta a D. Vicentini, setiembre 1894. AGS 3023/2).

"Verdaderamente las noticias dolorosas se suceden con rapidez ¿Qué hacer? ¿Desanimarse? No. Dios nos quiere probar con el fuego de las adversidades y por eso sea bendito ahora, siempre y por todos. Meditemos con frecuencia el texto: *Recogitate eum qui talem sustinuit contradictionem et ne fatigemini animis vestris, deficientes* [Mediten en Aquel que soportó semejante contrariedad, y no se cansen vuestros espíritus, desalentándose]. Animo, calma y confianza en Dios" (Idem, 28.11.1893).

En la ceremonia de la partida de los misioneros les entregaba el crucifijo y aprovechaba la circunstancia para destacar el significado del rito que recuerda la verdadera fuente y fuerza del apostolado:

"El signo de rescate universal levantado en medio de los pueblos es la Cruz [...]. Desde que sobre el Gólgota fue enarbolado ese signo, desde que en el mundo apareció la Iglesia, la palabra que anuncia la gloria de Dios, que ilumina las mentes, alegra los corazones, regenera las almas, y, atrayendo de todas partes los hermanos dispersos, recompone en la unidad de la fe, de la esperanza y del amor, la familia humana, no ha cesado nunca de hacerse oír.

[...] Les esperan, lo sé, grandes esfuerzos, peligros no indiferentes, tribulaciones, luchas y sacrificios continuos, pero no teman: les acompaña la Cruz: la Cruz que es la defensa de los humildes, la humillación de los soberbios, la victoria de Cristo, la derrota del infierno, la muerte de la infidelidad, la vida de las justos, la plenitud de todas las virtudes. La Cruz, que es la esperanza de los cristianos, la resurrección de los muertos, el consuelo del pobre, la garantía de la vida eterna, la fuerza de Dios. No teman, les acompaña la Cruz: esa Cruz que forma a los héroes

de la Religión, que los sostiene, los anima, los guía, los eleva, los hace superiores a la carne, a la sangre, a sus alegrías, a sus dolores, infunde en su alma los santos deseos del mártir de Cristo, que sabe vivir y morir exclamando: ¡Viva Jesús, viva la Cruz, viva el martirio: absit gloriari nisi in cruce Damini Nostri Jesu Chisti.

La Cruz es locura para el mundo, pero para ustedes, queridos Sacerdotes y Catequistas, se convertirá en sabiduría y vida [...]. En las aflicciones, en los desalientos, en las desilusiones aprieten sobre el corazón la Cruz que les he entregado; con la disposición de un entero abandono en las manos de Dios, levantando los ojos al cielo, repitan: fac me cruce inebriari; absit gloriari nisi in cruce D.N.J.C. y vuestro corazón se dilatará y vuestra alma se abrirá para todas las dulzuras de la esperanza cristiana y vuestras obras serán todas muy preciosas para el Cielo" (Discurso a los misioneros próximos a partir, 24.1.1889. AGS.3018/2).

6) Las prácticas de piedad y las devociones a María y a los Santos

La devoción a Cristo Eucarístico y Crucificado es la verdadera "devoción" de Scalabrini, devoción a Cristo, en el que se concreta el verdadero culto: "la base de cada uno de nuestros actos religiosos" es "el homenaje del espíritu creyente, que se postra adorando la divinidad de Jesucristo", y "el homenaje del corazón que se conmueve recorriendo nuevamente los beneficios de su redención". Por lo tanto la devoción es "fe y amor", que "quieren mostrarse con el reconocimiento práctico de la autoridad de Jesucristo, con el cumplimiento de su ley" (Homilía de Pascua 1903. AGS. 3016/4).

De la "devoción" son expresiones las "devociones", las así llamadas "prácticas de piedad", la piedad mariana y el culto de los Santos.

Se sabe que el 800 fue el siglo de las devociones, que conocieron también las desviaciones sentimentales y mecánicas, en los casos en que perdieron el contacto con la Biblia y con la liturgia, sin embargo contribuyeron a alimentar una piedad más cálida, correspondiente al clima del romanticismo, cuando, al mismo tiempo que resurgía el ideal medieval, se volvían a tomar del medioevo las expresiones más auténticas de la piedad cristiana, en cuanto centrada en la persona de Cristo, verdadero Dios, pero también verdadero hombre, persona realmente presente y operante en la vida del cristiano y en la Iglesia. En

otras palabras, las “formas” de la piedad cristiana fueron auténticas en la medida en que fueron cristológicas y eclesiales. Esas fueron justamente las características de las prácticas de piedad y de las devociones de Scalabrini, además, naturalmente, de las devociones a la Eucaristía y a la Cruz.

Como prácticas cotidianas, se había impuesto un cuarto de hora de lectura espiritual, la visita al Santísimo, el Rosario, el Angelus, las oraciones de la mañana y de la noche, el uso frecuente de las jaculatorias. Para tener el tiempo necesario y cumplir con todas estas prácticas, en jornadas ya ocupadas por una actividad que él con frecuencia definía “febril”, fijó a las 6 el horario para levantarse (pero con frecuencia, por lo menos en los últimos años, se levantaba a las 5) y para las 21,45 había establecido: “oración, examen, puntos de la meditación” (“Propósitos”, 24.8.1894).

“Era un hombre de mucha piedad y de mucha oración” (Test. G. Dodici, Proceso Diocesano, f. 163). “Había que verlo como rezaba, con una compostura admirable, de día y también de noche avanzada” (Test. A. Bracchi, *ivi*, f. 469-470). “Llenaba su jornada con actos de piedad sacerdotal” (Test. F. Torta, *ivi*, f. 344). “Era muy exacto en las prácticas de piedad, que no dejaba de cumplir también en los días de mucho trabajo y grandes esfuerzos” (Test. E. Pret, *ivi*, f. 242).

El rezo del oficio divino era calmo y devoto, como se había propuesto:

“Rezar el oficio en el mejor modo posible, aplicándolo cada día por alguna intención particular. Cada noche examinar cómo lo he rezado. Cada mes una meditación sobre *digne, attente, devote* [dignamente, atentamente, devotamente]” (“Propósitos” 24. 8. 1893). “En los días un poco libres haré un estudio sobre los salmos más usados; anotaré en hojitas apropiadas, para guardar en el breviario, el sentido, la inspiración, el objetivo profético, etc... Comenzaré por las horas... ¡Todos los días un salmo! ¡Cuántas bendiciones haré descender sobre mí y sobre la Diócesis si rezo santamente el oficio!” (*ivi*, 23.2.1901).

Según él, la devoción a la Virgen y a los Santos tiene sentido solamente para aquellos que “apoyándose como en escalones, en el culto a los Santos y a la Madre de Dios, quieren llegar a Dios [...]. Es necesario prestar atención, para que, mientras insistimos sobre la meditación y

sobre el ejemplo de los santos, no decaiga nuestra fe y nuestro amor por Jesucristo” (1er discurso del 3er Sínodo, 28.8.1899, Synodus Dioecesana Placentina Tertia, Piacenza 1900, pág. 225).

También en la piedad mariana encontramos la espiritualidad de la encarnación: “Como la Encarnación del Verbo fue la efusión del perdón y del amor de un Dios hacia el mundo, que había olvidado todo, así María Inmaculada en presencia del Siglo XIX es la humanidad regenerada que vuelve a los brazos de su Dios” (En memoria del primer feliz Jubileo de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima, Piacenza 1879, pág. 27).

La devoción mariana es cristocéntrica:

“Quien ama a María ama a Jesús, y no puede amar verdaderamente a Jesús quien no ama a María. A uno y a otra ama el cristiano con amor encendido. Ama a Jesús como Dios y a María como Madre de Dios; ama a Jesús como redentor del género humano, ama a María como corredentora del género humano. No, Jesús y María no son nunca separables en el pensamiento y en el afecto del creyente” (Homilía de la Asunción, 1888. AGS 3017/1).

“Efectivamente, María es la copia perfecta del Verbo divino” (ivi). “Con Jesús tiene en común los deseos, los sentimientos y los afectos” (Homilía de la Asunción 1893. AGS 3017/1). Si fuese posible la gloria de asemejarse a ella, superaría la de haberle dado la vida. (cfr. Panegírico de M. V. Inmaculada 1866. AGS 3017/8), habiendo sido creada para ser la imagen más viva de las virtudes y perfecciones de Jesucristo, su Hijo y su Dios” (ivi). “El corazón de María es el espejo, el retrato fiel del corazón de Jesús: imago bonitatis illius [imagen de su bondad]” (Discurso sobre la Madonna del Popolo, 5.8.1880. AGS 3017/2).

Así se encuentra en la piedad mariana la espiritualidad eclesial:

“En Nazareth el Espíritu Santo la consagraba Madre de Dios, en el Cenáculo la consagraba Madre de la Iglesia (...). En el Cenáculo, figura de esta Iglesia era Pedro, el príncipe de los Apóstoles y vicario de Cristo; era María la reina de los Apóstoles, la madre de Jesús. ¿Y qué quiere decir? Por el príncipe se pertenece a la Iglesia, por la Iglesia al Hijo de María y por el Hijo de María al Dios verdadero y vivo que se comunica con nosotros por medio del Espíritu Santo [...]. Indudablemente Dios, Jesucristo, María Virgen, la Iglesia Católica, el Pontífice Romano, son todos anillos de una

misteriosa cadena que une el tiempo con la eternidad. Desdichado quien rompe uno solo de estos anillos” (Homilía de Pentecostés, 1900. AGS 301616).

“Toda la vida de la Virgen y los misterios que se cumplieron en ella, las gracias que la adornaron, los bienes que se difundieron por Ella, al decir de Ambrosio, fueron vivamente un tipo, una figura, una imagen, casi una profecía de la Iglesia Católica: María figuram in se gerebat Ecclesiae [María llevaba en sí la imagen de la Iglesia]. Efectivamente, no puede negarse que la existencia de María está directamente asociada a la de Cristo y participa mucho más de sus destinos que de los del género humano. Ahora bien, examinen la naturaleza de la Iglesia Católica y verán como, a semejanza de María, forma una sola cosa con Cristo, vive en su Espíritu, busca Su gloria, y lo ama con el amor más perfecto. El águila de los Doctores aseveró que la carne de Cristo es la misma carne de María: caro Christi, caro Mariae [la carne de Cristo, la carne de María]. No se podía comentar con mayor verdad y mayor precisión la sentencia evangélica: de qua natus est Jesus [de la que nació Jesús]. ¿Y bien, quién conserva, defiende, dispensa a los hombres la carne virginal de María? ¿No es quizás la Iglesia Católica? Y en todos los Sacramentos de los que la Iglesia Católica es ministro, se reproduce, se extiende, mirando bien, la maternidad divina por la virtud de Cristo. Ustedes verán en todo la virtud de la Sangre de Cristo, conocerán que esta Sangre nos fue donada por María y que es aplicada a nosotros por el ministerio de la Iglesia Católica. ¿Qué más hermosa y clara unión entre la Madre y la esposa de Cristo? [...]. Es tan íntima esta unión entre Cristo, la Virgen y la Iglesia que no es posible separarlas” (Homilía de la Asunción, 1882. AGS 3017/1).

La práctica mariana más apreciada por Scalabrini fue el Rosario, que “es el cuadro más atractivo de todo lo que ha hecho Jesucristo por nuestras almas; es el memorial de las más estupendas maravillas; es la más noble contraseña de la piedad católica” (Comunicación de la Encíclica Supremi Apostolatus, Piacenza 1883, pág. 7). Como aprendió la devoción al Crucifijo “sobre las rodillas maternas”, así adquirió el hábito de rezarlo diariamente por la noche en la intimidad de la familia y se esforzó por introducir esta práctica en las familias de la diócesis.

“El Rosario es la oración más grata a María, como aquella que le recuerda sus títulos más queridos y sus méritos más excelsos ya sea en los gozos de la vida, o en los dolores de la pasión, o en las glorias del triunfo. Al haberla propuesto Ella misma, agregando sus promesas de consentimiento, declaró que el Rosario es también un homenaje al cielo más aceptable que cualquier otro [...]. Por medio del Rosario nosotros nos

unimos con Jesucristo y con su bendita Madre para honrar a la Divinidad del mejor modo que la fragilidad humana puede realizar, y repitiendo nosotros esa oración, no hacemos otra cosa que devolver al Cielo lo que el Cielo ha dejado caer hasta nosotros. Si lo repetimos muchas veces, quiere decir que nuestra alma no puede dejar de expandirse ante la celestial Benefactora; si lo repetimos continuamente, quiere decir que nuestra lengua no se cansa de aclamarla; si con tanta frecuencia repetimos las mismas expresiones, quiere decir que nuestro corazón no encuentra límites para manifestarle su propio amor [...].

El Rosario une en un hermoso acuerdo la oración vocal con la oración mental [...], ya que mientras para los simples resulta muy fácil, para los más inteligentes resulta sublime y todos pueden encontrar pastura sustanciosa y suavisima, todos valiosísimas lecciones para aprender (ivi, págs. 5-6).

En el Rosario el cristiano aprende que “Dios es amor que se dona, Cristo el amor que se inmola, María el amor que ayuda”. “En el Rosario reza en nosotros y por nosotros Jesucristo mismo”, se contempla a “Jesús belleza infinita”. “Así, mientras nosotros contemplamos este prototipo divino, El de modo arcano pero muy eficaz habla al corazón y nos dice: Aprended de mí [...] porque yo soy el camino, el único camino de la eterna salud y hacia el Padre celestial nadie puede ir sino por mí [...]. Pero, si es dulce en el Rosario contemplar a Jesús y oír su voz, no es menos dulce contemplar a María. Y María en los misterios del Rosario se nos presenta siempre al lado de Jesús” (Discurso para la festividad del Rosario, 7.10.1894. AGS 3017/2).

Scalabrini atribuía al Rosario rezado en común un particular valor eclesial y social: “Esta devoción es muy oportuna para estrechar siempre más los vínculos de la hermandad cristiana, para promover entre los hombres aquellas virtudes que forman el bienestar y el decoro de la misma sociedad” (ivi).

“El Siervo de Dios poseía un alma verdaderamente mariana: él era muy devoto de la Madre de Dios favoreciendo su culto con celebraciones ordinarias y extraordinarias. (Testimonio A. de Martini, Proceso Diocesano, f. 269). “Tenía una devoción filial y admirable por la Santísima Virgen. Me limito a mencionar la solemne coronación de nuestra Señora de San Marcos, a la que ofreció las preciosas coronas donde estaban incrustadas las joyas de su madre. Estaba yo presente en el rito sagrado, muy imponente por la presencia de muchos Obispos y

por la intervención de la población de todo el valle, a la que dirigió la palabra fuera del templo, y elevó a la Virgen un himno de alabanza tan hermoso que me pareció inspirado por un ángel” (Testimonio G. Squeri, ivi, f. 530). “Recuerdo con placer otra prédica hecha por él en la Catedral en honor a la Inmaculada, después de su segundo regreso de América. Me hallaba cerca del P. Trussardi, Jesuita. Una vez terminado el discurso, el religioso prorrumpió en esta exclamación: “¡Así hablan solamente los ángeles!” (Test. G. Cardinali, ivi, f. 300).

Las devociones a la Virgen y a los Santos son típicas expresiones de la religiosidad popular: Scalabrini las secundó con entusiasmo, impulsando el entusiasmo de los fieles en manifestaciones que podrían parecer folklóricas para quien olvidase que estaban preparadas por una intensa predicación de la palabra de Dios y por una participación general en los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía. En 1893, cuando coronó a la “Madonna del Popolo” en la catedral, el obispo dispuso que la fiesta fuese preparada por una misión de nueve días, para que los piacentinos la celebrasen “no atraídos por la inusitada pompa ni por la solemnidad excepcional; sino compungidos y devotos acercándose a los SS. Sacramentos de la Confesión y de la Comunión”. Y efectivamente la mañana del 10 de enero, por más que el termómetro hubiese bajado a 14 grados bajo cero, 20.000 piacentinos tomaron la comunión. En dicha circunstancia, al diario masónico que había definido la fiesta como “una pomposa manifestación del prejuicio de las sagradas imágenes, donde el verdadero sentimiento religioso es materializado en un espectáculo pagano”, el obispo replicó citando una página de Gioberti, que condenaba “aquella increíble ligereza que no sabe vislumbrar la idea bajo las fórmulas que la revisten” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma del año 1893, Piacenza 1893, pág. 7).

En ocasión de la fiesta de la coronación de la Virgen de la Consolación (o de San Marcos) en Bedonia, en 1889, escribió al Rector del Santuario: “Hagamos sí la gran fiesta de la Coronación [...]. Pero, entendámonos, una gran fiesta que pueda agradar allá arriba. Antes habría que hacerla preceder por una hermosa misión a la que podrían acudir todos los pueblos vecinos tan devotos de nuestra Virgen, comuniones generales etc, etc. Por favor, que no se convierta la fiesta de la Virgen en un bacanal: están bien las luminarias etc, etc, pero nada que desdiga a una

fiesta netamente católica". (Carta a N. Bruni, 27.11.1888. Archivo del Seminario de Bedonia).

Por otra parte, es demasiado evidente que para Scalabrini la esencia de la devoción a la Virgen y a los Santos consiste en la imitación de sus virtudes:

"Consideren que la devoción a la Santísima Virgen debe ser sólida, o sea no debe ser una de esas devociones superficiales y livianas que terminan en la exteriorización de pocas prácticas: sino que debe conducirlos a purificar el alma de los defectos y a enriquecerla de virtudes [...]. En estos encuentros diríjanse a ella con lo íntimo del corazón, afirmenle que desean morir antes que ofender a su bendito Hijo, y no teman, la victoria será vuestra [...]. El mismo deseo por agradar a la Virgen debe animarlos a enriquecer vuestra alma con sus virtudes; si la aman no les resultará difícil, porque el amor impulsa a la imitación y produce semejanza. Fijen los ojos en las virtudes de María, observen cómo ella actúa y traten de reproducirlas en ustedes" (Discurso para la Iglesia de Mayo, 1870. AGS. 3017/2).

La proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, ocurrida cuando él tenía 15 años, debió quedarle impresa como un evento extraordinario de la Iglesia, confirmado por las apariciones de Lourdes cuatro años después. Lo testimonian las extraordinarias solemnidades convocadas para el 25to. y el 50mo. aniversario de la proclamación: solemnidades que fueron, también ellas, mucho más que solemnes festejos: el 8 de diciembre de 1904, solamente en la ciudad de Piacenza, las Comuniones fueron 30.000. Efectivamente Scalabrini no podía concebir la devoción mariana desunida de la piedad eucarística, como no podía separarla de la devoción a la Iglesia: "dos amores muy nobles por los que arden nuestros corazones, el amor por la Iglesia y el amor por María, vendrán juntos y se confundirán". (Homilía para la Asunción, 1882. AGS. 3017/1).

Cada mañana renovaba la consagración a Nuestra Señora y en los retiros espirituales volvía a confirmar la filial entrega a la Virgen a la que "debía todo":

"Gran y verdadera devoción a la querida y muy suave Madre María. Ora pro me peccatore: nunc et in hora mortis meae. Amen [Ruega por mí pecador: ahora y en la hora de mi muerte. Amen]" ("Propósitos",

24.8.1893). “¡Entregarme con mayor cuidado a la devoción de la Virgen, tirarme a sus pies, en sus brazos maternos todos los días! (ivi, agosto de 1900). “Constante y tierna devoción a la Virgen: es mi madre y todo me obtendrá si soy verdadero y sincero devoto suyo” (ivi, 23.2.1901).

También la devoción a los Santos (San José, San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, los Santos de Piacenza, “padres en la fe” de la diócesis) y el celo por difundir el culto están radicados en la fe y en el celo por la fe:

“Ponderé entonces la necesidad, ya constatada, que tenemos, de que esos Santos, con los que tenemos cierta familiaridad, impulsados por nuestra particular veneración y culto, supliquen para mí y para mis muy queridos hijos esa fortaleza en la fe que en nuestro tiempo es necesaria a los cristianos para vencer: por lo tanto, deseoso de suscitar en mi grey ese sentimiento de devoción hacia los antedichos Santos que alimentó la fe y la santidad de los antepasados, pensé de qué manera habría podido alcanzar ese objetivo, opiné que quedaba una sola cosa por hacer para inflamar a mis hijos con la devoción hacia los benéficos Patronos y Padres: divulgar sus gestas, el sepulcro, las reliquias y el culto con oportunos y doctos estudios que ilustrasen cuidadosa e inteligentemente los monumentos y los documentos que les conciernen, y presentarlos para su reflexión; después reponer los huesos de los Santos Antonino y Víctor en forma tal que, en determinadas solemnidades o ante la inminencia de alguna calamidad pudiesen ser expuestas públicamente a la vista y a la veneración de los fieles”. (Relatio Status Ecclesiae Placentinae, 11.12.1879. Archivo Episcopal de Piacenza).

Reviste particular importancia la analogía que Scalabrini establece de esta manera con la concepción de la pastoral para los emigrantes: la religiosidad popular debe ser conservada, porque es uno de los sostenes de la fe. Hablando de la emigración, él se refiere siempre al concepto de la “fe heredada”, de la “fe de los padres”, el tesoro más precioso del patrimonio espiritual y cultural del emigrado: los Santos venerados en el país de origen son los símbolos vivientes y concretos de una fe transmitida a través de las generaciones.

La Iglesia quiere que, comprometiéndonos a exaltar en ella a los Santos, con ella nos unamos también en el fin por el cual los exalta. Ellos agradaron a Dios con sus virtudes y nosotros debemos imitar sus ejemplos” (Homilía de Todos los Santos, 1882. AGS. 3016/8). El

fruto principal que Scalabrini espera de la devoción de los Santos es el crecimiento en la fe:

“Grandes en el reino de Dios por las obras practicadas en la tierra en la fe y por la fe, los Santos nos predicán sobre todas las cosas la gloria de la fe; de esa fe que es el tesoro de la vida doméstica, que aviva el amor de los hijos hacia los padres y que lleva hacia la perfección y la santidad; de esa fe que une con vínculos de relaciones apacibles a todas las personas y a todas las cosas del mundo y nos mantiene alertas para el gran día de la rendición de cuentas al recordarnos, con el ejemplo de los Santos, que la vida del cristiano es una milicia sobre la tierra: nosotros somos esos soldados combatientes en difíciles batallas para ganarnos la beatitud inmortal: estamos ahora en medio del fuego para purificarnos de la escoria; somos peregrinos hacia la patria pero continuamente asediados por poderosos y crueles enemigos. Si los esfuerzos de la lucha nos debilitan, si la llama de la purificación nos quema, si el camino nos agota, miremos la corona del triunfo, miremos la fe de los Santos, miremos, mejor, la fe que profesamos también nosotros y crecerán los espíritus” (Homilía de Todos los Santos, 1876. AGS 3016/8).

B. “HACERME TODO PARA TODOS” ESPIRITUALIDAD DE ACCION

1) *“Hacerme todo para todos”*

La “divinización”, en cuanto continuación de la Encarnación, se convierte en continuación de la misión salvífica de Cristo. La conformación con Cristo Crucificado se torna conformación con la obra redentora de la Cruz. La oración cristiana, en cuanto respuesta a la iniciativa del Dios-Amor, se transforma en amor del hombre. La oración más auténtica es el “Padre nuestro”, que nos ofrece la perspectiva de la integración entre la fe y la vida, entre la atención a la voluntad salvífica de Dios y la prontitud de la respuesta comprometida de toda la persona en la solidaridad fiel y creativa con los hermanos.

La meditación de la historia humana como se lee en el libro de la Biblia y como se interpreta a través de la lectura in fide de los signos de los tiempos, crea en el cristiano la exigencia de hacerse co-actor en la historia de la salvación. La Eucaristía, acción de gracias, sumergiendo al hombre

en la dimensión de la gratitud, lo hace partícipe de la obra redentora de Cristo. La oración eucarística indica el camino de la salvación: “es fuente de salvación dar gracias siempre y en todo lugar”. Anunciando la muerte y la resurrección del Señor en la espera de su venida, se consolida y se hace operante la fe en la redención obrada por la Cruz. Celebrando y viviendo el memorial de la pasión y de la resurrección del Señor, la vida del cristiano se hace testimonio vivo, agradecido y entusiasta de la salvación y proclamación ella misma de la Buena Nueva. “Una vez que hemos conocido la Palabra de Dios, (que en Jesucristo se hizo carne) no tenemos el derecho de no recibirla: una vez que la hemos recibido no tenemos el derecho de no encarnarla en nosotros: una vez que se ha encarnado en nosotros no tenemos el derecho de conservarla para nosotros: nosotros pertenecemos, desde ese momento, a aquellos que la esperan” (M. Delbrél).

Parafraseando un dicho de Benhoeffer, se podría decir que dos cosas son igualmente necesarias: hablar de Dios al hermano, hablar del hermano a Dios. Los dos caminos del testimonio cristiano son el anuncio y la oración.

Son éstos los principios que regularon la vida de Scalabrini: de su vida de oración mana la vida apostólica; de su “devoción” entendida en el sentido cristiano de absoluta entrega a Dios, brota la total dedicación al hombre; de las “prácticas” de oración nace aquella que él llama “oración perpetua”. La vida llega a ser oración en cuanto integra perfectamente la contemplación con la acción, el amor de Dios con el amor al prójimo, “la gloria de Dios y la salvación de las almas”. “Vivía siempre presente para Dios y para sí mismo” (Test. L. Cella, Proceso Diocesano, f. 612).

Aquí encontramos la explicación de la unidad que Scalabrini supo crear en su vida, su “coherencia”, la indivisión que admira en San Carlos: el permanente enlace entre convicción y acción, la consecuencialidad del vivir con el creer, el paso inmediato e ininterrumpido entre la adoración de Cristo en la Eucaristía y el servicio de Cristo presente, en la visión de fe, en los hombres y en los acontecimientos: VIDEO DOMINIUM INNIXUM SCALAE.

La larga serie de las disposiciones sinodales de Scalabrini se abre con estas palabras: “La fe, he aquí el precioso depósito del cual, estimamos, que debe comenzar todo discurso” (Synodus Dioecesana Placentina Prima..., Piacenza 1880, pág. 2).

Las “prácticas” devocionales de Scalabrini son actos de fe que lo habilitan a “ver al Señor” en todo, a escucharlo continuamente, ya sea cuando Dios habla directamente y en el silencio de la meditación y de la adoración, ya sea cuando se expresa a través de las mediaciones humanas de la Iglesia o de los llamados de los hombres, del grito de los pobres, de los signos de los tiempos. Leyendo sus escritos, reflexionando sobre su modo de hablar, de encarar un problema religioso, humano o social, de decidir y de actuar, descubrimos que él está atento a la voz de Dios, en la espera vigilante del Señor que viene, en dócil disponibilidad al Espíritu.

“En el orden de la naturaleza como en el de la gracia todo está guiado por la mano de Dios y la voluntad del Cielo, que se manifiestan quizás en pequeñas circunstancias que en el momento escapan al ojo humano, pero que a su tiempo resplandecen con luz bastante viva para quien mire bien” (Discurso para la inauguración del Templo del Carmen en Piacenza, 1884. AGS 3018/8).

“Tenía el sentido de lo divino que lo guiaba continuamente” (Test. L. Cornaggia Medici, Proceso Diocesano, f. 731). “Nosotros trabajamos, Dios hace”. El verdadero actor, el gran protagonista de su vida es Dios; él es el instrumento, el operario, el siervo. Semejante disponibilidad a la iniciativa divina le compromete todo el ser, talentos, fuerzas, tiempo, en una actividad que él mismo define como “febril”, pero que es siempre oración.

“El que ha creado al hombre sin el hombre, no quiere sin el hombre, o sea sin su cooperación, salvarlo, dice San Agustín, y parte fundamental de esta necesaria cooperación es la oración [...]. Bendigamos por lo tanto al Señor, hijos míos, por esta hermosa necesidad que nos ha brindado de rezarle, démosle gracias por esta gran fuente de bien que nos ha abierto, dignándose admitirnos en sus divinos coloquios, en su íntima familiaridad y sepamos aprovecharla. Tomen, les diré con el Apóstol, el yelmo de la salud y la espada del espíritu que es la palabra de Dios, orando en todo tiempo y en toda forma y en eso velando con perseverancia.

Sí, mis queridos hijos, en todo tiempo y en toda forma. No sólo en privado y a solas, no sólo con los labios y con el corazón, sino también públicamente y en común, también con las acciones más ordinarias de la jornada.

Al respecto, decía el Apóstol a los Corintios: “Que ustedes coman, o que ustedes beban, o cualquier otra cosa que hagan, todo deben hacerlo para gloria de Dios. He aquí la oración perpetua, el perpetuo sacrificio de alabanza al Señor, la oración que no quita tiempo sino que lo multiplica, la oración que no impide ninguna de las ocupaciones de la vida, sino que las perfecciona. Obren con el pensamiento y el afecto orientado hacia Dios y a su ley y ustedes cumplirán con el precepto: “hay que rezar siempre”. (Fe, vigilancia, oración, Piacenza 1899, págs. 20-21).

El arco de la vida episcopal de Scalabrini se desenvuelve entre dos aspiraciones expresadas significativamente en la primera y en la última carta pastoral:

“En cuanto a mí, deudor de todo y de todos, según mis fuerzas, abrazaré a todos con mi ministerio, haciéndome servidor de todos por el Evangelio” (Primera Carta Pastoral, Como 1876, pág. 2).

“Me sentiré feliz si, al finalizar la visita, puedo en verdad repetir con el Apóstol: “¡Me hice todo para todos para ganar a todos para Cristo! Ganar a todos para Cristo, he aquí la constante, la suprema aspiración de mi alma” (Carta pastoral del 5.5.1905, pág. 2).

Sus contemporáneos quedaron admirados de la actividad que el nuevo obispo se había propuesto:

“Muy contento gastaré lo mío y me entregaré todo por vuestras almas. A menos que después el ánimo decaiga, me reflejaré con el Apóstol en el Autor y Consumador de nuestra fe, que por la gloria del Padre se hizo hombre y obediente hasta la muerte de cruz [...]. Todo les será dedicado completamente, con el fin de que el reino de Dios se extienda entre ustedes, reine la paz, y cada uno según sus posibilidades conduzca su vida plácida y santamente. No rechazaré esfuerzos, Venerables Hermanos y Queridos Hijos, para hacerme padre de los infelices, preceptor de los ignorantes, rector de los sacerdotes, pastor de todos, de modo que, actuando así, pueda ganarlos a todos para Cristo” (Primera Carta Pastoral, Como 1876, p. 3).

Al final de la vida, ya consumido por los esfuerzos y por las enfermedades, continuaba realizando las visitas pastorales con el estilo y la dedicación que habían asombrado a los convisitantes en la primera, iniciada a los 36 años. En agosto de 1902 escribía:

“Es esta la 123a. parroquia que visito este año; casi es cosa de loco, pero quiero recuperar el tiempo perdido el año pasado [con la visita a los emigrados en los Estados Unidos]. Mi salud, gracias a Dios, es siempre óptima. Me dicen que rejuvenezco; sí, la juventud de la flor que nace por la mañana bella y llena de vida y por la tarde está prácticamente muerta. Pero poco importa, con tal de llegar hacia donde estamos encaminados” (Carta a Bonomelli, 8.8.1902).

Y en octubre de 1903:

“Mi indisposición fue solamente una fiebrequita de 24 horas, que me sorprendió justamente al regresar de una esforzada visita a las parroquias del alto Apenino. Fueron desarreglos de todo tipo que pagué con tres o cuatros días de descanso, y luego volví a mis tareas. No sé moderarme, ni me puedo adaptar a la idea de cambiar de sistema, sin embargo deberé hacerlo. Los años aumentan, 64, y los desarreglos se sienten, las necesidades se hacen más graves cada día, la marea socialista arremete y todo me compromete a realizar un trabajo superior a mis debilidades físicas y morales, sin embargo tengo que seguir adelante in nomine Domini [en el nombre del Señor] hasta que pueda” (Ídem, 4.10.1903).

El hermano Prof. Ángel evocará con emoción:

“Te veo aún, como te vi la última vez cuando acudí ante el anuncio de tu enfermedad, en el despacho, ante la mesa de trabajo donde desde hacía treinta años desarrollabas una actividad sin par.

Me dijiste: estoy cansado hasta el punto de morir.

Pasaste así de la plenitud de tu actividad al descanso del sepulcro, rápidamente como el ocaso del sol tropical.

Pocos meses antes recorrías las vastas regiones de Brasil, apóstol de la religión y de la patria, entre las colectividades italianas, con una vida de esfuerzos y de sacrificios que habría quebrado cualquier energía; pocos días antes corrías por los barrancos de los Apeninos de tu diócesis para cumplir con los deberes del ministerio episcopal y ahora estabas cansado hasta el punto de morir.

La actividad del espíritu había consumido tu cuerpo y tu corazón, que había latido por todo lo que embellece y santifica la vida, tu noble corazón estaba exhausto.

El afecto y la ciencia se preocupaban junto a tu lecho de muerte en un silencio lleno de llanto; la ciudadanía entera, palpitante y, ansiosa, se agolpaba en el atrio de tu casa; solamente tú, tranquilo y sereno, tenías una sonrisa, una palabra de consuelo para todos y rezabas para ti mismo las oraciones de los moribundos.

Reposabas como el buen trabajador que ha cumplido con su jornada, como el peregrino que alcanza la meta deseada" (Treinta años de Apostolado - Memorias y documentos, Roma 1909, pág. 5-6).

Su actividad apostólica era como la deseaba para sus sacerdotes:

"Saben bien, que en la persona de aquel posadero, a todos nosotros, venerables hermanos, se nos manda: "Cuida de él, y todo lo que hayas gastado de más, te lo reintegraré a mi regreso". Casi dijese: "Les he dado poco; corresponde a vuestra discreción agregar el resto". El dinero está: los talentos que les han sido dados para cumplir vuestro ministerio, para edificar el Cuerpo de Cristo.

Negocien, trabajen, gasten. Si es necesario, consúmanse; gasten todo lo que tienen, gástense también ustedes mismos para cumplir con su ministerio: Lleguen hasta el martirio" (3er discurso del 3er Sínodo, 30.08.1899, Synodus Dioecesis Placentina Tertia..., Piacenza 1900, pág. 247).

"El Párroco, como bien saben, es el deudor de todos, siempre dispuesto a ayudar a todos [...]. Otros en cambio se instalan en su casa parroquial como los comerciantes en su negocio. Si son requeridos, se ponen de inmediato a disposición, tampoco descuidan la instrucción de los fieles que se acercan, pero para lo demás no están movidos por ningún celo. No piensan en las necesidades y en los peligros de sus ovejas; descuidan por prudencia intempestiva, pusilanimidad o indolencia los medios necesarios. Estos hombres se pueden comparar con las banderas izadas bien a la vista sobre los torreones, que no flamean ni se encrespan por el soplar de los vientos. De ellos habla el Profeta: Nihil patiebantur super contritione Israel [No se conmovían absolutamente por la conversión de Israel]. La vida de un pastor no debe ser así. Recuerden bien lo que mandó el padre de familia a su servidor: Exi in via et compelle intrare [Salgan a los caminos y obligen a la gente a entrar]. Esos pastores llenos de celo son absolutamente necesarios en nuestros días" (3er discurso del 2do Sínodo, Synodus Dioecesis Placentina Secunda..., Piacenza 1893, pág. 194).

Para quien está llamado al apostolado, la salvación de las almas es la única razón para existir:

"Trabajar fuertemente, activamente, infatigablemente para hacer el bien, para ganar almas para Dios y salvarlas: in hoc positi sumus: somos sacerdotes para esto. La salud de las almas es nuestra vida, nuestra única razón de existir y toda nuestra vida debe ser una continua búsqueda de almas. Nosotros no debemos comer, beber, dormir, estudiar, hablar,

ni siquiera recrearnos sino para hacer el bien a las almas, sin cansarnos jamás. Como el cristianismo obliga al cristiano en todas las horas de la vida a conducirse como cristiano, así el sacerdocio obliga al sacerdote a actuar como sacerdote durante todas las horas” (Circular del 7.2.1898, pág. 26).

La única “ambición” del ministro de Dios es sacrificarse para la venida del Reino:

“Trabajar, esforzarse, sacrificarse en todas las formas para extender aquí en la tierra el reino de Dios y salvar las almas: ponerse, diría así, de rodillas ante el mundo para implorar como una gracia el permiso para hacerle el bien, he aquí la única ambición del sacerdote. Todo lo que él tiene de poder, de autoridad, de ingenio, de talento, de energía, todo lo emplea para este fin.

¿Corre peligro la inocencia? Asume su custodia. ¿Se produce una desgracia? Corre para aliviarla. ¿Estalla un litigio? El es el heraldado de la paz. Y aquí se convierte en guía para los descarriados, en sostén para los vacilantes, en escudo para los oprimidos; en otras ocasiones se hace ojo para los ciegos, lengua para los mudos, padre para los huérfanos, compañero para los presos. Se entrega todo a todos para conquistar a todos para Jesucristo.

Desde el tugurio del pobre corre al palacio del rico, desde el altar a la cabecera de los moribundos, desde el monte al valle, en búsqueda de las ovejas extraviadas, y solamente entonces encuentra la paz, cuando puede estrechar una sobre el pecho, y cargar otra sobre los hombros, y a ésta vendar las llagas y a aquélla saciarla con el alimento negado a su boca; nunca tan contento como cuando antes de acostarse puede recordar a sí mismo una lágrima enjugada, una familia consolada, una inocencia protegida, el nombre de Dios glorificado”. (El sacerdote católico, Piacenza 1892, pág. 25).

Citando a San Agustín, describe así el ministerio episcopal:

“Nada más difícil en este mundo, escribe San Agustín, nada más esforzado, nada más peligroso que el oficio del Obispo. *Nihil in hac vita difficilius, laboriosius, periculosius Episcopi officio* [En esta vida nada es más difícil, más pesado, más peligroso que el servicio del Obispo].

En efecto, dirigir la milicia sacerdotal y moverla en ordenada falange para la conquista de las almas: elegir el terreno adecuado para esta lucha pacífica de la verdad contra el error y contra las pasiones humanas; asignar a cada soldado de Cristo el puesto que conviene a sus aptitudes, repartir las cargas en razón al mérito, moderar la impaciencia

de unos, excitar el ardor de los demás, fervorizar a los tibios, alentar a los fuertes, comunicar a todos el fuego del sagrado apostolado; y saber, por otra parte, unir a la severidad la compasión, el rigor de la justicia a la ternura paterna; cuidar el rebaño de los lobos que rodean al redil, disfrazados de corderos; ensanchar el propio corazón para abrazar a todo un pueblo, estudiar día y noche las necesidades de las almas, velar con celo sus intereses particulares, multiplicar los remedios según sus enfermedades; apacientarlos con la palabra y con el ejemplo; entregarse a ellos enteramente, a cada instante y sin reserva, sin esperar remuneración de los hombres; defender valientemente el honor de la cruz que adorna su pecho, preparado a mojarla con la propia sangre antes que abandonarla jamás; en fin, no ser el centro de la santa doctrina y del poder sagrado más que para convertirse en el hogar donde irradia la luz, el calor y la vida: he aquí la misión del Obispo" (Discurso para la consagración de Mons. Angel Fiorini, 26.11.1899. AGS 3814/4).

No podemos dejar de pensar en las casi dos mil jornadas que él dedicó a la visita pastoral, emprendida rogando al Espíritu Santo "para que se digne concedernos luces y fuerzas equivalentes a la gran voluntad que tenemos de ayudarlos, de modo que vuestro Obispo pueda también repetir con el Apóstol: me hice todo para todos para ganar a todos para Cristo", y expresando estos propósitos:

"Ansiamos, con los votos más ardientes del corazón, abrazarlos a todos, venerables hermanos e hijos muy dilectos, de abrazarlos, de bendecirlos y apacientarlos con la palabra y con los sacramentos [...]. Iremos a ustedes [...] para animarlos a practicar las virtudes cristianas, la piedad, la concordia, la paz; para levantar nuestra voz en defensa de los oprimidos; para ser el alivio de los pobres y el consolador de los aflijidos; para acoger a los descarriados y mezclar las lágrimas de la consolación con las del arrepentimiento, dispuestos a sacrificar para ustedes, no sólo lo que tenemos, comodidad, tranquilidad y descanso, sino también la vida misma, si es necesario; ya que el Buen Pastor da su vida por sus ovejas (Jn. 10, 11). Custodios y Maestros de la verdad, con el mandato de no mantenerla escondida (1 Cor. 9, 16) nosotros la proclamaremos sin reserva y con la libertad apostólica, en todo tiempo, en todo lugar, a todos [...].

No esperen de nosotros sublimidad de lenguaje, artificios de sabiduría humana; vendremos a predicarles con toda simplicidad a Jesucristo y Este crucificado" (Para la visita pastoral, Piacenza 1876, págs. 8, 10, 11).

Mons. Pedro Piacenza, que fue con frecuencia covisitador, describe una de esas jornadas:

“Llega por lo tanto el Obispo [...] al caer de la tarde; entra en la Iglesia, dirige su palabra cálida y afectuosa al numeroso pueblo devoto y festivo, emocionado hasta las lágrimas y luego se pone a disposición de los hombres para escuchar las confesiones. Este ejercicio dura hasta muy tarde en la noche.

Los otros sacerdotes ya han terminado, ya están libres, se acerca la medianoche y ante la puerta del cuartito donde el buen Pastor recibe para el perdón, todavía hay una larga fila de penitentes [...].

A la mañana muy temprano está de pie, nuevamente escucha confesiones y a la hora establecida, después de un breve discurso, celebra la misa en la cual administra la comunión general [...].

Ha terminado la Misa...diríase que también el buen Obispo tiene derecho a algún descanso... ¡Qué descanso!... en los días de visita el descanso no se conoce... todo impulsa a no buscarlo. Efectivamente ha terminado la Misa, y bien, mientras el pueblo se retira, el Obispo para no perder tiempo, inspecciona la sacristía, los ornamentos, los altares. Mientras tanto se preparan en los bancos los niños de la Confirmación. Los bancos están llenos, la iglesia cerrada, el Obispo, después de dirigir algunas palabras a los niños y a los padrinos, administra el sacramento.

Terminó la primera vuelta y en algunos lugares es necesario hacer una segunda y una tercera. Ya todos los que lo rodean están cansados; el Obispo está de pie, alienta a los demás, y nuevamente está en el altar. También los niños están todos confirmados, la iglesia se vacía [...].

El Obispo hace una minuciosa inspección de la iglesia, de los ornamentos y de todos los objetos del culto, haciendo tomar oportuna nota de todo, para emanar después los necesarios decretos. Pasa luego a la casa parroquial, y mientras a los demás se le concede un poco de descanso, el Obispo visita el archivo parroquial, los registros de los bautismos, confirmaciones, matrimonios y de los muertos y el estado de las almas. Controla las cuentas de la iglesia y de los legados.

Estamos en la tarde; [...] la merienda sinodal ya ha terminado... y las campanas festivas vuelven a llamar al pueblo a la Iglesia. Y ya está llena, desbordante, dificultosamente se puede entrar a la sacristía y al coro... He aquí el Obispo, helo aquí entre los niños del catecismo. ¡Oh! Aquí se encuentra en su lugar predilecto, los escucha, los examina, les dirige una paternal palabra, los bendice [...].

En la visita pastoral el Obispo debe hacer una conmemoración especial por los difuntos. Mons. Scalabrini no sabe hacerlo de otra forma más que conduciendo todo su pueblo al camposanto [...]. Dirige a los vivos un discurso como él sabe hacer, evoca los sentimientos más afectuosos [...],

bendice a los muertos. La procesión vuelve a la iglesia, y, después de un sermón de clausura, el Pastor por última vez bendice a su grey, que de mala gana lo ve partir.

El, saludado por mil voces emocionadas y por el tañido de las campanas, ya ha montado el caballo y parte [...], pero para volver a comenzar mañana en otra parroquia una jornada de visita pastoral". (P. Piacenza, "El jubileo Episcopal", n.6, 16.6.1900).

"No se puede decir que esos períodos de Visita Pastoral no lo cansasen. El Archidiácono Francisco Tedeschi que lo acompañaba con frecuencia en calidad de covisitador, formulaba su juicio con estas palabras: "Los esfuerzos del Obispo son demasiados, si continúa con este ritmo se acorta su vida"" (F. Gregori, *La vida y la obra de un gran Obispo...*, Turín 1934, pág. 81). Tanto más considerando que muchas parroquias se podían alcanzar solamente con agotadoras cabalgatas: "en tres semanas he visitado 20 parroquias de la más alta montaña, recorriendo a caballo varias centenares de millas" (Carta a Bonomelli, 17.6.1884). "No escatimó ni esfuerzos ni sacrificios para visitar varias veces su diócesis, haciendo cabalgatas de 8 y 10 horas". (Testi. A. Bracchi, *proceso diocesano*, f. 498). Durante la quinta visita pastoral el ritmo fue igual al de la primera, si bien el esfuerzo, por causa de la edad y de las enfermedades, fuese ímprobo: "El organismo se gasta y nos acercamos a grandes pasos al último paso. Mientras tanto se habla, se predica, se escribe, se cabalga, se anda, se traspira, se trabaja para hacernos propicio por lo menos al Señor" (Carta a Bonomelli, 11.8.1903).

El ardor del celo se convertía en "fiebre" cuando veía que por razones más terrenales que evangélicas una parte de los católicos contemporáneos se cerraba en la defensa a ultranza de los "derechos pontificios", olvidando prácticamente que el primer derecho-deber de la Iglesia es la salvación de los hombres.

"Sin embargo me ha quedado otra fiebre, y es la que proviene de ver como tantos y tantos se van alejando de la Iglesia por obra de quien sólo debería empeñarse en acercarlos. Usted sabe cómo esta fiebre es atormentadora" (Carta a Bonomelli, 16.8.1887).

No temió en recordar a León XIII que la Iglesia debe dedicarse sólo a los "intereses de Jesucristo y de las almas", no a intereses políticos o, peor, de partidos:

“Le he escrito, a quien, ya sabemos, varias veces, y siempre fuerte y alto, quizás demasiado alto. Hasta le he dicho que pronto deberá hallarse ante Dios, a quien debe rendir cuentas por el ejército de almas, que se va perdiendo, y de los dolores ocasionados a los Obispos, quienes ya no tienen más libertad ni de palabra ni de acción” (Ídem, enero 1887).

Pero no fue jamás un celo amargo, tanto que venció también las obvias tentaciones de desaliento:

“Desafortunadamente las cosas marchan mal, muy mal. ¡Todos lo ven y nadie piensa en el remedio! No resta más que esperar en Dios. Ahora que ni siquiera las trompetas más sonoras bastan para despertar del sueño a los dormidos y a hacer caer las últimas ilusiones, dejemos un poco hacer a El. Nosotros sigamos tranquilos y pensemos en salvar el mayor número de almas que podamos” (Ídem, mayo 1889).

Similares tomas de posición, con respecto también al Vaticano, pueden dar a un observador la impresión de un celo inoportuno e intempestivo. En cambio Scalabrini rechazaba un celo de este tipo y continuamente recordaba que el espíritu de Cristo es espíritu de mansedumbre y de caridad misericordiosa:

“Es de importancia fundamental saber como se deben realizar las obras de Dios. Algunos las emprenden con espíritu puramente humano, y por lo tanto no obtienen ningún fruto o muy poco. Saben cual es el espíritu de Dios. *Mitissimus Dei spiritus est et mansuetissimus qui non turbine glomeratur, non in nubilo lucet, sed merae serenitatis, apertus et simplex* [El espíritu de Dios es muy benigno y muy manso, que no se condensa en el huracán, no brilla en los vientos, sino, abierto y puro, en la simple serenidad] (Tertull. ad Marc). Cristo procedió con este espíritu y a éste deben estar modelados sus ministros. Ya que el Señor no se halla en la agitación o en el fuego, hay que continuar en el sagrado ministerio con el mismo espíritu de mansedumbre. Fili, dice el Sabio, *in mansuetudine omnia operatus perforce et super hominum gloria diligere* [Hijo, realiza tus obras con modestia y serás amado por los hombres] (Ecli. 3, 17). Con un espíritu diferente, los párrocos y los que se dedican al cuidado de las almas obstaculizarán su propia salvación y la obra de Dios.

Ese espíritu de mansedumbre aparece todavía más necesario por el hecho de que las obras de Dios suelen estar llenas de dificultades; de manera que sólo pueden emprenderse con magnanimidad y gran confianza en Dios. Por lo tanto, no se deberá maravillar quien encuentre en el ministerio dificultades o persecuciones que todos los santos han experimentado; se

deberá maravillarse en cambio si todo sale bien. Si me persecuti sunt et vos persequentur; si sermonem meum servaverunt et servabunt [Si me han perseguido a mí, también los perseguirán a Uds.; si han observado mi palabra, también observarán vuestra palabra]. Por lo tanto perseveren hasta el final con ánimo invicto” (3er discurso del 2º Sínodo, Synodus Dioecesana Placentina Secunda..., Piacenza 1893, págs. 195-196).

El pastor debe ser ministro de Dios en la paciencia:

“Hay una tentación muy sutil, que tal vez se insinúa en las almas de quienes mandan a los demás. Con frecuencia ven que a sus esfuerzos no corresponde un fruto inmediato y abundante. Dicen que la situación es desesperada, que no tiene remedio y se amargan, dejan caer los brazos en el ministerio.

¿Por qué asombrarse si se verifica en los demás lo que el Apóstol experimentó en sí mismo? Misericordiam consecutus sum, ut in me primo ostenderet Christus Jesus omnem patientiam ad informationem eorum qui credituri sunt illi in vitam aeternam [Si encontré misericordia, fue para que Jesucristo demostrara en mí toda su paciencia, poniéndome como ejemplo de los que van a creer en él para alcanzar la Vida eterna] (1 Tm. 1, 16). Por lo tanto, estos pastores preséntense como ministros de Cristo con toda paciencia, recordando las palabras del Señor: Alius est qui seminat, alius est qui metit. Ego misi vos metere quod non seminastis. Alii laboraverunt et vos in laborem eorum introistis [Uno siembra y otro cosecha. Yo los envié a cosechar adonde ustedes no han trabajado; otros han trabajado, y ustedes recogen el fruto de sus esfuerzos] (Jn. 4, 37-38). Siembren la palabra, dejen a los demás la cosecha. Recuerden que, con la ordenación sacerdotal, han recibido la orden de curar, no de sanar. Sean empero ardientes en la caridad, porque caritas omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet [el amor todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta] (1 Cor. 13, 7) (ivi, págs. 194-195).

El sacerdote debe modelarse sobre el Buen Pastor:

“Compadezcan los defectos de todos, quieran a todos, a todos sin excepción. Imiten al Buen Pastor. Su celo, que sana y no lacera, sea vuestro celo; su espíritu de mansedumbre, vuestro espíritu. Aborrezcan el vicio, jamás al culpable. Cuídense todos al mismo tiempo de una excesiva condescendencia como de una agria rigidez” (El sacerdote católico, Piacenza 1892, pág. 38).

En el discurso de agradecimiento por su jubileo episcopal Mons. Scalabrini, haciendo un balance de veinticinco años de episcopado, por una sola cosa creía que no debía reprocharse: de un amor paternal y fuerte, que supo unir la fuerza a la suavidad:

“Los años de episcopado que para vuestra fe y bondad son hoy argumento para festejar, para mí son de temor y turbación. Hoy más que nunca yo siento el peso formidable que me pesa sobre los hombros. Pienso en tantas gracias particulares, insignes, extraordinarias, gracias de predilección, que, con la ayuda de una persistente cooperación, me habrían llevado a un alto grado de perfección y tengo miedo. Pienso en la gran cuenta que deberé rendir al Juez Divino por los cinco lustros desde que soy Obispo; pienso en los peligros que lleva consigo, máxime en nuestros días, la asistencia pastoral, pienso que deberé dar razón por tantas almas que me precedieron en el gran viaje a la eternidad, de todos y cada uno de ustedes, hermanos e hijos muy queridos; y si me aterra el futuro, el pasado me humilla profundamente y me perturba: me terret quod vobis Episcopus sum [Me asusta ser vuestro Obispo], diré con San Agustín.

Me humilla y me perturba el pensamiento de todo el bien que les habría ocasionado una voluntad más enérgica, un celo más iluminado, una vida más laboriosa.

Me vuelve a la memoria una promesa que les hice el día de mi solemne ingreso, la primera vez que tuve la satisfacción de hablarles. Después de haberles prevenido que no encontrarían en mí nada de lo que admiraron en mis predecesores, francamente agregué: Les aseguro empero, hijos muy queridos, que el corazón de padre lo encontrarán ¿Los hechos han correspondido a las palabras? No me atrevo a decirlo.

Solamente esto puedo asegurarles, que siempre los he amado, que vuestras alegrías fueron siempre mis alegrías, vuestros dolores mis dolores. Mi amor por ustedes, mi pueblo de Piacenza, no conoció vicisitudes, ni menguó jamás por contradicciones u ofensas. Si odié la culpa, siempre traté de abrazar al culpable. Vine deseoso solamente de vuestra salud; vine como el Apóstol a los Corintios, no confiando en las palabras de la sabiduría humana, sino in ostensione spiritus et virtutis [en la manifestación del espíritu y de la virtud]. Vine, anunciando la paz, no ahorré sacrificios para hacer crecer entre ustedes el modesto olivo, procurando que a su sombra floreciesen la caridad, el amor a Jesucristo, a la Iglesia, a su Jefe augusto, el deseo eficaz del bien de esta ciudad y Diócesis muy amada. Los he amado a todos sin distinción. Si hubo alguien que vio tal vez a mi rostro adquirir insólita severidad, mientras una nube de tristeza pasaba por mi frente y mi palabra asumía el tono de reproche, sepa que esa tristeza, esa severidad, ese reproche salían de un

fondo de amor, partían de un corazón que gemía porque veía contrariado su deseo de bien.

Los he amado por deuda de justicia, porque son mi pueblo, y íoh así no me faltasen los medios, como quisiera mostrarles de otro modo más que de palabra este amor! Cada año que ha pasado es un anillo más de la cadena que me une a ustedes, cadena labrada por el amor recíproco, cadena que en cambio de debilitarse con el tiempo, se refuerza cada vez más, se hace inquebrantable” (Para mi jubileo episcopal, 1901. AGS 3018/3).

También a los laicos recomendaba el ardor simultáneo de la actividad apostólica y de la caridad:

“Tengan la energía del apostolado, ya que cada cristiano debe justamente ser apóstol. ¿Cómo poseer la verdad, verla, sentirla, amarla, y no sentir, prepotente, la necesidad de difundirla, de comunicarla a los demás?

Tengan la energía que sabe resistir a la hora de la prueba y del combate, ya que cada cristiano justamente debe ser soldado [...]. Combatan como fuertes, pero al mismo tiempo con caridad. Diré con un insigne escritor moderno: los adversarios, por más malignos, pertenecen todavía a la arquitectura del bien y si Dios sacude con vehemencia, cambiarán. Pongan su mano en el santuario del corazón; recorran una por una todas las fibras: hallarán también la fibra del amor. Tóquenla con la cortesía que es hermana de la caridad; esa fibra se moverá y ustedes habrán conquistado un alma inmortal y plegado al dominio de la verdad un nuevo corazón. La verdad cristiana, recuérdénlo siempre, no quiere a su servicio hombres que matan, sino que salvan” (Palabras para la 2da reunión regional de los Comités Católicos, 24-4-1889. AGS 3018/18).

2) *Espíritu misionero*

La vocación misionera, manifestada por Scalabrini al inicio de su sacerdocio al inscribirse en el Istituto Missioni Estere de Milán [Instituto para las Misiones en el Extranjero], permaneció viva y caracterizó su vida episcopal. Pío XI, el Papa de las misiones, lo definió “obispo misionero”. En sus discursos a los misioneros próximos a partir aflora la nostalgia por las misiones:

“El latido del corazón, les confieso, me parece que por la fe se hace más vigoroso y fuerte; la infinita caridad de Dios me ensancha el pecho; se eleva mi mente a la vista y en el deseo del apostolado; y apretando sobre el corazón la cruz de oro del Obispo, dulcemente casi me quejo con Jesús que me haya negado la cruz de madera del misionero, y no puedo dejar de expresarles a ustedes, jóvenes apóstoles de Cristo, la más grande veneración y sentir una santa envidia” (Discurso a los misioneros próximos a partir, 24-2-1889. AGS 3018/2).

Viajando de regreso de Brasil escribía:

“Se costea el África misteriosa. Miro por horas enteras, casi inmóvil y embargado por una tristeza arcana, esas tierras un día tan florecientes; pienso en el vigor de la vida católica en los primeros siglos del cristianismo; [...], pienso, en una palabra, en lo que fueron y en lo que son, y siento deseos de llorar. ¡Oh, por qué nosotros los sacerdotes no corremos a evangelizar esos pueblos y a esparcir con nuestra sangre la semilla fecunda del cristianismo!...” (Carta a C. Mangot, 21-6-1904. AGS 3022/22).

Invitado por el Gobernador del Paraná a interesarse de la entonces muy vasta parroquia de Tibagi, en la que vivían 20.000 almas, entre brasileiros, indios e italianos, Scalabrini acepta de inmediato ponerse en contacto con el jefe de una tribu semisalvaje, le promete y manda a sus misioneros y propone a la S. Sede un proyecto de subdivisión del campo misionero en Brasil entre varias órdenes y congregaciones religiosas, que a la par de sus actividades tradicionales y específicas encuentren el modo de dedicarse a la catequización de los indios.

Se puede afirmar que la vida de Scalabrini no fue más que obediencia al mandato misionero de Cristo: “Vayan y evangelicen, vayan y enseñen”. Explícitamente él se refiere a este mandato hablando de tres obras características de su acción pastoral, que se pueden clasificar también bajo los términos de “proclamación de la Palabra”, kerigma, evangelización. Para el kerigma es obviamente necesaria la comunicación mediante la palabra. “La Religión es revelación y la revelación es palabra; la inteligencia divina no puede comunicarse con la humana sino por medio de la palabra”. (Acerca de la instrucción de los sordomudos, Piacenza 1880, pág. 7): “la palabra: esta potencia concreada con el pensamiento y reveladora de mundos ideales, este vínculo misterioso que une a la

naturaleza física la moral, que une intelecto con intelecto y corazón con corazón” (ivi, pág. 5).

La instrucción de los sordomudos es comunicación de la Palabra a las criaturas más aisladas de la comunicación y comunión social y eclesial; la catequesis es comunicación inteligible y asimilable de la Palabra, que funda la comunidad de los creyentes; el apostolado de los emigrados es el restablecimiento de la comunicación interrumpida u obstaculizada por la emigración: restablecimiento que vuelve a llevarla al seno de la comunidad social y eclesial, y que por Scalabrini es definido “reconquista de la fe”, en analogía con la conquista de la fe entre los gentiles, y “evangelización”.

La Pastoral dedicada a la instrucción (nótese: no a la asistencia) de los sordomudos, comienza así:

“Desde aquel día que de los labios de Jesucristo fueron dirigidas a los Apóstoles aquellas sublimes palabras: Id por todo el universo, enseñad a todas las gentes, comenzaron a surgir las iglesias cristianas y junto a ellas fueron multiplicándose los asilos y las escuelas para la juventud, especialmente de los huérfanos y de los abandonados [...], y todas aquellas formas de enseñanzas y de ayudas, por lo cual la Religión de Cristo siempre socorrió a los infelices y a los oprimidos” (ivi, pág. 3-4).

De la enseñanza del catecismo afirma que “se funda íntegramente en la palabra revelada por Dios a su Iglesia y está todo contenido en germen en esa orden del Divino Maestro a los Apóstoles: Id y enseñad a todas las gentes” (El Catecismo Católico, Piacenza 1877, pág. 3).

Y a sus misioneros próximos a partir decía: “Cada envío de misioneros no es más que la repetición, o diré mejor, la continuación de la que hizo el Divino Maestro cuando dijo a los Apóstoles: Id y enseñad a todas las gentes” (Discurso a los misioneros próximos a partir, 9.9.1891. AGS 3018/22).

El hecho de que él haya definido “proyecto de evangelización” la Congregación de los misioneros para los emigrados reviste un valor particular en una época en la cual el término “evangelización” significaba casi exclusivamente el anuncio a los infieles o la *plantatio Ecclesiae* [iniciación de la Iglesia] allá adonde no había sido jamás implantada. En esos tiempos, además, generalmente se hablaba de salvación preferentemente en términos individualistas y escatológicos, mientras la

relación del evangelio con el mundo estaba subordinada al rango de la relación entre la Iglesia y el estado, a punto tal, que en Italia, por ejemplo, el conflicto entre la Iglesia y el estado paralizaba la evangelización y contribuía a la progresiva des cristianización del pueblo.

Justamente frente a la alarma, frecuentemente lanzada por Scalabrini en tonos también a veces pesimistas, suscitada por la progresiva separación entre el campo de la cultura, ciencia, trabajo y socialidad, y el campo de la fe, el Obispo insistía sobre la conciliación entre la fe y la razón, entre la naturaleza y la gracia, entre la Iglesia y el estado, entre la sociedad y el individuo, etc. Consideró superada la pastoral tradicional, anclada al modelo rural y en cierto sentido feudal, deploró el integralismo del elemento aristocrático y oligárquico que monopolizaba la Obra de los Congresos y cerraba la acción católica en la defensa de los “derechos de la Iglesia”, se dio claramente cuenta que frente a los cambios socio-culturales de la primera industrialización no se había adecuado el estilo del anuncio del Evangelio, la predicación había sido vaciada de su contenido fundamental, o peor aún, ya no era entendida por la gente. Afirmó enfáticamente que el deber de la Iglesia es “la evangelización de los hijos de la miseria y del trabajo”, y que la sociedad se recristianizaría solamente “evangelizando” a la masa obrera, nueva componente determinante del pueblo.

“Los hijos del trabajo constituyen en todos los países del mundo la masa de las poblaciones. Por lo tanto, formar a los obreros del espíritu esencialmente pacífico y saludable del cristianismo, es lo mismo que salvar a la sociedad civil”. (Asociaciones Católicas, Piacenza 1885, pág. 4).

“La revolución se empeñó en separar a las multitudes y especialmente a los obreros de la Iglesia; es necesario ahora que la Iglesia vuelva a acercarlos. Es necesario, repito, volver a templar las mentes y los corazones según las grandes verdades del Evangelio” (Centenario de San Luis - Encíclica del S. Padre - Obolo del amor filial, Piacenza 1891, pág. 10).

Ciertamente, y escuchamos el eco de ello en las palabras citadas, Scalabrini estaba todavía firme en la concepción de la Iglesia como “sociedad perfecta” y en el auspicio de una “sociedad cristiana”, pero ya había comprendido que la actividad “misionera” de la Iglesia no puede ser distinta de la actividad “pastoral”; que los misioneros no son

solamente aquellos que parten de los países cristianos, sino todos los operadores pastorales en cualquier parte del mundo.

En la institución de la pastoral misionera scalabriniana el primer puesto está ocupado por la catequesis. El catequista es misionero porque comunica la Buena Nueva, después de haberla aprendido él, y de este modo continúa la *plantatio Ecclesiae*, como ocurrió en la primitiva misión de las comunidades cristianas que se formaron justamente sobre la base de la comunicación del Evangelio, de la buena noticia anunciada por Cristo:

“La Catequesis de la Iglesia primitiva [...] era una verdadera fuente de la vida cristiana, allí donde se desarrollaba y florecía”. (El catecismo Católico, Piacenza 1877, pág. 10).

“Es necesario que los Maestros tengan un gran celo por la salud de las almas adquiridas con la preciosa sangre del Salvador” (ivi, pág. 86). “Ustedes son los Apóstoles de la nueva generación, los salvadores de sus hermanos” (A los Maestros y a las Maestras de las Escuelas Católicas, Piacenza 1877, pág. 5).

La catequización de los adultos apuntaba a hacer de los padres los primeros catequistas, de manera que no fuese indispensable la presencia del sacerdote para la primera *plantatio Ecclesiae*: para los emigrantes todavía carentes de asistencia religiosa, Scalabrini auspició que se reunieran los domingos para la oración en común y para la enseñanza del catecismo, y así de hecho fue “plantada la Iglesia” en muchas “colonias” de emigrados antes que llegase el sacerdote.

P. Silvio Riva comprendió bien el espíritu que animaba al Apóstol del Catecismo:

“Hombres y apóstoles como J. B. Scalabrini, deberían volver a descender entre nosotros para llevar a sacerdotes y cristianos a alimentarse con la doctrina de Jesús y con las enseñanzas de la Iglesia con ardor evangélico, con espíritu misionero, a sabiendas de transitar el camino principal del Cristianismo: aquel que preparó para las primeras conquistas del Evangelio y le dio a la Iglesia su hálito de expansión” (S. Riva, Mons. Scalabrini “catequista”, en L. Rebecchi, “Consideraciones catequísticas del Siervo de Dios Mons. Juan Bautista Scalabrini”, Piacenza 1956, pág. 11).

Si nos limitamos a las expresiones verbales, podemos tener tal vez la impresión que Scalabrini se haya detenido en la idea de una Iglesia en

estado de defensa y por lo tanto replegada sobre sí misma. En realidad, al contrario, el impulso misionero lo lleva a la apertura hacia la historia en movimiento. Se tiene también la impresión de que él sueña una vuelta de la christianitas del medioevo; en realidad está abierto a la novedad y a la diversidad, tanto como para ser considerado un pionero en más de un campo de compromiso pastoral y social. Es prueba de ello la concepción de la vida religiosa de los misioneros y de las misioneras para los emigrados: concepción que se aparta de la rigidez de las formas tradicionales para dar lugar a una elasticidad que permita la libertad de movimiento necesaria para la misión. Lo mismo puede decirse en relación con la concepción de la pastoral de la emigración, ya que tiene claros los signos de la novedad y de la apertura, en la superación de las barreras no sólo lingüísticas y culturales, sino también de la rigidez de ciertas estructuras eclesiales locales, salvo la estructura episcopal.

Todavía más significativa es la interpretación de la historia a la luz de la fe, que lo conduce a ver en la emigración un medio de expansión del Evangelio, de diseminación de las semillas del Verbo. La preocupación por mantenerse al paso con el “mundo que camina” lo lleva a la llamada “transigencia”, que para él es en esencia tomar nota de los hechos irreversibles de la historia, en continuo devenir y por lo tanto, en continuo cambio y en éstos introducir el fermento evangélico. El pasado no vuelve más y por lo tanto es antihistórico y antipastoral permanecer adheridos a los métodos pasados como los “pulpos a los escollos”.

“Hay que comprender que la Iglesia, como sociedad universal y perpetua, ha recibido la potestad de atemperar sus leyes a las necesidades de todos los tiempos y de todos los lugares. Debiendo pues proceder en razón directa con las leyes providenciales que rigen a la humanidad, para cuyo bien está preordenada, es necesario que siga sus movimientos, indague sus exigencias, satisfaga sus necesidades, en el ámbito de su misión” (Intransigentes y transigentes, Bologna 1885, pág. 16).

Es, por lo tanto, la historia que entra en la misión. La Iglesia es una e inmutable, pero vive en la historia y, por lo tanto, puede desarrollar su misión solamente en la historicidad:

“La Iglesia Romana, permaneciendo firme, como torre que no se derrumba, en el elemento divino, supo mostrar una juventud siempre lozana, una vitalidad siempre exuberante, plegándose y replegándose

sobre el flujo y reflujo de las generaciones humanas, circumdata varietate [rodeada de variedad]" (ivi, pág. 17).

La "transigencia" de Scalabrini es el discernimiento de los medios más idóneos para el cumplimiento de la misión eclesial dentro de los "acontecimientos entrados en el dominio de la historia", "no desconociendo lo que han obrado los tiempos", sino distinguiendo serenamente entre "el bien y el mal", de manera que "sean purificados por la historia que los involucra y sean orientados hacia el verdadero bien del género humano" (ivi, pág. 23).

Una vez más, es especialmente en la iniciativa pastoral para los migrantes que nosotros descubrimos ante todo el análisis de la situación socio-cultural de estas personas, es decir de su situación histórica, y luego la búsqueda de las formas más adecuadas y eficaces para comunicar el mensaje evangélico a los hombres de nuestro tiempo" (Evangelii nuntiandi, 40), en su condición concreta.

Otro ejemplo: el estímulo a las iglesias particulares para que se convirtiesen en "misioneras" con respecto a los inmigrantes: a las iglesias de partida, tentadas de considerar a los emigrados ya "afuera" o directamente perdidos para siempre, y a las iglesias de llegada que tenían dificultades para considerarlos "adentro", o hasta alcanzables.

3) La pastoralidad

En los tiempos de Mons. Scalabrini la pastoral era considerada como "teología práctica". Prevalecía la concepción sobrehistórica y sobreterrenal de la Iglesia. El sacerdote era colocado en la mitad del camino entre Dios y la comunidad, el "pastor", frente al cual está el "rebaño" de los fieles: el sacerdote puro intermediario de la jerarquía, asistida por el Espíritu Santo, también él sujeto a las leyes dictadas por la jerarquía y sin influencia para formularlas, partícipe de la Iglesia "educada" y no de la Iglesia "educadora", como se expresa el mismo Scalabrini.

De allí derivaba el riesgo de que la pastoral fuese restringida al área de las normas canónicas. Pero la eclesiología de Scalabrini estaba ya positivamente influenciada por la escuela de Tubinga y en particular por

Möhlér, según el cual la Iglesia se “autoedifica”, porque es un organismo viviente, responsable de su vida y de su desarrollo. En otras palabras, es un organismo activo: los miembros del Cuerpo de Cristo son “activos en la Iglesia” son, por lo tanto, “mediadores de salvación”. Ser mediadores significa tener en cuenta la dimensión divina, esencial para la Iglesia, y, al mismo tiempo, la dimensión humana en la que la Iglesia vive de hecho hasta la parusía. Se vuelve nuevamente al concepto de continuación de la Encarnación. La Iglesia es divino-humana, como es Dios-Hombre su Fundador (cfr. Conferencias sobre el Concilio Vaticano, Como 1873, passim). Esto quiere decir que el pastor está contemporáneamente atento al “factor divino sobre-temporal” y al “singular temporalmente condicionado”: “estar completamente en la revelación y al mismo tiempo, enteramente en el tiempo” (F. X. Arnold).

Es justamente el caso de Mons. Scalabrini: en el momento mismo que respetaba rigurosamente la naturaleza teológica del discurso pastoral, o mejor, la sacaba directamente de Cristo, Palabra y Pan, adquiría un efectivo conocimiento de la situación histórica singular, sacándola de todos los medios que en ese tiempo estaban a su disposición. Como habría dicho Rahner, no era el hombre que se conformase con la cadena “escritura-magisterio-tradición-reflexión especulativa”, sino que agregaba un “análisis teológico de la situación”.

¿Quién logra hacer junto las dos cosas? El que tiene una espiritualidad profunda, y por lo tanto lee la situación “con los ojos de la fe”. La asistencia del Espíritu Santo no hace superflua, sino que exige la reflexión humana. Scalabrini cree muy firmemente en la infabilidad del Papa y de la Iglesia asistida por el Espíritu Santo, pero cita gustoso a T. Salzano:

“El considerar a la Iglesia como una masa inorgánica que debe recibir el impulso de una mano omnipotente, sin que nadie pueda ni iluminarla ni presentarle humildes y devotas reflexiones, es el más grave daño que le pueda ocasionar” (Católicos de nombre y católicos de hecho, Piacenza 1887, pág. 24).

Uno de los más atentos conocedores de la Iglesia italiana a fines del siglo pasado, Mons. Bonomelli, dice de su colega de Piacenza:

“La Providencia me puso en contacto con muchos hombres puestos muy alto en la Iglesia de Dios por oficio, por ciencia y práctica de

negocios, conocedores de la sociedad: pero puedo afirmar a conciencia: no encontré uno, o bien pocos, que conociesen como él nuestras verdaderas condiciones sociales y religiosas, y las necesidades relativas de nuestros tiempos. En su gran corazón habría querido abrazar todo, proveer a todo, inmolarse por todos, olvidándose casi enteramente de sí mismo". (G. Bonomelli, en: "El monumento en recuerdo de Mons. Scalabrini. Las voces del corazón", Como 11.9.1913).

Hoy se diría que tuvo el "carisma de la totalidad", que sería el carisma propio de la pastoralidad.

El análisis teológico de la situación resulta evidente en la interpretación del fenómeno migratorio, como se ha visto. Pero resulta también de la reflexión sobre el estado de la Iglesia italiana de su tiempo. Se trata de una reflexión teológica que va mucho más allá de la visión canonística. Le importa relativamente que la Iglesia pierda privilegios y poderes temporales, aunque adquiridos legítimamente; no le interesa tanto que la Iglesia pueda gloriarse de un pasado, como que se prepare un porvenir, construya el futuro, (se "autoedifique"). Se preocupa por la ausencia de los católicos en la vida política, porque la abstención contribuye al desmoronamiento del terreno cultural de la fe: "Si continuamos con esta legislación hostil a la Iglesia, será una gran suerte si después de muchos años tenemos todavía alguna cosa sobre la cual edificar de nuevo" (cita del Test. J. B. Nasalli Rocca, Proceso Diocesano, ff. 745-746).

¿Por qué pide la abolición del non expedit? "Para preparar lentamente, pero en forma segura, un porvenir mejor". El mismo "subir de la marea socialista" es para él "voz de Dios", "una advertencia que sería locura dejar perder" (El socialismo y la acción del clero, Piacenza 1899, pág. 7).

El análisis teológico no dispensa del análisis científico, aunque sea "profano". Como para el reconocimiento de las reliquias de los Santos Antonino y Víctor, emprendido por un fin eminentemente religioso, no temió en pedir la contribución del anticlerical prof. Dioscoride Vitali por sus méritos científicos, así se dirigió también a la ciencia "profana" para analizar el fenómeno de la emigración. Lo hemos escuchado afirmar que ella está preordenada por la Providencia para el perfeccionamiento del hombre sobre la tierra y para la gloria de Dios en los cielos, precisando desde qué fuentes ha sacado esta convicción: "Esto nos dice la Revelación, esto nos enseñan la historia y la biología moderna, y es sólo sacando de esta triple fuente de verdad que podremos deducir las leyes reguladoras

del fenómeno migratorio y establecer los preceptos de sabiduría práctica que lo deben disciplinar en toda su rica variedad de formas". (La emigración de los obreros italianos, Ferrara 1899).

Mons. Scalabrini estudia el fenómeno migratorio bajo todos los puntos de vista, recoge todos los datos que puede, sin embargo no para aquí. El conocimiento de la situación y recopilación de los datos son condiciones preliminares para la historicidad de un proyecto, para la correspondencia de la respuesta con la demanda. Sin embargo, las exigencias reales del hombre no son plenamente comprensibles y los datos no son exhaustivos: quedan demasiado parciales hasta que no se conoce y no se comprende el designio de Dios sobre el hombre y sobre su historia, y si no se toma conciencia de la parte que el Señor confía a cada uno en la ejecución de su designio.

Para comprender al hombre es necesario comprender a Dios que lo ha creado, el amor con que lo hizo a su imagen y semejanza. Para saber cuál es el bien del hombre, es necesario saber el proyecto de amor de quien lo ha amasado con sus manos. Para comprender las exigencias del hombre, es necesario comprender las solicitudes del corazón de Dios hacia aquellos por los que se hace llamar Padre.

Ahora todas estas cosas nosotros las podemos aprender solamente por la fe. En sociología no basta reunir los datos: es necesario interpretarlos después correctamente. En teología, las informaciones humanas, aunque necesarias, quedan siempre inadecuadas sin las informaciones divinas.

Los criterios de análisis y las referencias interpretativas definitivas son siempre, para Scalabrini, los teologales y eclesiales. A la luz de la fe y de la misión de la Iglesia él interpreta los datos adquiridos a través de la investigación humana, y de semejante interpretación de fe, hace nacer sus opciones, sus intervenciones operativas, su acción.

Una de las referencias constantes de Scalabrini es la consideración que cada hombre le ha costado a Cristo sangre y muerte; su preocupación de fondo es que el sacrificio de Cristo no sea vano por descuido culpable, indiferencia, pereza, de aquellas personas que por su vocación están llamadas a completar lo que falta a la pasión de Cristo para la edificación de la Iglesia. Es la preocupación que está debajo de las polémicas con los "intransigentes" y es la preocupación que lo impulsa en su intervención en favor de los emigrados. Cuando ve "la miseria errante de la patria"

y se siente interpelar: “Mándenos un sacerdote porque aquí se vive y se muere como bestias”, él responde en la fe: ¡Ay de mí si no evangelizo!

Y es esta respuesta “en la fe”, la evangelización, la respuesta real completa. Todas las demás respuestas, en lo político, en lo social, en lo filantrópico, son parciales y propedéuticas, porque están inscriptas en el plan de Dios, pero no representan su plenitud. Por el contrario, la respuesta en la fe, estando en el orden de la “plenitud”, no descuida los aspectos parciales, que son siempre aspectos del hombre proyectado por Dios y detalles de la construcción del Reino.

De las tres estadísticas conducidas por Scalabrini (emigrados, sordomudos, mondadoras de arroz) nacieron obras (no deseos, auspicios, programas) que respondían a la globalidad de las exigencias de esos pobres. De la misma forma intervino en otras “cuestiones” de su tiempo: la cuestión obrera, la cuestión filosófica, la cuestión romana. Era la intervención típica del “pastor”, que sabía “vivir completamente en la revelación y contemporáneamente vivir en el tiempo”.

Todavía más profundamente, era la elección de un cristiano que hace suya la opción fundamental del único sacerdote, Cristo: hacer la voluntad del Padre, hacer de la propia vida un don total al Padre y a los hermanos para realizar en plenitud la comunión con Dios y entre los hombres. Una vez más vemos a Scalabrini adoptar como criterio último de sus elecciones personales y pastorales la imitación de Cristo, la conformidad con Cristo, la continuación de la Encarnación, la opción de la fe, de la esperanza y de la caridad como virtudes en las cuales el Espíritu nos hace cristiformes.

La pastoral de Scalabrini está verdaderamente signada por el “carisma de totalidad”: todo el tiempo, todas las fuerzas, todos los talentos, todos los dones de la gracia, todo el hombre está empeñado en hacer la voluntad del Padre que quiere la salvación de todos, al ponerse en manos del Espíritu para ser instrumento dócil de Cristo en la misión salvífica: “Un Obispo debe estar movido en todo por el Espíritu Santo, secreto motor de la humanidad santísima de Jesucristo” (“Propósitos”, 24.8.1894). Signo de ello es el carisma sentido tan fuertemente de la “paternidad” hacia todos los fieles, de ello es emblema una jornada de visita pastoral, de la cual surge que él no se limita con anunciar un conjunto de doctrinas y de normas éticas, sino que anuncia y da testimonio de la experiencia

de su encuentro con Cristo y de su elección fundamental de estar con Cristo, en Cristo y por Cristo.

Lo hemos escuchado decir que el obispo es casi “un sacramento vivo de Cristo”, y que “la vida del Obispo extrae todo su vigor de esta unión íntima con El, Príncipe de los Pastores y con su representante visible el Papa”. (Unión con la Iglesia, obediencia a los legítimos Pastores, Piacenza 1896, pág. 19).

Con el Papa, también, porque la totalidad del ministerio pastoral deriva esencialmente de la relación con la Iglesia, representada por los Padres en las nupcias entre el obispo y su Iglesia: “Esposo de la Iglesia, a quien se unió en su consagración y de quien lleva en el dedo el místico anillo, él ha puesto en ella todo su corazón. Sí, para el obispo su Diócesis es más querido que todo lo que hay en el mundo, padre, madre, hijos.” (ivi, pág. 13).

Al servicio de la comunidad eclesial él dedica todos los valores de su espiritualidad, de su ascética, de su humanidad: la contemplación, la adoración, la ascética, el estudio, el compromiso social, la amistad (esto, entre paréntesis, explica una carencia de la que nosotros scalabrinianos nos quejamos: no ha dedicado mucho tiempo a la formación y gobierno de nuestra Congregación, porque estaba todo empeñado en su misión episcopal).

Sacerdos alter Christus, Episcopus post Deum terrenus Deus [El Sacerdote es otro Cristo, el Obispo después de Dios es Dios en la tierra]. Lo es verdaderamente tanto cuando está habituado a contemplar a Dios a concentrar su espíritu en la figura de Cristo hasta convertirse en su copia. Alcanza este ideal con un profundo hábito de la meditación de la Palabra de Dios y de los misterios de Cristo, con la configuración con Cristo, con la oración incesante: meditación, Eucaristía, oración lo habilitan a convertirse en un “sacramento”, un misterio legible porque está escrito y anunciado en el lenguaje vivo de la experiencia vivida en primera persona y transmitida con el calor de padre y de esposo. He aquí su celebración litúrgica que edifica, conmueve, inflama, arrastra a la piedad y al entusiasmo.

Scalabrini ha vivido el tipo de espiritualidad que ha sido descrito por el Concilio Vaticano II y tiene su eje en la *charitas pastoralis* [caridad pastoral].

“Cristo, para cumplir indefectiblemente la misma voluntad del Padre en el mundo por medio de la Iglesia, obra por sus ministros, y por ello continúa siendo siempre principio y fuente de la unidad de su vida. Por consiguiente, los presbíteros conseguirán la unidad de su vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre y en la entrega de sí mismos por el rebaño que se les ha confiado. De este modo, desempeñando el papel del Buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral, encontrarán el vínculo de la perfección sacerdotal que reduce a la unidad su vida y su actividad. Esta caridad pastoral fluye, sobre todo, del Sacrificio Eucarístico, que se manifiesta por ello como centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que lo que se efectúa en el altar lo procure reproducir en sí el alma del sacerdote. Cosa que no puede conseguirse si los mismos sacerdotes no penetran cada vez más íntimamente, por la oración, en el misterio de Cristo” (Presbyterorum Ordinis, 14).

El fuerte acento espiritualista que da tono al pensamiento y al comportamiento de Scalabrini no significa absolutamente una espiritualidad desencarnada.

Lo impide el carisma de totalidad y lo impide la caridad pastoral. Abandonando un tipo de pastoralidad administrativa y burocrática, un gobierno de la diócesis hecho desde el escritorio, él va hacia los hombres, quiere conocer en lo posible personalmente a su rebaño, quiere darse cuenta in loco del “estado de las almas”, más allá de los informes y de las estadísticas, no espera que vayan a visitarlo a la curia episcopal, es él quien va aún desde los primeros días a visitar a los suyos en su casa, en sus campos, en sus talleres, en las escuelas, en las asociaciones, va en busca de los alejados, ya sea de los alejados en sentido geográfico, ya sea de los “alejados” del redil espiritual, trepa material y moralmente entre peñas y precipicios, deseoso de bendecir y alentar a los fieles, ansioso de estrechar sobre su corazón a quien se ha alejado o extraviado, dispuesto a afrontar críticas y murmuraciones y también el escándalo de los pusilánimes, con tal de ganar un alma para Cristo: “Hasta subiría sobre los hombros del diablo si estuviese seguro que me llevaría a salvar un alma”.

Parte en abundancia el Pan de la Palabra y de la Eucaristía para los fieles reunidos en asamblea, pero también visita a los enfermos, a los presos, a los obreros, pasa cuatro días con los hacheros del Monte

Penna a 1700 m. de altura, distribuye ayudas a los pobres, extingue odios inveterados, alienta o estimula a los sacerdotes.

La “caridad pastoral” abarca todas las necesidades y miserias humanas. No solamente a la Sociedad San Rafael, sino también a la Congregación de los misioneros él le establece el objetivo “de mantener vivo en el corazón de nuestros connacionales emigrados la fe católica y de procurar en lo posible su bienestar moral, civil y económico” (Reglamento de 1888). Efectivamente, “el fin inmediato de la Religión es guiar las almas a Dios; su misión indirecta, pero íntimamente conectada con aquella, es guiar a la sociedad civil por el camino de la verdadera civilización” (Apuntes para una circular a los Obispos sobre la inmigración, para la audiencia del Papa, 9.11.1887. AGS 1/4).

La misma totalidad se encuentra en la intervención de Scalabrini en la “cuestión obrera” y en la organización de la Acción Católica, como veremos. Es interesante hallar el nexo entre el fin de la Acción Católica -“volver a conducir a la sociedad a Cristo”- y los medios, entre los cuales el primer lugar está obviamente reservado al “saneamiento moral”, pero en los cuales están comprendidos todos aquellos “de orden económico que corresponden a las legítimas aspiraciones de la clase especialmente obrera”.

“Corresponde precisamente a nosotros hombres de la Iglesia esta misión de paz y de regeneración social, a nosotros más que a otros, como a los que hemos recibido de Dios los medios y el mandato. Yo quisiera que lo comprendiesen todos los miembros de mi clero. En nuestros días es casi imposible volver a conducir la clase obrera a la Iglesia, si no mantenemos con ella una relación continua fuera de la Iglesia. Debemos salir del templo, venerables hermanos, si queremos ejercer una acción saludable en el templo. Y debemos también ser hombres de nuestro tiempo. Ciertas formas de propaganda nuevas, o mejor renovadas, que usan con éxito los adversarios, no deben asustarnos. Debemos vivir de la vida del pueblo, acercándonos a él con la prensa, con las asociaciones, con los comités, con sociedades de socorro mutuo, con conferencias públicas, con congresos, con círculos obreros, con oratorios para niños, con toda obra de beneficencia pública y privada.

Combatamos con vivo ardor los prejuicios del pueblo, pero con el mismo calor sostengamos sus intereses y secundemos sus aspiraciones legítimas, cuidándonos bien de apacientarlo de ilusiones y mucho más de incitarlo al rencor hacia las clases pudientes o dirigentes. Tratemos por el contrario de volver a acercar lo más posible estas clases y de hacerlas

amigas. En el ejemplo de los católicos de otras naciones adueñémonos del movimiento actual, pongámonos a la cabeza actuando, no apartándonos, rezongando. Mis queridos, el mundo camina y nosotros no debemos quedar atrás por alguna dificultad de formalismo o dictamen de prudencia mal entendida. Si no se hará con nosotros, se hará sin nosotros y contra nosotros: recordémoslo" (Centenario de San Luis - Encíclica del S. Padre - Óbolo por el amor filial. Piacenza 1891, págs. 11-12).

También en la fundación de la Obra pro Mondadoras de arroz se evidencia la globalidad del interés por la totalidad de la persona:

"Se trata, como cada uno ve, de una obra de caridad insigne y de máxima importancia. Efectivamente, muchos y muy graves son los peligros que enfrentan esos pobrecitos; peligros y males morales y físicos, fáciles de imaginar.

Urge pensar en el remedio; urge proveer para que esos pobrecitos no caigan víctimas de ávidos especuladores, para que sean prevenidos contra las acechanzas tendidas a su fe, para que tengan tiempo y modo para santificar el domingo, para que su moralidad sea tutelada, para que sean mejor retribuidos sus esfuerzos, en fin, para que lejos de la familia encuentren defensa, protección, consuelo" (Circular del 22.8.1903).

Tanto en la Obra de Mondadoras de arroz, como, aún más evidente en la obra para los emigrantes, y más generalmente en relación con la cuestión social, Scalabrini enfrenta el problema de la humanización del trabajo y lo hace objeto de sus cuidados pastorales. Los ámbitos de la familia y de la comunidad parroquial, en el programa de elevación espiritual, tienen para el Obispo de Piacenza un lugar privilegiado, pero a diferencia de la mayor parte de sus contemporáneos él amplía el espacio en el interior del mundo del trabajo.

Scalabrini estaba convencido que todo acto tendiente a la humanización del trabajo y, en general, de la naturaleza, entra por sí mismo en la edificación del reino de Dios; pero es también conciente que no hay nada automático, que ningún acto puramente humano es inmediatamente salvífico, porque el mundo, y también el del trabajo, está signado por el pecado, por la injusticia, por el abuso, por la explotación, por la servidumbre, por las alienaciones. Sus libros sobre la emigración son una denuncia despiadada del pecado individual y social que está en las raíces de los males del emigrante. No se conforma todavía con la denuncia: como pastor él se compromete tanto en socavar como en

extirpar las raíces del mal, tanto en anunciar la justicia y la redención cuanto en remangarse y actuar en favor de la justicia y de la caridad evangélica.

Si con frecuencia lo vemos detenerse sobre la que hoy llaman “la espiritualidad de la intención” -la intención de actuar y de hacer todo para el servicio de Dios y del prójimo, en la unión amorosa con Dios y con la confianza en su Providencia- esto para él no es pretexto para sustraerse de la “espiritualidad del compromiso”: un compromiso efectivo, individual y comunitario, en la superación de la injusticia y de los pecados sociales, en la humanización del contexto de trabajo. La Iglesia “no ha olvidado nunca y no olvidará jamás la misión que le fue confiada por Dios de evangelizar a los hijos de la miseria y del trabajo [...]. Adonde está el pueblo que trabaja y que sufre, allí está la Iglesia” (La emigración italiana en América, Piacenza 1887, pág. 50).

Semejante globalidad de compromiso le derivaba del carisma de la paternidad, que es el fundamento del cuidado y de la autoridad pastoral. Ello está garantizado formalmente por la imposición de las manos y por la raíz apostólica del ministerio episcopal. Sabemos con cuanta fuerza Scalabrini recurriese a estas fuentes de su responsabilidad y autoridad pastoral, pero su paternidad se manifiesta en toda su intensidad en la situación de vida en la cual voluntaria y apasionadamente se coloca, en su testimonio vivo de haber hecho del Evangelio y de la Iglesia la opción fundamental de la vida, en el modo evangélico de ejercer la autoridad pastoral, como siervo de la comunidad en nombre de Cristo. Está muy consciente de ser “vicario” de Cristo, pero expresa esa conciencia sobre todo en sufrir y en servir, en “beber el cáliz” de Cristo, en vivir el mejor de todos los carismas: la caridad.

PARTE II

“CREO EN LA IGLESIA”: ESPIRITUALIDAD ECLESIAL

La espiritualidad de Scalabrini, que consiste sustancialmente en vivir in fide, o sea en vivir las tres virtudes teologales, se manifiesta en el modo en que vive la fe en la Iglesia: él cree en la Iglesia, tiene confianza en la Iglesia, ama a la Iglesia. Vive el misterio de la Iglesia experimentando en ella la comunión con Dios y la comunión fraterna, y se hace con ella “sacramento” de salvación para la humanidad.

1) Experimentar en la Iglesia la Comunión con Dios

La ecclesiología y por lo tanto la espiritualidad eclesial de Scalabrini se funda sobre el concepto, que sabemos muy querido por él, de la continuación y extensión de la Encarnación de Cristo. Hemos escuchado sus definiciones preferidas sobre la Iglesia: “La Iglesia es la verdadera continuación de la persona de Jesucristo”; “La Iglesia es Jesucristo, mas Jesucristo extendido y comunicado” (El concilio Vaticano, Como 1873, págs. 27 y 5); es “la extensión moral de la Encarnación a través de los siglos” (Unión con la Iglesia, obediencia a los legítimos Pastores, Piacenza 1896, pág. 8)

Deduce de ello una consecuencia inmediata: “Aquél que no ama a la Iglesia, está afuera del amor de Jesucristo, está por eso afuera de ese solo amor que nos ennoblece, nos eleva y nos hace amar de verdad todo lo que es digno de amor en el universo” (La Iglesia Católica, Piacenza 1888, pág. 3).

Para él la “maternidad de la Iglesia no es pura especulación teológica, ni una metáfora, sino una verdad dogmática: deduce de ello que creer en la maternidad de la Iglesia quiere decir amarla como su propia casa, su propia familia, donde hay un Padre, Dios, un Hermano mayor, Jesucristo, en el cual todos son hermanos, una Esposa virgen y madre,

que por obra del Espíritu Santo produce en nosotros la vida, la nutre, la hace crecer, la madura, para llevarnos a la estatura de Cristo.

Como no se trata de una figura retórica, Scalabrini deduce de ello que creer y amar a la Iglesia, es creer y amar a Dios en Cristo, insertándonos en el misterio trinitario.

La luz de la fe y el calor del amor son obra del Espíritu Santo: “Como Espíritu de verdad, al descender sobre los Apóstoles, dona luz clarísima a sus mentes y como Espíritu de amor, El llena de ferviente caridad su corazón [...]. He aquí las operaciones de ese divino Espíritu, en el espíritu no sólo de los primeros discípulos de Jesucristo, sino de todos los justos que aún viven sobre la tierra”. Y he aquí por lo tanto las consecuencias en el orden de la vida espiritual:

“El Espíritu Santo esencialmente es Espíritu de verdad y de caridad. Vivamos por lo tanto conformes a la verdad, dando a las cosas ese valor que tienen en sí mismas, abrazando el bien, huyendo del mal y no dejándonos ilusionar por las locas vanidades de este mundo. Vivamos conforme a la caridad amando a Dios sobre todas las cosas, tratemos por todos los medios a nuestro alcance de conquistar para Dios a nuestros hermanos, buscando su verdadero bien y el verdadero bien de nuestra alma. Si nosotros hemos recibido, como los Apóstoles, el don del Señor, comencemos a hablar y a obrar como ellos hablaron y obraron, y, cuando la Providencia así lo disponga, estemos, como ellos, preparados también para sufrir. Como verdaderos discípulos del Redentor llenos de su Espíritu confesemos franca y públicamente su nombre, entreguémosle lo que necesita el mundo, testimonios dignos de nuestra fe: en fin, tratemos de cooperar también nosotros en la medida de nuestras fuerzas en la gran obra, en la cual hoy pusieron mano los Apóstoles o sea la de destruir el error y extender siempre más sobre la tierra el reino de la caridad, el reino de Dios” (Homilía de Pentecostés, 1882. AGS 3016/6).

“Si, por lo tanto, ustedes quieren vivir del Espíritu Santo, conserven la caridad; amen la verdad; deseen la unidad, a fin de que puedan alcanzar el reino eterno: si ergo vultis vivere de Spiritu Sancto, tenete charitatem, amate veritatem, desiderate unitatem, ut perveniatis ad aeternitatem (S. Agustín) [...]. El Espíritu Santo es Espíritu de unidad, así en la eternidad como en el tiempo. En la eternidad es la unión del Padre y del Hijo en absoluta unidad de naturaleza; en el tiempo es la unión del hombre redimido con Dios, sociedad de adopción y de gracia. En la eternidad es el cumplimiento de la Trinidad en sus relaciones y operaciones intrínsecas; en el tiempo es la revelación de la Trinidad augusta en sus obras exteriores de creación, de conservación, de formación y unificación

del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, que trae justamente de esta unidad su fuerza invencible” (Homilía de Pentecostés, 1884. AGS 3016/6).

Como se ha mencionado, esta verdad -la Iglesia continuación de la Encarnación de Cristo- nucleada por la tradición patrística griega y llegada a Scalabrini a través de Bossuet, es interpretada por él mediante el desarrollo doctrinal de la Escuela de Tubinga, de Newman y de la Escuela Romana; que finalmente aclaran sin equívocos la identidad entre la Iglesia visible y la Iglesia invisible, enderezando la teoría de los descarrilamientos espiritualistas de la Reforma y de aquellos jurídicos de la Contrarreforma (todavía hoy evidentes en la pretextuosa contraposición entre la Iglesia del Espíritu y la Iglesia de las instituciones).

Si la Iglesia es una Encarnación continuada, decía Möhler, no se puede separar el alma (el Espíritu) del cuerpo (jerarquía, predicación, sacramentos). La experiencia de Dios, razonaba Newman, se puede hacer solamente en Cristo, pero la experiencia de Cristo se puede hacer solamente en la Iglesia y precisamente en la autoridad y en los sacramentos. Passaglia, a su vez, subrayaba los deberes de la Iglesia en términos muy similares a los adoptados por Scalabrini: la Iglesia es órgano de transmisión de la revelación y actúa la salvación de la humanidad, en cuanto es órgano de la Palabra de Dios, que es la única palabra eficaz de salvación; por lo tanto nos transmite la gracia santificante, que no es solamente la gracia de Cristo transmitida a cada fiel, sino la gracia de Dios transmitida a todo el cuerpo y a cada fiel.

La Iglesia, “cuerpo místico viviente en la humanidad es bañado en todas sus partes por la linfa de la vida de Cristo” (Synodus Dioecesis Placentina Prima... , Piacenza 1880, pág. 129), es “la sociedad de los creyentes, unidos en la profesión de una misma y única fe, en la comunión de los mismos Sacramentos, en la obediencia a los mismos legítimos Pastores y principalmente al Pastor universal, el Romano Pontífice; es la gran familia de las almas que aspiran a Dios, constituida en orden jerárquico; es el cuerpo místico de Cristo, del cual nosotros somos los miembros [...]. De la misma manera que un miembro para vivir de la vida natural que deriva de la cabeza, debe estar perfectamente unido al cuerpo, así nosotros debemos mantenernos estrechamente unidos a la Iglesia, si queremos vivir de la vida sobrenatural de la gracia, que

emana y se difunde en ella de su Cabeza invisible, Jesucristo". (La Iglesia católica, Piacenza 1888, págs. 36-37).

"Ciertamente Jesucristo habría podido, por su virtud divina, salvar a los hombres sin servirse de la obra de otros hombres, mas, en su infinita sabiduría no quiso; y creaba así, aun en el orden de la gracia, como había hecho en el orden de la naturaleza, las causas intermedias y secundarias. Entre El y los hombres puso sus sacerdotes, en los que se ha dignado perpetuarse, y en su oración al Padre El no reconoce otros discípulos fuera de aquellos que habrían creído por medio de ellos. El Evangelio habla siempre de tres: Dios, el sacerdote y el hombre. Quien excluye al Sacerdote, saca el anillo de conjunción y rompe la cadena, derriba el puente de paso y cava un abismo. Esto es duro para el orgullo humano, lo sé; pero la Iglesia, mis queridos hermanos, es como Jesucristo, Sabiduría eterna, la ha constituido [...]. El ha querido darle una organización divino-humana, ha querido fundarla sobre Pedro y sobre los Apóstoles, y éstos, en la persona de los legítimos Pastores, éstos, repito, y no otros, absolutamente hay que escuchar [...], ya que es el Espíritu Santo quien los puso para gobernar a la Iglesia; escucharlos, como se escucharía a Jesús; escucharlos con tanta firmeza, aun para anatematizar a un ángel que viniese a predicar otra cosa" (Unión con la Iglesia, obediencia a los legítimos Pastores, Piacenza 1896, pág. 22-23).

En su realismo y en su concreción pastoral, Scalabrini quiere que nuestra confianza y nuestra fe y aun más, nuestro amor, se dirijan no hacia una Iglesia idealizada, enajenada de los condicionamientos y de los límites humanos de los hombres que la componen, ni hacia una Iglesia arqueológica de los "primeros tiempos" o de la Iglesia fantasmal, aquella que "debería ser", sino la Iglesia histórica, actual, estructurada, hecha por hombres que son siempre hombres, sin embargo siempre animada por el Espíritu de Cristo:

"Amemos a la Iglesia viva y presente de nuestros días, que habla por boca de su Jefe augusto y de sus Obispos, que vive y sufre por nosotros, que con nosotros ora y espera. Amémosla como la cosa más querida y predilecta que hay en el mundo después de Jesucristo; amémosla como a nuestra familia, como a nuestra madre, hermosísima y al mismo tiempo afectuosísima: amémosla como quien mejor representa y expresa en sí la infinita belleza de aquel Dios que es todo nuestro amor. Abandonémonos confiados entre los brazos de esta madre. Lo ha dicho mi mamá, exclama el niño, y pronunciadas estas palabras, sigue seguro por su camino. Lo

mismo debe decir cada uno de nosotros: ¡Lo ha dicho la Iglesia y basta!" (La Iglesia Católica, Piacenza 1888, págs. 35-36).

Scalabrini -"vir ecclesiasticus" en el sentido entendido por los Padres: hombre de la Iglesia- ama el pasado de la Iglesia, medita su historia, explora y venera su Tradición, pero no para refugiarse en épocas ya pasadas ni para condenar a la Iglesia de su tiempo. Ama volver con el pensamiento a la Iglesia recién salida de Pentecostés, cuando resonaba la predicación de los Apóstoles (pensamiento de Ireneo, citado por Scalabrini), mas, por lo menos después de las primeras y duras experiencias que lo han liberado de cierta ingenuidad, desconfía de la "edad de oro", fácil pretexto para condenas y escándalos de pusilánimes, porque sabe que Cristo está siempre presente en la Iglesia, hasta el fin de los siglos.

"¡Ay de la Iglesia Romana, si hubiese sido alcanzada por la inmovilidad como la Iglesia cismática!" (Intransigentes y transigentes, Bologna 1885, pág. 16). Por lo tanto deplora el "axioma" de los ultras del conservadorismo: "luchar en contra de las innovaciones, cerrarse en la inmovilidad, en la abstención, en las pirámides de la antigüedad, atacando aquellos que no saben plegarse al sistema de la momificación o la edad de piedra" (ivi, págs. 21-22).

A semejantes actitudes estériles él opone la "unión perfecta" con la Iglesia, que se realiza en la triple unidad de fe, de comunión y de subordinación": los tres elementos que constituyen "el principio jerárquico" y al mismo tiempo nos hacen miembros efectivos del Cuerpo de Cristo.

"Somos un solo cuerpo en Jesucristo; y como en el cuerpo humano cada miembro no tiene la misma función, así también no todos los miembros de la Iglesia ejercen el mismo oficio [...]. Así surge una cadena que, partiendo del Papa, llega ordenada y jerárquicamente hasta el último campesino, quien mientras conduce fatigosamente el arado en su campo, si tiene el espíritu de Jesucristo, se siente unido, del mismo modo que nos sentimos unidos Nosotros, en la fe, en la caridad, en la obediencia, con el Papa y con la Iglesia". (La Iglesia Católica, Piacenza 1888, pág. 36-37).

Scalabrini no rechaza ciertamente la definición de la Iglesia como sociedad perfecta, de la que "primera y esencial condición [...] es con

seguridad la unidad”, empero no concibe la unidad si no en la presencia simultánea de los tres elementos de la comunión: comunión de fe, de caridad y de obediencia, que realizan la comunión con Dios. No se puede comprender la espiritualidad de Scalabrini, si se prescinde del hecho que él considera el orden jerárquico no como una pura jerarquía jurídica, de autoridad, sino como un hecho de vida, de vida sobrenatural, de vida de fe y de gracia:

“Así todos los creyentes forman una sola e inmensa familia, un solo cuerpo compacto y unido, organizado estupendamente por nexos mutuos y grados de jerarquía, de la que es cabeza invisible el mismo divino Autor Jesucristo. Y justamente de Jesucristo, como de la cabeza en los miembros del cuerpo humano, deriva en la persona moral de la Iglesia la fuerza, la belleza, el movimiento, la vida: la vida de gracia sobre la tierra, la vida de gloria en el Cielo: Crescamus in illo per omnia, qui est Caput, Christus [Crecamos en todas las cosas en aquel que es nuestra Cabeza, Cristo]” (Unión con la Iglesia, obediencia a los legítimos Pastores, Piacenza 1896, págs. 8-9).

El arquetipo de la Iglesia es el mismo Cristo, en su unión hipostática. Como en el Verbo encarnado se unen inseparablemente la divinidad y la humanidad, así la Iglesia es al mismo tiempo sociedad visible y sociedad espiritual; como Jesús salva a través de las “formas corpóreas y sensibles de la encarnación”, así la Iglesia continúa la obra salvífica mediante el culto, el magisterio y la autoridad.

En la Iglesia, lo hemos oído decir, hay un’ “alma”, y “es aquella que vivifica, da forma y rige todos los miembros místicos y los pone en comunicación con su divino Jefe y entre ellos”. Comprende “la fe, la caridad, la esperanza, los dones de la gracia, los carismas, los frutos del Espíritu divino y todos los tesoros celestiales que por los méritos de Cristo Redentor y de sus siervos le son derivados” (ivi, págs. 9-10). Empero el alma no puede estar sin el “cuerpo”: “lo que ella tiene de visible y externo, ya sea en la asociación de congregados, ya sea en el culto y en el ministerio de enseñanza, ya sea en su orden y régimen externo”. La unidad entre las dos partes es obrada por Cristo mediante la caridad (cfr. ivi, pág. 10)

La caridad hace de tal manera que nosotros estemos unidos a la Iglesia mediante la gracia, que nos une propiamente al “alma”, y mediante el sacerdocio jerárquico nos une al “cuerpo”. Los dos vínculos

no se pueden separar: sin la unión con la jerarquía no existe unión con Cristo en la gracia. “Quien no obedece al Papa, al Sacerdote católico, podrá ser cualquier otra cosa, mas no cristiano, no católico seguramente. Es un soberbio, un hipócrita y nada más; está afuera de la Iglesia” (ivi, pág. 18).

En consecuencia, el banco de prueba de la espiritualidad eclesial es la obediencia. La obediencia es un hecho de fe, no solamente una garantía del orden social. Es característico de la espiritualidad de Mons. Scalabrini saber descubrir la realidad invisible en la realidad visible, o sea en la comunidad histórica de la Iglesia contemporánea, no obstante la reprobación, hecha sin medias palabras, de las opacidades y de los obstáculos interpuestos por el componente humano: no se escandaliza de la ley de la encarnación, por la cual Dios quiere salvar a través de la mediación de los hombres y de los acontecimientos, aunque ofuscados por el pecado, y continúa creyendo en la Iglesia, convencido de que más allá de las mediaciones humanas el único y verdadero mediador es siempre Cristo, quien continúa infundiendo sobre ella el Espíritu de verdad, de caridad y de unidad.

La obediencia al Papa fue una constante en su vida y constituye uno de los elementos de la heroicidad de sus virtudes. Cuando era todavía un simple sacerdote, en su primer libro se animaba a declarar:

“Muchos otros cohermanos suyos podían dejarlo atrás en la nobleza del estilo, en la elevación de los modales, en el raciocinio franco y seguro, más nadie podría vencerlo en la sumisión más simple e ilimitada al Sucesor de Pedro, verdadero Vicario de Cristo, Padre y Doctor de todos los Cristianos, Maestro infalible de verdad” (El Concilio Vaticano, Como 1873, pág. 26).

La “devoción” al Papa se vislumbra en todos sus escritos y en las relaciones, no siempre idílicas, que él mantuvo especialmente con León XIII. De su concepción de la Iglesia, mucho más que una obediencia social y disciplinaria, emerge una obediencia hecha de fe y de amor, cuyo objeto último es Cristo, representado por el Papa y presente en la Iglesia como “el verdadero Monarca, que rige y gobierna en forma invisible”, “centro exclusivo de la doble unidad de su Esposa, la unidad del espíritu y la unidad del cuerpo. Centro de la primera, que es propiedad esencial de su vida interior y divina, que une a sus hijos con la misma fe y caridad en

un solo Señor; centro de la segunda, que pertenece a la vida exterior, que los reúne por el bautismo en un mismo culto sustancial y visible". Cristo ha designado "ese Uno, que, enriquecido inefablemente con su poder soberano, hiciese visiblemente sus veces entre los hombres, reuniese a los hijos de Dios que estaban dispersos, en su nombre les enseñase, los santificase con los dones de su gracia" (ivi, págs. 162-163).

Cristo, por lo tanto, ha conferido a Pedro la infalibilidad y el primado de autoridad y de jurisdicción, para que continuase en la historia su misión de rey, profeta y sacerdote, una misión de amor: "Pedro es constituido por el Salvador vicario de su amor hacia nosotros" (ivi, pág. 173). Scalabrini pone siempre el acento sobre el orden de la fe y de la gracia, en la cual, en la lógica de la Encarnación, "la Iglesia reproduce en sí misma la más perfecta imagen de su Fundador".

"Del mismo modo que su esposo celestial en la unidad de su persona, reuniendo la naturaleza humana y divina, vive de la vida de ambas y de ambas se sirvió para la redención del hombre, así la Iglesia, mientras vive de una vida divina, en cuanto está unida e invisiblemente presidida por Cristo, vive también de una vida exterior en cuanto está visiblemente presidida por Su Vicario, que funda y centra en sí mismo todas las fuerzas, todo el poder, toda las Iglesias de la gran familia Católica, regocijada por su intermedio de una misteriosa unidad de gracias" (ivi, págs. 176-177).

Son muy frecuentes y bien conocidas las manifestaciones de obediencia, fidelidad, devoción y amor al Papa:

"Obedecerle y amarle hasta la muerte, será ésta nuestra ambición, el más dulce consuelo de nuestra vida" (Al Venerable Clero y muy querido pueblo de la Ciudad y de la Diócesis, Piacenza 1878, pág. 5). "Padre Santo, hable y será nuestro orgullo obedecerle; guíenos y nosotros dócilmente le seguiremos; enséñenos y sus enseñanzas serán la norma constante, invariable de nuestra conducta, sabiendo bien que Usted solo tiene palabras de vida eterna, que está contra Jesús quien no está con Usted y que de la unión con Usted depende nuestra salud eterna" (Notificación de la elección de Pío X, Piacenza 1903, pág. 6). "Será siempre nuestro orgullo pensar en todo y siempre como El, juzgar como El, sentir como El, obrar como El, sufrir con El, combatir con El y por El [...]; nos llamaremos afortunados en poder dar la sangre y la vida por Su causa, que es la causa de Dios" (Actos y documentos del Primer Congreso Catequístico, Piacenza 1890, pág. 283).

Se sabe que algunos pusieron en duda la coherencia de estas manifestaciones y la real obediencia y devoción, por causa de algunas expresiones al respecto de la S. Sede y del Papa, y por causa también de algunas actitudes y comportamientos que no daban la impresión de una perfecta consonancia de juicio y de sentir, en forma particular con León XIII.

Conviene recordar las situaciones de las que nacieron esas sospechas. Cuando él llegó a Piacenza los sacerdotes de su diócesis estaban divididos en dos corrientes: intransigentes y transigentes: “El Obispo de visión amplia y clarividente, conservándose ecuánime y obsecuente a las directivas de Roma, se inclinaba por la parte más benigna: por lo tanto no faltaron los malignos y también algunos de buena fe que interpretaban siniestramente las disposiciones del Siervo de Dios y se le ponían en contra; mas sin razón. Lo mismo repito con respecto a cierta prensa” (Test. G. Cardinali, Proceso Diocesano f. 286).

“Mons. Scalabrini era de ideas amplias y generosas: él estaba absolutamente siempre con el Papa y por el Papa y, como afirmaba, se habría hecho cortar la cabeza veinte veces por El y por eso tal vez con respecto a los intransigentes exclamaba que no estaban ciertamente con el Papa” (Test. F. Torta, *ivi*, f. 339-340).

“La prensa católica censuraba al Obispo porque consideraba que apoyaba el partido político moderado antes que el progresista. Bajo cuerda, sin embargo, estaba el trabajo de la masonería aquí en nuestra ciudad, que en ese tiempo actuaba en una forma particular, y que tenía por objetivo principal su provecho político y financiero, tanto es así que los principales exponentes se reconciliaban, antes de morir, con la Iglesia. Estas críticas eran infundadas y fueron completamente desmentidas por los hechos” (Test. E. Martini, *ivi*, f. 190-191).

En concreto, Scalabrini fue acusado de desobediencia o por lo menos de negligencia en el cumplimiento de las directivas pontificias acerca de la filosofía rosminiana, el liberalismo, la Obra de los Congresos y en especial del “non expedit”, o sea la prohibición hecha a los Católicos de participar en las elecciones políticas. Y ello ocurría en un clima de exasperadas polémicas, provocado por una coyuntura política en la cual desafortunadamente entraron en conflictos dos sentimientos igualmente legítimos y santos: el amor por la religión y el amor por la

patria. La Iglesia y el Estado estaban en conflicto entre ellos, y no todos lograban hacer las debidas distinciones entre Iglesia y política vaticana, como entre Estado e ideologías “liberales”, que reivindicaban para sí la independencia y la unidad de Italia. La Curia Romana eligió como protesta la intransigencia más absoluta y el Parlamento y el gobierno italiano eligieron el anticlericalismo más feroz. Se comprometía la misión propia de la Iglesia, entorpecida por una parte, porque parecía que el poder temporal fuese la máxima preocupación del Vaticano, acusado de ser el enemigo de la Patria, y, por otra, porque se multiplicaron los esfuerzos para separar al pueblo de la Iglesia.

La motivación de las actitudes de Mons. Scalabrini hay que buscarla totalmente en el esfuerzo por sanear esta situación, perniciosa para la acción pastoral de la Iglesia. En última instancia, quien obedecía verdaderamente al Papa, Pastor supremo y universal de la Iglesia, era Scalabrini: y las circunstancias eran tales como para hacer la obediencia verdaderamente heroica para quien había elegido el camino de la verdad y de la caridad como condiciones insustituibles para reconstruir la unidad. En la defensa a ultranza de la verdad y de la caridad, el obispo de Piacenza podía pensar y de hecho pensaba distintamente de algunos personajes de la Curia Romana, y consideraba deber de conciencia poner en guardia contra los peligros y daños que cierta política eclesiástica ocasionaba a la acción pastoral. Pero cuando llegaba una decisión del Papa, “aunque en su mente pensara en forma diferente, cortaba por lo sano: ¡Es una orden del Papa y basta!” (Test. L. Mondini, Proceso Diocesano, f. 132). También si se trataba solamente de simples indicaciones o deseos: “Bastaba que conociese su deseo para actuar según la voluntad de la Santa Sede” (Testimonio F. Gregori, *ivi*, f. 559).

Los puntos fundamentales eran dos: qué tipo de pastoral adoptar en las mudadas condiciones de la Iglesia italiana y qué rol debían tener los obispos en la conducción de las iglesias particulares. Mons. Scalabrini, concretamente, pensaba en forma diferente de la Curia Romana sobre la manera de encontrar una solución a la “cuestión romana” y sobre la autonomía de los obispos en la acción pastoral inmediata, no con respecto al Papa, sino a los centros de poder creados y administrados por “privados”, sacerdotes o laicos, o sea por ciertos diarios católicos y por la Obra de los Congresos. Buena parte de la Curia Romana los sostenía, porque se habían propuesto defender los “derechos” de la Santa Sede y

no se fijaban muy bien si esa defensa obviaba los derechos y los deberes de la verdad y de la caridad, terminando por comprometer la unidad.

La “cuestión romana” se había convertido en un problema de conciencia, que turbaba a muchos católicos, y se había mezclado demasiado con la política, provocando una gran confusión. Los intransigentes se habían convertido en un “partido” que, bajo el pretexto de la obediencia absoluta al Papa, se permitían indagar, sospechar y hasta calumniar a los obispos, sembrando así la discordia entre obispos y sacerdotes, entre clero y pueblo. Se había creado así una atmósfera de sospecha y de insinuaciones más o menos malignas, que provocaba efectos desastrosos en el campo pastoral, porque ocasionaba “gravísima injuria al Episcopado” y “enorme escándalo para los fieles” (Carta a Bonomelli, 11.9.1881).

Ante esta situación, Scalabrini creyó su deber de Obispo, o sea de responsable de una Iglesia particular y corresponsable de la Iglesia universal, hablar claro con el Papa y pedirle que se conformase con “ese tanto de principado civil” que, también según el derecho internacional, le garantizase la plena independencia y el libre ejercicio del magisterio y régimen de la Iglesia universal. Por lo tanto se debía llegar a una conciliación entre Iglesia y Estado, mas no se podía llegar sino a través del Parlamento italiano: de aquí la propuesta de abolir el *non expedit*, porque era obvio que el Parlamento, y el gobierno que era su expresión, habrían cesado las hostilidades con la S. Sede solamente cuando ya no estuviesen compuestos por una mayoría anticlerical.

El problema abarca toda la correspondencia Scalabrini-Bonomelli, donde sí leemos expresiones muy fuertes de deploración de la “política” vaticana, empero infaliblemente encontramos que la única motivación de las preocupaciones es la gloria de Dios, el “decoro” de la Iglesia y el bien de las almas. La palabra final siempre está dictada por la fe. De los furiosos ataques intransigentes dice: “Debemos oponernos a sus insanas tentativas, conservando la calma, la pureza de las intenciones, buscando solamente la gloria de Dios, de la Iglesia, y la salud de las almas” (Carta a Bonomelli, 22.9.1881). “No nos desanimemos...: calma, fortaleza y oración: fija la mirada en Jesucristo y confiados solamente en El” (Idem, 1.2.1883). “Es necesario mirar al cielo, sufrir y callar” (Idem, 6.5.1891). “Hay que pensar en salvar el mayor número de almas que podamos (Idem, mayo 1889).

Es justamente esta “fiebre tormentosa” por la salvación de las almas que lo impulsa a hablar con tanta franqueza al Papa:

“Hace años, Padre Santo, que gimo sobre estos males, y los lloro amargamente ante Dios. Disimularlos ahora por más tiempo es imposible. No crea, Beatísimo Padre, que yo hablo desconsideradamente o que estoy impulsado por objetivos particulares o de otra índole, no. Dios, a quien sirvo y ante el cual nos presentaremos todos en breve tiempo, es mi testigo de que yo no conozco partidos y no me inclino por ninguno de ellos. No me siento ligado, por su gracia, más que a El, a Ud., que es su Vicario y a su Santa Iglesia . (Carta a León XIII, 11.11.1881. AGS 3019/2).

La palabra “partido” es una de aquellas palabras que nos permiten introducirnos en la espiritualidad eclesial de Scalabrini. Para él no puede haber “partidos” en la Iglesia, que tiene como “nota” propia la unidad.

Y es ésta una de las razones por las cuales lo oponen a los así llamados “intransigentes” que dominaban entonces tanto la Curia Romana, como su “brazo seglar”, la Obra de los Congresos. No se quiere negar su fidelidad a Cristo y a la Iglesia, sino sólo destacar que la concepción diferente de Scalabrini tiene su base en una visión más espiritual y evangélica de la Iglesia, en comparación con una concepción más política y jurisdiccional.

Los intransigentes ponían la cuestión del poder temporal en términos preminentemente de pirámide jerárquica, haciendo de la centralidad del Papa un problema especialmente de autoridad; autoridad que exaltaban tanto, como para poner en la sombra la autoridad jurisdiccional y magisterial de los obispos. Para ellos la Iglesia es como un Estado, y el Papa un monarca absoluto: pero lo malo estaba en que se querían seguir los modelos del Estado y del monarca terrenal. Scalabrini también tiene muy en cuenta el “principio jerárquico”, pero ante todo atribuye gran importancia a los “anillos” del episcopado y del presbiterado, y sobre todo concibe el hecho jerárquico no tanto como una exigencia de funcionalidad social, sino cuanto un nexo vital entre Cristo y su pueblo, en el orden propio de la gracia.

Definiendo a la Iglesia como continuación de la Encarnación de Cristo, “la encarnación de Jesucristo sobre la tierra, la continuación de su vida mortal, su perpetua manifestación sobre la tierra” (Homilía de Pascua, 1879. AGS 3016/4), pone de relieve la unión íntima con la vida

de Cristo: con Cristo la Iglesia está destinada a vencer y a triunfar en la eternidad; pero, mientras tanto, debe sufrir con Cristo y ser objeto de ira y de persecución. La Iglesia participa de la soberanía de Cristo; mas, Cristo “reina y gobierna aquí justamente por el ministerio de la Iglesia, su Esposa, heredera de su soberanía”, sin embargo esa soberanía tiene un sólo fin: “de conducir el hombre a la perfección y hacerlo feliz de la perfección y felicidad, como es perfecto y feliz el mismo Dios” (La Iglesia Católica, Piacenza 1888, pág. 8).

La obediencia a la Iglesia es en esencia una de las condiciones de la “unión fecunda y perfecta con la Iglesia”, que se compone de otros dos elementos: “la triple unidad de fe, de comunión y de subordinación”, por los cuales “nosotros debemos mantenernos estrechamente unidos a la Iglesia, si queremos vivir de la vida sobrenatural de la gracia, que emana y se difunde en ella por su Cabeza invisible, Jesucristo” (ivi, pág. 37). La unidad jerárquica, dice Scalabrini, es el “cuerpo” de la Iglesia, la unión de gracia es el “alma”. La unión de los fieles con la Iglesia se produce mediante la posesión de la Gracia santificante, que nos une al “alma”, y mediante la unión con el sacerdocio jerárquico, que nos une al “cuerpo”. Los dos elementos son indispensables e inseparables.

Nota característica de la espiritualidad eclesial de Scalabrini es la globalidad de la concepción eclesiológica, de la cual deriva después una totalidad y una coherencia de comportamiento, que nos ayuda a comprender cómo se basan en el plano de la fe y de la espiritualidad sus actitudes con respecto al Vaticano.

Este fue un punto muy discutido en el Congreso de los Consultores Teológicos sobre la heroicidad de las virtudes de Mons. Scalabrini. Citamos aquí las conclusiones del Relator de la Causa, el fallecido P. Valentín Macca OCD:

“Después de largos meses de estudio de la Causa y de su variada y amplia problemática subyacente, especialmente con respecto a las relaciones del Siervo de Dios con los Sumos Pontífices León XIII y San Pío X, no puedo no seguir pensando:

a) que la “mística de la cruz” y de la voluntad de Dios, por otra parte propuesta en forma tan clara y bastante completa, aunque en los límites de un “voto” sobre las virtudes heroicas, por el teólogo Consultor IX, me parece que pueden coexistir con la franqueza y la insistencia con las que nuestro Siervo de Dios hablaba a León XIII, o confidencialmente hablaba o escribía a Mons. Bonomelli, obispo de Cremona.

Diría más bien, que en un hombre cuyo compromiso constante con la perfección, admitido en forma unánime por el Congreso, y tan documentado sin duda, el sufrimiento profundo por una Iglesia con el rostro ofuscado por el poder temporal sólo podía ser una componente maravillosa de un anhelo de amor extraordinario por la Esposa de Cristo.

Tampoco hay que olvidar la vida de comunión constante con Dios en el culto tan acentuado, profundo, tierno de la Eucaristía y de María, que tiene señales de una vivacidad teologal verdaderamente extraordinarias. Como es extraordinario el compromiso de oración, que resulta también de los breves escritos personales llegados providencialmente hasta nosotros, expresión de una fe que mantenía al obispo orientado continuamente hacia Dios, en forma de convertirlo de alguna manera en “oración viviente”.

Tampoco se debería olvidar el celo apostólico incansable que muestra a Mons. Scalabrini como auténtico “buen Pastor” que “da la vida por sus ovejas”, yendo hacia ellas con iniciativas pastorales apropiadas, modernas, que quieren promover la vida de los fieles en la fidelidad evangélica a Cristo y a la Iglesia, aun en situaciones nuevas, como la emigración y el trabajo obrero.

b) En un hombre tan devorado por el amor de Dios, por el celo por Su gloria y por la “salvación y el bien de las almas”, como dice un estribillo suyo muy empleado, el mismo amor por la Iglesia, con características de amor humilde, sincero, generoso, tan marcadas como para no pasar desapercibidas para nadie que examine atentamente la abundante documentación disponible, debe ser visto como causa no indiferente del tormento “místico” y de la “fiebre” que lo probó tan profundamente durante toda la vida.

Los hombres de la Iglesia de su tiempo estaban divididos acerca del problema del poder temporal del Papa y para cuya solución Scalabrini, como por otra parte el mismo Bonomelli, se remitía en última instancia al juicio y a la decisión del Sumo Pontífice. Además el Siervo de Dios, gracias a una particular sensibilidad, no social o política, sino exclusivamente evangélica, evidente don del Espíritu que anima a la Esposa de Cristo, veía con claridad:

1) que el poder temporal, soñado por buena parte de la Jerarquía misma, especialmente en el nivel de la Curia Vaticana, junto a aseveradas ventajas materiales de indiscutido influjo, válidamente evangélico y apostólico, en Italia y en el extranjero, ofuscaba el rostro de la Iglesia, con evidente perjuicio de lo que Scalabrini consideraba justamente supremo principio del ser y del actuar de la Esposa de Cristo en el mundo. O sea: ser “relación” con el mundo en una línea continuadora del misterio del Verbo Encarnado y en su única misión -tan afirmada por el Siervo de Dios, como ya dije,- la “salvación de las almas”;

2) que consecuentemente con esto, justo en correspondencia con la luz que lo iluminaba desde adentro y en virtud del Orden Episcopal cum Petro et sub Petro [con Pedro y bajo la autoridad de Pedro], se sentía responsable de toda la Iglesia (cfr. *Lumen Gentium*, 22). La doctrina propuesta por el Vaticano II en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, relativa a los Obispos que “en cuanto miembros del Colegio Apostólico y como legítimos sucesores de los Apóstoles, todos deben tener aquella solicitud por la Iglesia universal que la institución y precepto de Cristo exigen” (cfr. L.G. 23), era la doctrina que ya lo dominaba plenamente. Y la oración, la meditación atenta de la Palabra de Dios y del paso de Dios por la historia, lo impulsaban a intervenciones de caridad hacia el Papa, al que trataba de ayudar para una comprensión crítica más segura de los hombres y de los tiempos, en vista a un servicio más evangélico, coherente con los requerimientos de Dios acerca del mundo a salvar;

3) en esa perspectiva se deben leer las cartas que el Siervo de Dios escribió a León XIII y a la Curia Romana. Está documentado que ellas le costaban esfuerzo y constituían un martirio para su espíritu tan tiernamente filial con respecto al Papa. Sin embargo, como resulta del texto de las misivas y de la reveladora correspondencia con Bonomelli, después de haber rezado, reflexionado y pedido consejo, únicamente con esfuerzos sobrenaturales escribía, también sabiendo que humanamente le costarían sufrimientos y martirio.

De las carreras humanas, además, fue siempre enemigo. Ello está probado por su decisiva oposición al cardenalato [...]. Edad, salud, costumbres, dificultades que habrían implicado un cambio de vida, fueron hechas presentes con admirable simplicidad y fuerza por Scalabrini, con el objetivo de no dejar la sede episcopal de Piacenza, a la cual se había entregado y ligado con amor excepcional, hecho más fuerte por las grandes pruebas de los casos Miraglia y Rocca, y también por las intromisiones deplorables y por la lucha sin cuartel que le hiciera P. David Albertario en las páginas del “Observador Católico” de Milán, causa de martirio para tantos obispos y sacerdotes.

En esa perspectiva es comprensible, especialmente en su dimensión episcopal sobrenatural, la diferente gama de intervenciones del Siervo de Dios con León XIII, por otra parte tan estimado y amado por Scalabrini” (*Relatio et vota Congressus peculiaris super virtutibus*, Roma 1986, págs. 136-138).

Aquí el relator responde a quien objetaba que un hombre verdaderamente virtuoso habría imitado a Cristo (Jesús autem tacebat [Sin embargo Jesús callaba]), recordando la “dureza” del Salvador hacia los escribas y los fariseos, y hasta con Pedro (“motivo de escándalo”, “satanás”) pero especialmente la “resistencia” de San Pablo “frente

a frente” con respecto a San Pedro en Antioquia. Compara luego a Scalabrini con Santa Brígida de Suecia y Santa Catalina de Siena, que “hablaban con el Papa en modo incandescente en vista de la “reforma” y “renovación” de la Iglesia”:

“Creo que nuestro Siervo de Dios debe ponerse en esta línea “mística”. Aun con su carácter, con su cultura, con su sentido tan vivo de sus tiempos, con el tormento “enfadado” de sus expresiones, está en la misma gracia de Brígida y especialmente de Catalina. El realismo sufrido de sus palabras a León XIII y, en la correspondencia privada con Bonomelli, con respecto a León XIII o sobre la acción política “temporalista” de la Curia de su período, debe ser visto en la misma perspectiva “mística” de amor apasionado por la Iglesia, del cual están llenos todos sus escritos como ha sido varias veces señalado por los teólogos Censores. Esto que resulta no sólo de sus “profesiones de amor” a la Iglesia y al Papa, sino sobre todo de su laboriosidad incansable y heroica para que la esposa de Cristo reflejase siempre más el rostro de Cristo” (ivi, pág. 139).

La sinceridad del amor por la Iglesia y por el Papa, la rectitud de sus intenciones, el sentido de responsabilidad y de corresponsabilidad episcopal, la totalidad de la obediencia, y por lo tanto la coherencia entre las palabras y los hechos, están probadas por la renuncia a la pública defensa en homenaje a la voluntad y también al simple deseo del Papa, también cuando corría el riesgo de ser perjudicada su honorabilidad de obispo.

La primera vez solicitó a León XIII poder defenderse públicamente de los ataques públicos del “Observador Católico”, pidiendo “cándidamente a la suma benignidad del S. Padre una palabra por lo menos de consuelo. Ud. no ha creído oportuno concedérmela; adoro sumiso los juicios de Dios y continuaré per infamiam et bonam famam [ya sea en la infamia o en la buena fama], procurando la salvación de mi alma y del rebaño que me fuera confiado” (Carta a León XIII, 19.11.1881. AGS 3042/2).

Una segunda vez preparó una Carta Pastoral para desmentir las calumnias publicadas por el mismo diario después de la publicación, ocurrida por orden o por lo menos con la plena aprobación de León XIII, del opúsculo “Intransigentes y transigentes”:

“Era mi ánimo defenderme y por lo tanto escribí la breve pastoral adjunta. La envié al S. Padre, quien, por las marcas en rojo se ve que la

dio para examinar no sabía a quien, y luego la devolvió con ruego de no publicarla. Se me impuso verdaderamente un heroico sacrificio, que acepté únicamente, lo confieso, por amor a Dios. (Carta a P. M. Schaffino, 29.11.1886. AGS 3020/4).

Una tercera vez, acusado públicamente de haber violado el non expedit, pidió poder defenderse:

“Había preparado una carta pastoral en la que hablaba de las elecciones políticas y hacía públicas las respuestas obtenidas de Roma y tocaba valientemente las cuestiones candentes, que son el tormento de tantas conciencias; sin embargo el Santo Padre a quien la envié, me rogó no imprimirla, porque podía dar lugar a algún equívoco; he obedecido”. (Carta a Bonomelli, inicio de 1887).

Justamente el Card. Bevilacqua observó:

“¡En los momentos difíciles él sufrió por la Iglesia y por una determinada Iglesia! Justamente porque había vuelto a esta esencialidad de la Iglesia, él había aprendido tan bien a hablar y también a callar. Y sus silencios fueron más expresivos, más llenos de enseñanzas que las palabras [...]. Después de haber hablado como hijo a la Iglesia, se sometía en silencio a la obediencia, en la cual era un verdadero campeón”. (De una conferencia dictada en Piacenza en 1955).

Ciertas tomas de posición con respecto a la Santa Sede nos impresionan por su fuerza y su coraje, pero son indicadores de una profunda espiritualidad y de un verdadero amor por la Iglesia, ya que aquella que le preocupaba era “no la causa personal, sino la del Episcopado aterrorizado, de la Iglesia ofendida, de la Religión traicionada”:

“¿Qué hacer? ¿Nos debemos dejar destruir? Poco importaría por nuestras personas, por lo menos por la mía tan insignificante; pero ¿Y las almas? ¿Y la Iglesia? ¿Y los intereses de Jesucristo? (Carta a Bonomelli, 2.3.1883).

2) Experimentar en la Iglesia la comunión fraterna

La consideración de la divinidad y de la vida íntima de la Iglesia, vida de la gracia en Cristo, domina y determina las actitudes y las opciones

de Scalabrini. La acentuación, ciertamente muy fuerte, de la autoridad jerárquica y la tenacidad en sostener y defender la autoridad del obispo están guiadas y animadas por la voluntad de salvaguardar y respetar los canales ordinarios de la gracia, como los ha constituido de hecho Jesucristo.

Lo mismo debe decirse por el ansia de la unidad, en cuanto es condición y efecto al mismo tiempo de la caridad y por lo tanto de la comunión con los hermanos. La pertenencia a la Iglesia no es más que la respuesta que nosotros damos, con la caridad, al llamado gratuito y “gracioso” de Dios. La esencia de la Iglesia, dice San Agustín, es la caridad, la participación en la caridad propia de Dios, es decir de la caridad trinitaria. La comunión en la caridad, que se vive en la Iglesia por las virtudes del Espíritu Santo, es el reflejo y la comunicación de la caridad con la que se aman entre ellas las Personas de la Trinidad.

El sufrimiento de Scalabrini por los desgarramientos de la caridad eclesial es sufrimiento por un pecado, por la violación de la ley de Dios que es la única ley de la Iglesia: la caridad, el amor. “Como el discípulo predilecto en los últimos años de su vida en las reuniones cristianas no repetía otra palabra que esta: Hijos, ámense los unos a los otros, así la Iglesia no dice y no repite a sus hijos más que la gran ley del amor” (La Iglesia Católica, Piacenza 1888, pág. 30). “Ella ama, he aquí toda su vida” (Católicos de nombre y católicos de hecho, Piacenza 1887, pág. 24).

La lucha valiente contra aquellos que subvertían el “principio jerárquico” se explica con la visión propia y estrictamente espiritual que Scalabrini tenía de la unidad jerárquica, que para él es sustancialmente “la unidad de caridad o de comunión”.

“La entera sumisión a la misma Cabeza, representante de Dios, o sea la unidad de comunión, era el pensamiento supremo del divino Salvador cuando rezaba fervientemente al Padre por sus seguidores presentes y futuros, para que sean todos una sola cosa, como tú estás en mí, oh Padre y yo en ti, que sean también ellos una sola cosa en nosotros. Era esta unión que inculcaba el Apóstol con aquellas palabras: Sean solícitos por conservar la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz” (El Concilio Vaticano, Como 1873, págs. 119-120).

A este punto es necesario subrayar una característica de la espiritualidad scalabriniana: el amor, o mejor el culto, por la verdad: *Facientes veritatem in charitate* [con el realizar la verdad en la caridad].

“El sacerdote es el hombre de Dios en la comunicación de la verdad. El da a todos, grandes y pequeños, como Dios da la luz del sol al cedro y al hilo de hierba” (El sacerdote católico, Piacenza 1892, pág. 220)

“La religión es la verdad: deber de cada hombre que posee la verdad es propagarla, hacer partícipes a quienes no la conocen y defenderla con todas las fuerzas del espíritu cuando es atacada. En este sentido cada hombre es apóstol de la verdad, como cada hombre puede ser mártir por ella” (Discurso para la inauguración de los Comité diocesanos y parroquiales, 18 de abril de 1881. AGS 3018/18).

“¿Acaso, queridos hermanos, el martirio no es para nosotros? El Espíritu Santo nos dice a cada uno en las divinas Escrituras: agoniza por tu alma y hasta la muerte combate por la justicia. Esta justicia es la verdad de Cristo [...]. Por esta verdad hay que combatir hasta la agonía y la muerte” (En ocasión del solemne reconocimiento de las reliquias de los Santos Antonino y Víctor, Piacenza 1880, pág. 29).

“Este es el mandamiento que Jesús recibió del Padre y dejó a sus amigos en herencia: el culto de la verdad hasta la sangre [...]. La lucha más fuerte en este mundo es la de decir la verdad de Cristo tanto a los enemigos como a los amigos, y decirla en la prosperidad y en el dolor, en las sombras y a la luz, en las cárceles y en las cortes, a la plebe y a los poderosos, sin ambigüedades, sin vergüenza, no con el corazón tembloroso, sino más bien con un sublime desprecio por los peligros, que es el privilegio de las almas grandes” (Homilía de Pentecostés, 1880. AGS 3016/6).

El Decreto sobre la heroicidad de las virtudes afirma:

“Defensor y propagador de la fe, la protegió no sólo contra los errores del tiempo, sino también contra las inútiles polémicas, que ofendían a la caridad y a la verdad. Efectivamente por la verdad combatió y sufrió tanto que se pudo decir de él que supo traducir el *studium veritatis* [el estudio de la verdad] en intrépido *servitium veritatis* [el servicio de la verdad], aceptando luego con coherencia, fortaleza y paciencia el *martyrium veritatis* [el martirio de la verdad] y dando prueba de una extraordinaria lealtad eclesial y participación a la solicitud por todas las Iglesias. Soportó en humilde silencio las contradicciones y los sufrimientos personales, ajeno a cualquier interés egoísta, mas consideró delito el silencio siempre que se tratase de la causa de Jesucristo, de la Iglesia y del Papa y cuando estaba en peligro el *bonum animarum*, *suprema lex* [la ley suprema es el

bien de las almas], que reguló todas sus opciones, frecuentemente contra la corriente e innovadoras”.

San Pío X le reconoció públicamente esta virtud, definiéndolo “el Obispo docto, bondadoso y fuerte, que también en duros acontecimientos siempre ha defendido, amado y hecho amar la verdad, no la abandonó nunca ya sea por amenazas o por halagos” (Autógrafo del 18.10.1913).

Una virtud que este Obispo de provincia creyó deber ejercer también ante los superiores, la Secretaría del Estado, el mismo Sumo Pontífice, al cual, como solía decir, no dejó nunca de decir *verba veritatis in camera charitatis* [las palabras de la verdad en la discreción de la caridad]:

“De ingenio poderoso como Ud. es, y de corazón modelado sobre el de Jesucristo de quien es Vicario, Ud. no puede no amar la verdad, no puede no desear que le sea dada a conocer, como lo deseaban los Santos” (Carta a León XIII, 26.9.1881. AGS 3042/2).

“Santo Padre, un gran antecesor suyo, acostumbraba, Ud. lo sabe, dirigirse a Dios todos los días, suplicándole que inspirase a algún Obispo para decirle abiertamente la verdad y tal es seguramente el deseo de Su corazón tan noble, por lo que no dudo me perdonará si deseo darle a conocer toda la verdad, aunque sea amarga” (Carta a León XIII, 19.11.1881. AGS 3042/2).

Y al Cardenal Secretario de Estado:

“¡Ay!, exclamaría un Doctor de la Iglesia, ¡Ay de la religión, cuando los Obispos están obligados a callar!” (Carta a L. Jacobini, 8.4.1884. AGS 3020/1).

“¿No han sido puestos por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios? ¿No tienen, por lo tanto, más que el derecho, el deber de iluminar, si es necesario, también a los Superiores? Yo tengo demasiada estima por el Santo Padre y por aquellos que lo coadyuvan en el gobierno del mundo, para creer que a ellos les pueda desagradar que un Obispo francamente, lealmente, sin segundos fines, les diga la verdad, con el muy noble objetivo de evitar resoluciones que pueden tener consecuencias fatales y desastrosas. Donde afluyen los intereses del mundo, el examen de los hechos particulares es muy difícil, y Dios ha previsto para el bien de su Iglesia la institución divina del Episcopado” (Carta a M. Rampolla, 17.4.1893; Archivo Secreto del Vaticano, Rub. 3/1893).

“Es un deber de nuestro ministerio dar a conocer al Papa el verdadero estado de las cosas, con el objetivo de salvar lo que se puede” (Carta a Bonomelli, agosto de 1882). No admitía una prudencia falsa o “intempestiva”, la prudencia de la carne: “¿Reparos cuando se trata de la verdad? Me parecería traicionar el Verbo de Dios” (cit. de L. Cornaggia Medici, *Un perfil de Mons. J. B. Scalabrini*, Roma 1930, pág. 4).

Para ser fiel a la verdad, debió chocar con incomprendiones, también de parte del Papa, y contra hostilidades abiertas y encubiertas. Sufrió especialmente cuando era atacado por interpretaciones distorsionadas, malignas y también calumniosas, y no pocas veces reaccionó con una energía que impacta particularmente a quien conoce el ambiente adulatorio de la época y el silencio tímido de casi todo el episcopado: “en medio de este aflojamiento general de los Colegas” (Carta a Bonomelli, 25.5.1883), fue casi el único que tuvo el coraje de denunciar las injusticias, las discriminaciones, la política demasiado terrenal, el terrorismo psicológico que contagiaban las intervenciones “intransigentes” en defensa de los derechos del Papa y de la Iglesia:

“No debemos confundir la cobardía de ánimo con la prudencia. Hay un tiempo para callar y callé por seis años; pero hay también un tiempo para hablar y he hablado como creí que era mi deber [...]. El desalentador silencio del Episcopado entero, aterrorizado o mortificado ante los continuos ataques de una prensa con actitud de profunda veneración al mismo y especialmente a la S. Sede, era considerado ya por las almas más serias y bien pensantes, como signo de extrema debilidad y de complicidad con los desórdenes que eran su consecuencia” (Carta a G. Boccali, 29.11.1881. Cfr. *Correspondencia Scalabrini Bonomelli*, pág. 41).

Sin embargo, el culto de la verdad estuvo siempre unido al de la caridad y Scalabrini reprochaba justamente a los intransigentes “ese afectado descuido por las virtudes más queridas del cristianismo y tomar casi a risa a quienes las pregonen y muestren considerarlas por sobre todas apreciadas y queridas [...]. Todo ello está en abierta oposición con el espíritu del cual debe estar animado el católico sincero, y ha perdido el sentido de Cristo quien no lo comprende, quien no lo siente” (Católicos de nombre y católicos de hecho, Piacenza 1887, pág. 19-20).

Los ataques de los fogosos periodistas intransigentes estaban dirigidos a esos católicos que se definían “liberales” y en particular a los

“rosminianos”, porque, según los intransigentes, el rosminianismo era el substrato del liberalismo. La misma acusación fue dirigida a Scalabrini por la remoción del Can. Rocca de la dirección del Seminario de Piacenza:

“Se quiso hacer de un acto muy simple y privado una cuestión rosminiana, he aquí el secreto de todo el ruido que se quiso levantar. ¡Pero nada más falso! Yo no sigo, lo digo claramente, el sistema del filósofo de Rovereto; diría con fuerza lo contrario, si fuese la verdad [...]. Confieso empero que yo estimo, venero y amo en la caridad de Cristo a todos los hombres de buena voluntad que trabajan con pureza de intención por la Santa causa de Dios y de su Iglesia, cualquiera sean las opiniones que profesen y dejadas todavía libres a la discusión por la Iglesia [...]. ¿Por qué se quiere hacer tiránico el yugo llamado por Jesucristo suave? ¿Por qué no se deberá dejar a los ingenios esa honesta libertad que les acuerda la Iglesia, que fue siempre su celosa custodia? (Carta a G. Boccali, 29.11.1881, ya citada).

En esta carta al secretario privado de León XIII recordaba haber prescripto a los seminaristas, desde el primer año de su episcopado, por lo tanto tres años antes de la encíclica *Aeterni Patris*, el estudio de la filosofía tomista, pero ese mismo decreto concluía con un angustiado llamado a la unidad, fundada en la caridad y en la fidelidad al magisterio de la Iglesia, advirtiéndolo, según San Pablo: “De todos modos, si alguien quiere discutir, no es esta nuestra costumbre ni la de las Iglesias de Dios” (1 Cor. 11, 16). Debió luchar muchos años para poder recomponer la unidad del clero de Piacenza, dividido en tomistas y rosminianos, dos corrientes que sin embargo, más que filosóficas, eran ideológicas y formaban casi dos partidos políticos. El desorden y la confusión habían ya contagiado gran parte del clero del norte de Italia: “Los partidos que toman ahora un pretexto y ahora otro para arrollar poco a poco al Episcopado y tomar a su modo el rumbo de la opinión pública, se van haciendo cada día más audaces, hasta hacer los Obispos impotentes a veces para el ejercicio de su sagrado Ministerio” (Carta a León XIII, 26.9.1881. AGS 3042/2).

Para Scalabrini éste era “un liberalismo de nuevo cuño”: “anárquico sistema, que termina por dividir nuestras fuerzas y sembrar la discordia entre los hijos del mismo padre, entre los miembros de la misma familia; bárbaro sistema, que no rehuye entristecer espíritus inmortales, que mata todo germen de caridad en el corazón de muchos”. (Católicos de nombre y católicos de hecho, Piacenza 1887, pág. 19).

El verdadero amor por Cristo, por la Iglesia y por el Papa, no podía más que “apartar el espíritu de particularidad y de contienda, las tendencias exclusivas y egoístas”.

“La caridad sea nuestro distintivo, el arma de nuestro combate [...]. Ni el fuego, ni el vigor, ni el afecto que provienen de un alma enamorada de Cristo, de la Iglesia y de su Cabeza tienen nada que hacer con las exageraciones, las ampulósidades, las injurias [...]. No digan después, como aquellos, a los que aún desde los primeros tiempos reprochaba el Apóstol: yo soy de Pablo y yo de Apolo y yo de Cefas, mientras somos todos de Cristo” (Sobre el opúsculo: La Carta del Exmo. Card. Pitra, Piacenza 1885, pág. 18).

“La verdadera Iglesia de Jesucristo”, que por la Palabra de Dios es definida la viña, el campo, la barca, el redil, la casa, la ciudad, el reino de Dios y el cuerpo de Cristo, “debe llevar en la frente esplendorosa de vivísima luz la nota de la unidad” (El Concilio Vaticano, Como 1873, pág. 119).

Un hombre como Scalabrini, que amaba la verdad y apreciaba por sobre todas las cosas la caridad, no podía no tener este apasionado anhelo de la unidad. Sabía que es difícil, porque somos humanos. Lo aprendió a sus expensas: cuando era joven, veía las cosas de Iglesia todas color de rosa, todas hermosas, todas santas, perfectas. Luego se dio cuenta que la realidad era diferente, sin embargo no renunció a perseguir el ideal sufriendo y luchando para que se convirtiese en realidad.

“La experiencia del mundo, querido hermano, me ha hecho cambiar de opinión sobre muchas cosas y tengo nostalgia de esos días en los cuales mi alma, llena de ardor, veía a la Iglesia toda perfecta y todo lo que le pertenece de color de rosa. Empero han venido los cambios y ellos también tienen su porqué. Me despegan todavía más de las cosas de este mundo y me hacen inclinarse hacia aquel programa, que yo le proponía un día” (Carta a Bonomelli, 23.5.1883).

“El ideal que yo tenía de la Iglesia, en sus regiones más elevadas, era hermoso, sublime, casi celestial. Me lo representaba todo amor por la verdad, por la justicia, todo celo, toda santidad: no soñaba siquiera una debilidad. ¡Qué desengaño ver desvanecer este ideal en su mayor parte! ¡Ahora comprendo lo que debieron sufrir S. Pedro Damiani, S. Bernardo, S. Carlos, etc. en esos tiempos mucho más difíciles que los nuestros!” (Ídem, 25.5.1883).

La reacción por la desilusión, sin embargo, no fue el pesimismo, el derrotismo, la contestación amarga, la revuelta y tampoco el desengaño, el abandono de la lucha, la retirada.

“La Iglesia parece convertida en una verdadera babel... Es necesario absolutamente mirar hacia el cielo, sufrir y callar. Si tu scis tacere et pati statim et procul dubio videbis super te auxilium Domini [Si tú sabes callar y sufrir, al instante y sin duda alguna experimentarás sobre tí la ayuda del Señor]. Es una gran máxima, llena de sabiduría práctica” (Ídem, 6.5.1891).

Sufrir, callar, adorar: es el compendio de la espiritualidad de Rosmini, como de Rosmini es otra máxima querida por Scalabrini, que la recuerda en uno de los momentos más cruciales, o sea cuando, después de haber escrito el opúsculo *Intransigentes y Transigentes* en pleno acuerdo con León XIII, fue abandonado por el Papa a la ira de los adversarios (“se hace a corazón abierto y por el solo amor del bien lo que se permite o se aconseja hacer, y luego no sólo se abandonan los primeros centinelas avanzados, sino que se unen a los enemigos para golpearlos y aplastarlos, si fuese posible, y ¡buenas noches!” [Carta a P. M. Schiaffino, 21.1.1887. AGS 3020/4]):

“Creo que contiene una gran sabiduría la siguiente máxima: Quedarse en perfecta tranquilidad acerca de todo lo que ocurre por disposición divina no sólo con respecto a sí mismo, sino también con respecto a la Iglesia, actuando en favor de ella tras el llamado divino” (Carta a Bonomelli, enero 1886).

La reacción, no obstante, los sufrimientos, era positiva: trabajar, a pesar de todo continuar trabajando por la Iglesia según la propia vocación, haciendo la propia parte, y dejar el resultado en las manos de Dios. ¿Pero cuánto le costaba esta conformidad con la voluntad divina, que por las apariencias parecía la de un resignado y de un derrotado que tira las armas?

Le costó la expoliación de sí mismo, la conformación a la kénosis de Cristo, el precio que se debe pagar por el ansia pura y desinteresada de la purificación, que pasa a través de la cruz-resurrección. Olvidándose de sí mismo, encontró la fuerza para luchar hasta el fin, con frecuencia

en contra de la corriente, en la claridad y en la pureza, con el coraje de la fortaleza cristiana. Llegó al punto de llevar no sólo la cruz impuesta por los enemigos de la Iglesia y por los adversarios ideológicos, sino también aquella que nace de la tensión propia en la fase terrenal del peregrinaje, del gemido de la gestación. Trabajar para la Iglesia, sentirse siempre Iglesia, venciendo toda tentación de desaliento y de renuncia o de abdicación a su propia responsabilidad es verdadera y profunda espiritualidad, y se convierte para el obispo Scalabrini en el lugar donde juega su propia perfección cristiana.

El sentía vivamente la experiencia de la salvación, de la pertenencia a un pueblo de salvados, de “santos” y en lo más profundo del corazón esa certeza le procuraba una paz imperturbable, la de la fe viva y vivida. Pero al mismo tiempo sufría en su carne -hasta enfermarse- y en su espíritu la experiencia de un camino de conversión y de santificación que había emprendido, no tanto por su cuenta, cuanto con toda la Iglesia, para alcanzar o por lo menos acercarse al ideal. Aceptaba a sabiendas vivir en su propia piel la tensión entre Iglesia y Reino, entre santidad y purificación, entre unidad y división.

“Si después de este esfuerzo gigantesco por poner nuevamente en boga las cuestiones religiosas, políticas, filosóficas, ya que quiero ocuparme de todas con el S. Padre, en sus justos límites, no se logra nada, lo que es probable, entonces, llorando los males de la Iglesia, me dedicaré enteramente a la oración y al ejercicio del sagrado ministerio, haciendo sólo lo que estime oportuno para el bien de las almas y no preocupándome de otra cosa sino prepararme para la muerte, combatiendo con fuerza los conocidos enemigos de la paz, de la caridad, de la Religión” (Carta a Bonomelli, 19.09.1882).

Cuando escribía estas líneas tenía 43 años, sin embargo el mismo pensamiento estará presente en 1897, a los 58 años, en un análisis que es también una autocrítica y al mismo tiempo una previsión de la época modernista:

“El período que estamos atravesando es más triste de lo que parece. En el clero fermenta algo maligno, todavía no bien determinado, y por ahora son solamente los más audaces quienes se van manifestando con explosiones de delitos inauditos [insinúa especialmente, creemos, a Miraglia y a algún otro sacerdote que lo había seguido en el cisma].

Quizás también nosotros los Obispos hemos restringido demasiado la libertad individual y ya la disciplina pildorizada ha perdido ese no sé qué de grandeza austera que tenía en otra época y por lo tanto ese prestigio que ejercía sobre las almas: quizás se quisieron todos óptimos y lo óptimo es enemigo del bien: todos perfectos y todos no tienen los dones para serlo.

La Filosofía, después, la acción católica y social, que también tienen tanto valor, han servido a unos de protección, a otros de defensa y a varios de exaltación, etc. etc. Son cuestiones graves acerca de las cuales se podría escribir un libro y en las que yo pienso con frecuencia en el gobierno de la Diócesis. Pero lamentablemente aquellos que deberían proveer, no han aprendido nada, olvidado nada, perdonado nada. ¡Dios nos ampare!. Es propiamente el tiempo de rezar y de estar preparados para todo.

En cuanto a mí me he propuesto pensar solamente en mi diócesis, en las Misiones, en los amigos, que merman en número cada día y ni me preocupo por encontrar nuevos. ¡Si pudiese santificarme! ¡Hacerme santo! hoc est omnis homo [aquí está todo el hombre]. Afortunado usted que siempre lo ha sido; yo intento lograrlo, pero temo no poder llegar, ni siquiera con el tren de carga" (Idem, 24.1.1897).

Sin embargo no era pesimismo, más bien realismo y contemporáneamente ratificación del empeño para responder al llamado de Dios con un compromiso total de sí mismo: "El laudator temporis acti [El elogiador del tiempo pasado] se verifica siempre en el hombre con todas sus consecuencias. Empero el mundo casi siempre ha sido así y la vida del Obispo también. Por lo tanto, mantengamos serena la mente y tranquilo el corazón. Un poco de ascética y de aquella fina, es la panacea para todos los humores negros" (ivi).

3) Experimentar a la Iglesia como su propia familia.

De cualquier modo, contra la tentación del pesimismo o de la desconfianza se defendió siempre con el sentido de comunidad y de pertenencia a la Iglesia.

"Queridos hijos, que les quede siempre fija en la mente la gran sentencia del mártir San Cipriano: No puede tener a Dios como Padre, quien no tiene a la Iglesia como madre.

Y nuestra madre es de verdad la Iglesia. Esta no es una frase oratoria; es una doctrina estrictamente dogmática.

Como en el orden natural entre nosotros y Dios creador están los padres y está la serie de nuestros progenitores, por quienes nos unimos al primer hombre Adán, así entre nosotros y Jesucristo, en el orden sobrenatural de la fe y de la gracia, hay una madre que es virgen, y es justamente la Iglesia. Ella, por la serie no interrumpida de las generaciones espirituales se remonta a los Apóstoles y a Jesucristo. Como la onda de la vida natural se expande desde Dios en todo lo creado por la obra necesaria de los progenitores según la carne, así la onda de la vida sobrenatural y divina se expande desde Cristo en todos los creyentes por la obra igualmente necesaria de la Iglesia, que es Su Esposa, y por lo tanto nuestra Madre, destinada a alimentarnos con la leche de sus doctrinas, a criarnos en la vida espiritual de la gracia, a enriquecernos con todos los tesoros del Cielo, a conducirnos a la edad perfecta de Cristo" (ivi, pág. 25-27).

"La Iglesia, dice el Apóstol, es el cuerpo de Jesucristo. Ahora bien, los miembros de un cuerpo están unidos entre ellos por un intercambio continuo de muchos servicios. Un miembro sostiene y ayuda al otro, y todos juntos participan de los mismos bienes [...].

La Iglesia es una familia. Todos los miembros de una familia están unidos entre ellos en forma semejante. El más débil se apoya en el más fuerte y el más fuerte protege al más débil. El nombre, la fortuna, la salud de uno se derraman sobre todos y forman como una reserva común [...]. Cuando un miembro de la familia sufre, todos los demás sufren con él; cuando uno se alegra, todos los demás se alegran con él. Así la familia humana es como el cuerpo humano, un intercambio de servicios y de funciones recíprocas, en mutua conexión de amor" (Homilía de Todos los Santos, 1897. AGS 3016/8).

El encuentro de todos los hombres en esta familia de Dios -voto que Scalabrini expresa muy seguido, también al reflexionar sobre la emigración- comienza desde esta tierra, en un lugar y en un tiempo, que son los confines concretos de la ciudad de Dios, la Iglesia, durante su peregrinaje terrenal. Solamente aceptando "permanecer cada uno en su lugar", o sea en el "obrar en favor de la Iglesia tras el propio llamado", se puede realizar su propia personalidad en todas las dimensiones y potencialidades que le han sido ofrecidas por la creación y por la redención.

Es la Iglesia quien realiza nuestra vocación de comunidad y de comunión. Una comunidad impone siempre vínculos, pero ellos son "liberadores", justamente porque nos consienten la auténtica realización personal. Scalabrini nos advierte que es ilusorio imaginar la unidad en el

Espíritu sin la unidad del cuerpo. Lo recordaba también a sus misioneros en términos muy concretos:

“A su llamado ustedes, queridos hijos, han respondido; han ido, han hecho mucho bien; mas no basta, repito; es necesario que este bien sea duradero: *ut fructum afferatis et fructus vester maneat* [para que den fruto y vuestro fruto permanezca]. ¿Qué se requiere para que el sarmiento dé frutos? Que se mantenga unido a la vid. Ahora bien la vid es Jesús y los sarmientos, queridos hijos, son ustedes [...]. Por lo tanto, mientras permanezcan en El, se sentirán llenos de energía sobrehumana y el fruto que obtengan será abundante y duradero. En cambio separados de El se sentirán como cuerpo sin alma, estériles de toda obra buena; serán como ramas, no aptas para otra cosa que para ser tiradas al fuego: *sine me nihil potestis facere* [sin mí nada pueden hacer]. Por lo tanto unión, queridos hermanos e hijos, unión con Jesucristo ante todo [...]. Fruto de esa unión será después la unión entre ustedes mismos, esa unión que Jesucristo tan fervientemente invocaba para sus discípulos y que es tan necesaria. Ninguna clase de hombres, por más rica en fuerzas individuales, si no se sujeta a la gran ley de la unidad, nunca podrá hacer cosas grandes, y mucho menos lo podrán hacer los Misioneros, quienes, operando sobre las almas como simples instrumentos de Jesucristo, obtendrán toda su eficacia de este soberano principio que los inspira. Mis queridos hijos, por eso les insto, les suplico, por el amor de Jesucristo y por el bien de nuestros hermanos, no disgregar vuestras fuerzas empleándolas cada uno por su cuenta y sin otra guía que la propia voluntad, sino de mantenerse todos unidos y como una sola cosa: *ut sint unum*. Unidos con el pensamiento, los afectos y las aspiraciones, como están unidos por una misma finalidad [...]. ¿Y cómo lo pueden lograr? Con toda humildad y mansedumbre y apoyándose uno con otro [...].

Cada uno sea calmo y tolerante en el cumplimiento de sus deberes, cada uno compadezca los defectos del otro, cada uno empéñese por conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz. Paz, mis queridos hijos, no solamente entre ustedes, sino también con los hermanos de ministerio.

Por condición de las circunstancias ustedes deberán con frecuencia tomar contacto con sacerdotes y misioneros de diferentes nacionalidades, deberán beneficiarse con su experiencia. Usen hacia ellos la máxima deferencia, ámenlos de corazón, respétenlos siempre. Paz en casa y fuera de casa, paz con todos” (A los Misioneros para los italianos en las Américas, Piacenza 1892, págs. 4-6).

De igual modo concretamente agregaba:

“La paz no es posible sin orden, y no puede darse ningún orden sin regla. Y ustedes, hermanos e hijos míos, tienen sus reglas aprobadas por la Sede Apostólica. Sean exactos al observarlas hasta el escrúpulo [...]. La obediencia a los legítimos superiores sea vuestro distintivo. Ante todo obediencia a los Venerables Pastores de las diócesis americanas [...]. Recuerden, queridos hijos, que ejercen el sagrado ministerio en el campo reservado a su inmediata jurisdicción, y solamente ellos son los jueces ordinarios y legítimos de las obras que se refieren al bien espiritual de los fieles encomendados y también del tiempo y modo más oportuno para llevarlos a cabo. Por lo tanto, cuídense de iniciar cosa alguna sin el beneplácito de Aquél a quien el Espíritu Santo puso a dirigir la Diócesis en la que se encuentran. Humildes y devotos reconozcan en él a su padre, aquel que debe pedir sobre sus esfuerzos las bendiciones de Dios, y como tal circúndelo del amor más reverente y del respeto más afectuoso” (ivi, págs. 6-8).

Otra condición de la paz, le hemos escuchado decir, es “permanecer en su propio puesto”:

“Entonces sólo hay paz entre los hombres, escribe San Agustín, cuando cada uno permanece fielmente en el puesto a él asignado por la Providencia divina: Pax est in hoc, quod omnes teneat loca sua [La paz consiste en esto, en que todos ocupen su lugar]. Por lo tanto, quien entre ustedes está destinado a mandar, cumpla con firmeza y al mismo tiempo con modestia su oficio; quien debe obedecer, obedezca, dice San Bernardo, libenter, simpliciter, velociter, indesinenter [de buena gana, sencillamente, velozmente, sin cesar]” (ivi, pág. 7).

Y explica la razón que se refiere justamente a la dimensión teológica y a la estructura espiritual de la Iglesia, cuerpo de Cristo, diciendo que “los sacerdotes verdaderamente sacerdotes” “saben que las gracias de estado se detienen en los límites de la función y que no hay ni luces ni fuerza sino para la parte del ministerio a ellos asignado. Ellos saben permanecer en su puesto, no se arrogan ningún derecho que no les corresponda, no pretenden juzgar al conjunto, ya que conocen solamente una parte de las cosas, y limitándose al deber que se les ha asignado, lo cumplen con fruto [...]. Son ellos, son los buenos sacerdotes, que por su espíritu de sumisión, construyen y refuerzan este gran cuerpo de la Iglesia, porque la obediencia mantiene la jerarquía, como la jerarquía produce la unión,

como la unión hace la fuerza" (Obediencia, unión, disciplina. Bosquejo para una Carta colectiva del episcopado emiliano. AGS 3018/20).

Son indicaciones estas que parecerían hacer pensar en una concepción de la Iglesia como *ecclesia juris* [Iglesia jurisdiccional] más que como *ecclesia charitatis* [Iglesia de la caridad]: son en cambio expresiones de esa ansia de unidad, por cuya edificación Scalabrini trabajó y sufrió durante toda la vida, sacrificando el amor propio, el tiempo, la salud, los intereses personales.

"No son alabanzas las que yo ambiciono, no es mi mezquino yo lo que busco [...]. ¿Si no fuese así, por qué sufriría yo tanto frente a los presentes desórdenes? Yo sufro al ver a la Iglesia esclava de un partido que tanto la deshonra; sufro al ver tantas conciencias perturbadas, tantas nobles inteligencias envilecidas. Sufro al ver perpetuada una contienda que tanto daño acarrea a la Religión y tengo confianza de que Dios me atribuirá méritos si en la pequeña medida de mis fuerzas he contribuido a ponerle fin" (Carta a L. Jacobini, 16.7.1886). Archivo secreto del Vaticano, León XIII Miscelánea, IX, A).

De la unidad de la Iglesia tenía un concepto bien claro: no la confundía con la uniformidad, con la rigidez del centralismo, con la sofocación de las legítimas variedades y diversidades, con el autoritarismo intolerante de la libertad, que es propia de los hijos de Dios. La unidad es caridad:

"Los cristianos no forman verdaderamente la casa de Dios sino cuando están estrechamente unidos por los vínculos de la caridad [...]. La caridad dona al corazón humano la solidez y la elasticidad llenándolo de fuerza, de compasión y de misericordia" (Discurso para la inauguración del Templo del Carmen en Piacenza, 17.2.1884. AGS 3018/2).

"Solidez y elasticidad": son los contrapesos seguros que le permiten navegar en la tempestad de las polémicas con firmeza y lucidez, con "fuerza, compasión y misericordia". Fuerza en la ortodoxia y en la obediencia, fortaleza contra la culpa y el desorden, compasión y misericordia hacia los hombres, también hacia aquellos que lo hacían sufrir personalmente. Así supo conciliar la firmeza de sus ideas con el respeto por las ideas de los demás, mientras permanecían en el espacio de libertad permitido por la Iglesia, espacio que para él era mucho más

amplio que el circunscrito por la intransigencia y por el fanatismo de quien se demostraba más papista que el Papa.

“La Iglesia está amenazada por una gran desventura: los partidos extremistas, intolerantes, son su plaga más cruel. Yo rezo todos los días y me impongo cosas especiales, con el fin de implorar a Dios, que suscite otro Francisco de Sales, que sepa poner fin a esta malaventurada cuestión filosófica, como ese Santo puso fin a la fogosa cuestión de auxilii. Yo cuento entre mis sacerdotes a más de 200, que estudiaron a Rosmini; mi preocupación, justamente en previsión de una condena, en estos años fue de conquistar sus voluntades, y, dejándoles esa honesta libertad que les consiente la Iglesia, prepararlos para la sumisión, cuando el Papa debiese decidir. Con la ayuda de Dios, creo haberlo logrado” (Carta a Bonomelli, 28.3.1882).

Semejante búsqueda de la unión y esa ansia de caridad, que son fruto de oración y de penitencia, son verdaderamente el alma de la espiritualidad eclesial de Scalabrini y el resorte de su incansable actividad para la edificación de la Iglesia en la verdad y en la caridad.

“Madre desconsolada, ella con frecuencia tiene motivos para quejarse de sus hijos, que la oprimen y le laceran el seno: pero institución viva y universal en los órdenes del espacio y del tiempo, encuentra también en sí misma los medios oportunos para proveer eficazmente a la salvación de los suyos en cualquier novedad o rareza de eventos humanos [...]. Un vínculo maravilloso enlaza todas sus partes, y este vínculo es la caridad ¡Ay de quién lo desprecia! Ella ama, he aquí toda su vida. Hecha para el hombre, ella penetra en todas las instituciones, endereza y bendice todos los progresos, compadece y corrige todos los errores, dispone la enmienda, glorifica el retorno a Dios [...].

Acontece con la sociedad lo que sucede con el individuo, y tanto para una como para el otro es necesario el mismo método de curación, no áspero, sino benigno, paciente, afectuoso. Sin duda, cuando las circunstancias lo exigen, es menester desplegar una firmeza apostólica, y no traicionar absolutamente la verdad, aunque en ello se pierda la vida; mas, somos todos hijos de la Iglesia Católica, y esta Iglesia [...], también cuando hace oír palabras de libre defensa, no olvida la divina suavidad de su Esposo celestial, y conserva siempre intacta la virtud de la mansedumbre” (Católicos de nombre y católicos de hecho, Piacenza 1887, págs. 24-26).

Mons. Scalabrini fue el campeón de la indisolubilidad de este trinomio: verdad-caridad-unidad. En él inspiró vida y acción, palabra

y ejemplo, convencido que sólo en la plenitud y en la conciliación de los tres elementos nace, crece y persevera la gran familia cristiana y se edifica el cuerpo de Cristo, en forma tal de convertirse en “comunidad de los santos”, o sea “la superación de las divisiones, la demolición de los muros de separación, el antibabel, la fraternidad nueva y universal..., una comunión de amor..., la comunicación de uno a otro de la experiencia de Cristo” (S. Dianich).

“Si, principalmente, de la cabeza deriva la vida de los miembros, no hay por qué creer que los miembros sean extraños a esa vida. Ya que dice el Apóstol: Dios conformó el cuerpo de tal manera que los miembros deban tener mutuos cuidados unos con los otros [...] para que la abundancia de los unos supla la indigencia de los otros [...]. Ahora bien, si esa es la condición natural del cuerpo del hombre, del cuerpo de la familia, del cuerpo de la ciudad, ¿eso no deberá verificarse también en la Iglesia, que es el cuerpo de Jesucristo, la familia de los elegidos, la ciudad de Dios?

Demos una mirada al innumerable ejército de santos que pasaron por la tierra y hoy triunfan en el Cielo. Cuántos sufrimientos, cuántas oraciones y cuántos sacrificios, que van a desembocar, como tantos arroyos, en el mar infinito de los méritos de Jesucristo, que forman justamente el tesoro de la Iglesia.

Yo veo en este tesoro no sólo los superabundantes méritos satisfactorios e impetrativos de Cristo, sino también de la Virgen y de los Santos: veo la sangre de los mártires, la austeridad de los anacoretas, el celo de los Apóstoles, la fe de los Confesores, las palmas de las Vírgenes; vuestras mismas obras buenas, las oraciones que hoy han elevado a Dios junto con su Obispo están allá. En virtud de la Comunión de los Santos nuestra oración sale de este templo, vuela sobre las alas de los Ángeles, atraviesa los Océanos, va directo al corazón de nuestros hermanos lejanos, de nuestros hermanos impenitentes, de nuestros hermanos separados. Ella les lleva el bálsamo del consuelo, la gracia del remordimiento, el don de la perseverancia. La Comunión de los Santos se extiende por doquier. Para ella no hay límites ni de tiempo ni de espacio” (Homilía de Todos los Santos, 1897. AGS 3016/8).

La Iglesia, por lo tanto, no es solamente la “sociedad perfecta”, ni solamente una sociedad visible jerárquicamente construida, sino que es el cuerpo místico de Cristo, es la Comunión de los Santos, es la esposa de Cristo, y por lo tanto nuestra madre:

“He aquí la Iglesia, he aquí nuestra Madre, el don más precioso que nos ha hecho Jesucristo [...]; he aquí la Iglesia nuestra Madre, su obra más grande, precio de su sangre, cuerpo místico de El que es su Cabeza, asociada a El en la manera más íntima, santificada con su mismo espíritu, por El tiernamente amada, destinada a reinar eternamente con El y constituida en la tierra en intérprete de su voluntad, depositaria de sus doctrinas, distribuidora de sus gracias, único puerto y muy segura guía de salud, constituida por Cristo Señor Madre universal, y amándola, debemos apresurar el triunfo con una santa laboriosidad.

Las pruebas del amor no son las palabras, sino las obras, y por las obras se conocen los verdaderos hijos de la Iglesia. Ellos, según el decir de San Agustín, gozan y se alegran por las ventajas de esta madre suya, y, según sus condiciones y sus fuerzas, concurren voluntariosos con la voz y con los hechos a ampliar los confines, a acrecentar el número de los seguidores, a publicar las glorias, a favorecer los triunfos. El decoro de los sagrados templos, de las funciones sagradas, el apego filial al Maestro infalible de verdad, al propio Obispo y Pastor, a todos los Ministros de la Religión, las costumbres, las leyes, la instrucción catequística, son todos objetos sumamente queridos por el corazón de los verdaderos hijos de la Iglesia. Ellos, continúa S. Agustín, gimen y se entristecen por sus males y llenos de celo se empeñan por defenderla de los ataques de tantos enemigos que la combaten, por apartar de la perversión tantos hijos suyos que le querían arrancar pérfidamente de su seno, de actuar como muro de contención a la marea de desórdenes y escándalos que la desfiguran y la amenazan” (Homilía de Epifanía, 1877. AGS 3016/3).

Scalabrini no definió claramente el lugar de los laicos y la especificidad de su misión en la Iglesia, si bien a ellos confió una tarea esencial en la evangelización, con el apostolado catequístico: insistió mucho sobre el deber que todos los fieles, no sólo el clero, tienen de trabajar por su defensa y por su edificación:

“Ciertamente no perecerá la Iglesia por las presentes batallas, como no ha perecido por esas mucho más formidables de 18 siglos, pero, sería desconocer la economía de la Providencia divina el abstenerse de cooperar para su triunfo. Sin duda nosotros estamos en las manos de Dios, mas no para permanecer inoperantes. De El viene la salud, no nos faltará seguramente, siempre que no falte nuestra obra. El puede hacer todo por nosotros y sin nosotros, mas todo lo quiere hacer con nosotros. En otros términos: debemos persuadirnos que la restauración de la sociedad es deber de todos y que son necesarios para ello más hechos que palabras. Es necesario hacer y dar ánimo y ayuda a quien trabaja

[...]. No sirve hacerse ilusiones: un catolicismo especulativo y neutral, una religiosa neutralidad, mientras en el seno de la sociedad se agitan y se debaten las cuestiones más vitales, es un absurdo, más aún, una especie de traición. Entre el ocultar la fe y el perderla hay un solo paso" (Unión, acción, oración, Piacenza 1890, págs. 4-6).

Empero no se puede actuar y sufrir por la Iglesia si no se la ama, si no se siente por ella una verdadera "pasión". Amor y pasión que se demuestran con los hechos, sin embargo necesariamente, ex abundancia cordis [desde la abundancia del corazón], se expresan también en las palabras verdaderamente amorosas y apasionadas con las que Scalabrini saluda a la Iglesia:

"¡Oh salve, una, santa, católica y apostólica Iglesia! ¡Qué dulce es reposar la mente, cansada y perdida entre tantos extravíos humanos, en la contemplación de tus grandezas! ¡Bendito aquél que te desposaba en su propia sangre y bendito el día que me llamaste hijo tuyo! ¡Bendito el Bautismo que me abrió las puertas de tus Tabernáculos! ¡Bendito el crisma que me ungió tu soldado y ministro! ¡Ni las tribulaciones, ni los tormentos, ni el mundo, ni el infierno, ni la misma muerte, no, no podrán nunca separarme de ti, mi refugio, mi defensa, mi vida!. Cuando yo miro mis pecados, mis miserias, me perturbo y tiemblo; mas cuando pienso que yo soy tu hijo y contemplo con los ojos de la fe tus incommensurables riquezas, en las cuales, como hijo tuyo, puedo sacar libremente, se disipa todo temor, el corazón se me agranda, levanto confiado la frente y rebozante de gozo exclamo: creo en la Santa Iglesia Católica" (Homilía de Pentecostés, 1898. AGS 3016/6).

"¡Oh Iglesia Santa, Iglesia de Cristo! ¡Son tan bellas tus tiendas, son tan ricos tus pabellones! ¡Tú, luz de las gentes! Tú, nuestra libertad, nuestra salud, nuestra paz, nuestra alegría hasta los confines de la tierra. ¡Una, santa, católica, apostólica, romana Iglesia, salve! Se paralice mi diestra, se pegue la lengua a mi paladar, si yo no te recordare, si no te tuviere encima de cada uno de mis pensamientos, si tú no fueres hasta el último suspiro de mi vida el objeto de mis cuidados, de mis esfuerzos. ¡Salve Iglesia de Dios! ¡En ti nosotros hallamos a Jesús!" (Homilía para la Epifanía, 1895. AGS 3016/3).

PARTE III :

"HOMBRE ESPIRITUAL"

A. HOMBRE HUMANO

1) Espiritualidad y humanidad en el pensamiento de Scalabrini.

La visión de fe que guió la vida "interior" y exterior de Scalabrini manaba de la asidua meditación de la Palabra de Dios y de la "conversación" familiar con Cristo en la adoración eucarística. Por la Palabra de Dios él conoció al hombre: a sí mismo y a los demás. Asimilando la Palabra de Dios se convirtió en "hombre espiritual".

La Biblia presenta al hombre como hijo de Dios, diferente de El porque es criatura y condicionado por límites materiales, mas al mismo tiempo llamado a la intimidad con Dios en Cristo. El hombre espiritual es aquél que acepta libremente esta relación con Dios. "Es a El, es a Jesús a quien debemos la gracia y la amistad del Padre, la confianza y la libertad de los hijos de Dios. Es a El, es a Jesús a quien debemos todos los bienes que recibimos de Dios, de naturaleza, de gracia y de gloria" (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1878, Piacenza 1878, pág. 22).

La Biblia ve al mundo como partícipe del destino del hombre, como el lugar concreto en el cual el hombre se realiza en cuanto acepta libremente, en su historia, el libre y gratuito llamado de amor que, en la historia, Dios le dirige. "Jesús es el centro común de la creación; es el anillo precioso que une la obra del Omnipotente con el Creador divino; es la meta de todas las obras y de todos los designios de la Providencia: es la razón suprema, última de todas las intenciones de Dios en la humanidad redimida de la que es la cabeza; es la norma de todos nuestros progresos, ya que es la única luz verdadera, que ilumina a cada hombre, y por lo tanto a la humanidad entera" (ivi, págs. 25-26).

La Biblia ve en el pecado el rechazo del plan de Dios en Cristo. Cristo salva al hombre del pecado porque El es el sentido y el fin de la existencia misma del hombre, y salva al mundo con la redención. El

pecado se verifica en la historia. La Biblia afirma la “historicidad” del pecado: revela la relación de las virtudes y de cada pecado personal con una historia humana de pecado y de salvación, revelando la solidaridad de los hombres en el bien y en el mal, la relación entre los diferentes momentos de la historia, el momento inicial, de la creación y de la desobediencia, y el momento central, de la redención. “Quiso con su muerte hacernos resurgir a una vida nueva [...], comunicándonos su mismo espíritu, de modo que unidos a El, y hechos casi una cosa con El, de esclavos del demonio que éramos, nos volviésemos por adopción hijos de Dios, sus hermanos y coherederos del cielo” (ivi, pág. 13).

La Biblia ve al Señor como Señor de la historia, que El “domina” con un plan salvífico de misericordia, “encarnado” en Cristo, nacido de la Virgen María, muerto bajo Poncio Pilato, resucitado al tercer día. Como hombre Cristo es diferente de Dios, mas la Encarnación, por obra del Espíritu Santo, une lo diferente de Dios en modo perfecto y ejemplar. El hombre ejemplar es Cristo. Siendo una sola cosa con el Padre, tiene el poder de comunicar el Espíritu a todos los hombres haciéndolos “nuevos”, “espirituales”, unidos en Cristo y en Cristo al Padre por el Espíritu, tanto para convertirse en “hijos en el hijo”, también ellos diferentes de Dios, pero unidos a Dios en el amor. “El es el Alfa y el Omega, el principio y el fin. El es anterior a todos, el primogénito y príncipe de toda criatura. El es el heredero, el centro del mundo visible e invisible, el compendio de los siglos” (ivi, págs. 5-6).

Scalabrini, sin usar términos que fueron incorporados más tarde en nuestro diccionario, comprendió que la antropología se vuelca en la cristología. De esta intuición, que penetra todo su pensamiento, deriva la convicción que la alteridad del hombre y de la historia, aun permaneciendo como tal, es posible conducirla a Dios, como la historia humana de Cristo, “otra” con respecto a Dios, es por Cristo conducida a la comunión con Dios, aun conservando íntegra su alteridad humana.

Es Cristo, por el cual y en vista del cual han sido creadas todas las cosas, principio y fin de lo creado, que opera la reconciliación recapitulando en sí todas las cosas y todos los hombres. Cristo, primicia de la creación perfecta, ha asumido una humanidad ya hecha espíritu, una realidad criatural habilitada para vivir junto a Dios y en Dios. Quien se uniforma y se une a Cristo, se deja transformar en él, vive de

su Espíritu, forma una vida única con Cristo y realiza su vocación de “llamado a ser dios” (S. Gregorio Naz., Epitafio de S. Basilio). Solamente el Verbo humanizado transforma al hombre carnal (*animalis homo*, *psychicós*) en hombre espiritual (*pneumaticós*), no perdiendo ninguno de los tres componentes bíblicos: carne- alma-espíritu.

El hombre espiritual “vive de Jesucristo”. Más aún: “El mismo debe ser nuestra vida y debe vivir en nosotros. Vivir en nosotros con su espíritu, con su gracia, con el sello de sus misterios” (ivi, pág. 27). La docilidad al Espíritu no requiere la negación de la propia realidad corpórea y social, mas hace que toda nuestra existencia, ya sea personal, social y eclesial, esté caracterizada por la caridad, que cada actividad también “terrenal” sea “espiritualizada”, es decir se convierta en expresión de nuestra conformidad con Dios en la conformidad con Cristo y un testimonio de nuestra intimidad con el Padre según el Espíritu de Jesús, que es “el vínculo de unión, el beso de paz entre el cielo y la tierra, entre el hombre y Dios.” (ivi, pág. 21). “Es necesario que el Espíritu Santo habite en mí, me gobierne, me conduzca -sine tuo númine nihil est...[sin tu voluntad nada hay...]- sea el motor secreto de cada una de mis acciones” (“Propósitos”, 19.9.1894. AGS 3027/1).

Según la Biblia, el hombre espiritual es el hombre “justo”. El Sermón de la Montaña nos dice que la justicia del discípulo de Cristo debe ser superior a la de los escribas y de los fariseos. Superior, en cuanto que el discípulo debe evaluar todo no a la luz de la letra de la ley, sino a la de la voluntad del Padre: “Sean perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. Por lo tanto “amen a sus enemigos y rueguen por aquellos que los persiguen”, a imitación del Padre que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos. Los preceptos están reducidos al del amor.

El segundo signo de la justicia es la serenidad, la “beatitud”. Serenidad que libera de la ansiedad, busca la salvación solamente en la palabra de Dios, deposita la confianza sólo en el Padre. El “pacífico” no se sustrae de la seriedad y de la urgencia del compromiso, sino que lo cumple serenamente, “bienaventurado” si es contrariado, insultado y perseguido “por causa de la justicia”, “por Su causa”.

El tercer signo de la justicia es confesar a Cristo no con palabras sino con hechos: escuchar la Palabra y ponerla en práctica. El discípulo es vigilante, comercia todos sus talentos, se compromete en el tiempo presente en espera de la vuelta del Señor, que juzgará sobre el amor.

Hemos percibido ya una característica de la vida de fe de Scalabrini: vivirla con alegría, con entusiasmo, con laboriosidad incansable, con amor hacia todos y hacia todo.

Para él serenidad, paz, felicidad y perfección son sinónimos. En la ascética, aparentemente dura, con la que busca la perfección cristiana, él no hace más que perseguir y alcanzar la felicidad, según el deseo innato de cada hombre. Es éste el camino que él ha elegido para ser “hombre humano”.

“La perfección de nuestro ser: he aquí de lo que depende exactamente nuestra felicidad. Entonces solamente nosotros somos felices de una felicidad verdadera, cuando nuestras facultades han logrado conseguir su fin propio y poseerlo en forma estable, ya que la perfección consiste en que cada ser esté destinado a un fin. Cualquier bien que no pueda elevarnos, ennoblecernos y perfeccionarnos no nos puede satisfacer. La perfección, por lo tanto es la fuente de la verdadera felicidad y la verdadera felicidad, necesariamente supone la perfección. Una es inseparable de la otra” (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1881, Piacenza 1881, págs. 7-8).

“¡Elevarme, ennoblecerme, purificarme, divinizarme!”: ésta era la finalidad del esfuerzo ascético de Scalabrini (“Propósitos”, 24.8.1894. AGS 3027/1). Sólo la fe “realiza nuestras facultades, satisface todas nuestras necesidades, en una palabra, nos ennoblece y nos perfecciona”.

“Una mirada ante todo a la primera de nuestras facultades, la inteligencia. Ella, en el orden actual de providencia, está hecha de tal forma para la verdad infinita, que sólo la verdad de Dios la puede satisfacer enteramente; así como el corazón humano está hecho de tal manera para el bien infinito, que sólo la caridad de Dios puede saciarlo enteramente. Den a la mente todos los conocimientos meramente humanos, ella no estará nunca satisfecha, porque está formada para la verdad increada; así como todos los bienes de la tierra no podrán nunca hacer la felicidad del corazón, que está hecho para el bien increado. Ahora bien, la plena verdad de Dios, que en el cielo se comprende por la beatífica visión, en la tierra no es comunicada sino por la fe, así como la caridad de Dios se difunde en el corazón por la comunicación de la gracia” (Carta Pastoral por la Santa Cuaresma de 1881, Piacenza 1881, págs. 8-9).

Sin la fe, “la inteligencia humana no alcanza su finalidad, no abraza su objeto, y por lo tanto está en agitación, en desorden, en guerra consigo

misma" (ivi. pág. 9): no está en la serenidad, en la paz. No está tampoco libre, porque fuera de la fe, existe "libertad sí, pero ¿qué libertad? La libertad de la duda, que es una enfermedad desgarradora; la libertad del error, que es siempre vituperio y esclavitud" (ivi. pág. 11). En la fe, en cambio, se encuentra "el descanso, el gozo, la felicidad de nuestra mente que tiene el deseo innato de saber todo, de conocer todo" (ivi, pág. 14).

Para Scalabrini no existía el conflicto entre la fe y la razón que perturbaba a tantos contemporáneos suyos: "hijas del mismo Padre celestial, la razón y la fe, son dos arroyuelos de la única Verdad, son dos rayos de la misma Luz, son como dos hermanas que dándose la mano en el viaje de este mundo tenebroso, se unen recíprocamente y se socorren en una alianza indisoluble y perfecta." (ivi, pág. 15).

Scalabrini apela, incluso, a la psicología humana. El hombre no puede vivir sin creer, sin una fe, aun solamente humana. "El mundo está lleno de misterios, la ciencia está llena de misterios y la Religión que en todas partes nos une a Dios, la Religión que es Dios mismo, que habla y actúa en la humanidad, ¿no debería tener misterios?" (ivi, págs. 16-17). Y cita a "su" San Cirilo de Jerusalén "Si el agricultor no tuviese fe en el fruto futuro que no se ve y está lejano", ¿se sometería a tantos esfuerzos? "Y sin embargo él hace todo esto porque cree, porque el que cree espera, y el que espera ama" (ivi, pág. 18). Scalabrini integra con seguridad la fe humana con la fe divina, sobrenatural, por lo cual bien se puede decir de él que hizo todo lo que hizo porque creía, y esperaba lo que creía, y amaba lo que esperaba.

No se trataba de una "fe ciega", porque hemos visto cómo Scalabrini fue uno que "busca las razones de su creencia, interroga todos los tiempos y todos los lugares, acerca el pasado con el presente, observa los acontecimientos" (ivi, pág. 21) y de esta forma descubre el designio de Dios, y "frente a semejante espectáculo la admiración, el amor, el respeto, la ternura, la alegría se suceden en el alma del cristiano" (ivi pág. 22).

"Mas el descanso, el gozo y la felicidad" que la fe proporciona a la inteligencia, "no es nada, se puede decir, ante el descanso, el gozo y la felicidad que ella proporciona a su corazón":

"Creado por Dios para Dios, no puede el corazón del hombre ser perfecto más que en Dios y con Dios, y como la perfección es el estado

natural, es el fin al que tienden todos los seres, así el corazón humano tiene una inclinación innata, necesaria, indestructible de unirse a Dios, de saciarse en Dios y de identificarse con El: fecisti nos, Domine, ad te; et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te [Señor, nos has creado para tí; y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en tí] [...]. Y un hombre que tiene consigo a Dios, ¿qué no tiene? Quid non habet si Deum habet? Ipse est pax nostra [Qué no posee si tiene a Dios? El mismo es nuestra paz]. Tiene sobre todo la paz, o sea ese reposo de los afectos, esa calma del corazón tan suave, tan dulce, tan inefable, que supera, al decir del Apóstol, todo sentido de dulzura terrenal: pax Dei quae exuperat omnem sensum [la paz de Dios que supera todo sentido]. Este gozo del alma peregrinante, este estado de tranquilidad lleno de confianza, este descanso lleno de alivio, esta armonía llena de suavidad, esta paz llena de amor, es en verdad el más hermoso ensayo, la más verdadera imagen de la beatitud celestial, ya que, según la profunda sentencia de Agustín, en la paz está depositada la beatitud.

Y ¿por qué cosa del mundo podría ser perturbada esta paz del verdadero cristiano? No, por la búsqueda de bienes temporales, que él no desea, no, por la de bienes espirituales que él no envidia, no, por las calumnias que el desprecia, no, por las ofensas que él perdona, no, por los intereses que él sacrifica, no, por las exigencias que él reprime, no, por las pasiones que él combate. ¡Oh, paz del alma, que el mundo siempre promete, y nunca puede dar! ¡Oh, paz del alma, verdadero tesoro, consuelo y delicia para quien la posee! Oh, paz del alma, que comenzando en la inteligencia por la fe a la palabra divina, desciende al corazón por la posesión de la divina caridad..." (ivi, págs. 23-27).

Encontramos aquí muchos elementos que hicieron a Scalabrini "hombre espiritual": la fe de la inteligencia, la fe del corazón, la práctica de la caridad, que implica el desinterés, el rechazo de la envidia, el perdón, el sacrificio de sí mismo, la "lucha espiritual", con la que el cristiano conquista la paz y la "beatitud", sin renunciar a ninguno de los impulsos más profundos que constituyen la naturaleza humana:

"Sonrisa de Dios es su corazón, siempre lleno con los gozos más puros, también cuando él está obligado a combatir contra el mundo y contra los instintos de la naturaleza corrupta. Es éste el enigma que, según el Apóstol, el hombre carnal no llega a comprender. Pero, ¿quizás hay que asombrarse? ¡Ah, ignora éste las arcanas dulzuras que al hombre justo dejan saborear, después de haber vencido las pasiones! [...] ¡Oh vida del justo, vida verdaderamente envidiable! ¡Vida del justo, vida serena y tranquila! ¡Vida del justo, única y verdadera vida! (ivi, págs. 30-31).

La insistencia de Scalabrini sobre la estrecha conexión entre perfección, felicidad y paz y el encontrar todo en la vida de fe, nos revela su aspecto humano y espiritual más profundo, porque responde a su deseo más radical y lo satisface. Scalabrini se nos muestra un hombre feliz, “bienaventurado” porque es un hombre en paz con Dios y con los hombres, naturalmente en una paz que es interior y no está turbada por las luchas, por los sufrimientos, por las contrariedades, que permanecen en un nivel “exterior”.

“Podemos resignarnos a todo; podemos resignarnos a la privación de los bienes de fortuna, a las enfermedades del cuerpo, a la pérdida de la misma vida, mas no podemos renunciar, si no al gozo, por lo menos a la esperanza de la paz, ya que el deseo de la paz se confunde en nuestro corazón con el deseo de la felicidad; tampoco nuestro intelecto sabría concebir una plena felicidad sin paz. Esa es un don del Cielo [...]. Es inefable para el idioma humano la paz de un alma que posee a Dios” (Homilía de Navidad, 1896. AGS 3016/1).

La ascética del siglo pasado daba algunas veces la impresión de concebir en sentido negativo la mortificación, la renuncia, la penitencia: parecía casi, en algunos casos, que quisiese desencarnar al hombre y hacerlo vivir en un rechazo voluntarístico de la propia naturaleza y le hiciese buscar el gusto de sufrir por sufrir. Scalabrini pone en guardia a sus sacerdotes de esta concepción, contraria al instinto de la felicidad puesto por el mismo Dios en el corazón del hombre: “el corazón del sacerdote no puede tener ni paz ni seguridad, si no deposita en Cristo su felicidad: y sin ésta nadie puede vivir” (3er discurso del 3er Sínodo, 30.08.1899, Synodus Dioecesis Placentina Tertia..., Piacenza 1900, pág. 250). El problema es justamente comprender dónde está el secreto de la felicidad, que Scalabrini encuentra particularmente en Cristo en la Eucaristía: “Este es el lugar en el cual el fiel, en lo secreto de su corazón escucha voces misteriosas y suaves, y del cual, luego, parte con ese santo deseo de volver, con ese santo deseo que siempre lo dirige hacia donde encuentra su bien y donde atesora sus fuerzas sobrenaturales” (La devoción al S.S. Sacramento, Piacenza 1902, págs. 11-12).

“La vida eucarística [...], si bien vida de sacrificio, porque está alimentada por la sangre del Redentor, no es por esto dura y penosa, ya que en la misma no es más el hombre que vive en sí mismo, sino que

es Jesucristo que vive en él; y entonces, también entre las más amargas tribulaciones, se debe exclamar con el apóstol San Pablo: Estoy lleno de alegría, desborde de gozo en toda aflicción, ya que mi vivir es Cristo y el morir una ganancia" (ivi, págs. 36-37).

El discurso de Scalabrini contiene siempre "la reserva escatológica", que está ligada al misterio de la Cruz, este misterio que él continuamente une al misterio de la Eucaristía. El reino de Dios es misterio: no un misterio que se hace, sino que se recibe, que se acoge, en el cual se entra. El advierte que la felicidad y la salvación del hombre no son el resultado de la obra humana, y mucho menos de la obra colectiva de la humanidad. La obra humana es una contribución válida para el advenimiento del Reino solamente si obedece al mandamiento de la caridad. El verdadero progreso, repite Scalabrini, es Jesucristo. Empero, justamente este pensamiento lo hace "encarnacionista". La prueba de esto es su interpretación progresista de la historia, en la cual descubre, "también a través de catástrofes", un gradual acercamiento al Reino de Dios, y por eso una relación fundamental entre la obra humana y el advenimiento del cumplimiento escatológico.

Esta relación fundamental no se verifica solamente en el interior de la persona de Scalabrini, por lo que podríamos considerarlo un hombre en sí mismo completo y plenamente realizado, sino también en su acción exterior, que está constantemente iluminada por la voluntad de "divinizarse". Según el lenguaje de su tiempo él habla siempre de la "salud de las almas", mas es evidente que entiende la salvación del hombre y también la salvación de todos los hombres.

La raíz de la salvación está en la pertenencia a Cristo, el único salvador, en la pertenencia a la Iglesia, cuerpo del que Cristo es la cabeza vital, y en la pertenencia, por medio de la caridad infundida en nuestros corazones por el Espíritu, a toda la humanidad y a todo lo creado. Cristo, como cabeza del cuerpo que es la Iglesia y como cabeza de la creación entera, con su misterio de muerte y de resurrección, ofrece al hombre, que el Señor ha puesto para dominar la tierra, la posibilidad real de derrotar al mal, de abolir la enemistad, de entrar en la plenitud de amor y de vida con los otros hombres, descubiertos en la fe como plenamente hermanos.

Ser hijos de Dios en Cristo, continuadores de su Encarnación y de su misión salvífica, es don de Dios y, al mismo tiempo, cumplimiento

histórico que compromete la libertad y la respuesta del hombre histórico. La “divinización” no es una abstracción y mucho menos una alienación mística, sino una realidad vivida en responder con toda su persona al don gratuito de Dios. El encuentro con Cristo, presente en la Eucaristía y adorado en la Cruz, es encuentro real de personas y transforma al hombre en la nueva criatura, por adopción verdadero hijo de Dios, miembro vivo del cuerpo de Cristo, solidario no sólo con Cristo, sino también con todos los hombres y con toda la creación en la co-heredad de la Resurrección y de su Señorío de la historia. La “salud del alma”, que no es otra cosa que salvarse en Cristo y en El ser hijos de Dios, no destruye ningún componente de la humanidad, como la filiación divina no la ha destruido en Cristo, y no destruye ningún compromiso humano. Más bien el compromiso humano, histórico, terrenal, se convierte en el modo con el que el hombre, liberado y divinizado en el tiempo, realiza, movido por el Espíritu de Cristo, el programa grandioso con el que Dios mismo construye la historia y la eternidad: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”.

La continua tensión para conformarse con la imagen de Cristo y dejarse transformar en El por la Eucaristía, y la misma aspiración de unirse a Cristo Crucificado produce en Scalabrini una espiritualidad de paz y de gozo, signo de una auténtica vocación a participar de la redención del mundo en unión con Cristo. Scalabrini se ha dejado recapitular por Cristo y justamente por esto fue verdaderamente un hombre “humano”.

2) Retrato del hombre J. B. Scalabrini trazado por sus contemporáneos.

Dan testimonio los retratos que hicieron de él aquellos que lo tuvieron más cerca y lo pudieron conocer a fondo.

El Cardenal Juan Bautista Nasalli Rocca, arzobispo de Bologna, conmemorando en 1909 al obispo, del cual, “aún desde los albores de la vida” había probado “las ternuras paternas”, decía:

“Todas las bellezas de las que eras rico, yo las pude admirar, no obstante tu empeñosa humildad por ocultarlas; las he podido admirar en

las afectuosas expansiones de tu hermosa alma que me abriste, como un padre amoroso abre el alma al más tierno de sus hijos [...].

Entrando en lo secreto de su gran corazón y de su gran mente de obispo, me pareció más comprensivo el elogio que habría hecho de él, atribuyéndole lo de San Pablo a su discípulo Timoteo: Tu es homo Dei [Tú eres un hombre de Dios]. Efectivamente en Scalabrini, desde el alba hasta el ocaso de su vida demasiado breve, desde el fúlgido comienzo hasta el término (lamentablemente demasiado pronto alcanzado) de su glorioso episcopado, me parece que se revela por sobre todo el hombre de Dios, que busca a Dios en las ascensiones del estudio, a Dios en el ardor de los esfuerzos apostólicos, a Dios en las conversaciones con los grandes y con los pequeños, a Dios sólo y a Dios siempre: por lo cual verdaderamente en su obra y en su espíritu se puede decir que Dios imprimió su gran huella. De aquí la veneración, de aquí el afecto del que lo rodea el pueblo, de aquí el encanto de su palabra, de aquí su influencia benéfica sobre hombres y sobre cosas" (Conmemoración de Mons. Juan Bautista Scalabrini, Piacenza 1909, págs. 6-8).

También P. Juan Semeria lo definió "verdadero sacerdote homo Dei":

"Uno de esos hombres que encarnan en sí las aspiraciones más profundas de un momento histórico e insinúan con mirada fatídica, con palabra precoz y por su precocidad tal vez incomprendida para quien la escucha, peligrosa para quien la dice, aquél que será luego el camino seguro y fácil del porvenir [...]. Cuando buscamos en el pasado de la historia eclesiástica figuras para colocarlas al lado a Mons. Scalabrini, no nos debemos detener en los obispos del Medioevo, cívicamente tal vez muy laboriosos, sino referirnos a la figura viril de esos Obispos antiquísimos que en nombre de Cristo se sentían llamados a hacer toda clase de bien a su pueblo -hombres de profunda piedad, mas, a la que justamente su profundidad sacaba toda sombra de pequeñez y de mezquindad [...].

En efecto, él se elevó espontáneamente, por grandeza de mente y amplitud de corazón, sobre un concepto técnico de la piedad y un concepto puramente burocrático del sacerdocio. No de otra manera me parece que así se pueda y se deba bautizar la tendencia a hacer del sacerdote un funcionario sagrado, tan cuidadoso de no quedarse más acá de la línea de sus deberes fijados, pero, igualmente cuidadoso de no sobrepasarla, como suelen ser los buenos funcionarios civiles. Es el concepto clásico que del buen sacerdote se forman los hombres del mundo, los más fieles seguidores del partido liberal; de manera que cuando ven a un sacerdote salir de la esfera puramente religiosa, no lo saben considerar más como

sacerdote. Es el concepto clásico del mundo: sin embargo no será nunca el concepto al que se resignarán los verdaderos sacerdotes de Cristo [...].

Así entendió su misión sacerdotal Mons. Scalabrini, y de ello derivó en su vida ese carácter multiforme, que pudo hacerlo parecer alternativamente hombre político, hombre de arte, hombre social, cuando él permanecía en todo y siempre el sacerdote, el ministro de Dios y en su nombre el benefactor del pueblo.” (Juan Semeria, Mons. J. B. Scalabrini. In memoriam, Piacenza 1905, págs. 3-9).

“En todo nos presentamos como ministros de Dios” (2 Cor. 6, 4): ya notamos que Scalabrini tuvo muchos intereses, se ocupó en actividades multiformes, entró en casi todos los campos de los debates contemporáneos, se interesó por valores que podrían parecer “profanos”, mas todo esto siempre lo hizo como sacerdote y como obispo. Mons. Bonomelli retrataba así a este hombre polifacético:

“Dios lo había provisto de una inteligencia rápida y versátil, aguda, límpida, amplia; a cualquier ciencia que se hubiese dedicado se hubiese desempeñado sin sombra de dificultad y las cuestiones más arduas de filosofía, de teología, de historia, de política eran tratadas y desarrolladas por él con una seguridad y una claridad que me llenaban de estupor: parecía que solamente de esas cosas hubiese hecho estudios especiales [...].

Lleno de una dignidad amable, dispuesto, sutil, claro en exponer sus ideas, franco, siempre coherente: no amaba sino la verdad, sin mirar en la cara a nadie. Sabía conjugar con arte admirable la firmeza inquebrantable con esa condescendencia y flexibilidad que es necesaria en las cosas humanas y que da resultados en las obras más arduas. Yo muchas veces me encontré con él en momentos muy difíciles y dolorosos. De su boca no salía jamás una palabra de desaliento, una expresión menos medida, una queja. Tranquilo y dueño de sí, parecía que no se tratase de sus dolores, sino de otros.

Elevada era su inteligencia, todavía más elevado era su corazón. No era capaz sino de amar, de querer el bien, todo el bien, para todos, siempre con una generosidad y amplitud maravillosa: no sabía lo que era el interés; recibía para dar” (J. Bonomelli, “El Emigrado italiano en América”, junio de 1906).

Todavía el Cardenal Nasalli Rocca destacaba la armoniosidad y la plenitud de una existencia si bien tan combatida:

“Mucha razón tiene el Santo Padre en llamar a nuestro venerado Obispo “prelado incomparable” ya que muy difícilmente se podrá encontrar quien se le parezca en el conjunto de cualidades que lo distinguían. Alguien podrá superarlo en una o en otra virtud, en una u otra prerrogativa, mas muy difícilmente en el conjunto de las dotes que brillaron en su privilegiada naturaleza. Caridad y ciencia, piedad y amplitud de vistas y de entendimientos, rigidez de costumbres y soltura de modales, firmeza y suavidad; grave sin ser pesado, afable sin ser vulgar, popular y al mismo tiempo señor, como suele decirse, Monseñor Scalabrini fue prelado incomparable y tuvo verdaderamente la virtud de hacerse amar y venerar” (J. B. Nasalli Rocca, Un elogio de S. S. Benedicto XV y un voto de un piacentino para Mons. J. B. Scalabrini, “El emigrado italiano en América”, 15.3.1916, págs. 1-2).

El Cardenal Alfonso Capecehatro destaca el coraje cristiano del amigo:

“Yo conocí a Mons. Scalabrini en 1889, cuando invitado por él a presidir un solemne Congreso Catequístico en Piacenza, tuve la satisfacción de vivir varios días con él. Entonces nos hicimos amigos y la amistad se intensificó y creo se hizo más fructífera al venir él varias veces a visitarme aquí en Capua. En varios aspectos Scalabrini tenía en sí algo de los Obispos de los tiempos más hermosos de la Iglesia. Yo aquí destacaré una sola virtud suya que por lo general es muy rara en nuestros tiempos. El era un Obispo singular por su coraje cristiano. Amaba mucho decirle a todos con apostólica franqueza la verdad, aún cuando fuese dura, y lo hacía con tanta caridad y con tanta delicadeza que los más no se disgustaban. Gobernó su diócesis, donde tuvo muchas amarguras, con gran caridad, mas también con esa fortaleza que nace del coraje cristiano, que en hacer el bien, mira solamente a Dios y no teme” (En el XXV aniversario del Instituto de los Misioneros de San Carlos, Roma 1912, pág. 14).

El Card. A. Richelmy, arzobispo de Turín y presidente de la Consulta Eclesiástica de la Obra Bonomelli, recuerda los dones de naturaleza y de gracia:

“¡Fue con certeza una hermosa mente Mons. Juan Bautista Scalabrini, y en él el Señor había puesto con preciosa abundancia los dones más selectos! Dones que El supo cultivar con el estudio, con el trabajo, con

soportar con nobleza las más arduas tareas. Sin embargo yo pienso que su mejor elogio deba encontrarse en la bondad de su corazón.

Su distintivo fue el del Apóstol: *Charitas Christi urget nos* [La caridad de Cristo nos apremia]. Bien lo puede decir quien tuvo la suerte de conocer sus más íntimas aspiraciones, de admirar constantemente las obras de su episcopado, de coadyuvarlo en sus instituciones en favor de los pobres emigrantes. Su caridad no tenía límites; y el enemigo terrible del santo amor, el egoísmo, en vano trataba de apagar las llamas de su celo.

Muerto para sí mismo El vivía la vida del verdadero discípulo de Jesucristo; y pasó haciendo el bien. Su memoria es de bendición; una luz dulce y celestial circunda su nombre en la tierra: y su espíritu, me parece, hay que buscarlo entre los héroes del apostolado católico, entre los mismos mártires de la caridad" (ivi, págs. 15-16).

Agudo y profundo es el retrato trazado por el barnabita P. Pedro Gazzola:

"El espíritu del Obispo de Piacenza estaba hecho de magnanimidad y humildad, o más bien, de una humildad magnánima y de una magnanimidad muy humilde. Y la magnanimidad en él tenía su origen en la conciencia de llevar en sí a la Iglesia, que en él, como vocero viviente, hablaba, sentía, obraba, y la humildad en cambio de sentirse como parte en el todo y al todo ordenada y por el todo sostenida y llevada. Gota de agua en el océano espiritual de la Iglesia y por medio de ésta infinitamente engrandecida; así era el alma de Mons. Scalabrini. De aquí ese señorío que infundía reverencia y esa afabilidad que persuadía la confianza. De aquí la autoridad con la que mandaba y la indulgencia con la que aceptaba el parecer de los demás.

Que todos, clérigos y laicos, se sintiesen cautivados por la personalidad del obispo, es proverbial entre los piacentinos y todos los que tuvieron oportunidad de estar junto a él; y no era la superioridad del ingenio y de la doctrina lo que reconocían en él, aunque de uno y de la otra estuviese provisto en abundancia, sino la soberanía de un alma investida y penetrada por la sublime idea del sacerdocio, de la cual sacaba el ímpetu y la forma de obrar. Y este hombre de alma real sabía adoptar, casi inconscientemente, actitudes de humildad que asombraban. La bondad y la amabilidad en él era tanta como para hacerle olvidar las exigencias de su alta dignidad" (P. Gazzola, *El Espíritu de Mons. Scalabrini*, "El Emigrado italiano en América", noviembre-diciembre 1912, págs. 30-31).

Mons. Luis Cornaggia Medici, que recibió de Mons. Scalabrini muchas confidencias, casi como un hijo espiritual, desde que era un joven laico, escribió un opúsculo sobre las “características” del obispo, individualizándolas “en una ascética que no es de muchos, y en una libertad de la verdad que es de muchos menos todavía”:

“El amaba el camino real. Los caminos oblicuos, los caminos inventados por los hombres, aunque fuesen eclesiásticos, no los amaba de ningún modo y no los recorría jamás” (L. Cornaggia Medici “Las características de Mons. Juan Bautista Scalabrini”, Reggio Emilia 1935, pág. 6). “Filosofía, Teología, política, cuestión social, cuestión obrera, cuestión romana, prensa católica, acción católica, y personas y cosas vivientes, fogosas, operantes en el liberalismo viejo y de nuevo cuño pasaban por los labios del docto y santo Obispo y se revertían luego en palabras muy escuchadas y muy apreciadas” (ivi, pág. 8).

“He tenido el honor de vivir con él varios días, de estar cerca de él muchísimas veces y siempre tuve la impresión de que algo no común lo acompañase siempre [...]. Ese no preocuparse absolutamente de sí, ese no pensar nunca en lo que le podía derivar de bueno o de malo por una actitud, por una acción más que por otra, sino ese sólo buscar y querer siempre y únicamente el bien de las almas, la grandeza de la Iglesia y el verdadero bien de la sociedad; decía con demasiada elocuencia como si él estuviese asistido desde lo Alto y como verdaderamente pudiese decir con el Apóstol: Caritas Christi urget nos [La caridad de Cristo nos apremia]. La caridad de Cristo nos apremia, sí, y junto la caridad de los hermanos: el resto era para él vanidad y no se preocupaba en absoluto. Caridad de Cristo, que lo ha hecho un enamorado de su Corazón y de sus glorias, caridad de los hermanos que ha hecho de él un Apóstol en la Diócesis y fuera de ella, de éste y del otro lado del Océano [...].

Tan fuerte ingenio, tan apreciado en las altas esferas, en uno y otro campo, tan consciente de la extraordinaria misión que le confiara la Providencia, tan consciente del don de Dios, que si hubiese sido otro Mons. Scalabrini, habría desdenado a los pequeños y se habría encerrado [...] en una especie de sagrario donde no habría dado audiencia sino con una gran formalidad. Pero él -sobre todo y ante todo hombre de Dios y de corazón, aun naturalmente, tan grande- no podía actuar así. Por el contrario, nunca se sentía tan feliz como cuando podía detenerse con los humildes, con los últimos del mundo [...]. El hombre entregado a todos, porque tenía las virtudes intelectuales y morales para poder serlo; el hombre al que todos se daban, sin excepción, porque todos, según la propia capacidad, según la propia necesidad, hasta según las propias condiciones psicológicas, también adversas a lo sobrenatural, se sentían, casi sin quererlo, atraídos por El, en quien reconocían, casi por instinto,

al hombre lleno de luz, de amor, y del cual, por lo tanto, sólo les podía derivar bien" (ivi, págs. 20-22).

Antonio Fogazzaro recordaba así el encuentro con el Obispo:

"Me recibió en su modesto estudio con benigna dignidad. No tenía el aspecto de recordar ni mucho ni poco que era un obispo ante un simple fiel. No sé por qué, su hermosa fisonomía, que no era nueva para mí, me recordó un poco a San Agustín; quizás tenía algo que ver ese acto del testamento agustinianamente desgarrado, que había conocido recientemente. Tenía un hermoso rostro, un rostro tan varonil que expresaba cierta varonilidad también en la inteligencia, cierta aptitud para los estudios elevados, y también para temer encontrarlo severo; tanta plenitud de espíritu como para significar devoción interior a leyes superiores; tanta sagacidad como para dejar comprender que esa su lombarda benignidad de modales podía dar de tiempo en tiempo un toque de burla sin malignidad mas no sin malicia.

[...]. Yo ardía por la esperanza que le había expresado, me preguntaba qué ventura habría sido para la Santa Sede poseer semejante consejero, sabio, devoto sin medida y sin medida libre" (A. Fogazzaro, Una visita a Mons. Scalabrini, "Reseña Nacional", 1.7.1905).

Mons. José Cattaneo, párroco de Fino Mornasco, alumno de Mons. Scalabrini, recoge de sus recuerdos personales:

"[El Señor] le dio alma noble, conciencia delicada y pura, inteligencia clara y vigorosa, sagacidad y prudencia, corazón grande, lleno de generosidad y de amor [...]. Estaba convencido que el ministro de Dios, aunque hombre de espíritu, no debe separarse del mundo, ni de la vida intelectual y civil de sus contemporáneos [...].

Tenía una intuición maravillosa de los nuevos tiempos y de los caminos de la Providencia. Por donde lo sigan, se darán cuenta que El ha dado un nuevo rumbo a todas las instituciones en las que ha puesto mano, y en todas partes ha dejado una profunda huella que no se borra. De aspecto gentil, de modales simples y dignos, en la palabra y en el trato exquisitamente señorial, revelaba la calma de la fuerza, la bondad del corazón, la elevación del alma y la integridad de una naturaleza sana y vigorosa [...].

No puedo olvidar las hermosas jornadas de septiembre de 1882 transcurridas junto a El [...]. ¡Cómo estaba lleno de vida entonces, de juventud y de esperanza! ¡cómo eran amplios los horizontes que se le abrían ante la mirada! Después de algunas horas de esparcimiento

en el bosque que está arriba de la casa, en determinado momento me sobrepasaba en la carrera cuesta abajo, y con el ánimo así renovado se recogía en la devota capilla, donde cada mañana celebraba los sagrados misterios. Ha pasado mucho tiempo; mas no olvidé jamás sus familiares y doctas conversaciones [...]. Relacionado por amistad con los hombre más ilustres de la ciencia y de las letras, seguía el rápido movimiento grabado en los espíritus por los estudios recientes, pero no cambió nunca nada de sus principios, porque no tenía ningún motivo para cambiar [...].

En todas partes se destacó la integridad y la firmeza de su ánimo. Nunca se enredó en los falsos paludamentos de la diplomacia; nunca se acercó a los humildes con los fines torcidos que impulsan a los poderosos; nunca siguió la prudencia de la carne, que es muerte, porque es enemiga de Dios; sino que siempre siguió la iluminada sabiduría del espíritu. Y como aquél que no tenía ni esperanzas ni ambiciones humanas, no supo nunca que hubiese obediencia sin amor ni autoridad sin paternidad [...]. Supo conjugar muy bien la fortaleza del mando con la dulzura de la palabra y de la mirada paternal; porque tuvo corazón grande y abierto como todos aquellos que miran las criaturas en Dios" (J. Cattaneo, "El Emigrado italiano en América", 15.9.1914).

El Ing. César Nava, uno de los primeros "católicos diputados" en el Parlamento, dijo de Scalabrini:

"El abarcó lo más que pudo del conocimiento, para valerse de él como indispensable medio de acción; pero sin detenerse nunca -con complacencia intelectual de científico y teniendo además las aptitudes investigadoras- para profundizar una disciplina particular. Las ciencias positivas, la historia, la sociología y las más importantes lenguas modernas le fueron familiares; porque todo este patrimonio de conocimientos, El lo consideraba útil para su ministerio y para el apostolado que pretendía desplegar.

La serenidad de juicio y el sentido positivo, de los que estaba dotado, no le permitieron ser un apriorista. El quería darse explicación completa de cada hecho, de cada postulado, de cada sistema filosófico o social, de cada acto político, por más audaz y aparentemente contrastante con sus mismas convicciones, y lo hacía con objetividad absoluta de examen, proclamando el bien dondequiera lo hallase, aun si mezclado con escorias, y sin temer las críticas fáciles y superficiales de los demás y las protestas escandalizadas de los pusilánimes.

Esas disposiciones de espíritu, la innata gentileza de ánimo y la bondad del corazón debían natural y necesariamente imprimir una actitud de gran discreción -pero nunca a costa de la verdad y de la justicia- a todas las manifestaciones exteriores de su actividad espiritual y llevarlo

a intentar la solución de toda discordia, que no fuese fundamental y sustancialmente inconciliable [...].

Toda la obra de Mons. Scalabrini revela su inteligencia rápida, límpida, amplia y práctica, la cordura del hombre de gobierno y la incansable y generosa actividad del Apóstol. Cuando determinada institución pensada por El comienza a tener vida, se puede estar seguro que ella está precedida por un estudio concienzudo y completo de las necesidades, a las que debe proveer, de los medios más oportunos para alcanzar las finalidades propuestas y de las dificultades que naturalmente deberán vencerse. No hay que asombrarse, por lo tanto si -con la infaltable ayuda de Dios- esas instituciones se afirman de inmediato, vitales, y luego prosperan maravillosamente” (C. Nava, Mons. Juan Bautista Scalabrini Obispo de Piacenza, Roma 1916).

3) El retrato del hombre J. B. Scalabrini trazado por el Proceso sobre las Virtudes

Los testimonios de los contemporáneos pueden tal vez ser sospechados de apología y también de hagiografía. La historia, decía el Cardenal Roncalli escribiendo justamente de Scalabrini, se encarga o de cubrir de polvo los sepulcros de los grandes o de barrerlos con el viento de la verdad:

“Me hice un alto y claro concepto de Mons. Scalabrini: de obispo muy piadoso, docto, celoso y generoso en el servicio de Dios y de las almas. Según mi humilde parecer, la introducción del Proceso Apostólico será un acontecimiento destinado a exaltar la naturaleza y los deberes del Episcopado Católico [...]. Pasados ya algunos decenios de las situaciones delicadas y difíciles, que pueden haber levantado aquí y allá un poco de polvo, es absoluta competencia de la Suprema Autoridad decir la última palabra; o sea si el Señor haya disipado ese polvo del nicho del Obispo de Piacenza suscitando signos indicadores celestiales de indeclinable grandeza” (Carta Postulatoria de A. J. Roncalli, 9.7.1955).

El largo iter del Proceso Apostólico tuvo su momento crucial en el Congreso Peculiar de los Consultores Teólogos de la Congregación para las Causas de los Santos, llamados a pronunciarse en sustancia sobre la pregunta formulada por el III Consultor:

“Poco se puede alegar o discutir sobre la eminente personalidad del Siervo de Dios. Mons. Juan Bautista Scalabrini fue efectivamente un obispo celoso y ejemplar, de profunda piedad eucarística y mariana, incansable en el cuidado de las almas, organizador infatigable, innovador, pionero del movimiento catequístico moderno, de espíritu apostólico misionero, benemérito de la Iglesia y de la patria, como ha sido ampliamente documentado.

Aquí, sin embargo, se trata de responder sobre el aspecto de la santidad fundada sobre el ejercicio de las virtudes, no sólo eminente, extraordinario, admirable, apasionante, sino en grado heroico, o sea constante, ininterrumpido, simple, exacto, equilibrado, solícito, sereno, tranquilo, por toda la vida...” (Relatio et vota Congressus Peculiaris super Virtutibus die 25 novembris an. 1986 habiti, Voto III, Roma 1986, pág. 29. Citamos solamente el número del Voto, estando cubiertos por el secreto los nombres de los Consultores).

Aquí, surge el dilema que se asomó y se asoma en muchos de aquellos que se ponen ante la figura de Scalabrini: ¿fue un hombre santo o fue solamente un hombre grande? Y hay otro dilema: ¿son santos solamente aquellos que son canonizados como consecuencia de los “signos celestiales” o sea de los milagros, o todos aquellos que han vivido en unión con “Cristo, Hijo de Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado “el solo santo”, amó a la Iglesia como a su esposa y se entregó a sí mismo por ella, con el fin de santificarla” (LG 39)? ¿“aquellos que han seguido fielmente a Cristo” y nos han indicado “un camino segurísimo por el cual, aun entre las cambiantes cosas del mundo, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo, es decir a la santidad, según el estado y la condición propia de cada uno” (LG 50)?

Presupuesto por lo tanto, como enseñó tantas veces Scalabrini, que la santidad no consiste en hacer milagros o cosas extraordinarias, sino en la unión con Cristo, se debe tener presente también que la santidad es personal: por lo tanto lleva necesariamente consigo las características típicas de la persona y como persona se desarrolla constantemente. Somos personas reales, existentes en un orden histórico concreto, personas humanas vivientes en la “historia de la salvación”, “divinizadas” por la Encarnación y por la Redención de Cristo. Ya que la elevación del hombre al orden sobrenatural no suprime la personalidad humana; es difícil hacer una distinción entre lo que es “humano” y lo que es “santo”: santo es quien está unido a Cristo, pero la unión personal de cada uno

con Cristo corresponde a las más íntimas tendencias de la persona como tal. Es verdad, en primer lugar, que “a cada uno de nosotros le ha sido dada la gracia según la medida del don de Cristo (Ef 4, 7), pero es verdad también que la gracia no destruye a la naturaleza, sino que la presupone y la perfecciona.

Ya que ahora estamos hablando de Scalabrini como “hombre espiritual”, espiritual sí, mas hombre, nos interesa conocer la idea que se hicieron los teólogos a los que incumbía verificar si el Obispo de Piacenza ejerció las virtudes en grado heroico. Y comenzamos por el único que dio respuesta negativa:

“Son numerosísimas las iniciativas por él programadas y llevadas a cabo en los casi treinta años de episcopado, no sólo en la diócesis de Piacenza, sino también en el radio nacional e internacional... Un trabajo verdaderamente intenso y superior, más que para las capacidades intelectuales y volitivas, para las fuerzas físicas de un hombre, sin embargo actuado sin medias medidas y con grandísima generosidad, dedicación y rectitud, aun entre muchas dificultades de todo tipo, internas y externas, en casa y fuera de casa, eclesiásticas, civiles, sociales, políticas” (Voto III).

El IX Consultor ve en Scalabrini “el hombre de Dios” y “el hombre de su tiempo”:

“Un hombre sensibilísimo a la caridad de Cristo y a su Evangelio, que debe testimoniarse y anunciarse al hombre de hoy, según las necesidades emergentes, en continua búsqueda de los medios más adecuados a las cambiantes exigencias del mundo y de los hombres. Verdaderamente hasta el final, si bien entre dificultades que trataban de entorpecerle el servicio pastoral, Scalabrini, como verdadero “hombre de Dios”, como continuamente lo definían los cohermanos obispos que lo conocían, mientras hacía de la vida un “clamor fuerte” en la oración incesante, sostenida por un estilo de vida apostólica, en la pobreza austera, en el desapego, en el don continuo de sí por la catequesis, la cultura del clero, la vida espiritual de los fieles, al mismo tiempo se sentía siempre impulsado a socorrer al hombre en todas sus necesidades. No haciendo caso a salud, críticas, calumnias, condenas también por parte de algunos “buenos” o que querían pasar como tales y que podían jugar con una prensa, por lo menos aparentemente más tendiente a la división que a la unión, quiso que todos los hombres, comenzando por aquellos que formaban su rebaño, sintiesen que la caridad de Cristo llega a todos, abraza a todos, se

preocupa por todos y a todos lleva un mensaje de interés concreto, signo de la justicia y de la liberación del Evangelio” (Voto IX).

Y buscando el secreto de tanta actividad agrega:

“Fue un hombre de paz que, con notable sentido de la realidad histórica de su tiempo, yendo en contra de la corriente, trabajó y sufrió para que la Iglesia tuviese su rostro de esposa libre de todo enganche con el poder temporal, capaz de anunciar libremente el Evangelio a todos y a todos llamar a la salvación; fue un apóstol preocupado por la vida de aquéllos que estaban expuestos a la plaga del tiempo, la emigración [...]. ¿El secreto de tanta actividad [...]? Su simplicidad de niño del Evangelio, jamás menoscabada por su cultura, por la bendición de Dios a sus actividades, por reconocimientos que, especialmente en los últimos años, le llegaban de tantas personalidades y de los mismos León XIII y Pío X, a quienes profesó, aun con la libertad de espíritu que brotaba de su humildad y de su sentido de responsabilidad hacia la Iglesia, profunda devoción, sincera obediencia, disponibilidad de servicio [...]. Sólo una fe intensa, vivísima, profunda y al mismo tiempo de niño, podía subyugar su espíritu en forma de hacer de él, tan dinámico y tan moderno, tan abierto a la cultura y pensador tan sensible a la problemática teológica, uno de los hombres que merecen figurar entre los más grandes cultores de la presencia real de Cristo en el Ssmo. Sacramento” (Voto IX).

Esa “pietas” venía a integrar, según el V Consultor, sus cualidades humanas:

“El estudio personal ulterior y, especialmente su disponibilidad mental para abrirse a las realidades eclesiales y sociales, con viva sensibilidad pastoral, hicieron de él un hombre de mente privilegiada, como aparece en todos sus escritos: profundidad y claridad, precisión de conceptos, especialmente clarividencia y sentido del futuro. Pero Scalabrini no es un hombre de teorías: sus ideas y su dialéctica están en función de su misión eclesial; vive lo que piensa y, como buen lombardo, quería traducirlo en acción. De ahí su innato sufrimiento frente a las mentalidades cerradas e inmóviles, a los “intransigentes” anclados en el pasado, como también frente a las controversias y discusiones inertes, a las incoherencias y a las posiciones ambiguas, que descubría en las altas esferas de la Iglesia. De ahí, también, su creatividad y sus iniciativas de visión amplia, que van más allá de los límites de sus responsabilidades diocesanas. Hay también, en sus comentarios confidenciales con Mons. Bonomelli, su amigo y admirador, cierta vis caustica [vena cáustica] que hay que situar sea en

el fondo temperamental de quien escribe, sea en ese clima clerical que él bien conocía" (Voto V).

Esta vis caustica de algunos desahogos confidenciales con el amigo del alma ha escandalizado a alguien ("me parece que indican un ánimo exacerbado, que siente la necesidad de descongestionarse con expresiones poco edificantes", dice el III Consultor), pero para los demás Consultores pertenece no sólo a la franqueza "lombarda", sino también a la "parresia": a aquella franqueza cristiana que en el ánimo y en las actitudes de Scalabrini no es estéril espíritu de crítica, falta de escrúpulos, falta de lealtad. Es en cambio, como se expresó el Promotor de la Fe como conclusión del Congreso Peculiar, "lealtad eclesial, fuerte y convencida, fuera de discusión". Pertenece a esa simplicidad de relaciones, a esa sinceridad de palabra que abre al diálogo y esa capacidad de hablar y al mismo tiempo de escuchar, que encuentra su más alta expresión en el diálogo con León XIII:

"Habló con franqueza y respeto, para que el Papa estuviese informado de la complejidad de los hechos y de las diferentes soluciones que se podían intentar. Sostuvo que la obediencia es también ejercicio de inteligencia y que las observaciones hechas para esclarecer los aspectos complejos de un problema son ellas mismas expresiones de obediencia y de caridad [...]. Esta o aquella expresión privada y reservada, no sólo no dice nada contra esa fe hecha de amor y de obediencia, sino que presenta, aun en clima de tormento interior que podía, en casos de extrema tensión, poner al desnudo una humanidad fuerte y herida, las heridas de un amor que soñaba a la Iglesia y al Papado en la pureza y en la libertad más plenas, también a costa de renunciaciones de poderes temporales" (Voto IX).

Pertenece a ese sentido de corresponsabilidad, que es fruto de la libertad de los hijos de Dios, llamados por él a responder personal y libremente al don del amor, sin esperar que uno pensara y decidiera por todos. Pertenece por lo tanto a otro fruto de la parresia: la inventiva, la creatividad, la capacidad de cambio y de renovación. "Indudablemente Scalabrini, que vivía el dolor de la división que, con tanto daño para las almas, había después de 1870 en la Nación, sintió el deber de hacer lo que dependía de él para que las cosas tuviesen un curso nuevo, reteniendo irreversible la vuelta al poder temporal, aun si con respecto a la última cosa se remitía enteramente al juicio concreto de la S. Sede y quiso que

a él se remitieran los católicos” (Voto IV). He aquí porque el Obispo de Piacenza perteneció a los “no alineados”:

“Scalabrini acepta el riesgo de no alinearse, sabiendo que su opción, mientras desilusionará a los liberalizantes, que al comienzo lo habían saludado como uno de ellos, le atraerá la adhesión de los intransigentes, fuertes ante la opinión pública con su vocero “El Observador Católico” publicado en Milán, y también hasta cierto punto la imputación de “liberal” en los ambientes vaticanos” (Voto V).

En su “preparación teológico-pastoral”, en su “sensibilidad concreta ante las nuevas realidades emergentes”, en el “sentido exacto de una sociedad en rápida evolución social, con graves rupturas con tradiciones y formación de los tiempos precedentes” (Voto IX), “el equilibrio y la constancia eran los caracteres inconfundibles de su personalidad interior fuerte y armoniosa [...]. Hombre de acción por vocación apostólica, Mons. Scalabrini se adelantó verdaderamente a los tiempos en las obras realizadas. En ese contexto excepcional él supo conservar, en una serena valoración de sí mismo y de su trabajo, una amable simplicidad y una profunda humildad” (Voto VIII).

Estos aspectos de su personalidad encuentran explicación en la “canalización” de sus energías creativas y organizativas, ya sea en el compromiso “político” ya sea en el compromiso ascético, en la dedicación de toda su persona al prójimo. “Indudablemente, en el sentido más cristiano de la inserción en la realidad temporal, sintió siempre la “política” en el mejor significado y más verdadero, como un conjunto de hechos que debían servir a Cristo y a su Iglesia, libre de los compromisos temporales” (Voto IX).

“Su clarividencia excepcional y su temple poderoso sobresalían con vehemencia en la durísima realidad social y política de su tiempo. No olvidando el drama de la emigración, experimentado en su misma familia, su vida se hacía partícipe del drama de la pobre gente, oprimida y marginada, indefensa porque era socialmente influyente. La defensa de los derechos humanos de su pueblo -que hoy tanto significan en el compromiso del magisterio y de la pastoral de la Iglesia- constituía para Mons. Scalabrini un tenaz y coherente compromiso de lucha ideal y de concreción social, inspirado por la pastoralidad evangélica” (Voto V).

Lo mismo se debe decir por su esfuerzo ascético de perfeccionamiento: “Ese deseo de perfección sin embargo no se encerraba en una autosatisfacción por el deber cumplido o bien en una forma refinada de narcisismo, sino que encuentra su salida en la voluntad de edificar al prójimo por quien alimentaba una inmensa caridad” (Voto VII).

El VI Consultor, sintetizando, se pregunta si Scalabrini fue un “manager” o un apóstol:

“El nudo central, alrededor del cual gira toda la actividad de Scalabrini, es una riqueza de caridad, en la cual se realizan plenamente las palabras de Jesús: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Podríamos parafrasear, si es lícito, las palabras de Jesús, en el caso de Scalabrini, con esta frase: “Amarás a la Iglesia con toda tu vida”.

Scalabrini se coloca entre las grandes figuras que no sólo han honrado, sino también “edificado” -en el sentido etimológico del término- la Iglesia italiana de la segunda mitad del Ochocientos y de la primera del Novecientos: junto a Don Bosco, Don Orione, Don Guanella, nuestro Siervo de Dios encuentra su lugar. Su amor por Dios y los hombres fue verdaderamente ilimitado en la intensidad, y se manifestó en un fervor incansable de iniciativas, realizadas a costa de cualquier sacrificio.

Si una cosa emerge con claridad del conjunto de testimonios es la dedicación total del Siervo de Dios a su vocación de cristiano, de sacerdote, de obispo, una vocación vivida en todas las actividades desarrolladas como apóstol, en todas las direcciones propuestas como pastor.

No es posible una vida tan intensa en actividad, tan dinámica en la invención continua de nuevas propuestas apostólicas, tan desgastadora en la generosidad nunca fatigada, si no hay en el alma un gran ideal: o se trata de un ideal terrenal, y entonces nos hallamos frente a un “manager” excepcional, o se trata de un ideal celestial, y entonces nos hallamos frente a un apóstol.

Que Scalabrini tuviese la fibra de un gran “manager” resulta indirectamente, también de los testimonios que hablan de su “sagacidad”, o sea de una capacidad para conocer a los hombres y a las cosas y de saberlos utilizar para realizar un gran proyecto. Sin embargo Scalabrini no quiso ser un “manager”, sino un apóstol: los testimonios permiten afirmar que él no fue un negociante con hábito talar, sino un pastor, ardiente de celo e incansable en la actividad inventiva y constructiva, un apóstol que puso todas sus capacidades y prodigó todas sus fuerzas, siempre y sólo al servicio de la Iglesia, o sea de la gloria de Dios y del bien de las almas.

Una actividad tan febril, que se prolongó en los tres decenios de su episcopado, tuvo ciertamente también momentos de dificultad y de incompreensión: son los signos de contradicción, que acompañan a la actividad del apóstol. Mas el conjunto de su actividad pastoral es tan imponente que deja, además de edificados, también consternados por la cantidad de trabajos que él realizó" (Voto VI).

Escogemos ahora entre los testimonios del Proceso Diocesano los elementos "humanos" que nos ayudan a comprender la personalidad de Scalabrini y la transformación que la gracia de Dios obró en el conjunto existencial de su vida y actividad, pero especialmente en las relaciones humanas, creando esa armonía y unidad fundamental que llamaron la atención de los contemporáneos y de la posteridad sobre este "hombre espiritual".

Scalabrini tenía un temperamento muy sensible: lo prueba la frecuencia de las lágrimas, que él unía con las de los que sufrían y de quien se "convertía", o que derramaba a causa de los daños ocasionados a la fe de su gente; lo prueba también su irascibilidad e impulsividad, siempre corregida con rapidez. "Todas las miserias humanas conmovían su gran corazón" (Test. L. Mondini, Proceso Diocesano, f. 126). Visitando a sus sordomudas, se conmovía "hasta las lágrimas cuando constataba la adquisición del habla en esas pobres criaturas" (ivi, ff. 123-124). Durante el cisma miragliano, "mientras contaba los desgraciados hechos que venían sucediendo, lloraba" (Test. C. Douglas Scotti, ivi, f. 321).

"El era a veces un poco precipitado, pero volvía de inmediato al equilibrio y con gran generosidad daba la más amplia explicación" (Test. F. Torta, ivi, f. 345). "Que el siervo de Dios tuviese un carácter un poco irascible, es cosa que yo admito. Pero debo agregar que si alguna vez se le escapaba una reacción momentánea, yo quedaba satisfecho viéndolo reprimirse de inmediato" (Test. L. Mondini, ivi, pág. 153).

Su sensibilidad humana le era de gran ayuda en el ejercicio de la caridad; por otro lado no le obstaculizó la generosa concesión del perdón

"El ejercicio de la caridad generosa hacia todos los necesitados y sufrientes ha sido la característica del Episcopado de Mons. Scalabrini" (Test. A. Carini, ivi, f. 433). "Nunca escuché decir que alguien se haya presentado a Scalabrini y, pudiendo, que no haya sido favorecido" (Test. F. Calzinari, ivi, f. 632). "Por lo que respecta a la caridad hacia el prójimo debo decir que fue verdaderamente sin límite" (Test. C. Mangot, ivi, f. 38);

“era de una generosidad excepcional” (Test. C. Douglas Scotti, *ivi*, f. 320); “de una caridad sin límites” (Test. F. Torta, *ivi*, f. 345). “Pudiendo, daba siempre y a todos” (Test. G. Squeri, *ivi*, f. 531). “En cualquier infortunio público, él estaba siempre presente: el siervo de Dios daba y hacía dar” (Test. A. Ranza, *ivi*, f. 649).

Demostró una “caridad muy especial” tanto hacia las familias de los “nobles empobrecidos” (Test. E. Morisi, *ivi*, f. 455), como hacia los presos: “se ocupaba directamente de todos y de cada uno, yendo personalmente a las celdas en los casos más piadosos y prestando auxilio en especie y en dinero” (Test. L. Mondini, *ivi*, f. 124). “Ha ayudado y hecho posible la entrada al Seminario y la continuación de la carrera eclesiástica a muchos de las clases pobres” (Test. E. Morisi, *ivi*, f. 455). “No iba, sino volaba a visitar a los enfermos” (Test. L. Tammi, *ivi* f. 838); “cada vez que se le pedía, el Siervo de Dios visitaba a los enfermos de cualquier condición” (Test. F. Gregori, *ivi*, f. 565), “ricos o pobres que fuesen, llevando la palabra de consuelo y con frecuencia el socorro de su gran caridad” (Test. E. Morisi, *ivi*, f. 565).

Este era el interés constante y cotidiano hacia los hermanos: es superfluo recordar los hechos que lo hicieron famoso, como la asistencia a los enfermos de cólera, la distribución de 3.000 sopas por día durante el invierno de 1879-1880, la fundación del Instituto para las Sordomudas, las obras para los emigrantes, la Obra pro Mondadoras de arroz, la organización de las Comisiones de la Obra de los Congresos por él encaminada hacia las formas de la asistencia social y no en nombre de una política aunque fuera eclesiástica.

Pero la prueba más contundente fue la amplitud del perdón. “No fue nunca Mons. Scalabrini el hombre que conservase resentimiento hacia sus adversarios y ofensores, por el contrario fue fácil al perdón y tuvo con frecuencia comportamientos de exquisita bondad hacia ellos, y a veces llegaron a ser también sus predilectos” (Test. A. Morisi, *ivi*, f. 455). “Era justamente una de las características de su caridad la de beneficiar a sus ofensores, y hacía cualquier esfuerzo para mostrarse benevolente con ellos” (Test. G. Squeri, *ivi*, f. 532).

Pero el episodio más famoso es el del perdón concedido a su gran adversario el sacerdote David Albertario: el Card. J. B. Nasalli Rocca agrega un detalle significativo: “Debo decir que no he escuchado jamás

a Mons. Scalabrini decir una palabra amarga contra este sacerdote periodista" (ivi, f. 750).

Hacia los sacerdotes de su diócesis demostró una feliz conjunción entre el carisma de la paternidad y un *savoir faire*, que ciertamente pertenecía a su natural temperamento: "Fue padre para todos y particularmente para el Clero, que se sabía conquistar con una gracia y una sagacidad que le hacía hacer lo que quería" (F. Torta, ivi, f. 337).

"Era su primer cuidado hacer obra de armonización, aconsejando en toda ocasión limar asperezas, como hacía siempre él mismo: era un arte maravilloso que hizo mucho bien a todos, sabiéndoselos ganar con su actitud paternal. Y cuando no podía conformar a alguien, doraba la píldora con sus palabras y sus modales corteses y amables, tanto que el individuo regresaba casi contento lo mismo" (Test. G. Cardinali, ivi, f. 305). "Había nacido diplomático y casi era una prerrogativa suya allanar problemas e impedir las divisiones; muchas veces escuché decir: "¿Cómo se hace? ¡Ante ese hombre hay que ceder siempre!" (Test. F. Torta, ivi, f. 831). "El sabía presentar las cosas en forma tal que se sentía la necesidad de secundarlo. Y lo he experimentado en mí mismo, siempre me ha hecho ir donde no quería: y siempre terminé por estar contento" (Test. L. Tammi, ivi, f. 831).

"Si por ahí se le puede formular una crítica es la de que fuese demasiado bueno" (Test. A. Ghizzoni, ivi, f. 773). Mas nunca en detrimento de la firmeza, cuando era necesaria:

"Un día, me contaba del dolor que había sentido al tener que remover de la parroquia a un sacerdote [...]. "Cuando lo vi venir hacia mí con la capa pluvial se me quebró el corazón, particularmente teniendo en cuenta la edad avanzada del pobre sacerdote"" (Test. G. Cardinali, f. 295). "Cuando el Siervo de Dios estaba obligado a tomar medidas severas contra alguien, no dejaba ese modo suyo, habitualmente paterno, que conquistaba los ánimos y doblegaba las voluntades, también las menos dúctiles" (Test. E. Caccialanza, ivi, f. 226). "Iba despacio, sufría y trataba siempre de atenuar las culpas y de suavizar las penas" (Test. G. Squeri, ivi, f. 533). "Sentía mucha compasión por los pobres Sacerdotes que habían profanado su carácter y los asistía espiritualmente y procuraba también ubicarlos" (Test. G. Polledri, ivi, f. 593).

Un particular realce está proporcionado por los testimonios sobre la superación de las "antinomias espirituales" que normalmente forman

parte de la psique humana. Ya hemos notado que Scalabrini, apóstol de la unidad, la creó y la testimonió en sí mismo. Observaba Don

Orione: “Era persona que no dejaba ocasión para hacerse como puente, con el santo objetivo de conciliar y de unir lo más posible a los hijos al Padre común de los fieles. Dejando caer las escorias, él miraba el alma de las cosas, tratando de doblegar las pasiones que afligían a sus tiempos (Test. L. Orione, ivi, f. 821). Sin embargo no habría podido obrar la conciliación entre los demás, si no la hubiera obrado dentro de sí. Y he aquí algunos ejemplos de semejante conciliación interior:

“Tenía un porte muy digno, pero era siempre de maneras afables: se podía decir de él que suavizaba con trato maternal la dignidad real (Test. F. Calzinari, ivi, f. 628). “Era de temperamento intrépido y fuerte, y también en las vicisitudes más borrascosas demostró un extraordinario coraje, como para no retroceder cuando lo requería el deber, ante los atropellos y las injusticias” (Test. E. Caccialanza, ivi, f. 230). Mas “no era de ningún modo altanero” (Test. E. Preti, ivi, f. 243), y “sus modales además fueron extremadamente delicados” (Test. A. Scarani, ivi, f. 406).

“Era de un temple diamantino para no dejarse abatir y para no dar señales de debilidad, siempre sostenido por la confianza en Dios [...]. Fue siempre de una gran rectitud: era firme en sus principios y actitudes sin ser testarudo [...]. Mantenía su rango, mas sin ostentación” (Test. de G. Radini Tedeschi, ivi, ff. 370-372). “Fue un hombre de gran iniciativa y actividad: sin degenerar jamás en temeridad. Fue el hombre justo que le dio a cada uno lo suyo: fue fuerte e intrépido” (Test. G. Cardinali, ivi, f. 296). “No ha usado jamás la parcialidad que venía de antipatía o simpatía, que haya causado daño material o moral a terceros. Por el contrario puedo afirmar que si alguna vez estaba en duda a quien otorgar un cargo, es decir si a una persona querida por él o bien a una persona que no tuviese especiales razones para su afecto, él, por temor de seguir el impulso de su corazón antes que las normas de la justicia, antes de decidirse solicitaba el parecer de diferentes personas dignas de estima” (Test. L. Mondini, ivi, f. 139-140).

“Estuvo siempre animado por la más firme esperanza en la Divina Providencia: mas no descuidó nunca todos los medios que la prudencia y la sabiduría sugieren” (Test. L. Mondini, ivi, ff. 117-118). “Sentía la responsabilidad en forma extraordinaria, pero al mismo tiempo vivía en perfecto abandono en la Divina Providencia [...]. No lo he visto dudar nunca, tampoco en las circunstancias más difíciles. Pero no por esto fue presumido, ni descuidó los normales medios humanos” (Test. F. Torta, ivi, f. 347). “Acostumbraba decir que con los créditos no se hace nada, y con las deudas se hace algo...sin embargo se preocupaba por obtener

donaciones de particulares e Instituciones" (Test. E. Caccialanza, *ivi*, f. 218). "Se le escuchaba repetir con frecuencia que nunca hay que dejar de hacer obras buenas por temor a no poder hacer frente a los gastos, pero con la condición de usar prudencia y parsimonia" (Test. G. Cardinali, *ivi*, f. 301). "Solía decir que en cada ocasión es necesario ver, prever y proveer" (Test. C. Mangot, *ivi*, f. 39).

"Era afable con todos y, en particular, se entendía con los pobres y con los hijos de los pobres" (Test. G. Dodici, *ivi*, f. 171). "Era muy afable, especialmente con el pueblo y no desdeñaba descender en medio de él: y mientras trataba con mucha cortesía a los nobles y a los ricos, no adulaba nunca a nadie" (Test. L. Mondini, *ivi*, f. 143). "No rechazaba el contacto con personas de humilde condición, por el contrario se podría sintetizar este aspecto de su virtud diciendo que a los pobres los detenía, y por los demás se dejaba detener, salvo por el bien de las almas, en ese caso él se acercaba a todos" (Test. L. Cornaggia Medici, *ivi*, f. 738). "No hacía distinción entre pobre y pobre, pero daba siempre donde aparecía la necesidad" (Test. L. Mondini, *ivi*, f. 123). "Daba con sumo placer, repitiendo con frecuencia que dando diez para el Señor, El pone a disposición cien" (*idem*, f. 117). "El lema que repetía especialmente a sus familiares era: *Date et dabitur vobis* [Dad y se les dará], y antepone la atención a los pobres a cualquier obra que quisiese realizar" (Test. C. Mangot, *ivi*, f. 39). "Por más que él supiese tratar con nobleza a los nobles, no desdeñaba en absoluto el contacto con la gente de grado inferior, dejando que todos se acercaran a él sin mostrar jamás fastidio" (Test. A. Carini, *ivi*, f. 438).

"Inculcaba siempre la moderación, tanto que una vez le dijo a su tío: "¿Todavía no le han roto los vidrios? es señal que quizás no ha cumplido con su deber", y sonreía porque, dicho sea sin jactancia, el tío fue un muy digno sacerdote. Y a un arcipreste que se había atenido demasiado a la letra de una disposición general, observaba: *Noli esse nimis iustus!* [¡No seas demasiado justo!]" (Test. F. Calzinari, *ivi* f. 634). "Fue de una constancia en el cumplimiento de su deber para quedar asombrados. Y ese presentarse siempre igual en los diversos momentos y lugares para mí era virtud heroica" (Test. E. Preti, *ivi* f. 243).

Este complejo y equilibrado conjunto de dones de naturaleza y de gracia explica el encanto que él ejerció en el pueblo y en todos los que se le acercaban.

"Los contemporáneos de cualquier clase y también de diferente religión tenían muy alto concepto del Siervo de Dios como hombre y como obispo: lo estimaban mucho por su inteligencia, cultura y extraordinaria capacidad de gobierno, pero sobre todo por su santidad, que emanaba de cada una de sus palabras y actos, dando buen ejemplo también a los menos

favorables a la religión" (Test. L. Mondini, *ivi*, ff. 146-147). "Luigi Luzzati, el Ministro de las Finanzas, como me parece y es sabido, de religión hebrea, en una oportunidad declaró en el Parlamento que si todos los Obispos fuesen como Mons. Scalabrini, él se habría hecho católico. Y esto por el atractivo personal que Mons. Scalabrini había sabido ejercer sobre él" (*idem*, f. 121). "El periodista Galimberti, ex director del diario liberal y masónico "El Progreso", solía decir que evitaba tener contacto con Mons. Scalabrini porque todos decían que conquistaba para la fe a todos los que se le acercaban" (*idem*, f. 130). "Tenía una intuición particular en el conocer a las personas, era de decisiones rápidas y seguras en los negocios y problemas, y poseía un tacto fino. Así logró con frecuencia impedir o atenuar divisiones y divergencias también entre el clero y conquistarse la benevolencia de las entidades y autoridades laicas" (Test. G. Squeri, *ivi*, f. 533).

Por otra parte, "él siempre ha demostrado la necesaria fortaleza para resistir a los atropellos, a la prepotencia y a las usurpaciones de las autoridades civiles" (Test. C. Spallazzi, *ivi*, f. 89). "Cuando se trataba de defender los derechos de Dios y de la Iglesia, el Siervo de Dios no se doblegaba ante nadie, levantando la voz también ante las autoridades civiles" (Test. L. Mondini, *ivi*, f. 141). "El período tempestuoso de su Episcopado, el conflicto político con trasfondo masónico y el sucederse de partidos hostiles a la religión, y el haberse conservado el Siervo de Dios digno e intrépido, tanto como para merecer la estima de los adversarios, dice de la gran fortaleza de su ánimo" (Test. A. De Martini, *ivi*, f. 266). No obstante todo, "sabía conservar buenas relaciones con las autoridades, y se imponía con su personalidad y con su saber obrar" (Test. L. Tammi, *ivi*, f. 830-831).

Todos admiraron su serenidad de espíritu durante los períodos más difíciles del episcopado, especialmente durante el cisma de Miraglia:

"Durante todos estos incidentes se veía que él sufría en su interior, en tal medida que le afectaba también físicamente tanto que había bajado de peso en forma impresionante. Pero nunca lo vi cometer actos de impaciencia: siempre conservó la calma y jamás pronunció palabras de queja" (Test. C. Spallazzi, *ivi*, f. 7). "Muchas veces lo vi llorar y postrarse, de bruces, ante el SS. Sacramento para implorar la misericordia de Dios sobre ese pobre infeliz y para la salvación de las almas a él confiadas. Pero nunca me di cuenta que haya pronunciado palabras o hecho gestos que indicasen impaciencia, hastío o irritación en contra de ese desgraciado apóstata. Por el contrario, si alguno de sus familiares salía con frases

hostiles hacia Miraglia, él lo llamaba a los deberes de la caridad cristiana" (Test. L. Mondini *ivi*, f. 107).

Uno de los períodos más duros fue el de la polémica con los "intransigentes". "Tuvo que sufrir muchas contrariedades, que soportó serenamente; contrariedades no sólo por parte de los enemigos de la fe, sino también de parte de muchos pseudo católicos que no aprobaban su celo que ellos llamaban intempestivo" (Test. C. Mangot, *ivi*, f. 42). "La cuestión con el Presbítero David Albertario fue terrible: el Obispo Scalabrini tuvo grandes disgustos. Este Sacerdote, considerado como periodista, era imprudente y pretendía dictar leyes a los Obispos: con justa razón el Obispo no quería que se leyese el "Observador Católico". Pero después, cuando el Presbítero Albertario mudó de conducta, el Siervo de Dios lo perdonó, dándole signos de mucha benevolencia" (Test. P. Scarani, *ivi*, f. 481), actuando enérgicamente ante el gobierno para obtenerle la excarcelación después de los hechos de 1898 o por lo menos el permiso para celebrar Misa y vestir el hábito talar. Antes lo había invitado a dar una conferencia en el episcopado, y el sacerdote, "con palabras emocionadas hizo mención a sus relaciones con Mons. Scalabrini, afirmando su criterio que, anunciando la verdad, hay que ser intransigentes. Mons. Scalabrini, respondiendo con la misma emoción, afirmó que para la verdad no basta con ser intransigentes sino es necesario ser muy intransigentes, pero usando también la caridad" (Test. A. Ghizzoni, *ivi*, f. 766). "Defendió los derechos de la Iglesia contra sus enemigos con fortaleza, pero también con caridad. Para mí es fortaleza singular de Mons. Scalabrini el haber sabido afirmar su pensamiento en las cosas opinables contra la corriente intransigente de esos tiempos, también ante el Sumo Pontífice, no preocupándose por los múltiples disgustos que de este comportamiento suyo le podían derivar" (Test. F. Lotteri, *ivi*, ff. 712-713).

En todas estas circunstancias, sin embargo, más que la fortaleza en sí, hay que admirar ese aspecto particular de la fortaleza que es la paciencia, demostrada por Scalabrini en el silencio rigurosamente observado cuando había peligro de que se comprometiese el prestigio del Papa, en soportar, sin abatirse y sin tristeza, las ofensas y las desventajas que afectaban solamente su persona, y especialmente con la amplitud del perdón insistentemente ofrecido y abundantemente concedido a quienes

lo habían ofendido en los sentimientos más apreciados como el amor por la verdad, la devoción por el Papa y el amor por la diócesis y por su clero.

4) *“La entereza del carácter”: el retrato del hombre Scalabrini en la correspondencia con Bonomelli*

Scalabrini eligió como modelo de su episcopado y de sus misioneros a San Carlos Borromeo, porque fue “ejemplo de todas las virtudes que conforman al verdadero Apóstol de Jesucristo” y también porque veía en él a “uno de los hombres de acción que no dudan, no se dividen, no retroceden nunca, que en cada acto suyo vuelcan toda la fuerza de su convicción, toda la energía de su voluntad, toda la entereza de su carácter, todo su ser” (A los Misioneros para los italianos en las Américas, Piacenza 1892, pág. 13).

La entereza del carácter es uno de los aspectos más típicos del hombre y siervo de Dios, Scalabrini. Ella se revela, por ejemplo, en la amistad que, aun humanamente hablando, presupone una virtud. Ya Cicerón decía: “Sin virtud no hay amistad... Es la virtud que forma la amistad y la conserva, porque en ella se halla la armonía, la estabilidad, la constancia”. Santo Tomás precisa: “Más que una virtud, es una consecuencia de la virtud”. En la amistad el creyente “divinizado” en la conformidad a Cristo conddivide el modo divino-humano de amar propio del Señor: es amigo en Cristo, con Cristo y por Cristo.

Armonía, estabilidad y constancia caracterizan la emblemática amistad entre Scalabrini y Bonomelli, pero todavía más la “filadelfia”, o sea el ser amigos-hermanos, el llevar las cargas uno del otro, el recíproco cuidado y solicitud, el amor desarmado y constructivo, que participa de las alegrías y de las esperanzas, pero que se revela especialmente en ayudar al hermano en dificultades, en colaborar en el crecimiento recíproco en el amor “con el que Cristo nos ha amado”, hasta la corrección fraterna, que busca prevenir el riesgo de un mal moral en la coherencia con el Evangelio.

En el Proceso, el interrogatorio referente a esta amistad, fue puesto en términos más bien negativos: se preguntaba si Scalabrini hubiese “sido prudente tanto de no haber incurrido en ninguna responsabilidad por lo desagradable que le ocurrió a aquél ilustre Prelado”. La atención de los

Testigos por lo tanto se concentró más sobre el aspecto prudencial que sobre el aspecto humano y cristiano, y algunos insistieron sobre el rol de moderador que Scalabrini ejerció con respecto al amigo, aportando también episodios que, aunque más no sea, demuestran la transparencia, la “santa libertad” y por lo tanto la autenticidad y la lealtad de una relación que estaba basada sobre la virtud. No faltaron, sin embargo, los testigos que pusieron en relieve la fraternidad y la plena participación en la problemática recíproca. Nos bastará mencionar un testimonio que resume a los demás: “Mons. Scalabrini fue para Mons. Bonomelli el verdadero amigo que asume las penas del otro, que lo defiende en público y en privado, también ante la Suprema Autoridad del Pontífice y lo aconseja con sabiduría y prudencia” (Test. L. Cornaggia Medici, f. 736).

En realidad nadie podía conocer a fondo la ejemplar amistad de los dos obispos, fuera de ellos mismos, que se abrían el corazón solamente en la intimidad de los coloquios y de la correspondencia confidencial. Por suerte por lo menos ésta nos ha sido conservada y revela aspectos muy interesantes de su historia personal y de sus vicisitudes humanas, además de detalles y pormenores hasta hace poco inéditos en la historia de la Iglesia italiana de esa época. Bonomelli, un año después de la muerte del amigo, evoca así los 37 años de su relación:

“Vernos, hablarnos y sentirnos unidos por una estrecha amistad fue una sola cosa; y esa amistad tan limpia, tan querida, tan afectuosa duró inalterada hasta el primero de Junio del año pasado, cuando Scalabrini dejó la tierra por el cielo [...]. Nuestra relación se mantenía viva y crecía gracias a un carteo periódico e interesante en el que nos comunicábamos nuestras ideas, nuestras esperanzas, nuestros temores y nuestras alegrías con esa libertad santa que no conoce secretos.

En 1871 yo fui nombrado Obispo de Cremona y pocos años después él era nombrado Obispo en Piacenza. La Providencia nos puso cerca y nuestras relaciones por cartas y visitas se hicieron más frecuentes y, si era posible, más íntima la amistad, sobre la cual, en el transcurso de 35 años no pasó jamás la más leve nube. Entre nosotros dos no había secreto alguno y no se podía tampoco sospechar: él, el amigo, leía en mi corazón como yo leía en el suyo y creo que difícilmente dos amigos se hayan encontrado nunca tan al unísono como nosotros dos. Y esta amistad, si bien íntima, no disminuía la libertad de pensar y actuar sobre diversos puntos, por el contrario la hacía más suave y más sólida y, ante la necesidad, heroica, y Mons. Scalabrini me dio reiteradas y sublimes

pruebas en momentos difíciles [...]. Fiel a la amistad hasta el heroísmo, no dudaba un solo instante en hacer propia la causa del amigo, en enfrentar disgustos, en desafiar peligros para prestarle servicios" ("El Emigrado Italiano en América", junio de 1906, págs. 74-75).

Uno de los "momentos difíciles" está ligado a la publicación del folleto de Bonomelli *Roma e Italia* y la realidad de las cosas. Bonomelli manifestó al amigo la voluntad de intervenir públicamente en la Cuestión Romana desde 1887: "Ud. sabe que no le oculto nada, nada [...]. Antes de poner mano, a Ud., como amigo a toda prueba, abro mi alma y digo todo, pidiéndole consejo" (Bonomelli a Scalabrini, 2.4.1887). Scalabrini tanteó el terreno en Roma y aconsejó hacer una edición reservada al Papa, al rey y a algunos prelados, y de ir despacio: "Despacio empero, cuidado a los malos pasos, amigo mío. Los tiempos van madurando, sin embargo no me parecen todavía maduros como para decir enteras ciertas verdades" (Scalabrini a Bonomelli, 12.12.1887), pero Bonomelli, que no podía más, sobrepasó la prudencia de Scalabrini, publicando el opúsculo el 1ro de marzo de 1889, avisando al amigo el hecho consumado. El Obispo de Piacenza no aprobó, pero no se ofendió por este acto impulsivo: como era su estilo, asumía los hechos cumplidos, también aquellos que personalmente no habría realizado ni aconsejado, y se preocupaba solamente por evitar las consecuencias negativas y, si era posible, extraer frutos positivos. Se hizo mediador entre el Papa y Bonomelli cuando el opúsculo fue puesto en el Índice (í fue prohibido a la lectura de los fieles!) y el Obispo de Cremona hizo la célebre declaración pública de sumisión durante la homilía de Pascua, defendió su sinceridad, suplicó a León XIII de no exacerbar el alma herida de quien había obedecido "como hijo, no como siervo": "Dios le bendiga por lo que ha hecho por mí, por el afecto que me ha demostrado" (Bonomelli a Scalabrini, 26.4.1889).

Y cuando Bonomelli, que debía "tener el alma harta y rehartada por estas molestias" (Scalabrini a Bonomelli, 11.5.1889), dijo que "soñaba con una celda en el desierto", Scalabrini lo alentó a tener fe en las ideas justas:

"¡Pero qué celdas y celdas! Que vaya a sepultarse quien es causa de la ruina de tantas almas, no un obispo que, como Ud., ha dicho, ha escrito, ha hecho tanto para impedirlo. ¡Qué, qué! Dios lo ha colocado en el campo de batalla y debe quedarse, aunque cayesen de todos lados las

balas enemigas. Ud. es un herido glorioso. Además las ideas caminan. Son ideas de verdad, de caridad y de paz. Apártese y déjelas caminar. La victoria no puede fallar y Ud. podrá decir de haberle abierto el camino” (Scalabrini a Bonomelli, 6.6.1889).

Al año siguiente Bonomelli fue denunciado al S. Oficio por algunas notas agregadas a la traducción de las obras de Monsabré. Scalabrini trató de tranquilizarlo: “Quédese tranquilo. La fase que comienza es dolorosa, sí, mas llena de luz. Dejemos actuar a la Providencia. En cuanto a mí, es inútil que le diga que haría por Ud. lo que no haría por mí mismo [...]. Calma, coraje y confianza en Dios y adelante” (Idem, 17.4.1890). Desafortunadamente la condena llegó y una vez más Scalabrini estuvo cerca del amigo:

“Participo con toda el alma de vuestros dolores y de vuestras penas; pero es necesario ser fuertes y llevar con gran dignidad el peso del presente sufrimiento. Estoy seguro que un día no lejano se le hará justicia [...]. In omnibus, escribía S. Ambrosio, cupio sequi Ecclesiam Romanam: sed tamen et nos homines sensum habemus [En todo deseo seguir a la Iglesia Romana: mas también nosotros los hombres tenemos entendimiento]: me parece que quisiese decir: ¿porque soy Obispo debo dejarme manejar como se maneja a un burro?! (...). Adiós, querido amigo, tenga coraje, ponga su causa en las manos de Dios, que lo consolará, como yo le suplico todos los días” (Idem, 28.4.1890).

En 1892 el Papa estuvo a punto de sacarle a Bonomelli la diócesis y de enviarlo en misión diplomática a América Central. El Obispo de Cremona rogó a Scalabrini que hablara personalmente con León XIII. El amigo interrumpió su viaje a Sicilia y corrió a ver al Papa: “Le hablé fuerte. Me contestó que habría tratado el asunto con los debidos cuidados y desde el punto de vista de su interés, y que lo habría tratado él mismo directamente con usted. Usted necesita sangre fría y firmeza [...]. Si debe corregir alguna cosa, corrija, pero firme en el puesto” (Scalabrini a Bonomelli, 16.5.1892). El mismo Scalabrini preparó para Bonomelli una carta de defensa tan fuerte que el Obispo de Cremona no se animó a enviarla a Roma, mostrando también en este caso un indicio sobre el carácter de Scalabrini:

“Expavi [Me espanté] frente a esos tonos tan fuertes y bravos. Pero, diga, ¿Usted se atrevería a escribir así allá arriba? Estoy asombrado de su coraje y lo admiro; temería un castigo desde luego, yo, como yo. Usted es otro ser y, no sé cómo, en su boca ciertos cañonazos son aceptados, ípero en boca mía!...es otro asunto” (Bonomelli a Scalabrini, 30.5.1892).

Scalabrini, de vuelta, habla no de coraje, sino de deber: “Entiendo el respeto, la obediencia, la piedad, el heroísmo, entiendo todo; mas un Obispo no es dueño de su honor como puede serlo un particular” (Scalabrini a Bonomelli, 10.6.1892). Bonomelli finalmente decidió defenderse personalmente ante el Papa, quien le prometió enviarlo algunos meses a América sin sacarle el título de Obispo de Cremona. Scalabrini, tras el pedido de Bonomelli, se preocupó para que se evitase también esta solución de compromiso, y continuó tranquilizando al amigo que estaba ansioso (“dentro de poco o me hago fraile o me convierto en Savonarola”):

“¿Hacerse frailes, convertirse en Savonarola? Sería buena cosa lo primero para quien tiene verdadera vocación; gloriosa la segunda para quien se anima a tanto; pero lo mejor será no hacer nada; atendiendo con el mayor empeño posible el promover la gloria de Dios y el bien de las almas, con la seguridad que si scimus tacere et pati videbimus auxilium Domini [Si sabemos callar y sufrir experimentaremos la ayuda del Señor]. Mientras tanto trabajemos, recemos y esperemos tiempos mejores” (Scalabrini a Bonomelli, 10.7.1893)

En 1895, estallado el cisma de Miraglia, le tocó a Bonomelli consolar al colega: “Mi ojo, y con el ojo el corazón siempre está dirigido hacia Piacenza, a Ud., muy querido entre los amigos. Su padecimiento parece increíble y lo siento en el corazón, como si fuese mío” (Bonomelli a Scalabrini, 27.1.1896). En 1899 Scalabrini le devolvió el favor corriendo a la cabecera del amigo afectado por una enfermedad peligrosa. En 1900 puso en guardia a Bonomelli del peligro que la Obra para los emigrados italianos en Europa fuese politizada e instrumentalizada por intereses nacionalistas de los organizadores laicos. Se puede discutir la objeción del Obispo de Piacenza: “no amo a los laicos iniciadores” “en las cosas estrictamente religiosas”, si se considera como principio. Pero se deben considerar también las circunstancias concretas. Bonomelli siempre había sido el más acérrimo enemigo de los “obispos en sombrero” [Nota:

los “obispos en sombrero” eran los laicos “intransigentes”, dirigentes de la Obra de los Congresos a los que, los obispos de Piacenza y de Cremona reprochaban la tendencia a sobrepasar la autoridad de los obispos], cuando se trataba de intransigentes: Scalabrini le recordaba que esto debía valer también para los transigentes: “¿No se gritó tanto contra los Obispos en sombrero? Amo la equidad y la coherencia con todos” (Scalabrini a Bonomelli, 24.4.1900).

Mons. Bonomelli creyó que la amistad se estuviese enfriando, mientras el año precedente, en ocasión de su enfermedad, el amigo había sido “todo para él”. Scalabrini lo tranquilizó: “Si el año pasado en estos días, como Ud. dice con benevolencia, yo fui todo para Ud., puede estar bien seguro que soy y seré todo para Ud. también en el porvenir y también cuando ciertos descuidos prácticos no me agradan” (Idem, 21.6.1900).

Tal claridad y franqueza no podían enfriar una amistad auténtica. Cuando Bonomelli no siguió el consejo de no hacer una edición pública del opúsculo conciliadorista, Scalabrini dijo: “Si continúa así le sacarán hasta el bautismo”. No dudó en demostrar su desagrado al ver expuesta la bandera tricolor en el palacio episcopal de Cremona el 20 de Septiembre, aniversario de la toma de Roma: “Pero ¿qué hace?... ¿Qué le pasa por la mente?; ¡Ud. es un hombre de ingenio pero no entiende! Se diría que primero hace las cosas, y luego las piensa” (Test. L. Mondini, Proceso Diocesano, ff. 134-135). “Ud. y el Presbítero Albertario en diversos aspectos se parecen”. (Test. F. Lotteri, *ivi*, f. 710).

Mons. Bonomelli, en su rectitud y en su sincero amor por la Iglesia, aceptaba dócilmente la “corrección fraterna”, declarando más bien que ella demostraba la autenticidad de la amistad, que no es nunca egoísta ni posesiva: “Esta amistad, si bien íntima, no disminuía la libertad de pensar y de actuar sobre diferentes puntos, por el contrario la hacía más sólida y de ser necesario, heroica”.

También en el campo de la amistad encontramos semejanzas con San Francisco de Sales, que, definiéndose: “Yo soy un hombre, nada más”, no dudaba en declarar: “No hay nadie que ame más cordialmente, más tiernamente, y, para decirlo francamente, más amorosamente que yo”. Volvamos a leer algunos pasos de la correspondencia Scalabrini-Bonomelli:

“Omnia mea tua sunt [Todo lo mío es tuyo], y sepa que yo le amo no sólo como cohermano, sino también como a un hermano muy amoroso” (Scalabrini a Bonomelli, 19.6.1882).

“No he querido escribirle en estos días para respetar su dolor filial, que sentí en lo más íntimo de mi corazón como si se tratara de mi padre. Todo lo que a usted respecta, me conmueve vivamente” (idem, 25.4.1883).

“El fuego de nuestra amistad es tan grande que nec flumina obruent illum [ni los ríos lo cubrirán]” (Idem, 27.11.1883).

“Los augurios son para muchos un cumplido, un acto de conveniencia, pero los míos formulados a usted son un hecho del corazón, una expresión de elevadísima estima, de profunda y reverente amistad, de inalterable unión” (Idem, 21.12.1883).

“Los primeros y mejores votos de mi corazón para las santas fiestas navideñas son para Ud., dimidium animae meae [mitad de mi alma]. Nuestras almas están unidas por vínculos misteriosos y también desde lejos se hablan y se comprenden siempre” (Idem, Navidad de 1892).

La amistad humana en un “hombre espiritual” es amistad cristiana, hecha trascendente por la caridad, hecha partícipe de la amistad que Cristo ha ofrecido a los hombres, practicada por quien está en intimidad con Dios y expresada en la medida en que Dios hace participar de su vida. Ella es ayuda recíproca a crecer en el “conocimiento y en el amor” de Cristo y en Cristo, de la Iglesia y de todos los hombres. Es, en otras palabras, experiencia caritativa eclesial y experiencia caritativa apostólica.

Ya en 1941, el Teólogo Censor encargado de examinar los escritos de Scalabrini, hacía esta declaración sobre las cartas:

“Ellas revelan, mucho más que los escritos públicos, a un hombre verdaderamente santo. Son documentos clarísimos de todas las virtudes: de la fe del justo, con la que el Siervo de Dios aceptaba de la mano de Dios todas las cosas, favorables o contrarias, y todas las refería a Dios; de la esperanza sobrenatural, por la cual, nunca decaído en el espíritu, sino que únicamente apoyado en Dios, ha creído, esperando contra toda esperanza, y, aunque carente de dinero y de ayuda humana, emprendía obras grandiosas; de la caridad muy ardiente hacia Dios y el prójimo, de la caridad, digo, que es paciente y benigna, que no es envidiosa, que no se vanagloria, no se infla, no busca su propio interés. Además de las eximias virtudes teologales, resplandecen también las virtudes morales. Brilla la pietas in Deum, no nutrida por el sentimentalismo, sino genuina, brotada de la caridad. Resplandecen también la prudencia en el actuar, la justicia especialmente distributiva, la fuerza en soportar las

contrariedades, no sólo por parte de los enemigos, y las incomodidades de la vida y de los viajes por tierra y por mar. No menos admirable es la humildad, la dulzura, la mansedumbre, el desinterés, la mortificación interior y exterior” (Positio super Causae Introductione, Iudicium prioris Theologi Censoris, pág. 11).

El mismo Censor no esconde “imperfecciones y defectos”, que fueron luego aquellos que bloquearon por tantos años la Causa: pero el Congreso Peculiar de los Consultores Teólogos de 1986 ha aceptado en pleno el juicio de 1941: “Mendae autem quae notari possunt apparent sicut levissimae nubes in lucidissimo coelo [Sin embargo, los defectos que pueden ser notados aparecen como ligerísimas nubes en un cielo clarísimo]” (ivi, pág. 12). Por lo demás el mismo Scalabrini, cuando hablaba a los novios, recomendaba mantener siempre lejos “esos espantosos nubarrones que densamente ennegrecidos parece que le sacan la luz al sol amenazando granizo y tempestad”. Pero agregaba: “Habrán visto con frecuencia esas nubecillas livianas que adornadas de oro y plata, circundadas por inimitables colores difusos hacen, con varias agraciadas formas, de sí mismas un sorprendente espectáculo, casi compitiendo con la belleza del cielo completamente sereno. Sin embargo ¿de dónde le viene tanta belleza a esos vapores levantados y juntados para turbar la serenidad del cielo? Bien lo sabemos, es el sol amigo quien con su influjo las llena e invisiblemente las embellece [...]. Amen al sol de la caridad, que es Dios; tengan siempre presente la caridad crucificada que es Jesucristo; inflámense con la caridad, que es difundida en las almas cristianas por el Espíritu Santo” (Discursos para Matrimonios. AGS 3018/29).

B - SCALABRINI COMPROMETIDO EN LO SOCIAL

1) *“El socialismo y la acción del clero”*

En el siglo pasado, quizás menos que en la primera mitad del nuestro, se discutía la cuestión del compromiso humano del cristiano, y especialmente del cristiano sacerdote y religioso, en búsqueda de la perfección espiritual, a efectuarse por intermedio de la ascética. Había quien, precisamente en nombre de la ascética que implica un desapego

de los bienes terrenales, proclamaba cierto desapego del compromiso con el mundo, compromiso que en un análisis ulterior sería siempre caduco, en cuanto la salvación del hombre consiste en la salvación del “alma” y la realización del designio salvífico de Dios se cumplirá solamente en los “cielos nuevos y tierra nueva” del éscaton. Otros en cambio partían de la consideración que la encarnación de Cristo ya ha “elevado” la creación, la ha consagrado en su humanidad, y ha concentrado en su persona humana y divina todas las cosas, las visibles y las invisibles, sujetándolas al señorío de Dios. El mundo, por lo tanto, tiene un valor intrínseco y nosotros podemos y debemos usarlo en una dimensión espiritual, en cuanto es continuación del misterio de la Encarnación: y un cristiano no puede dejar de participar en todo el proceso iniciado por la Encarnación.

En los tiempos de Scalabrini la cuestión teórica estaba ya resuelta en la práctica, no tanto a través de una “teología de las realidades terrenales”, sino por el camino real de la caridad; baste pensar en San Vicente de Paul, en Don Bosco, en Cottolengo, en Don Guanella, en Federico Ozanam, por limitarnos a aquellos que estaban más cerca suyo ya sea por la consonancia del pensamiento o por la proximidad histórica. Además, la importancia que él daba al concepto de la continuación de la Encarnación en la historia, en la Iglesia y en las personas humanas, lo orientaba hacia aquella dimensión esencial de la ascética cristiana, que es aceptación de la realidad humana, hecha en Cristo el “cuerpo” de la divinidad.

Ya hemos tenido oportunidad de notar que la espiritualidad de Scalabrini era otra cosa, nada desencarnada, y que, antes que inducirlo a la evasión de la realidad y de la participación histórica, lo lanzaba de lleno en el corazón de la realidad vivida y contemporánea, aún conservando la “reserva escatológica” y la supremacía de la contemplación sobre la acción. San Agustín había dicho: “Nadie debe ser tan contemplativo como para no pensar en su misma contemplación en la necesidad del prójimo, ni tan activo como para no buscar la contemplación de Dios” (De Civitate Dei, 1, 19). Scalabrini lo había traducido para sus misioneros: “Pondrán por fundamento de la propia vida apostólica aquella gran máxima de los Santos, o sea de no aplicarse nunca tanto a la salud del prójimo como para descuidar la suya, y de no abandonarse nunca tanto a las dulzuras de la vida interior como para descuidar el ejercicio del Ministerio apostólico” (Reglamento de 1888, c. 12, 2). Y “Ministerio

apostólico” de los Misioneros de San Carlos debía ser: “mantener viva en el corazón de nuestros connacionales la fe católica, y procurar en lo que es posible su bienestar moral, civil y económico” (ivi, c. 1, 2).

Ciertamente él no habría aprobado a quien se hubiese dejado absorber completamente por el compromiso social con los pobres, los oprimidos, los marginados, los “parias” de la sociedad civil, como él definía a los emigrados, como para olvidar las formas de espiritualidad de la oración y de la meditación; y habría juzgado una desviación considerar estas formas, o hasta los sacramentos, como expresiones de individualismo, de intimismo egoísta y de alienación de la realidad en la que vive el prójimo. Habría, por el contrario, condenado como alienante una visión de la Cruz que separase los sufrimientos de la Cabeza de la de los miembros del Cuerpo de Cristo. Su devoción por Cristo presente en la Eucaristía -ya hemos hablado de ella- fue también una entrega a Cristo presente en el “pobre” y en el “infeliz”; su devoción a Cristo crucificado se concretó en servir con compasión, no sólo, sino también con eficacia a los miembros del Cuerpo que comparten en la historia los sufrimientos de Cristo.

Mons. Scalabrini reflexiona con frecuencia sobre la crisis de la sociedad contemporánea, investiga las causas, mide las dimensiones, las encuadra en el contexto histórico, eclesial y mundano, prevé las posibles consecuencias. Acepta la realidad sin abatirse, sin retirarse de la lucha, proyecta soluciones y medios para alcanzarlas, busca aliados entre los amigos incluso más allá del estricto círculo eclesiástico y de la ortodoxia pura, mira con confianza el éxito final, prevé, quizás utópicamente, pero sobre todo esperando en Dios, un mañana mejor. Y confía también en los hombres, convencido que Dios los quiere colaboradores de su designio sobre el mundo.

Por esto llama a los cristianos a la “acción católica”:

“Es justamente éste el fin de la acción católica: promover, con una organización acorde con las exigencias de los tiempos, este movimiento de retorno, entrado ya en la consciencia de todos los honestos: volver a llevar de nuevo a Jesús en la escuela, en las costumbres, en la sociedad.

Nuestro objetivo, por lo tanto, no es hacer política, como quisieran dar a entender nuestros adversarios. Nosotros queremos ante todo hacer obra de saneamiento moral, y proveer luego a las necesidades de orden económico que respondan a las legítimas aspiraciones especialmente de

la clase obrera. Los explotadores del pobre pueblo han hecho hasta aquí magníficas promesas, pero luego faltaron a todas ellas. Han prometido pan y justicia, y hoy al pueblo le faltan justicia y pan.

Ahora bien, nosotros queremos, justamente para beneficio del pueblo, organizar instituciones benéficas, ampliar el socorro mutuo, favorecer la industria y el comercio, fecundar las obras de caridad que sean más oportunas en nuestros días" (Acción Católica, Piacenza 1896, págs. 7-9).

Ya como párroco en Como, fundó una sociedad de socorro mutuo para los obreros textiles, obtenía las "piezas" para trabajar a domicilio, exhortaba a los terratenientes a invertir el dinero en nuevos puestos de trabajo: "se hacía intermediario entre los industriales de la seda y los obreros que reclamaban trabajo y la mayoría de las veces eran socialistas declarados" (Test. A. Bianchi, Proceso diocesano, f. 630).

Ya Obispo, ante el surgimiento de las luchas sociales que corrían el riesgo de ser instrumentalizadas por el marxismo, incitó a los sacerdotes, ante todo a estudiar los problemas sociales y luego a favorecer al asociacionismo, a promover obras de previsión y de socorro mutuo, bancos católicos y cajas rurales, cooperativas de producción, de consumo y de seguro, los exhortó a dedicarse a todas "las formas modernas de hacer el bien para el prójimo" (El socialismo y la acción del clero, Piacenza 1899, pág. 42).

"Algunos de Uds. ya han intervenido para allanar las divergencias frecuentes entre patronos y campesinos, y yo mismo con Uds., en las visitas pastorales, me he preocupado para hacer desaparecer usos y honorarios de otros tiempos. Continúen por ese camino con prudente firmeza y no permitan, en lo que depende de ustedes, que abusos e inmoralidades hagan todavía más pesada y dolorosa la vida de los trabajadores y de los pobres.

Uds. podrán aportar otras ventajas a los colonos, estudiando para ellos los nuevos hallazgos y sistemas agrícolas, que aumentan mucho, casi sin gastos y sin mayores esfuerzos, la producción de los campos [...].

En estos veinte años he visto muchas propiedades parroquiales, en otros tiempos casi incultas, transformadas en viñedos y campos ubérrimos por loable iniciativa de los párrocos, y con su ejemplo, territorios enteros vivificados y fecundados por un trabajo más intenso y más racional. Quisiera que lo que fue obra de pocos, fuese en el futuro para todos. Para este fin he instituido, entre otras, en los Seminarios diocesanos, Cátedras agrícolas, para que puedan proveer al clero joven esos conocimientos

que lo pondrá en condiciones de impartir a las poblaciones que le serán confiadas un día, junto al pan del alma, el pan del cuerpo.

Mientras tanto no será difícil, para quien lo desee, aprender de los libros esos pocos conocimientos necesarios para dar a los campesinos, muy frecuentemente apegados a las viejas costumbres, las sugerencias oportunas y las indicaciones prácticas, fáciles para entender y aplicar y que también son el resultado de largos estudios y experiencias costosas. Son muy útiles también para este objeto las Conferencias agrarias, y yo encarecidamente se las recomiendo" (Ivi, págs. 43-44).

Para "llevar de nuevo a Jesucristo en la sociedad" además del "saneamiento moral" deben converger todas las iniciativas y todas las providencias "de orden económico que respondan a las legítimas aspiraciones especialmente de la clase obrera".

La humanización del trabajo debe ser favorecida, no obstaculizada, por el progreso científico y tecnológico. El progreso, por lo tanto, debe estar "guiado" por el Evangelio:

"Obligatoria misión para los católicos es la de estudiar la cuestión social y ocuparse de ella activamente. El mismo Santo Padre [...] nos ofrece el ejemplo. Es un nuevo campo que él señala para el celo y para la actividad de sus hijos. Se trata de hacer lo opuesto de lo que hace la revolución. Esta se empeñó en apartar a las multitudes, y especialmente a los obreros de la Iglesia: ahora es necesario, repito, volver a templar las mentes y los corazones según las grandes verdades del Evangelio.

Aquí únicamente, quíerase o no, está el remedio a los males presentes y la prevención para aquellos más tremendos que amenazan a la Iglesia. Adelante también con las máquinas, con las industrias, con los descubrimientos, con las conquistas de las ciencias. Que a precio de duros sacrificios el hombre progrese, que trate de mejorar en todo, y bajo todas las formas, la condición de su existencia, está bien. Yo me alegro de esto con todo el corazón, porque todo esto en definitiva sólo logra glorificar la obra de Dios.

Lo que queremos nosotros, hombres de Iglesia, es que el Evangelio sea llamado a dirigir estas transformaciones económicas e industriales, que la práctica sincera de su ley purifique y ennoblezca los progresos materiales" (Centenario de San Luis - Encíclica del S. Padre - Obolo del amor filial, Piacenza 1891, págs. 10-11).

Como en la inmigración divisaba un medio de unificación de la humanidad, destinado por la Providencia a preparar la "gran unidad",

o sea la unificación de la humanidad en Dios por Cristo en la Iglesia, así en el trabajo, mandado por Dios, y en la humanización del trabajo después de los aspectos negativos y dolorosos consecuentes del pecado, él veía una contribución a la realización del designio salvífico de Dios: contribución que se concreta en el servicio de Dios y de su Reino, en la autorrealización de la persona como partícipe de la obra creadora (y también del “descanso”) de Dios, al servicio de la comunidad, favorecido por el redescubrimiento de la unidad y de la solidaridad de los trabajadores.

El hombre debe trabajar y negociar los talentos que le han sido asignados, para realizar el plan divino, que se completa en la eternidad, pero se prepara con el compromiso terrenal.

“La religión católica, que ha hecho conocer al hombre su grandeza revelándole claramente ese altísimo fin al que está destinado, le ha impuesto también deberes proporcionados con la sublimidad de este mismo fin. El cristiano no puede restringirse en su obrar entre los angostos límites de la razón y del tiempo, sin renegar de su origen divino y su noble destino [...]. En este designio grandioso ninguna cosa se ve ya aislada: un ser se une con otro, una acción con otra, todos los individuos como todas las naciones cumplen con su tarea y su parte de trabajo asignada para el perfeccionamiento del edificio. Cumplir con esta parte es corresponder a las intenciones de la Providencia, un entretejer en el tiempo esa corona eterna de justicia que San Pablo se veía ya sobre la frente antes de morir. Dejarla imperfecta es perturbar el orden establecido por Dios, traicionar su expectativa, un hacer más grave en sí mismo la falta de ese siervo que sepultaba el talento en cambio de hacerlo producir” (Discurso para la primera reunión Anual de los Comités Parroquiales, 1882. AGS 3018/8).

Dios le ha conferido al hombre la dignidad, no solamente en el orden de la gracia adoptándolo como hijo, sino también en el orden de la naturaleza que le ha sido sometida y que él domina con el trabajo:

“Si nosotros no somos el último fin de las cosas creadas, ciertamente en el orden físico somos su objetivo inmediato; ya que todas nos han sido sometidas, todas sirven para nosotros: *constituisti eum super omnia opera manuum tuarum; omnia subiecisti sub pedibus eius* [Lo constituiste sobre todas las obras de tus manos; todo lo sujetaste bajo sus pies]. Efectivamente, ¿por qué difunde el sol los torrentes inexhaustos de su luz? ¿Quién le rapta a la electricidad sus fuerzas, destinándola a recorrer determinados caminos, a convertirse en instrumento de

tracción, de movimiento, de vida nueva? ¿Quién obliga a un rayo de sol a transformarse en mágico pintor de las obras de la naturaleza y del arte? ¿Quién sujeta el aire y el vapor al propio carro para vencer en la carrera al vuelo de los pájaros? [...] Todas estas maravillas no se explican, todas estas cosas no tienen razón de ser, de multiplicarse, de durar sin el hombre” (Discurso para la inauguración del Templo del Carmen en Piacenza, 17.2.1884. AGS. 3018/2).

Uno de los constitutivos de la dignidad humana es la libertad, “libertad que vertiéndose sobre el mundo exterior se convierte en trabajo que produce, modifica, aumenta, asimila las fuerzas de la naturaleza y le imprime su signo [...]. El hombre se vuelve a encontrar con todos los derechos de su ser en todo lo que sale de sus manos o de su inteligencia, y el estar impedido de usar como de obrar según su voluntad, o peor, estar obligado a producir o usar de los productos en una forma más que en otra, quiere decir estar en poder de los demás, ser esclavo [...]. El trabajo es una forma de la libertad, o por lo menos esa cualidad que lo hace sagrado y le infunde la virtud de asimilar la obra del artífice y de hacer inviolable para todos lo que fue el producto de uno solo. Efectivamente ser libre quiere decir tener la posesión de sí mismo y el uso de todas las facultades corporales y espirituales y emplearlas en la obra que se prefiere, con el sólo límite de no ofender los derechos ajenos [...]. El hombre que no puede emplear sus facultades a su manera, o peor, que está obligado a emplearlas en forma ajena o que no puede usar libremente lo que produce, no pertenece más a sí mismo y como dije, es esclavo” (El socialismo y la acción del clero, Piacenza 1899, pp. 15-16).

A la patronal que obligaba a trabajar también en los días festivos Scalabrini reprochaba el atentado a la “dignidad y libertad humana”.

“¿Para multiplicar sus ganancias, para aumentar en provecho de ustedes la producción, quisieran hacer del hombre un esclavo, una bestia de carga? ¡Bárbaros que son! ¿Ignoran quizás que en ese cuerpo bronceado por el sol, en esos miembros endurecidos por el esfuerzo, vive un alma inmortal semejante a la de ustedes? ¿No saben ustedes que a los ojos de la ciencia y de la fe cristiana, el obrero es en todo, menos que en la condición, igual al más noble de los príncipes, al más poderoso de los monarcas? O mejor dicho, justamente porque es obrero, refleja más vivamente la imagen del Artífice eterno que dio ser y forma a las cosas, y del divino Artesano de Nazareth quien, con su ejemplo, ennobleció la

pobreza y el trabajo” (Como santificar las fiestas, Piacenza 1903, págs. 23-24).

Es superfluo recordar cuánto apreciase Scalabrini la unidad y la solidaridad, que en el campo social son indispensables:

“Dediquen pues todo su cuidado a las diversas sociedades que surgen entre nosotros, ya que el espíritu de asociación aumenta y estrecha los vínculos de hermandad humana, suple la debilidad de los individuos y repara los golpes imprevistos de la desventura: el hermano ayudado por el hermano es como una ciudad fortificada. Lejos, por lo tanto, de contrariar ese espíritu de asociación que se expande y penetra por doquier, continúen apoyándolo y hagan lo posible para orientarlo hacia el camino recto, cuando la inexperiencia o los malos consejeros intenten desviarlo [...]. En otros tiempos los ricos dotaban a la Iglesia de conventos y de instituciones públicas de caridad, hoy harían cosa más grata para Dios, si se pusiesen al frente de asociaciones obreras, de producciones y de cooperativas de consumo para mejorar las condiciones de los obreros” (El socialismo y la acción del clero, Piacenza 1899, págs.42-43).

No se puede ciertamente imputar a Scalabrini una “espiritualidad de fuga”, acusación que, generalizando demasiado, se atribuye a la espiritualidad del ochocientos, mientras, por el contrario, los beati possidentes [felices poseedores] y sus representantes de la época, o sea los gobiernos, bajo el pretexto del orden, intentaban sofocar la voz de la Iglesia y directamente la acusaban de connivencia con la eversión (emblemática la condena a la cárcel del Presbítero Albertario, acusado, junto con los jefes socialistas, de haber fomentado los motines de mayo de 1898).

“Los poderes civiles no tienen razón si continúan creyendo que el clero corteja formas reversivas y no siente que es inevitable la marcha fatal de la sociedad -ordenada previamente por un principio de indefinida perfectibilidad cristiana- hacia formas más elevadas de convivencia civil” (G. Borelli. El Clero católico y las condiciones político-sociales de Italia. Un coloquio con Mons. Scalabrini, “El Alba”, 15.7.1900).

Scalabrini repudia la ética individualista y privatística y favorece, en cambio, el compromiso social del cristiano y también del sacerdote.

“La Iglesia, mientras se aplica al cuidado de las almas, no descuida lo que atañe a la vida terrenal. Ella desea y trata en forma especial que los obreros sean sacados de la miseria. Y ella lo hace primero indirectamente, tratando de sacar a los hombres del vicio y amoldarlos a la virtud, y luego directamente, creando y promoviendo mil instituciones benéficas [...], inspirándose en esa caridad que no puede ser reemplazada por iniciativa humana, porque es virtud que brota solamente del Corazón santísimo de Jesucristo” (El socialismo y la acción del clero, Piacenza 1899, pág. 31).

Sin embargo no hay caridad sin justicia. Las obras de beneficencia y de asistencia por ese entonces eran más necesarias que ahora por un motivo de suplencia, que deriva justamente de la caridad. El Estado estaba todavía ausente, no existía la menor idea del “Estado social”. Scalabrini lo llama a su deber:

“Mas para resolver la cuestión obrera se requiere la colaboración de todos y de cada uno y especialmente de los gobernantes. Ellos deben colaborar primero en forma general promoviendo la prosperidad pública y privada, que deriva especialmente de las buenas costumbres, del buen orden de la familia, de la práctica de la religión y de la justicia, de la imposición moderada y de la distribución equitativa de las obligaciones públicas, del progreso de las industrias y del comercio, del florecimiento de la agricultura y de otras cosas semejantes.

El Estado debe proveer igualmente a todas las clases de ciudadanos, pobres y ricos, observando con inviolable imparcialidad la justicia distributiva.

Pero aún cuando el bien social deba ubicarse principalmente en la virtud, no obstante en toda sociedad bien ordenada, son necesarios también los bienes materiales. Ahora bien, ellos provienen del trabajo del obrero, en los campos o en las fábricas. El trabajo de los obreros es el que forma la riqueza nacional. Es por lo tanto justo que el Gobierno se interese por el obrero, haciendo que él también participe de alguna medida en esa riqueza que él mismo produce” (ivi, págs. 31-32).

Frecuente es la denuncia de las injusticias sociales, hecha en nombre del Evangelio, que anuncia el bien aún denunciando al pecado:

“Precioso instrumento en las manos ajenas, poderoso factor de las riquezas ajenas, al obrero, en nuestros días, algunas veces le falta lo necesario para vivir, y mientras el desarrollo comercial e industrial de un pueblo, el bienestar económico de una nación es, por lo menos la mitad, fruto de su trabajo, él a este bienestar no está llamado a participar [...].

La injusticia en las legislaciones, la avidez en las ganancias, ha hecho del obrero un esclavo del trabajo, luchando con el presente, desalentado del porvenir, desgastadas sus fuerzas y su vida para procurarse un pan que tampoco es suficiente para saciar su hambre [...]. Es por lo tanto una obra de justicia que es necesario iniciar, si se desea restituir la confianza y la tranquilidad a la clase obrera. Si los obreros tienen deberes, también tienen derechos, y estos derechos es necesario que la sociedad se los proteja, si no quiere que se los protejan ellos mismos con la violencia. Justicia, caridad: justicia para todos, caridad hacia todos" (Centenario de San Luis - Encíclica del Santo Padre - Obolo del amor filial, Piacenza 1891, págs. 6-9).

Scalabrini temió al "socialismo" de su tiempo, maximalista, "incendiario", provocativamente ateo y anárquico. Fue amigo de socialistas (los diputados Pablo Carcano y Angel Cabrini, y su mismo hermano Angel). No escondía su simpatía "por aquellos que sienten más viva la piedad hacia los infelices, más fuerte y más repelente la nausea por la corrupción, que penetra e invade los organismos políticos y de ellos obtiene los honores; apenas pueden tolerar, sin protestas, las injusticias sociales, el ocio, apacentado de pocos y la indigencia de los trabajadores, y, unidas en un individuo, la riqueza, el poder y la indignidad". (El Socialismo y la acción del clero, Piacenza 1899, pág. 4).

En el análisis de las causas, junta los fermentos anárquicos, la vida social "que se ha hecho salvaje", el individualismo exasperado, "el aguijón del malestar económico", la prepotencia del gran capital, y la pérdida de los valores religiosos. Mas cualquiera sea la interpretación del fenómeno, advierte, se trata de "una admonición que sería locura dejar pasar". Estudiando los remedios, condena ya sea la resignación fatalista ya sea la represión policial y militar, mientras considera necesario actuar sobre las causas: "quitar con sabiduría y justicia los males religiosos, morales y económicos" que están en la raíz de la situación ya explosiva.

Le desagrada no poder usar, por causa de posibles equívocos, el término "socialismo cristiano". Pero la Iglesia debe moverse. El clero debe ante todo rejuvenecer los estudios, porque "la moral, enseñada en las escuelas, no siempre da respuestas adecuadas, porque los problemas se refieren a las nuevas formas de la vida social, nuevos derechos y deberes". No hay que limitarse a ver en el socialismo una secta infernal, ni limitarse a llorar y rezar: "hay que bajar al campo" y aceptar y actuar también los "postulados justos" del socialismo, como el derecho a la coparticipación de las utilidades con un salario suficiente, el derecho

legal al trabajo, el derecho a la instrucción, el derecho a la salud, a la integridad personal, a la previsión contra las enfermedades y la vejez.

“La defensa de los derechos de los trabajadores está ordenada con severa energía de palabra y pensamiento” ya en el Antiguo Testamento. Cristo ha hecho causa común con los pobres y con los marginados, ha ayudado a todos, ha predicado la hermandad humana y la igualdad universal. “La regeneración de la sociedad, querida por Cristo, comienza en la tierra para terminar en el cielo: es regeneración moral para los ricos, los poderosos, los fuertes, los sabios; es redención moral y material para los desheredados” (Ivi, pág. 22).

La Iglesia, que recientemente había intervenido con la *Rerum Novarum*, “mientras se ocupa del cuidado de las almas, no descuida lo que pertenece a la vida terrenal. Ella quiere y se preocupa para que los obreros sean sacados de la miseria” (Ivi, pág. 31). Ella defiende “el derecho de propiedad, ya que está fundado en la ley natural; mas en cuanto al uso, no vacila en declarar que el hombre tiene que poseer los bienes externos como comunes y participar de ellos a aquellos que los necesitan” (ivi, pág. 30). Por su parte, “el Estado debe proveer igualmente a toda clase de ciudadanos, ricos y pobres, observando con inviolable imparcialidad la justicia distributiva” (Ivi, pág. 31).

Scalabrini agrega algunas consideraciones suyas a la encíclica de León XIII. Si las causas de la crisis social son el malestar económico y el debilitamiento del sentido religioso, los remedios deben ser dos: sabias leyes económicas y fortalecimiento del sentido religioso y del sentido del deber, especialmente en las clases dirigentes. Mas es necesario adoptarlos en forma simultánea:

“Ineficaz la reforma económica, ya que la naturaleza humana está hecha de tal manera que, si no está contenida por un alto sentimiento, desea y quiere lo que no tiene, y por lo tanto, en el caso concreto, cada concesión no sería más que alimento para esperanzas y deseos de concesiones mayores. Ineficaz la educación religiosa y civil, ya que malamente comprende la palabra de la fe quien tiene desesperación en el corazón, y el pan del alma debe ser compartido únicamente con el pan del cuerpo” (Ivi, pág. 38).

Pero Scalabrini no se entretiene en los principios, que hoy nos parecen superados (no hay que asombrarse: baste comparar la *Rerum*

Novarum con la Populorum Progressio y la Sollicitudo Rei Socialis), y se detiene en cambio sobre la acción que debe conducir el clero: reavivar en el pueblo la conciencia cristiana; enseñar a los pobres que la pobreza no es un deshonor y a los ricos que su dinero “debe ser empleado en forma útil para todos”; ser incansables, hasta inoportunos, en la misión de la caridad; condenar a la anarquía que quiere “destruir cualquier reino del mundo”, mientras al cristiano le corresponde solamente promover el reino de Cristo sobre la tierra; proceder con serenidad, discernimiento, ecuanimidad, ciencia y conciencia; buscar los remedios prácticos.

En este campo el obispo piensa en la configuración social de su diócesis, casi exclusivamente rural. Por lo tanto sugiere el asociacionismo, concretado en obras de previsión y de mutuo socorro; bancos católicos, cajas rurales que desarraiguen la usura, “la plaga del campo”; la modernización y racionalización de la agricultura (cátedra de Agronomía en el Seminario, conferencias agrícolas en las zonas rurales), iluminar y dirigir a la emigración.

Recuerda enérgicamente el principio enunciado desde hacía poco por el moralista P. Lehmkuhl: “Los cambios ocurridos en la situación social y en las disposiciones de los hombres llevan necesariamente a un cambio de táctica en el cuidado de las almas. Un pastor que no estableciese y desarrollase vigorosamente asociaciones en su parroquia olvidaría por completo su deber” (es un agregado hecho en la II edición, Turín, 1899, pág. 82).

Los sacerdotes deben apoyar los “postulados del socialismo moderno”: “limitación de la jornada de trabajo, el mínimo del salario fijado por ley, el derecho de trabajo, el derecho de huelga”, las providencias “sobre los jueces laborales, sobre la pensión a los obreros imposibilitados, sobre la reorganización del trabajo para mujeres y niños, sobre la higiene de los lugares de trabajo” (ivi, pág. 45). Mas actúen siempre como sacerdotes: “No deben Uds. olvidar nunca que son padres espirituales de todas las almas confiadas a vuestros cuidados, y vuestra intervención en asuntos fuera de la iglesia, y que Uds. juzgan de utilidad pública, no debe reavivar iras o partidos, sino unir a todos en el santo pensamiento de obrar el bien en provecho de los pobres” (Ivi. pág. 45).

La cuestión social, se pregunta finalmente Scalabrini, ¿es un problema de justicia o de caridad? Su respuesta parte de una premisa: “el mal que aflige a la sociedad moderna actual no es, como dicen los socialistas [y

como decían también los liberales], puramente económico, sino que es también moral, sobre todo moral". Por lo tanto es problema de observancia del Evangelio, que manda tanto la justicia como la caridad: "Uds. por lo tanto llamando a los individuos a observar la caridad evangélica y los preceptos de la religión, hacen obra de reivindicación social, ya que la salud de la sociedad está en primer lugar en la renovación religiosa y moral de los individuos: el resto vendrá solo" (Ivi. pág. 47).

2) Los problemas sociales de la inmigración.

El compromiso de Scalabrini en lo social se revela en muchos otros campos: pensemos en la creación de la primera sociedad de socorro mutuo para los obreros textiles en su parroquia de Como, en el Instituto de Sordomudas, en la Obra Pro Mondadoras de arroz, en la mediación en las huelgas de la botonería (que entonces era la industria más grande de la región de Piacenza), en la promoción de la Obra de los Congresos y de los Comités Católicos en casi todas las parroquias de la Diócesis, en la reestructuración de la Catedral emprendida también por una motivación social:

"No sé callar otra razón de naturaleza totalmente diferente, pero que debe también tener su gran peso (como lo tuvo para mí al hacerme tomar la responsabilidad de esta iniciativa) para todos aquellos a los que los sufrimientos de los obreros no son un medio fácil y simple de declamación, sino un hecho doloroso, al que todos debemos, cada uno en la medida de sus fuerzas, llevar alivio.

El malestar económico, grande en toda Italia, aquí es grandísimo por la falta de industrias que den una honrosa ocupación a aquellos que les falta. Yo, por lo tanto, pienso con vivísimo placer que el dinero que nosotros invertiremos en esta obra, se convertirá en pan para muchas familias; pienso que por algunos años, gracias a estos trabajos, tendremos en nuestra ciudad muchos menos brazos desocupados y que todos sus habitantes, directa o indirectamente, serán favorecidos." (Para nuestra Catedral, Piacenza 1894, págs. 6-7).

La intervención más importante es sin embargo la de la obra para los emigrantes. En el estudio del fenómeno se revela no tanto el ánimo del sociólogo o del economista, cuanto la reflexión espiritual de un

hombre de Iglesia sobre una realidad ante todo humana, que exigía una intervención urgente, concreta y, en la medida de lo posible, completa. La lección, proveniente del relevamiento de las dimensiones, “no termine en una estéril acusación, sino que sea el principio de una acción racional y práctica” (Italia en el exterior, Torino 1899, pág. 6). Comienza por una valiente denuncia de las causas injustas y por una toma de conciencia realista de las causas no dependientes del pecado individual o social. La denuncia de la ausencia del Estado, de la iniquidad de los impuestos, de la plaga de los agentes de enrolamiento, “verdaderos comerciantes de carne humana”, de la codicia de los patrones italianos, del esclavismo de los “fazendeiros” brasileños, del mafioso “sistema de los dueños” en los Estados Unidos, de los pseudobanqueros cómplices de “actos de piratería bancaria”, va a la par con la denuncia de todas las demás “infames especulaciones” morales y de las funestas consecuencias religiosas por las que se preocupa solamente el corazón de un hombre que es cristiano y obispo. Tampoco esconde culpas y omisiones de la parte eclesiástica.

Sostiene el derecho de emigrar, que debe ser ejercido en forma acorde con la dignidad humana, fruto de libre elección y no alternativa forzada por la inanición o la miseria, consecuencia de una explotación capitalista o nacionalista. Defiende el derecho a la protección de los derechos, de la salud, de la familia, del salario, de la cultura, de la asistencia y de la previsión por parte del Estado. Defiende el derecho de la propia identidad étnica, amenazada por la “asimilación forzada”, también por parte de la Iglesia, que tiene la misión universal de “evangelizar a los hijos de la miseria y del trabajo” y de velar “con corazón angustiado” por tantos hijos suyos “que en un aislamiento forzado van perdiendo la fe de sus padres y con la fe, todo sentimiento de educación civil y cristiana”.

La fundación de la Congregación de los Misioneros de San Carlos, de la Sociedad San Rafael y de la Congregación de las Misioneras de San Carlos Borromeo es fruto, no sólo del celo apostólico, sino también del compromiso humano hacia la “miseria emigrante de la patria”. La sociedad San Rafael debía encontrar la ayuda financiera para los misioneros y para la apertura de las misiones, favorecer la asistencia religiosa durante los viajes de mar, y, al mismo tiempo, procurar la asistencia sanitaria, la apertura de escuelas, la protección legal y social en materia de obligaciones jurídicas y contractuales, la institución

de oficinas de informes y de colocación laboral, etc, etc. Así también, como hemos mencionado, los objetivos religiosos y humano-sociales se mezclaban en la finalidad propuesta a las Congregaciones religiosas.

Al “clamor de los pobres” emigrados -“estamos aquí como bestias, se vive y se muere sin sacerdote, sin maestros, sin médicos: las tres formas bajo las cuales se presenta a la razón del pobre, la sociedad civil”- el Apóstol de los Emigrantes responde con “una Congregación de Misioneros [...] que alcanza su objetivo fundando iglesias, orfanatos, hospitales a través de sacerdotes unidos en una familia con votos religiosos [...], dispuestos a ir adonde sean enviados, apóstoles, maestros, médicos, enfermeros, según las necesidades”. Las Religiosas debían “adaptarse” a vivir también en pequeñas comunidades, a fundar sin pretensiones las primeras escuelas, enseñar el catecismo y asistir a los enfermos también a domicilio. A la Sociedad San Rafael estaban llamados a formar parte, hombres de buena voluntad, “sin distinción de clase o partido”, “ciudadanos de todos los órdenes, no todos con la misma opinión, mas todos rodeados por la estima y consideración universal y conocidos por su cálido sentimiento de verdadero amor por la patria y de gran caridad”.

¿Es confusión de roles o es convicción de que el hombre no se divide en compartimientos estancos y que su salvación y su promoción es la promoción de todo el hombre? El comportamiento y el pensamiento de Scalabrini no dejan dudas. No podía pasar por la mente el temor de una “dicotomía” a quien proclamaba en la misma página de una Pastoral que el sacerdote es “el hombre sagrado por excelencia” y “el hombre social por excelencia” (El sacerdote católico, Piacenza 1892, pág. 22). No podía crear molestias el temor de la “doble fidelidad”, a Dios y al hombre, al bienestar humano y al bienestar eterno, a un obispo que gritaba continuamente a sus sacerdotes que salieran de la sacristía y del templo, “pero teniendo siempre la mirada dirigida al templo” y saliendo del templo “como sale el sol de su pabellón, resplandeciente por la luz de Dios y por el fuego de la caridad, que ilumina, calienta y fecunda” (Acción Católica, Piacenza 1896, pág. 13).

C - SCALABRINI COMPROMETIDO EN LO POLITICO

1) Una opción política en clave pastoral.

La espiritualidad de Scalabrini no está fuera de la historia. Como se ha dicho, está siempre presente en su pensamiento la “reserva escatológica”: o sea lee la historia como “signo de los tiempos”, por lo tanto como signo de la venida del Reino. Tiene presente que la plenitud de la salvación se realizará en una dimensión ultratemporal y ultramundana, pero sabe que la salvación se prepara aquí en la tierra, en el tiempo, en el espacio, en la historia de los hombres.

No es un “teólogo” en el sentido profesional, pero lee la teología en los hombres y en su historia: en los hombres que son, como personas libres, artífices de la historia y por eso mismo instrumentos conscientes o no de la “economía” divina: “los servidores de Dios que trabajan sobre la tierra para sus designios, son numerosos en todos los tiempos, pero, en las grandes épocas históricas de renovación social hay más de los que se ven, más de los que se conocen, que trabajan inconscientemente a sus órdenes, para su gloria” (Discurso para el Centenario de Cristóbal Colón, 1.12.1892. AGS 3018/21).

En la fe, él percibe en la historia la presencia de Dios, que es al mismo tiempo absolutamente soberana y respetuosa de la libertad del hombre, quien con el pecado puede entorpecer el designio de Dios pero no borrarlo, por el contrario está llamado por el mismo Dios a colaborar en su plan providencial.

Así resuelve otra antinomia espiritual: la que existe entre el permanecer tranquilos y satisfechos en la conservación del orden y el tender al progreso. Si por una parte reconoce que el mundo marcha mal, por la otra no se detiene a llorar por la inicuidad de los tiempos, porque cree que, con la ayuda que Dios otorga infaliblemente a los hombres de buena voluntad, todo o por lo menos mucho puede y debe ser cambiado.

Lo hemos escuchado rechazar al conservadorismo de aquellos intransigentes, cuyo axioma “es el no ceder nada, tampoco en el terreno de los hechos, de luchar contra las innovaciones; de encerrarse en la inmovilidad, en la abstención, en las pirámides de la antigüedad, atacando a aquellos que no saben plegarse a representar el sistema de

la momificación o la edad de piedra" (Intransigentes y transigentes, Bolonia 1885, págs. 21-22).

En el orden histórico existe "una cadena de causas y efectos" de los que "la Providencia ha tramado y rige las superiores filas para los fines por ella propuestos".

Los acontecimientos de la humanidad son efecto de los acontecimientos precedentes y causa de los siguientes. El hombre del pasado ha influido sobre el presente, el hombre del presente influye sobre el mañana. Por lo tanto es irracional "pretender querer destruir los grandes acontecimientos contemporáneos, los que son consecuencia de los precedentes y querer destruirlos o con el dulce hacer nada, o bien con una sistemática oposición a priori" (ivi, págs. 22-23).

Explicándose, Scalabrini acusa a la "revolución" "por haber dirigido en contra del Pontífice (Pío IX) esas reformas, que por el bien de los pueblos habían sido promulgadas por El". Como Pío IX en 1846 había inaugurado "un sistema de gobierno diferente del que tenía su Predecesor, porque consideraba que lo reclamaban las cambiantes condiciones de los tiempos", así era legítima la política de *ralliement* con Francia emprendida por León XIII: no era la justificación de la "revolución", sino tomar conciencia real de "los grandes acontecimientos contemporáneos", discernir el bien del mal, introducir en la historia la levadura del Evangelio, para "conducir a la humanidad a las leyes de la moral y de la justicia".

El hombre puede hacer el bien y el mal. Se puede hacer el mal también permaneciendo inertes y pasivos:

"Cosa fácil y muy cómoda es sentarse en la política pasiva de la inercia y esperar los cataclismos que, con ley histórica desconocida por los doctos, retrotraigan al mundo hacia las épocas prehistóricas. Este sistema deberá probablemente aguardar hasta el día del cataclismo mundial que será seguido por la gran restauración o palingénesis. Nosotros por nuestra parte preferimos la política dinámica a la estática y si conseguimos hacer cristiana, en la mejor forma posible, la sociedad moderna y haber evitado males mayores que amenazan a la humanidad, nosotros estamos bien convencidos de haber merecido el reconocimiento de la Iglesia y de la Patria" (Intransigentes y transigentes, Bolonia 1885, págs. 28-29).

"Si por el contrario no desconociendo lo que los tiempos han obrado, se distingue entre el bien y el mal [...], entonces se podrá esperar que los acontecimientos, entrados en el dominio de la historia, sean purgados de

la escoria que los envuelve, y sean orientados hacia el verdadero beneficio del género humano" (ivi. pág. 23).

Hasta aquí se podría hablar de una filosofía o también de una teología de la historia, pero en Scalabrini la lectura de los signos de los tiempos es viva y creativa, porque descende a lo íntimo de su persona, creyente en Dios y en la Providencia, se convierte en pasión por el hombre concreto, en paciencia, o sea en voluntad de superar los obstáculos, de afrontar las pruebas, de no temer las contrariedades; capacidad de esperar que las ideas justas recorran su camino; coraje de pagar personalmente, en la imitación de Cristo que ha dado la vida por los hombres.

Poniéndose ante la situación religiosa de los italianos de su tiempo, en aquella determinada coyuntura histórica provocada por la cesación del poder temporal de los Papas, y declarando que un cristiano no puede adoptar la política de la no intervención, Scalabrini se comprometió de hecho en lo político, pero por un solo móvil: la gloria de Dios y de la Iglesia y la salvación de los hombres. Es prueba de ello la opción política de la "transigencia" que él mismo se atribuye, dándole sin embargo un sentido diferente del que utilizarán los intransigentes para acusarlo de "liberalismo".

Según él, toda la cuestión, justamente de transacción o no, estaba circunscripta al terreno de los hechos: "Intransigente es aquel que no cede nada, que no concede nada al adversario en el terreno de la política, conserva toda la herencia de los antepasados para transmitírsela a los nietos. Transigente además, por la razón de los contrarios, es aquel que considera necesario, o sea oportuno, hacer alguna concesión a los adversarios políticos. Aunque como en el derecho, así en la política el concepto de transacción, no solamente no implica concesión alguna en el terreno de los principios, sino que por sí mismo la excluye" (ivi, pág. 4).

Para liberar el terreno de equívocos precisa:

"1ro. Nosotros admitimos con la mente y con el corazón todas las enseñanzas doctrinarias y todas las normas prácticas propuestas por la Autoridad religiosa [...]. Después, entre las enseñanzas del Romano Pontífice, hacemos amplia declaración de reconocer y de adherir específicamente a aquellas que se refieren a su principado civil. Nosotros al Papa lo queremos fuerte, moralmente grande, soberanamente libre,

solamente El, juez de la forma, de la extensión y de la cantidad de la libertad que necesita para el gobierno de la Iglesia universal [...].

2do. Por lo tanto rechazamos para nosotros la acusación de católicos liberales, los cuales, ya que transigentes en los principios, son esencialmente repudiados por nuestro programa [...].

3ro. No es nuestra intención hacer alusión a persona alguna o disminuir el respeto por cualquier título a ella debido" (ivi, pág. 4-5).

"Nuestras propuestas se ubicaban en el campo de las hipótesis y de la discusión: el intelecto razonaba, pero la voluntad estaba siempre subordinada a los juicios de la Iglesia". Es conocida la hipótesis de Scalabrini:

"Era nuestra convicción que la concurrencia de los italianos a las urnas políticas, bien dirigida y disciplinada, daría a la Cámara legislativa un contingente de Diputados católicos [...], por lo tanto, la probabilidad para impedir la presentación o la aprobación de leyes contrarias a la Iglesia, y la esperanza de hacer abrogar o derogar las ya existentes [...]. Pero cuando nos hicieron comprender que, por motivos de altísima orden, las únicas elecciones a las que por ahora se permitiría a los católicos concurrir, eran las municipales, nosotros nos inclinamos reverentes ante esas augustas palabras, y nos retiramos de la discusión de una hipótesis que era considerada como non expedit.

Mientras tanto para las urnas municipales nosotros emprendimos una obra constante y laboriosa para hacer sentar en los Consejos comunales, por lo menos en gran parte, esos ciudadanos cuya fe religiosa fuese irrefutable o por lo menos presentaran serias garantías de no atacarla. Nuestros elegidos no pudieron siempre impedir el mal, pero con frecuencia lograron atenuarlo por lo menos en sus consecuencias. Y ciertamente las generaciones presentes y futuras deberían estarle reconocidas por haber hecho conservar la instrucción religiosa en las escuelas primarias". (Intransigentes y transigentes, Bolonia 1885, págs. 31-33).

No nos interesa juzgar el valor político o estratégico de esta opción, sino conocer la motivación moral y saber también cuál era, según Scalabrini, la ética de un cristiano comprometido en la política. La entrevemos en los retratos opuestos (también aquí no se trata de dar un juicio histórico sobre la exactitud de la oposición) que él hace de los intransigentes y de León XIII:

“Ellos intemperantes, El muy temperante en el lenguaje; ellos violentos en los ataques, El consejero de la moderación y de la caridad; ellos intolerantes y exclusivos, El piadoso y compasivo: los rayos de ellos están dirigidos a la destrucción, los relámpagos de El sólo desean iluminar; aquéllos quieren matar, El quiere sanar; para ellos la oveja descarriada es objeto de desprecio, para El de afectuosa preocupación que desea volver a conducirla al redil” (Ivi, pág. 34).

El órgano de los intransigentes más ultrancistas, el “Observador Católico” de Milán, dirigido por el Presbítero Albertario, había radicalizado la polémica contra el rosminianismo, por él considerado como el “substrato filosófico” de la transigencia, llevándola a nivel de “principios”, de “doctrinas”. Renegando, como era de por sí justo, la teoría de los “hechos cumplidos”, identificaba sin embargo la libertad de la Iglesia con la libertad política del Papa y deducía de ello la necesidad del abstencionismo político y la condena en masa de todo lo que tenía olor de “liberal”. Los transigentes en cambio, también condenando los hechos cumplidos y reclamando la reparación por parte del culpable, el gobierno italiano, pensaban poder obtener la libertad de magisterio y de ministerio del Sumo Pontífice con un arreglo de hecho, con una reconciliación y con un *modus vivendi* [acuerdo] semejante al que León XIII estaba estableciendo con Francia y Prusia, Estados que no eran menos “pecaminosos” que el Estado Italiano.

Un acuerdo habría obviamente implicado una transacción de hecho (la renuncia a la ciudad de Roma), que sin embargo habría apartado el obstáculo que trababa de hecho la misión de la Iglesia en Italia. El problema era “político” pero sólo en el sentido que se trataba de hallar y elegir los medios más aptos para cumplir la misión de la Iglesia en aquella determinada coyuntura histórica. Scalabrini sostenía todavía la idea belarminiana de la Iglesia “sociedad perfecta”, pero no deducía que ella debiese usar también los medios temporales y políticos, como cualquier otro Estado, y rechazaba una eclesiología que veía en la soberanía temporal del Papa la salvaguarda de la “sociedad cristiana”, de la libertad personal y de la civilización producida por el cristianismo. Cristianismo, libertad y civilización debían continuar hallando en el Papa su salvaguardia, más en su “primado” de autoridad divina y de magisterio guiado por el Espíritu Santo y participado por el Colegio episcopal, en su “poder espiritual” y no en un poder temporal que fuese

más allá de la función de garantizar la independencia y la libertad según el derecho vigente de las gentes.

Los intransigentes, en cambio, hacían un problema meramente político, en el sentido de querer imponer a todos los cristianos, también a los obispos, un programa político, o sea, un “partido” que tenía, si no el nombre, todas las características de un partido político. Ahora bien, Scalabrini rechazaba la idea de un partido político confesional, que iba a crear la confusión, la “babel”, continuamente deplorada por el Obispo de Piacenza, convencido que lo religioso no debe confundirse con lo político, que el Papa debe estar por encima de los partidos políticos. Decía: los “ordenamientos políticos” no pueden ser superiores a los “derechos de la religión”: la religión no tiene de por sí derecho a un Estado, sino sólo a la libertad y a la autonomía como medios para desarrollar su misión apostólica y salvífica. Y esa misión se debía cumplir en la situación real en la que Italia, o mejor, el pueblo italiano, se hallaba históricamente. Como en las demás naciones europeas, se habían difundido en Italia las aspiraciones de libertad y unidad nacional. Urgían un discernimiento, una evaluación y una valorización de lo que había de positivo en esas aspiraciones, en las corrientes vitales del pensamiento moderno que eran fundamentalmente cristianas (libertad, igualdad, hermandad) o por lo menos, libremente opinables: en cambio los “intransigentes” oponían indiscriminadamente al “mundo moderno”, negativas, resistencias y desconfianzas, cercenando así el camino para la “inculturación” del mensaje evangélico.

“El Amigo del Pueblo”, diario diocesano de Piacenza y en cierto sentido, quiérase o no, brazo “político” del Obispo, resumía irónicamente las acusaciones que el “Observador Católico” dirigía directamente al diario, pero indirectamente al autor de “Intransigentes y Transigentes”:

“Nosotros tenemos un grave pecado sobre la conciencia, y es haber escrito blasfemias como ésta: la libertad de pensamiento y de palabra es la aspiración, la necesidad, la conquista del espíritu moderno, de la civilización que avanzó sobre la barbarie de los siglos de la edad media, una flor abierta en la aurora de los tiempos nuevos; hemos hablado de hermandad, hasta (sic) de solidaridad universal de los pueblos [...]. El medio para quitar o mermar los males del tiempo, no es ya el de negar todo y condenar todo lo que ha traído la edad moderna, atrincherándose en un anacronismo ridículo, si no fuese desastroso para los intereses más vitales de la Iglesia y de la sociedad; sin embargo hay que tratar de

distinguir el bien del mal, y conducir a sus verdaderos principios estas ideas de progreso, de libertad, de civilización que embellecen nuestro siglo, y demostrar que la Iglesia y el Evangelio ya no son contrarios al verdadero progreso y a la verdadera libertad, sino por el contrario son sus promotores y reivindicadores" ("El Amigo del Pueblo", 6.3.1886).

Otra preocupación fundamental de Scalabrini, en vista de una recristianización de la sociedad, era la concordia de los católicos, que podía estar garantizada solamente por la simultaneidad de la unidad dogmática y de la unidad jerárquica, mientras ésta última de hecho era puesta en duda por los intransigentes ultrancistas, que llegaban a predicar, como de hecho ocurrió en Piacenza, la desobediencia a los obispos bajo el pretexto de la obediencia al Papa.

"Los partidos que toman ahora un pretexto, luego otro para avasallar poco a poco al Episcopado y tomar a su modo la dirección de la opinión pública católica, se van haciendo cada día más audaces, hasta hacer a los Obispos impotentes a veces para el ejercicio de su Sagrado Ministerio" (Carta a León XIII, 26.9.1881. AGS 3042/2).

Para Scalabrini, ésta era la "revolución" que amenazaba en aquel momento a la Iglesia italiana, y habría querido publicar un libro titulado "La revolución en la Iglesia":

"El concepto es muy simple. La revolución es esencialmente demoledora y ya ha demolido todo con sus artes en el orden civil, comenzando por el principio de autoridad. Lo mismo sucede, para quien observa bien, ahora en la Iglesia por obra de un partido, que usando, a veces con mayor deslealtad, los mismos artificios de aquélla, se ha tomado y se toma el trabajo de denigrar rencorosa y rabiosamente individuos y Comunidades, Prelados y Obispos, según le resulte más o menos oportuno para lograr su intento, es decir su interés particular" (Carta a G. Boccali, 29.11.1881. Archivo Biblioteca Ambrosiana de Milán).

Dos meses más tarde, León XIII expresaba la misma preocupación: "Ahora esa concordia de espíritus corre peligro por la acción de los partidos contrarios, que toman material de oposición de uno de los periódicos de Lombardía ["El Observador Católico"] y de la doctrina de un claro filósofo [Rosmini] muy mentados entre los modernos". Y deploraba la falta de moderación, y "la excesiva vehemencia del estilo, o promover con demasiada ligereza sospechas sobre los demás, u otras

cuestiones que se alejan del justo respeto debido a las personas” (León XIII, *Cognita Nobis*, 25.11.1882).

El pensamiento de Scalabrini por lo tanto coincidía con el pensamiento del Papa, ya sea en lo referente a la necesidad de la unidad de acción, como sobre el primado de la caridad. El pensamiento era coherente con la acción. En atención a la voluntad del Papa, renunció a sostener públicamente la necesidad de la participación de los católicos en las elecciones políticas, por más que viese en la abstención el perpetuarse y endurecerse de un conflicto que provocaba “gran detrimento de las conciencias y de la misma autoridad de la Iglesia” (Carta a León XIII, agosto 1882. AGS 3019/2).

Sin embargo en privado, en las audiencias que León XIII le concedió siempre gustoso, nunca escondió al Papa su sufrimiento de obispo dedicado totalmente al cuidado de las almas y la a causa de la Iglesia y del Vicario de Cristo.

Habría considerado un “delito”, una abdicación a sus responsabilidades de pastor, una cobardía interesada callar o disimular, ante el deterioro progresivo de la práctica cristiana, el escándalo de la discordia y a la disgregación provocada por polémicas que con justicia él consideraba pretextos, porque la intención de los intransigentes más exagerados era la imposición de una línea política, que él consideraba dañina para el principal interés de la Iglesia, la evangelización y la reconciliación con Dios. Además, en su forma de conducir la lucha política, veía una flagrante violación a la primera ley de la Iglesia, la caridad. De hecho, los polemistas intransigentes habían creado en las filas del episcopado, especialmente en Italia Septentrional, un clima de intimidación que impidió en muchos casos y bajo muchos aspectos la renovación de la pastoral requerida por las nuevas condiciones sociales y políticas, frenó las iniciativas de actualización cultural y de adecuación a las nuevas exigencias del tiempo, puso en oposición entre ellos, con evidente peligro de confusión y de perturbación de las conciencias, los sentimientos de religión y de patria, connaturales con el hombre y por lo tanto debidamente conciliables.

Scalabrini estaba perfectamente consciente que su actitud le habría arruinado la “carrera” y lo exponía a dolores “inefables”, tanto como para que se resintiera su salud, mas no era su interés personal lo que le preocupaba.

Coherentemente con sus ideas, jamás pensó en un “partido católico”. El editorial programático del primer número de “El Amigo del Pueblo” revela el pensamiento del obispo: el nuevo diario habría sido “católico en toda la extensión de la palabra, sin restricciones, o exageraciones, o matices; sería por lo mismo superior e independiente de todos los partidos, ya que el catolicismo para nosotros no es un partido” (“El Amigo del Pueblo”, 2.1.1886)

Católico para Scalabrini significaba confesional, y la política no debía confundirse con la religión. Sosteniendo la necesidad de la participación de los católicos en la vida de la nación, él no admitía por hipótesis ni católicos diputados ni diputados católicos, sino simple y claramente católicos y diputados. Para él la cuestión era de personas, no de partidos, también porque el sufragio estaba muy restringido y los católicos no podían ni siquiera expresarlo. Los partidos que entonces estaban en el gobierno no representaban en absoluto la población italiana, sino solamente los intereses de grupos económicos e ideológicos, empeñados en la conquista del poder para imponer sus intereses o sus ideologías. Era sabido que sobre 500 diputados 300 eran masones. La idea de Scalabrini era desmembrar esta fortaleza anticlerical, reforzando la oposición con “hombres de orden”. El imaginaba que habrían formado parte, por lo menos en el comienzo, del partido liberal-conservador, pero con una sustancial reserva sobre su línea práctica. Efectivamente le reprochaba por “no haber tenido nunca el coraje de sus más celosas tendencias”, vale decir de las “libertades modernas”: “un volterrianismo retardatario muy extraño lo amordazaba todavía [...]. Los conservadores liberales viven de prejuicios y de miedos”. En cambio, una fuerte y compacta fuerza católica presente en el Parlamento habría sido “el más sano y profundo principio de conservación política y social. Digo conservación, no reacción, y los poderes civiles se equivocan si continúan creyendo que el clero sueña con formas regresivas y no siente la inevitable fatal marcha de la sociedad -ordenada previamente por un principio de indefinida perfectibilidad cristiana- hacia las formas más elevadas de convivencia civil” (G. Borelli, “El clero católico y las condiciones político-sociales de Italia. Un coloquio con Mons. Scalabrini”, “El Alba”, 15.7.1900).

Según Scalabrini los grandes males de la época eran el naturalismo y el racionalismo, que habían proclamado conjuntamente un progreso que en realidad era un regreso, porque contradecía las ideas de libertad,

igualdad y hermandad. Ostentando estas ideas falseadas (algún historiador las definirá como “verdades enloquecidas”), la “revolución había conquistado un amplio terreno que ahora los católicos habrían podido reconquistar descendiendo sobre el “terreno legal”, o sea sobre el campo de las libertades garantizadas por el Estatuto albertino. La “conservación” predicada por Scalabrini no era más que la proclamación del orden cristiano, basado en la paz social, que se obtiene solamente si se reconoce la autoridad de Dios tanto por parte de quien obedece como por parte de quien manda en forma legítima, si las leyes humanas son conformes a la ley de Dios y respetan los derechos de todos y de cada uno, si la primera ley es el amor, y si a la Iglesia “se le devuelve esa condición de libertad en la que pueda desplegar eficazmente sus influjos benéficos en favor de la sociedad humana”. (Carta Pastoral para la Santa Cuaresma de 1879, Piacenza 1879, pág. 19). Libertad, no privilegios:

“¡Libertad! esto sólo ella pide [...]. La libertad de sus altares y de sus fiestas, o sea la libertad de ofrecer a Dios el culto supremo [...]; la libertad del ministerio y de la palabra evangélica [...]; la libertad de la jerarquía sagrada, o sea la libertad de vocación de sus levitas y de la necesaria relación de los Obispos con su jefe supremo [...]; finalmente la grande, la fecunda libertad de la enseñanza y de la educación” (La Iglesia Católica, Piacenza 1888, págs. 21-22).

Un grupo fuerte y compacto de Católicos en el Parlamento habría preparado el camino para la reconciliación, devolviendo la libertad y la independencia al Papa, quien a su vez habría garantizado, no políticamente sino moralmente, la verdadera independencia y libertad de los italianos, en consonancia con la “verdadera italianidad”, cuya cultura había permanecido sustancialmente hasta entonces católica y cuya vida todavía estaba regulada, en la mayoría del pueblo, por la fe y la moral cristiana. De ese modo se hubiese disipado, esperaba Scalabrini, la equivocación por la cual los católicos eran señalados como “enemigos de la patria” y se habría resuelto el “caso de conciencia” provocado por la Cuestión Romana:

“En el ánimo de todos, como ya sucede en el de muchos, se grabe la convicción que solamente del Romano Pontífice Italia puede esperar salvación y verdadero bienestar. A este noble y santo objetivo, inspirado por el más puro amor por la Iglesia y por la Patria, debe ya dirigirse el

esfuerzo común, una vez depuesta toda competencia partidaria" (Al venerable clero y muy querido pueblo de la ciudad y de la diócesis, Piacenza 1894, pág. 2).

Actividad común sin competencias partidarias: era la utopía política de Scalabrini, opuesta a la inmovilidad de tantos católicos que esperaban el infaltable derrumbe del Estado liberal y "revolucionario" bajo la mano vengadora de Dios:

"No es bondad, no es fe, sino condenable presunción la de esperar todo de los milagros. El verdadero fiel cree sí en los milagros, mas sabe muy bien que éstos no son los medios ordinarios a través de los cuales Dios gobierna al mundo; cree en los milagros, mas sabe muy bien que Dios no los realizará nunca para satisfacer la vana curiosidad de los tontos, ni para premiar la inercia ni la indolencia de nadie" (Discurso "Apertura Reunión Regional IV - 11 de Junio de 1897". AGS 3018/18).

"Hoy [...] ya no se admite permanecer indolentes en nuestras casas suspirando o rezando [...]. Por lo tanto salgamos de nuestras tiendas y ante todo recordemos que no tenemos otras armas más que la fe y la caridad. Con estas armas entremos, en la medida que las leyes civiles y la conciencia de católicos lo consientan, en la vida pública, sin mirar facciones políticas: dispuestos a morir antes que pactar con lo falso y lo injusto. Entremos en la vida pública, no como enemigos del poder constituido, sino como adversarios incansables del mal, esté donde esté; entremos como hombres de orden que sepan, siguiendo el ejemplo de Cristo y de su Iglesia, tolerar también el mal, pero aprobarlo y ellos mismos cometerlo, nunca" (La Iglesia Católica, Piacenza 1888, pág. 41).

En este cuadro ideal él entraba en acción, promoviendo, como hemos visto, el asociacionismo católico, apoyando también la "acción católica", representada entonces por la Obra de los Congresos, mas rechazando el integrismo, el confesionalismo y el implícito temporalismo. La acción católica debía insertarse en la vida política del País sólo para cumplir su misión socio-religiosa: llevar el espíritu de Cristo y de su Evangelio a la sociedad, en todos sus componentes. La Obra de los Congresos, a quien estaba oficialmente asignada entonces la acción católica, era bendecida y recomendada por el Papa; pero, razonaba Scalabrini, el fin que se proponía la Sede Apostólica sólo podía ser "el bien de la Iglesia": los medios para alcanzarlo podían ser diferentes. "En materias puramente políticas" la Iglesia dejaba libertad de opinión: en cada caso los medios no

podían ser nunca “a riesgo del fin”. El poder temporal había sido, hasta cierto momento, un medio útil: ahora ya no lo era, si no por esa parte que hiciese “tolerable” la condición del papado. Mucho más importante, mejor dicho necesario, “para preparar lenta pero seguramente un porvenir mejor”, era conciliar en el corazón de los italianos su amor por la Iglesia y por la patria, ambas libres e independientes.

Mons. Scalabrini fue uno de aquellos que superaron “el temporalismo legitimista sin, por otro lado, proponer sin más la capitulación ante el Estado italiano” (F. Fonzi, *Los Católicos y la sociedad italiana, después de la Unidad*, Florencia 1977, pág. 37). La aceptación de los “hechos consumados” no era la legitimación de los actos políticos consumados por el Estado, duramente condenados por Scalabrini, sino sólo la toma de conciencia de una realidad histórica irreversible, cuyos problemas jurídicos podían ser resueltos con un concordato, que asegurase al Papa ese “pedacito de tierra” con el que se habría conformado el mismo Pío IX. Su verdadera preocupación era la religiosa, de la que estaba convencido que dependía también la situación social. Además forma parte de la utopía de un cristiano, de un hombre espiritual, preguntarse en relación a qué futuro debe construirse la sociedad presente. La respuesta de la Biblia es inequívoca: el Reino de Dios, que es la Jerusalén celestial, que sin embargo se comienza a construir en el mundo, en la historia, en la patria temporal:

“Por lo tanto, levantemos nuestros corazones hacia la patria celestial, y aprendamos la forma de amar rectamente este lugar de exilio que se llama patria terrenal; juzgaremos entonces con criterio en qué esté depositada su verdadera gloria; desenredaremos con facilidad el pesado problema, que tiene una sola solución: el bien común y la verdadera grandeza de las naciones se halla únicamente en la observancia de las leyes de Dios y de la Iglesia” (“Palabras en ocasión del oficio fúnebre para los soldados muertos en Africa celebrado el 26 de febrero de 1887 en San Antonino”. AGS 3018/24).

El ideal político de Scalabrini consistía en el esfuerzo de hacer volver al catolicismo la sociedad también mediante una legislación y un respeto por la libertad que concordasen con la coexistencia entre fe y razón, dogma y libertad, Iglesia y Estado, religión y patria; transigencia en el aspecto político de la Cuestión Romana, intransigencia en el plano doctrinal y

disciplinario; reconocimiento de lo que había de bueno en la civilización moderna, condena sin medios términos en el plano teórico y en el plano práctico de todo lo que contrastaba con el ideal cristiano de la sociedad; defensa de la autoridad del Papa y defensa de la legítima autonomía de las personas y en forma particular de los obispos, responsables de la pastoral y de la dirección de las conciencias; concordia de los católicos y también de los demás hombres de buena voluntad, sin distinción de partidos, en la “conservación” del orden cristiano; apoyo a la acción social de la Obra de los Congresos, pero reserva sobre la confusión entre lo religioso y lo político que hacían sus dirigentes. Entre estas márgenes buscó navegar Scalabrini con su utopía política.

La utopía política del cristiano no se pierde entre las nubes. Cuando el “recodo” de 1887 con el recíproco endurecimiento intransigente de la S. Sede y del gobierno italiano, barrió las esperanzas de una reconciliación, Scalabrini, viendo desvanecer su sueño de llevar al Parlamento a los católicos para prepararla sobre el terreno político, dirigió sus esfuerzos a una conciliación de hecho con la institución de las obras para los emigrantes: “un medio práctico, una iniciación de esa pacificación de las conciencias que siempre es uno de los deseos más ardientes de mi alma” (El diseño de ley sobre la emigración italiana, Piacenza 1888, pág. 46). Con la cordial aprobación de León XIII, pudo elevar justamente en Roma un himno a la conciliación:

“Religión y Patria: estas dos supremas aspiraciones de toda alma sensible, se entrelazan y se completan en esta obra de amor y de redención que es la protección del débil y se funden en un admirable acuerdo.

Las desgraciadas barreras levantadas por el odio y la ira desaparecen, todos los brazos se abren para un fraterno abrazo, las manos se estrechan cálidas por el afecto, los labios se preparan para la sonrisa y el beso y, eliminada toda distinción de clase o de partido, aparece en ellos embellecida por el cristiano esplendor la sentencia: Homo homini frater [...].

Pueda Italia, sinceramente reconciliada con la Sede Apostólica, emular sus antiguas glorias y alcanzar otra imperecedera, encaminando sobre los luminosos senderos de la civilización y del progreso también a sus hijos lejanos” (1ra Conferencia sobre la emigración, 8.2.1891. AGS 3014/6).

“La mirada fija sobre las cosas más grandes y mejores, en los símbolos de lo definitivo, es el secreto de la utopía. Este secreto está

prometido a los discípulos de Cristo" (S. Spinsanti, ver voz Utopía, Nuevo Diccionario de Espiritualidad, Madrid, Ediciones Paulinas, 1983, pág. 1393). Su intervención en el campo de la emigración es una de las pruebas que demuestran cuánto la utopía estuviese "encarnada" en la historia del hombre, especialmente del hombre "pobre e infeliz", aislado y marginado, y cuánto ella se tradujese en un compromiso histórico de liberación y de promoción humana integral, en la convicción que ese compromiso es una dimensión fundamental de la existencia del cristiano, quien como hombre debe tomar parte activa en el esfuerzo de toda la humanidad para la humanización del mundo.

2) Política humana y política evangélica

Scalabrini saludó con entusiasmo las aperturas pastorales y culturales del Papa de la Libertas, de la Immortale Dei y de la Rerum Novarum, mas no temió juzgar severamente ciertas actitudes de León XIII, que él pensaba dictadas más por una política humana que por el Evangelio. Exaltó los principales lineamientos doctrinarios y las directivas generales dadas por la acción eclesial frente al mundo contemporáneo; sin embargo de ellos criticó la política ordinaria y cotidiana, el modo de reaccionar en las situaciones conyunturales, la relación con las Iglesias particulares y con los movimientos católicos, y aún con mayor frecuencia criticó la diplomacia de la Curia romana y de la corte pontificia. No eran críticas públicas, sino hechas directamente al Papa o a la Secretaría de Estado y expresadas en la correspondencia confidencial con Mons. Bonomelli y con otros amigos íntimos, con los que compartía la pasión por la Iglesia y por las "almas", o sea por la causa de Cristo.

Los puntos críticos eran dos: el diferente modo de concebir la solución de la Cuestión Romana y la diferente consideración práctica de la autonomía del episcopado en la acción pastoral inmediata y cotidiana, en relación no con el Papa, sino con centros de poder conducidos por "particulares", sacerdotes o laicos. A nivel de principios tanto León XIII como el Obispo de Piacenza auspiciaban una solución de la Cuestión Romana que salvaguardara los derechos inalienables del supremo pastor y maestro de la Iglesia. León XIII insistió con frecuencia y solemnemente que el obispo es el anillo indispensable de la cohesión jerárquica de la

Iglesia, y como cabeza, puesto por el Espíritu Santo a gobernar la Iglesia particular, debe ser obedecido y respetado por ley divina. Pero Scalabrini no encontró siempre en el Vaticano la coherencia de los hechos con las enseñanzas, y habló, por lo menos refiriéndose a la Curia Romana, de “babel”, de confusión de las lenguas, de política humana y no evangélica.

La “confusión de las lenguas” era, según él, tan “espantosa” que arriesgaba hacer “ingobernables” las diócesis: los obispos estaban obligados a rodearse de “una grandísima prudencia”, porque eran “espiados por ciertos fariseos quizás más malignos que los antiguos, que buscan con avidez todos los pretextos” para llevar ante su tribunal a los obispos y hacerlos aparecer en contradicción con la S. Sede, agitando el acostumbrado espectro del liberalismo y de su “substrato”, el rominianismo. En 1881 habló con León XIII “claramente, quizás con excesiva franqueza, [...] de la imposibilidad de gobernar la Diócesis, si no se frenaba ese partido audaz [...] que se hacía intocable, aun ante los Obispos, con exagerar su apego al Papa” (Carta a Bonomelli, 22.9.1881). Pero el Papa no quería desautorizar “El Observador Católico”, portavoz de ese “partido” y defensor acérrimo de los “derechos” reivindicados por el Augusto Prisionero del Vaticano. El obispo sacó la siguiente conclusión: “Es inútil que esperemos de Roma una actitud enérgica, como sería necesaria al respecto. Ellos responden con el acostumbrado: *utantur jure suo* [utilicen su derecho]” (Idem, 14.10.1881).

Pero de hecho los obispos no podían usar de su derecho para impedir las ingerencias indebidas en una diócesis, como sucedía en Piacenza.

El nudo político de la cuestión residía allí: “un cuerpo de Obispos ya no tiene autoridad para frenar a dos sacerdotes, y ¡qué sacerdotes!” (ivi), justamente porque el Papa los protegía. El Presbítero Albertario y el Presbítero Bonacina impedían a los obispos italianos formar un “cuerpo” porque ponían en duda su obediencia o directamente la ortodoxia cuando no tuvieran las mismas ideas políticas del “Observador Católico”, por las que tenía demasiado interés León XIII, quien hasta el final de su vida pidió que le devolviesen por lo menos toda la ciudad de Roma.

Scalabrini se preguntaba si preocupaban más los intereses y los derechos, por más legítimos que fuesen, del Estado Pontificio y del soberano destronado, que los intereses y los derechos de la Sede Apostólica y del Vicario de Cristo. La confusión entre Sede Apostólica y Estado pontificio no existía solamente en la mente de los “liberales”

italianos, sino también en los ambientes integralistas de la Obra de los Congresos, dirigida entonces por Paganuzzi. Los “partidarios de Paganuzzi”, afirma Gambasin, “no advertían los entrometimientos de la religión en la política y el hibridismo temporal-eclesial de su acción, que se hizo grave cuando se invocó el crisma de la suma autoridad para autenticar programas y opciones operativas. Efectivamente a la investidura pontificia del presidente los partidarios de Paganuzzi atribuían el peso de un mandato para actuar en nombre del papa, tácito o explícito, en el ámbito de la polis y de la diócesis, en todos los niveles” (A. Gambasin, “Jerarquía y laicado en la segunda mitad del Ochocientos, Padua 1969, pág. 215). Scalabrini veía a León XIII frenado por un planteo, que para él era humano mas no evangélico, de la defensa de sus “derechos”, hasta el punto de dejar campo libre a las maniobras de los “intransigentes” que “invocaron sistemáticamente la autoridad desde lo alto para vencer las oposiciones”, y compitiendo para “arrebatar decretos pontificios y cartas credenciales” [el intento fue hecho también por los adversarios más acérrimos de Scalabrini, los canónicos Rocca y Rossi], implicaron a la suma autoridad en las más mínimas cuestiones hasta arrastrarla al torbellino de las polémicas y diatribas congresales y periodísticas; reivindicaron el monopolio interpretativo de los documentos de León XIII con la intención de asegurar la pureza de las doctrinas, la regularidad de la disciplina eclesiástica” (ivi, pág. 224).

El obispo de Piacenza se quejaba por otra incoherencia del Vaticano, que declaraba siempre, pero en términos genéricos, de apoyar al episcopado y reprender, como correspondía, a los periodistas intemperantes. De hecho lo hacía, también con términos a veces duros, pero las admoniciones eran enviadas en secreto, mientras las bendiciones y los subsidios, por voluntad explícita de quien los enviaba, eran dados a conocer en forma pública. En cambio, cuando los obispos, acusados públicamente de desobediencia o de escasa reverencia al Papa, pedían “una palabra pública del S. Padre”, se les contestaba de tener paciencia, que se habría proveído, etc. (cfr. Carta a Bonomelli, 30.11.1881). Así a los obispos ultrajados o sospechados públicamente no se les permitía defender ante la opinión pública “no la causa personal, sino la del Episcopado aterrorizado, de la Iglesia manumisa, de la Religión traicionada” (Carta a León XIII, 30.11.1881. AGS 3042/2).

El Papa, por lo tanto, no podía asombrarse si Scalabrini hablaba de “revolución y de artificios revolucionarios llevados en la Iglesia”: “Hombres muy audaces y sagaces han aprendido la forma de ganar la impunidad, gritando a más no poder en contra de autores y personas que eran sospechosas para el Sumo Pontífice” (Carta a León XIII, 19.11.1881. AGS 3042/2). La misma maniobra se hacía con la “cuestión filosófica”: “Se está persuadido, y desventuradamente se ha dado la ocasión, que es todo obra de un partido que engaña al Papa al respecto” (Carta a G. Boccali, 29.11.1881. Archivo Biblioteca Ambrosiana de Milán).

Scalabrini comentaba amargamente:

“Todo gobierno, incluso eclesiástico, que no se apoya enteramente en los grandes principios del Evangelio, sino que se rige y sostiene en la política humana, no puede ser más que un gobierno de pequeños recursos, de equívoco y pasajero esplendor, que ofrece el doloroso espectáculo de continuas e inexplicables contradicciones y que será juzgado por Dios y por los hombres con la máxima severidad” (Carta a Bonomelli, 13.12.1882).

Citando esta “severa sentencia” agregaba: “No hagamos aplicaciones: consideremos y sirvámonos de este aviso como regla nuestra”. En otras palabras, buscaba, en lo posible, hacer una distinción entre el Papa y una parte de la Curia:

“Cuando el hombre se rige en todo según la política humana y no según la política del Evangelio, cuando con la misma facilidad se dice y se desdice, hace y deshace, se alaba y se critica al mismo tiempo, cuando se da mayor peso a los sediciosos clamores de escandalosos particulares, antes que a los solemnes testimonios de Obispos animados solamente por el deseo del bien, cuando se consideran los mismos actos más solemnes de los Obispos, casi actos de niños imprudentes, querido Monseñor, ¿qué cosa no es posible? Debemos sin embargo consolarnos, porque tenemos en León XIII un Papa que ciertamente sabrá mantener alto el prestigio de su autoridad y de la nuestra y seguramente no permitirá que se anulen con los hechos sus sabias prescripciones públicas y privadas al respecto” (Idem, 1.2.1883).

Pero algo permanecía para él inexplicable: “Era el más grande misterio ver al Papa que sabe decir y escribir tantas cosas bellas acerca de la obediencia y del respeto debido a los Obispos, favorecer, por lo menos

aparentemente, a ciertos individuos que eran los verdugos y perpetuos denigradores de los Obispos" (Idem, 22.2.1884). Resumía así una carta que había escrito al arzobispo de Perugia, amigo personal de León XIII, justamente para que se la leyera al Papa. Un año más tarde, en 1885, León XIII aprobó cálidamente la carta pastoral de Scalabrini sobre el "caso Pitra" y el opúsculo Intransigentes y transigentes, pero se verificó puntualmente lo que el obispo intuía en la actitud del Papa:

"Se entiende que sabe muy bien con qué clase de católicos tiene que tratar, pero me parece que lo detiene el temor de endurecerlos más y de suscitar quien sabe qué escándalos" (Idem, 13.11.1884). "La teoría allá dominante ahora es buena, pero la práctica es lo que es" (Idem, 31.12.1885). "Serían necesarios hechos y hechos que no admiten réplica, pero aquí está lo difícil, porque quien los podría cumplir, o no quiere o no puede" (Idem, Enero de 1886).

En el año 1886 sucedió el episodio de las elecciones políticas, para las que Scalabrini actuó según las instrucciones pedidas y obtenidas de la secretaría particular del Papa, y no obstante ello fue denunciado al S. Oficio. El obispo, asombrado por el comportamiento del Vaticano, manifestó a su amigo más íntimo toda su amargura, provocada no sólo por la incoherencia, sino también y especialmente por las consecuencias que de ello derivaban para la Iglesia:

"Ninguna coherencia de principios, ningún conocimiento de los tiempos, ninguna directiva uniforme y segura. Una confusión y un bizantinismo indescriptible [...]. Mientras tanto la fe se extingue cada vez más, la caridad se enfría cada vez más y crece siempre más el odio del laicado en contra del Clero. Las consecuencias pueden ser solamente fatales y quién sabe por cuánto tiempo deberemos sufrirlas. Lo peor es que allá se regocijan, convencidos que estamos en el comienzo del fin. ¡Pobres ilusos! ¡pobres ciegos!" (Idem, 1.11.1886).

Hay que decir que León XIII, si bien tan celoso de su prestigio y de su autoridad, permitía, naturalmente en privado, que el obispo de Piacenza le hablara sin rodeos: señal evidente de que juzgaba sus valientes tomas de posición dictadas solamente por la sinceridad apostólica y por instancias pastorales, por un verdadero amor a Cristo y a la Iglesia. Movidio por la preocupación pastoral, Scalabrini manifestó indudablemente signos de

impaciencia frente a los cálculos humanos y políticos. Puede ser también que haya sido intempestivo, como juzgaron algunos: sin embargo ¿qué “profeta” no fue intempestivo? Temió el pecado de omisión, no temió el riesgo y el sufrimiento de no agradar o ser mal interpretado:

“En su oficio de sobreintendente, siempre difícil y siempre peligroso, el Obispo, Señores, tiene siempre tres cosas ante su mirada, que lo mantienen en continua trepidación: los peligros de las almas, el delito del silencio y el juicio de Dios [...]. No ambages, no equívocos, no segundos fines [...]. Su buena voluntad podrá ser engañada, pero él no engaña a nadie, por el contrario, para sacar a otros del engaño se expone con frecuencia a contrariedades y dolores increíbles. No sus comodidades, no sus intereses, no las mezquinas satisfacciones propias o ajenas, sino la verdad, solamente la verdad es su regla, y él sacrifica todo antes que traicionarla” (Discurso para el Jubileo Episcopal de Mons. Jeremías Bonomelli, Cremona 1896, págs. 10-11).

Profeta es aquél que, yendo contra la corriente, anticipa con sus ideas y con su acción concepciones y métodos que en el futuro serán comunes. Bonomelli lo recordará a Pío X: “Se condenan sentencias y opiniones, que ahora a algunos parecen audaces y erróneas, pero que dentro de veinte años serán comunes. Así me decía muchas veces Mons. Scalabrini, de quien Ud. apreciaba tanto los méritos” (Carta de J. Bonomelli a Pío X, 7.10.1911). Scalabrini consideró erróneo y dañino sentirse atado a una época política e históricamente superada; se vinculó en cambio con el devenir de su tiempo en transformación, trató de conocer los problemas y de encontrar las soluciones, luchó creyendo y esperando, no en la “política humana”, sino en la “política evangélica”, que se basa no sobre cálculos terrenales sino sobre la fe y sobre la esperanza en Cristo, Señor de la historia, y en la Iglesia, guiada por el Espíritu, que hace nuevas todas las cosas. Si impugnó tan severamente a la política vaticana de su tiempo fue porque sentía el imperioso requerimiento de la coherencia entre la fe y la vida, entre la palabra de Dios y la praxis cristiana, entre la enseñanza y el ejemplo. Su contestación profética está autenticada por la caridad y por la santidad de la vida, por su coherencia personal entre lo que decía y lo que hacía, por el sacrificio de sí mismo para despejar la senda a las ideas del camino “desesperadamente largo”. “Algún trapo es bien necesario que vuele, y si ese trapo seré yo, ísit nomen Domini

benedictum! [¡Bendito sea el nombre del Señor!]" (Carta a Bonomelli, 31.12.1885).

El examen escrupuloso del comportamiento "político" de Scalabrini, hecho por el Relator de la Causa de Beatificación P. Valentino Macca, lleva a una conclusión que ilumina la figura de este "hombre espiritual". Respondiendo a la objeción de quien habría creído descubrir en el Siervo de Dios un desdoblamiento de personalidad, que pasaría del excesivo misticismo al amoralismo, escribe:

"Personalmente veo una unidad absoluta en el único compromiso de amor por Cristo en la Iglesia y de la Iglesia en Cristo en toda la actividad con respecto de Scalabrini, gran místico también cuando, en amor a la verdad, como él mismo confirma, habla de lo que es necesario apurarse a cambiar por el bien de las almas. El amor por Cristo y por su cruz eran experiencia viva de la pasión de cruz que vivía la Iglesia. El no era del parecer que el Papa renunciase al poder temporal, aunque veía los daños espirituales. Solamente quería ayudar a León XIII a medir la realidad de las cosas como el Papa no lograba percibir, y esto únicamente por amor a la Iglesia y al Papa, por quien tenía una extraordinaria veneración.

Mas era justamente esa veneración, madurada en auténtica caridad teologal, por su autoridad moral, por su responsabilidad ante las consecuencias negativas para las almas, que lo incitaba interiormente a intervenciones personales y privadas ante el Papa en vista de una contribución en la comprensión de un momento histórico particular, cuya importancia, también en la perspectiva de los tiempos nuevos que se preparaban, parecía escapársele a León XIII y a quienes estaban a su alrededor. También el problema doloroso y de consecuencias tan "funestas" para la Italia católica, como era el "non expedit", es propuesto por el Obispo al Papa con una luz totalmente sobrenatural, llena de amor por la Iglesia y por el Papa mismo [...].

Considero que toda la documentación, leída con serenidad, prueba que Mons. Scalabrini, también en la fuerza que ponía en los ideales para cuya realización daba todo su aporte de obispo lleno de Espíritu de Dios, era un gran enamorado de la Iglesia y del Papa: un hombre que estaba dispuesto a sacrificar todo, aún a sí mismo, para ayudar a quien tenía responsabilidad de leer el paso de Dios en la historia del tiempo, en forma tal de favorecer al máximo "el verdadero bien de las almas". Es el ideal de todo verdadero amigo de Dios, a quien corresponde colaborar con todas las fuerzas, en virtud del episcopado, en la salvación del mundo" (Relatio et vota Congressus peculiaris super virtutibus, Roma 1986, págs. 143-145).

NOTA BIBLIOGRAFICA Y ABREVIACIONES

Las obras editadas de Mons. Scalabrini son citadas en cursivo sin el nombre del Autor.

La correspondencia entre Scalabrini y Bonomelli está reportada en el libro *Carteggio Scalabrini-Bonomelli*, editado por C. Marcora, Roma, Edizioni Studiaum, 1983.

Los escritos inéditos son citados con la respectiva colocación de archivo.

AGS = Archivo General Scalabriniano (Roma, Via Calandrelli, 11)

Proceso Diocesano = Copia Notarial Pública del Proceso Diocesano sobre la fama de santidad del Siervo de Dios Juan Bautista Scalabrini, celebrado en Piacenza desde 1936 hasta 1940 (AGS).

“Propósitos” = Notas personales escritas por Mons. Scalabrini en ocasión de los retiros espirituales (AGS).

Para una completa información sobre las fuentes y la bibliografía respecto a Mons. Scalabrini, ver el libro de P. Mario Francesconi, cs., *Giovanni Battista Scalabrini vescovo di Piacenza e degli emigranti*, Roma, Citt... Nuova, 1985, pp. 8-28.

